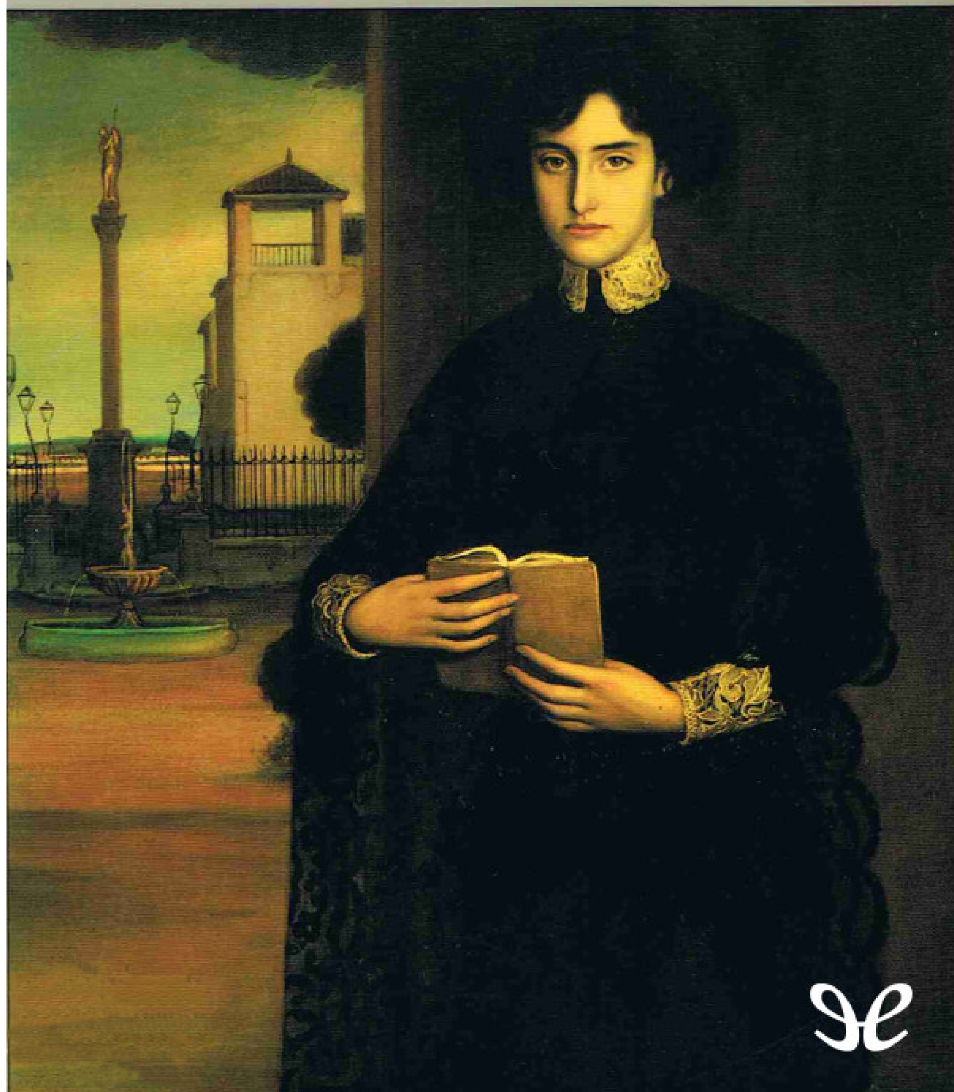
GONZALO TORRENTE BALLESTER

YO NO SOY YO, EVIDENTEMENTE



En una universidad norteamericana se pone en marcha una exhaustiva investigación sobre Uxío Preto, un escritor español del que sólo se sabe por sus obras, pero sobre cuya identidad como escritor y como ser humano hay serias razones para dudar…

La pesquisa universitaria y los propios textos de Preto llevan a creer en todas las posibilidades: que es un único y existente autor, que son varios o que puede no haber existido, aunque las obras sean una realidad…



Gonzalo Torrente Ballester

Yo no soy yo, evidentemente

ePub r1.0

viejo_oso 20.06.14

Título original: *Yo no soy yo, evidentemente*
Gonzalo Torrente Ballester, 1987
Cubierta: «Flor de Santidad», por Julio Romero de Torres

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1



A María Fernanda

No existe constancia documental de que los libros de que se trata aquí se hayan jamás escrito ni publicado. Tampoco existen noticias de sus autores. Todo hace pensar que se trata de un fraude. Pero, ¿quién sabe?

LA CARTA DE UXÍO PRETO

LA DIFUSA Y VARIAS VECES CONFUSA CARTA PUBLICADA EN LA REVISTA *NUESTRA TIERRA*, LA QUE A SÍ MISMA SE LLAMÓ TAMBIÉN *NO MAN'S LAND*

«Mi querido lector: no sé quién es usted, ni llega en realidad a importarme, ya que la mayor parte de mi vida la llevo dirigiéndome a gente desconocida y escribiendo para ella. Se me ocurre que no existe razón, pues, para que le ofrezca explicaciones, pero debo confesarle mi debilidad por explicar lo innecesariamente explicable, con razones inválidas, aunque, si es posible, rigurosas. La primera de las que se me ocurren ahora es la de que me resulta usted extremadamente atractivo, aunque me reconozca incapaz de barruntar su idiosincracia. Pero, ¿encuentra escaso, como razón suficiente, el hecho de que me lea? Pues la segunda, complementaria de la anterior y de su misma seriedad, halla su fundamento en su calidad de lector de esta revista, que no llega más que a cierta clase de personas, tan selectas e inteligentes como admirables: *NUESTRA TIERRA* no la leen más que hombres extraordinarios, además de escasos. Enhorabuena por serlo: merece usted mis respetos; debo advertirle no obstante que poca gente los estima, a causa probablemente de mi universal admiración por lo real tanto como por lo que no lo es. Y, si continúa leyendo estas líneas, lo cual le será de veras provechoso, sobre todo en lo que a sus pérdidas de tiempo se refiere, le quedaré, además, agradecido.

¡Fíjese usted, agradecido! ¡Un sujeto como yo, agradecido a un caballero ignorado, cuyo rostro es una mancha sin forma ni color perdida entre millares de manchas parecidas! Gracias.

»Estamos en el otoño. ¿No cree que esta circunstancia debe tenerse en cuenta? Si anduviésemos por la primavera, las cosas serían muy diferentes. La primavera es la estación de los viejos. Reviven cuando calienta el sol, si es que no mueren antes; vuelven a enamorarse y hacen el ridículo con las muchachas, las cuales, sin embargo, les quedan reconocidas, y nunca falta alguna que acepte sus manipulaciones: a pesar de lo cual o precisamente por ello, la primavera es un tiempo inestable, y la mayor parte de las revoluciones, de las guerras y demás conflictos provocados por los viejos, se engendraron en ella, para estallar en los primeros días del verano. Los jóvenes son, finalmente, quienes lo pagan: mueren o sufren por su manía de entusiasmarse con lo que no han inventado. Las muchachas quedan sin novio, y, a veces, sin marido. ¿No les sería mejor no rechazar a los viejos? Acaso los dejasen tan exhaustos que no les quedase vigor para revoluciones ni guerras, menos aún para entusiasmar a los jóvenes con esas consignas que los viejos inducen y que los jóvenes creen invenciones propias. El otoño en que estamos actualmente es un tiempo considerablemente más atractivo: el de los hombres maduros. ¿Lo es usted? Porque, si no lo es, más vale que no siga leyendo. Lo que voy a contar aquí, sólo a los maduros puede importarles porque sólo ellos están en disposición moral de comprenderlo, aunque no todos, sería un privilegio incomprensible, sino sólo la mayor parte de los lectores de esta revista, si bien no se me oculta que en algún lugar del mundo, o en varios que ya van siendo muchos, existen profesores recalcitrantes que nos objetan frívolamente el espíritu y la forma característica de esta publicación y que probablemente objetarán el espíritu y la forma de esta carta. No puedo menos que mostrar en público mi repulsa, y, si me apuran, manifestar mis sentimientos caritativos hacia ellos, los pobres, encerrados en su seriedad científica, moral y biológica. Son serios en todos los momentos de su vida, todo lo que hacen lo hacen en serio, ni siquiera saben reírse de sí mismos en esos momentos solitarios en que nuestra constitución material nos equipara a los bichos superiores e incluso

a todos los que, inferiores o ínfimos, se alimentan y digieren. ¡Ah, caballeros, es menester una gran habilidad dialéctica y una gran fe en nuestros propios razonamientos para mantener el respeto a nosotros mismos cuando salimos del baño! Después, esas cosas las olvidamos todos, y nos seguimos engañando. Pero si hablo en primera persona lo hago por hábito retórico: algún hombre rimbombante prefiere los plurales. En la puerta de los servicios de *NUESTRA TIERRA* se advierte a los usuarios que no se olviden de reírse de sí mismos al entrar y al salir, aunque nunca con estrépito, sino con el debido comedimiento. Ya lo dijo el poeta: "La luz del entendimiento me hace ser muy comedido", y aquí todos lo somos bastante.

»De todos modos, a pesar de lo dicho, es relativamente posible, por no decir seguro, que mucha gente se desentienda de estas razones al llegar a su meollo. Voy a tratar de tres novelas que no ha leído casi nadie, y, quienes las desconocen, es justo que se llamen andana y digan fú. Comenzaré por afirmar, porque es lo cierto, que no me siento descontento, menos aún desdichado, por esa indiferencia de la que llegan señales constantemente: no se hizo la miel para la boca del asno, y aunque por lo general los refranes suelen consistir en la emisión, paralelística o no, de una mentira vergonzante que aspira a suplantar a la verdad[1], puedo asegurar con toda la seriedad de que soy capaz, que no es mucha, pero sí suficiente, que en esta ocasión tomo, del refrán enunciado, lo que oculta de verdadero, no lo que muestra de falso, y repito que no se hizo la miel para la boca del asno queriendo dar a entender que esas novelas supradichas son de calidad tan singular que resulta intolerable por lo injusta; tan insólitas que casi son insultantes; tan perfectas que casi incurren en la decadencia, ¿o es que no admite usted que la decadencia vaya implícita en la perfección? ¡Oh, amigo mío, la brutalidad de lo saludable sólo admite parangón con su evidente tosquedad! Sólo de una sociedad enferma están excluidas las palabrotas, y únicamente los que se proclaman débiles disimulan el hedor con perfumes: lo mismo le sucede a la literatura. Por lo tanto, si yo soy el que lo afirma, no rechace mi aserto. Al fin y al cabo, el autor de esas novelas soy yo. Y esto, declararlo, publicarlo, es el objeto primordial de la presente prosa. Sé que es difícilmente

creíble, pero esto sucede siempre que se afirma, públicamente o no, una verdad inesperada o simplemente incómoda. Lo es ésta. Muchos profesores de Literatura han elucubrado verbalmente o publicado trabajos críticos sobre cada una de ellas sin que les haya pasado por las mientes que pudieran deberse a un caletre indiscutiblemente único: sería mucho más tolerable que, permaneciendo como anónimas, se llegase a la conclusión, escrupulosa entre las lógicas posibles, de que nadie les ha escrito; que se consideren como surgidas, espontáneas ellas, de cualquiera de esas entidades colectivas o quizás abstractas a cuya responsabilidad se cargan, con satisfacción tan generalizada que es casi general, las autorías de tantos acontecimientos históricos, más importantes por supuesto que algunas obras literarias, aunque menos decisivos para el porvenir de la Humanidad; me refiero a las guerras o a las revoluciones, y a algún que otro matrimonio escandaloso. Estamos en una época en que se detesta a los hombres singulares en beneficio del tumulto. De que soy singular, y no tumultuoso, no cabe duda; de que, con la afirmación de mi autoría, introduzco un elemento perturbador en los solemnes y siempre repetidos espacios académicos donde puede ser tenida en cuenta, estoy seguro, y por eso escribo la presente. ¿Quién no se reirá de mí, sobre todo los que lo consideran todo, además del "todo", implícito en el inicial Big Bang? Allí estaban mis novelas, junto a los otros posibles narrativos, y allí estaban también las risas con las que se ríen de quienes, como yo, pretenden ser autores de lo que han escrito. Y parto de la evidencia de que, lo que escribo, lo mismo puede ser verdad que mentira, lo mismo lo puede haber escrito el verdadero autor que un bromista o un falsario. Considérese, sin embargo, que mi condición de desconocido invita a sospechar que nadie va a beneficiarse de mis afirmaciones, porque es igual que si las hiciera el aire o una entidad impersonal inventada para el caso. (Y cuyo nombre, lástima grande, no se me ocurre ahora, aunque bien pudiera encerrarse en la sigla NEMOS). Yo soy el autor de esas novelas y lo más probable será que no lo crea nadie, pero la misma probabilidad existe de que, por lo menos, le quede a alguien la duda de si miento o no miento. Y esa mera duda, siendo honrada, obliga a considerar de nuevo el estado de la cuestión, no en el sentido de preguntarse si Uxío Preto

es el autor a quien nadie conoce, sino la mucho más comprendida, y difícil de estudiar, de si las tres novelas fueron escritas por la misma persona. ¡Ah, a esta interrogación no podrán ya hurtarse los estudios, porque en sus conciencias se ha aposentado una duda dudosa, la duda de una duda, o su sombra! También se desmoronarán las conjeturas montadas sobre hipótesis, sobre falsas noticias, sobre polémicas interesadamente provocadas. Los perspicaces investigadores, dueños de admirables virtudes intelectuales, así como de infalibles instrumentos, carecen sin embargo de los que permiten actuar a los detectives, lo cual queda probado por el hecho de que ciertas pistas ni siquiera les sirvieron para organizar enrevesados o sencillos sistemas de sospechas. En la bibliografía correspondiente a "La historia que se busca en los reflejos", la tercera, cronológicamente, de las tres novelas, se registra la polémica entre un tal M. Morris, de filiación y ubicación ignoradas, y el famoso doctor Harrison, de Iowa. Nadie se preguntó quién era M. Morris, ni siquiera el director de la revista que publicó su primer trabajo: se conoce que lo halló bueno; pero tampoco se preguntó nadie por qué, a raíz de la polémica, salieron al mercado, por cierto bastante caros, seis ejemplares del texto cuestionado: los adquirieron, sin regatear, las bibliotecas de otras tantas universidades de reciente fundación, aunque bien reputadas: los custodian como tesoros. Algún tiempo después, un artículo de José. V. Vázquez, publicado en un diario de Caracas, aporta un número de datos bastante fidedignos que le permiten descubrir o al menos sospechar con algún fundamento, que el autor de "La ciudad de los viernes inciertos" es un conocido novelista hispanoamericano, quien, sin embargo, no se dio por aludido, lo cual hizo suponer que aceptaba la atribución, aunque sin comprometerse; pero las razones científicas aducidas por el profesor Richard Martin, de Cardiff, en sentido negativo, hicieron tambalearse la hipótesis o la fundada opinión del dicho señor Vázquez. Curiosamente, empezaron a circular noticias de que cierto librero de viejo, de Madrid, poseía nada menos que nueve ejemplares de "La ciudad de los viernes inciertos": Los adquirieron a precios muy elevados los habituales compradores. Por último, no hace más de seis meses, "Aquilina y la Flauta de Pan" fue acusada de plagio. Carmen Becerra, de la

Universidad Compostelana, salió en defensa de su originalidad, y los tres artículos que dedicó al tema se siguen alabando como extrañamente perspicaces. Pero ni ella ni nadie relacionó con la polémica la aparición, en el mercado de raros, de catorce ejemplares Aquilinos, inmediatamente vendidos. ¿No es para sospechar el que tres acontecimientos, tan semejantes que parecen el mismo, relacionen del modo que acabo de decir a las tres novelas citadas? La similitud, ¿no suscita la duda? Pues yo declaro, y que me crea quien quiera, que yo, Uxío Preto, escribí lo firmado por M. Morris, por José Vázquez y por el descubridor del plagio, Mr. Compton, como aseguro que saqué a la venta ejemplares de las tres novelas sencillamente porque los tenía y me hallaba apurado de dinero contante; también porque podía aprovechar esta ocasión para que la gente del gremio recordase unos libros que empezaban a olvidarse en beneficio de otros peores, aunque más recientes y menos conflictivos. Tuve suerte: gané el dinero que necesitaba y puse en circulación las novelas como cuestión renovada de investigación y crítica. Su bibliografía aumentó escalonadamente, pero, de repente, algo las situó de nuevo en la región de la sombra y del olvido, no por razones intrínsecas, sino porque libros más modernos las habían desplazado. Lo considero injusto, ya que no se ha dicho sobre ellas ni lo suficiente ni lo necesario. Por semejante razón, ni más ni menos, escribo y publico esta carta. Mi sinceridad o, si se prefiere, mi descaro, avala mis intenciones. No queda otro remedio, señores profesores, que regresar a la vieja ignorancia y formularla precisamente en los términos que propongo. ¿Son las tres del mismo autor? ¿Es éste Uxío Preto? Averigüenlo. ¿Y quién es, o fue, o sigue siendo, Uxío Preto? Descubrirlo parece menos mollar, tarea de detectives o de poetas.»

EL PRIMER RELATO DE IVONNE

PRIMER RELATO DE IVONNE

I

Todos los días llegaban libros. No precisamente montones que nos embarazasen, sino paquetes sueltos con uno o dos volúmenes.

Míster Sharp nos los había distribuido por nacionalidades, las de los libros quiero decir: a Rosa, los italianos; los franceses a Dafne, y algunos a Ariadna; y a la brasileira Sabela, los de lengua portuguesa, fuesen del lado de allá o del de acá: así, el reparto resultaba mollar (y si uso esta palabra es por contagio de Uxío Preto), aunque no equitativo, porque no se publica cierta clase de libros en cantidades equiparables en todas las vigentes modificaciones del latín vulgar, o sea, en lenguas romances, que eran, que son, las que estudia nuestro departamento; las que expende, si de otro modo se mira. Debo decir que míster Sharp lo hace bien; bueno, lo hace de la mejor manera posible, entendido este «mejor» como superlativo, no como comparativo: esto, al menos, lo proclama un día y otro la señora Madison, o Mistress Madison, si se prefiere, aunque no exista ninguna seguridad acerca de su país de origen, ni de si nos convendría, para ser del todo exactos, llamarle *frau, madame*, o *signora* tal vez. Personalmente me inclino por otras denominaciones: el Madison, no hay que negarlo, lo conserva de su difunto marido: ¿el primero?

Esta importante dama, además de imponente (1,72 m; 65 kgs), secretaria del departamento, ejerce en él toda la autoridad posible,

incluyendo la necesaria, y acaso con un ligero exceso, en cuya virtud se le nota que manda, y no por delegación, sino por dejadez (mejor que dimisión callada) del *chairman*: tampoco por vagancia o poltronería de míster Sharp, ¡cualquiera se atrevería a pensarlo, estando allí la férula de Mistress Madison!, sino porque, como todos los sabios de su estatura intelectual, y, sobre todo, de su carácter, lleva tiempo instalado en las proximidades del éxtasis, a un paso justo del arrobamiento, y la secretaria en jefe, no sólo lo advirtió, sino que le ayudó a darlo, el paso, claro, con el pretexto de que, así, las cosas prácticas no distraerían inútilmente al genio de sus contactos con las esencias. En realidad, míster Sharp había sido nombrado *Chairman*, no porque su enérgica dirección fuese a solucionarnos los problemas diarios, ni siquiera porque fuese a conseguirnos un aumento de sueldo razonable, sino porque su nombre realzaba hasta la vecindad de lo sublime la buena, la ya excelente reputación del Centro, mejor entre los mejores: lo situaba al margen de cualquier competición, y actuaba al mismo tiempo como esa especie de bayeta impoluta con que se frota la superficie de un espejo para que reluzca más, añadida la particularidad de que dicha bayeta, contra toda esperanza, queda adherida al espejo como su mejor ornato: de lo cual todo el mundo se percata menos la bayeta misma, mientras los otros andamos orgullosos y nos envanecemos cuando alguien dice: «Ésta es Ivonne. Pertenece al equipo de míster Sharp.» Aunque yo fuera una belleza, dejaría de ser admirada por la figura para serlo por esta situación indiscutiblemente envidiable: lo que se dice una cátedra *full time* donde uno quiera, siempre que se trate de universidades de segunda. ¡Oh!, pero esto carece de importancia, y si lo cuento aquí un poco en su realidad más vulgar o menos poética posible, se debe a ser el comienzo de unos acontecimientos que probablemente fueron también vulgares, pero que a mí se me antojaron excepcionales y hago todo lo posible para sacarles brillo también, aunque mi bayeta no sea de tan buena textura como la de nuestro querido *chairman*. A quien, por cierto, no tengo más remedio que colocar en el comienzo mismo de la acción, puesto que a él llega por su camino sólito la causa determinante, y de él partió la decisión en que se originaron los efectos. Si lo usual, tratándose de

míster Sharp, es que las cuestiones queden olvidadas encima de su mesa hasta que la señora Madison las descubre o finge descubrirlas, y les da solución (o no se la da, que es también un modo de resolverlas), aconteció, a veces que, al menos por algunos de mis colegas, respondía con presteza a la indagación de las causas y engendraba los efectos de modo tan inmediato y sorprendente que bien pudiera ser mecánico. Aunque, ¿quién se atrevería, sino un materialista de los más eficazmente denostados por la señora Madison, a atribuir la conducta de míster Sharp a alguna clase de mecanismos, aunque sólo sea mental, aunque sea el más sutil y próximo al espíritu? Con míster Sharp, relativo a algo que él hiciera o que le concerniese, la palabra *material* ni siquiera con sentido traslaticio, podría utilizarse propiamente. Míster Sharp es, sin duda, enteramente espíritu, y el chicano Mendoza, maldiciente inveterado, solía preguntarse de qué manera, siendo nada más que espíritu, aunque visible, podía tranquilizar las ansias de la señora Madison hasta el extremo de que a veces la dejaba más tierna, más blanda y más benévola: por todos se le atribuía, a míster Sharp, al parecer con bastante fundamento, la responsabilidad de estas metamorfosis. Según Mendoza, la señora Madison, en la cama, se espiritaba: gemido, suspiro y ay. Dicen que sólo sucedía los fines de semana, que para eso están. ¿Por razones de método? Yo no lo sé.

Mi trabajo sobre Uxío Preto me lo había encargado algo antes de terminar mi *master*, cuando se conoció el famoso, el malhadado artículo de la revista *Nuestra tierra*; cuando esta inesperada publicación trastocó los supuestos y las convenciones aceptados. Soy trabajadora y aplicada, soy responsable, pero el trabajo no lo pude concluir hasta el año de residencia (que fue precisamente, aquel en que empezaron los hechos). Se titulaba «Las fórmulas adversativas y dubitativas en la prosa del supuesto Uxío Preto» y había consumido en él muchas horas de mi vida, horas hermosas, ¡ay!: como que mientras trabajaba, algo exultaba en mí, en lo más íntimo, mientras mis compañeros se divertían, mientras algunas amaban ya. En tanto que yo, ¡venga a leer páginas y páginas, sin enterarme de lo que me contaban, si es que contaban algo, atenta sólo a los «peros», a los «sin embargo», a los «no obstante», así como a los «tal vez», «quizás» y «acaso»: red verbal de sutiles filamentos

que me tenían prisionera, y mantenían dentro, encadenada, eso que me exultaba, según dije. Cuando míster Sharp me enteró de que aquel trabajo, llevado a término, me proporcionaría una beca de cuantía razonable, imprescindible para acabar con holgura mis estudios sin tocar la escasa herencia de mi madre (aquellas pocas acciones y aquella viña en una aldea francesa), añadió que lo pasaría bien porque el trabajo sería divertido. *Mon Dieu!* Si atendía a la narración, las conjunciones pasaban inadvertidas, y si buscaba las conjunciones, no me enteraba del cuento. Puedo, pues, asegurar que sí llegué a conocer la sintaxis de Preto con bastante profundidad, lo que resta de su obra, como quien dice, todo, permaneció para mí, durante tiempo, en cierta remota lejanía, entre sombra y fantasma, de la que me libró el azar. Bueno: el libro que llegó y que por derecho me correspondía, se titulaba *Autobiografía póstuma de Uxío Preto*. Ni siquiera le rompí el envoltorio transparente, aquello que el chicano Mendoza, siempre preciso, llamaba «el virgo». Con él en la mano (¡con el libro, Dios!), me aproximé al despacho de míster Sharp, llamé a la puerta, y aunque es posible que mis nudillos hayan frustrado los estertores deliciosos de un beso dado a destiempo, o acaso juguetonamente recibido, me mandaron entrar, o, con más exactitud, fue la voz de la señora Madison la que dijo: «Adelante», y luego añadió: «¡Ah! ¿Eres tú, Ivonne?» Avancé unos pasos, y hasta creo recordar que tropecé con una de las bellas sillas inglesas que la señora Madison había hecho traer, con otras muchas cosas suyas, para aumentar la decencia de aquel impresionante lugar de autoridad y recogimiento, con canapé para un desliz de los que vienen rodados, sin pensarlo, regalo inesperado de las circunstancias. Había decorado las paredes con tapicerías persas: diminutas, de esas que sirven para arrodillarse en el silencio del *mirhab* y elevar hasta Mahoma el alma, pero también para colgar; por acá y por allá, lindas chucherías francesas parecían recordar los años parisienses de la señora Madison, ¡un tiempo, quién lo sabe, de aventuras, ésas tan especiales en que se mezclan, en proporciones diversas, la inteligencia y el sexo! Algunos de los muebles complementarios (que también pudiéramos llamar suplementarios, según el punto de vista), exhibían al mismo tiempo las señas acreditativas de su calidad, y el buen gusto, formado en

las más exigentes tradiciones inglesas, de su propietaria. El chicano Mendoza —¿quién puede fiarse de un chicano, aunque sea tan guapo y tan ingenioso como él?—; el chicano Mendoza, digo, solía explicar aquella acumulación de riqueza en un despacho universitario, no sólo como muestra palmaria de la pasión de un filóloga frustrada por un lingüista triunfador, sino al mismo tiempo como ardid para tener los muebles a buen recaudo, no pagar almacenaje y ahorrarse una póliza especial de seguros contra incendios, robos y otras malaventuras: porque la señora Madison, sobre cuyo hogar habían soplado diversos vendavales, devastadores de corazones más no de muebles firmados, vivía en un piso chiquitín, casi enteramente cama, o casi únicamente. Sea lo que fuera, la verdad es que el despacho de míster Sharp supera en suntuosidad al del mismo presidente, y si éste fuera celoso, y si míster Sharp no anduviera por el mundo como gloria deslumbrante de las ciencias del lenguaje, lo más probable hubiera sido su fracaso en la última reelección. Pero, ¿cómo negar que el mismo presidente, con frecuencia sospechoso de parcialidad, visitaba el Departamento, o, con más precisión, a míster Sharp en su despacho, sólo por sentarse en alguno de aquellos sillones de orejas, de casta reconocida y cuyo cuero habían gastado ilustres posaderas de más allá del Atlántico?

—Esto es lo que llegó, señor.

Tendí el libro a míster Sharp. Le echó un vistazo a la portada. Alzó las cejas (finas como un trazado de caligrafía).

—¿Autobiografía póstuma? ¿Es que murió Uxío Preto? —Y, casi inmediatamente—: ¿Cómo pudo morir, si no había nacido?

Tuve que poner una cara estúpida muy llamativa, pues no creo recordar que míster Sharp me haya mirado jamás durante tantos segundos seguidos. Ofensiva su indiferencia, sí. Yo no soy fea, y la gente de bien se suele demorar en la contemplación de mi figura algo más de la mitad de un segundo. Aquella vez, míster Sharp alcanzó, sin duda, la meta de su capacidad contemplativa, marcada por la inquietud, tan súbita como refrenada, de la señora Madison.

—Usted lo sabe todo sobre Uxío Preto, señorita Clark, ¿no es así?

—¡De ningún modo, señor! Lo que sé de una manera absoluta y

exhaustiva, es todo lo que concierne a su manipulación de los adversativos y de las fórmulas de duda, recuérdelo.

—Pero usted lo ha leído entero.

—Sí, míster Sharp.

—¿Y no sospechó nunca que fuese un fraude?

—¿Un fraude? ¿Quiere decir algo semejante a lo del bardo Ossiam, o al propio Shakespeare, según algunos envidiosos?

—Algo menos importante, pero lo mismo.

—¡Oh, señor! ¡El artículo de *Nuestra tierra*, que usted no habrá olvidado, no deja lugar a dudas!

—Ese artículo es el fraude que complementa el anterior, la pieza mínima que garantiza la realidad de la otra. Uxío Preto es una invención colectiva, de eso no me cabe duda. ¿De quiénes? Eso es lo que usted debería averiguar.

Míster Sharp me tendió el libro, mientras la señora Madison, que permanecía en pie, junto a una esquina de la mesa, frunció ligeramente el ceño. Por qué lo hizo, lo ignoro, pero ella debería saber, por mayor y de más experiencia, que no es aconsejable jamás fruncirle el ceño a una joven sin razón suficiente, a una razón pública me refiero, que se pueda oír o ver, no a la que cualquiera sienta o piense en su interior.

—Señorita Clark, ¿quiere usted hacerme el favor de leer este libro provista de todas las suspicacias aconsejables a un investigador que sospecha con fundamento que se halla ante una superchería?

—Me permito advertirle, señor, que ese fundamento al que se refiere, lo desconozco.

—¿No le basta con mi sospecha personal? Acabo de comunicársela. Recogí el libro.

—Le pido perdón, señor. No creí jamás que lo que yo tomaba por una broma, constituyese la base racional de una verdadera investigación.

La señora Madison halló el momento justificado de intervenir.

—Esto le servirá, Ivonne, de escarmiento.

—Por supuesto, señora. Le agradezco la advertencia.

¿Qué otro remedio me quedaba? Habría examinado de cerca el búcaro de rosas que alegraba una preciosa rinconera; habría

deseado comprobar que, según mi parecer desde un principio, eran rosas de plástico, pero la mirada de la señora Madison me invitaba a salir. Lo hice humildemente. Rose Scott me sorprendió en el pasillo a punto de llorar. Le expliqué que había estado torpe con el *chairman*.

—Olvídalo y toma un café conmigo. Estoy contenta esta mañana. Me han pagado en la cafetería donde sirvo, y este fin de semana me voy a Nueva York a pasarlo con mi novio.

¡Qué suerte, la de Rose Scott, tan bonita y tan lista! Como se especializaba en italiano, no prestó la menor atención a la autobiografía de Uxío Preto. Ni siquiera había oído su nombre, cosa que, por otra parte, no me sorprendió, pues el de Uxío Preto es un caso más de esos escritores casi desconocidos fuera de los departamentos de lenguas de las Universidades, exceptuadas las de su propia patria, en las que se les ignora. Sin duda alguien se lo pierde. El modo que los demás tenemos de aprovecharlo no deja de ser curioso. Comienza por una iniciación, y, después de conocido, se siente uno perteneciente a una especie de sociedad secreta dentro de la que el nombre de Uxío Preto funciona como santo y seña, como incitación y mito. La gente se reúne a comer para hablar de Uxío Preto, pero los hay que se van a la cama por lo mismo, con olvido, en algunos casos, de eso para lo que la gente va a la cama. Sus lectores están conformes en que es un genio. Quizás exageren.

Tengo que confesar mis preferencias por algunas costumbres europeas. Las adquirí durante el tiempo en que estuve en Francia: la enfermedad de mi madre, su muerte, y aquellos pocos meses que siguieron, tristes en cierto modo, aunque inolvidables. Como nunca dejé de estudiar, solía esconderme en el rincón de un cafetín provinciano, un lugar que probablemente horrorizaría a Claude Preston, que no puede vivir más que en los lugares grandes de las grandes ciudades; pero cuyos encantos, los del café, aprendí a descubrir, y, sobre todo, a gozar. Transcurría ante mí la vida de unas personas sencillas y calmosas: podía contemplarla o encerrarme en la mía, pero también soñar: la villa era propicia al ensueño, viejas calles, viejas casas, una iglesia admirable y las ruinas de un castillo, y allí se le limaron las asperezas a una muchacha de educación americana bastante realista y algo cínica.

Aquellas gentes me dejaban en paz. «C'est la filie de madame Baudrillart», el nombre de soltera de mi madre, recobrado después de su divorcio. No me fue fácil, en América, hallar un lugar semejante, en que el trabajo pudiera entreverse de ensueños: me equivoqué al buscarlo en nuestras cafeterías, o en nuestros salones, y habría tenido que permanecer en mi despacho y aguantar la osamenta, tan angulosa, de Hellen, y su pelo requemado del tinte, si la casualidad no me hubiera llevado hasta un lugar, allí mismo, en el campus, donde hallé el recoveco apetecido, aunque tarde. El azar, sí, pero también la curiosidad. Era un viejo «hall» de la Facultad de Lenguas Muertas: el más viejo, quizá, de los edificios universitarios. Quedaba un poco a trasmano, después de un césped y junto a un bosquecillo, y sus ojivas, sus torretas y sus muros de ladrillo y piedra blanca copiaban descaradamente cualquier Queen College inglés. Poco frecuentado, quizás a causa de su arquitectura y también de las ciencias que allí se enseñaban, y porque la mayor parte de mis compañeros prefería líneas algo más modernas y ciencias que tuvieran alguna relación con la creación artificial de superhombres o con la posible destrucción del mundo; pero como mis ojos se habían habituado a las arquitecturas inútiles que hacen incomparables algunas ciudades europeas, aunque quizás inhabitables para un ciudadano U.S.A. no corrompido por el espíritu, aquellos colores y aquellas formas Tudor, tan perfectas en su reproducción y tan fielmente respetados que hasta era Tudor las mesas del restaurante, me agradaron desde una vez en que, despistada, descubrí, por equivocación, un escenario shakesperiano insospechado. Se hubieran podido representar allí, como en su ambiente propio, conjuraciones, crímenes, adulterios y bodas, dichos en esa lengua que me hace preferir el inglés cuando no se pronuncia como lo hace míster Sharp, nacido al parecer en un barrio de Long Island. Sabía que todo aquello era falso como una decoración, pero me dejé engañar de buena gana. Mi padre era inglés y enseñó lenguas clásicas. Yo le adoré mientras vivió, y siempre recuerdo la bondad con que soportaba la igualmente adorable frivolidad de mi madre. Los heredé a los dos, ando por dentro peleada como ellos, pero no puedo divorciarme de mí misma. La sala del bar, recogida, donde fui a caer por fin, la

frecuentaban, no tanto que le quitasen intimidad, unos cuantos profesores y jubilados que no querían perder del todo la relación con tal aire y tales bóvedas, y que, viejos humanistas como eran, gustaban de despotricar contra la indiferencia de las nuevas generaciones ante los vulnerables instrumentos de la cultura. No sé si alguna vez se habrán dado cuenta de que una muchacha perteneciente a aquellas generaciones denostadas coincidía con ellos por lo menos en el gusto por el fuego de la gran chimenea y por el café a la europea que, quizá clandestinamente, o al menos de espaldas a los dictámenes de Boston, se nos servía allí: esta Universidad en la que trabajo, tuvo siempre reputación de libertina y esto es, en cualquier caso, una ventaja. La *última ratio* de mi escapatoria a aquel lugar incumbía directamente a la voz de Hellen, mi compañera de despacho; alta y chillona. Una vez la registré en la grabadora, y la conservo por si la necesito como justificación ante la señora Madison. Allí se tomaba también un excelente té, no esa bazofia que dan en nuestras cafeterías, té de sobre para eliminar el colador. Me lo traía una chica de los Mares del Sur que estudiaba música y que se adornaba el cabello con florecillas blancas. Reía con una sonrisa ancha y cantaba un inglés cadencioso. Los humanistas jubilados decían de ella primores en griego y en latín, y en cualquiera de estas lenguas deploraban la propia senectud. En mí no solían fijarse. Yo extendía encima de la mesa mis papeles, mis magnetófonos y mi pequeño receptor de radio (los conciertos que escuchaba no podían molestar a los viejos humanistas), y trabajaba. Leí allí la «Autobiografía» de Uxío Preto, y tomaba notas y se las dictaba, en voz bastante baja, al magnetófono. Y por lo general, me absorbía el trabajo y alguna vez perdí la noción del tiempo hasta el punto de verse necesitada la de Honolulú de advertirme la hora. Así, cuando me descubrió míster Sharp en mi rincón, no me di cuenta de que estaba junto a mí hasta que su voz me rescató o más bien me recobró para mi propia vida: vivía con pasión la quizás imaginaria de Uxío Preto.

—¿Prefiere que le diga buenas lardes, o que sin más preámbulos le robe una taza de té?

Aquel rincón era un lugar pintiparado para que un profesor ilustre y una muchacha profesionalmente prometedora llevasen a

buen término los trámites precedentes a la primera visita de la muchacha al domicilio oficial del profesor, salvo en el caso, no infrecuente, de que el profesor disponga de un domicilio clandestino para esas ocasiones, o de que disponga ella. Era sin embargo indudable que no había razón alguna para que el profesor Sharp iniciase conmigo nada que no fuera una conversión estrictamente técnica, aunque tal vez con ramificaciones administrativas, pero no dejaba de ser probable que, si alguien nos veía y la noticia llegaba a oídos de la señora Madison, el camino de rosas académicas que vislumbraba (yo) desde hacía algún tiempo, se viese de repente interrumpido y acaso, acaso, frustrado por las arrugas de un ceño y la voz seca de una especialista en rumano. De todos modos no podía ser descortés con míster Sharp, que, como posible amante, me importaba un pepino, pero en cuyas manos estaba mi camino de rosas. Le respondí:

—Si encuentra usted en esas tenebrosidades a una muchacha de tez oscura, ella podrá traerle la taza. Por mi parte, comparto con usted de muy buena gana lo que queda del té. Bueno. Dígale también que traiga un poco de agua caliente: lleva un rato aquí, y el té debe haberse pasado.

—¿Qué tal va eso?

—Le agradezco que me haya confiado este trabajo. Me siento fascinada.

—Pero, ¿no lo conocía ya? No me refiero al libro, sino al autor.

—Recuerde lo que le dije el otro día, profesor: su sintaxis, como nadie; pero absolutamente nada más.

—¿Me dijo usted eso? Perdóneme, estaba distraído.

—Sí, profesor. Y usted me puso en guardia, o cosa parecida, porque en su opinión, Uxío Preto es invención de alguien, cada una de sus novelas las escribió un autor diferente, y creer lo contrario, sería un grave error. Quiero decir desde el punto de vista de mi carrera universitaria: un tropezón de bien precisas consecuencias.

Antes de responderme, bebió unos sorbos de té, y, después, sacó cigarrillos y me ofreció uno. Si antes nunca me había mirado más de medio segundo, salvo la vez aquella en que me miró durante dos, ante el ceño arrugado de Mrs. Madison, ahora sólo hacía mirarme, y yo, aunque no lo manifestase, empezaba a sentirme incómoda. Un

hombre de cincuenta años, náufrago en la gloria y en la sabiduría, además de prisionero de una mujer de cuarenta con mucha experiencia y proyectos bien definidos, es de difícil rescate; pero no es infrecuente que el interesado, por hacerse la ilusión de que vive en libertad, busque la compañía transitoria de una muchacha: lo necesita para su salud moral, pero la muchacha suele quedar fastidiada si no es prudente y no toma precauciones. Los profesores de aladares grises acostumbran a tener bastante éxito en esas operaciones, y a la vista de ciertos ejemplos, no se sabe si el «sex-appeal» reside en la plata de los aladares o en la reputación. Pero lo cierto es que, «la otra» gana siempre al final, y que las jóvenes no sabemos perder, sino llorar y buscar el consuelo de un buen mozo que, a su vez, nos usa y nos abandona.

—Si yo tuviera tiempo, lo gastaría en demostrar la inexistencia de Uxío Preto. No pertenecen a mi campo, esas investigaciones, sino más bien al suyo, señorita Clark. Usted ha elegido la Historia de la Literatura, y, de ahí, a la Historia de los Literatos, no hay más que un paso; un novelista tampoco rechazaría el tema.

—Pero, ¿en qué se funda? Claro que si dispone de informaciones secretas…

—Si las poseyera, no dude de que se encontrarían ya en el departamento, convenientemente introducidas en la computadora y al alcance de todos. No se trata de eso, sino… Señorita Clark, también usted debía de haberlo sospechado. Yo lo descubrí por la sintaxis. Ahora recuerdo que sí le encargué hace tres años un trabajo sobre el tema… fue con la intención de… señorita Clark… ¿se llama Ivonne? ¿Me permite que la llame por el nombre? ¿Por qué te llamas Ivonne?

—Soy hija de un inglés y de una francesa. Mi padre murió a consecuencia de la guerra, aunque tardíamente. Mi madre… Bueno, se conocieron en Francia.

—Sí. Recuerdo perfectamente que también murió. Pues bien: yo esperaba que tú, después de haber estudiado la sintaxis de Preto, te dieras cuenta de que…

—¡Pero usted no me encargó una investigación policíaca, sino gramatical! La señora Madison me dijo entonces que para ayudarme económicamente, cosa que les agradecí. Ella se lo habrá dicho.

—Supongo que sí.

Esta respuesta fue un poco seca. No se me ocurrió nada con que romper el silencio que siguió. Él, por su parte, volvió a beber té, y, sin darme explicaciones, se comió lo que restaba de mi tarta de manzana. Se lo comió así, bonitamente, con los dedos, como la cosa más natural del mundo.

—Hay un trabajo que hacer, Ivonne, una investigación extraordinaria. Bucear en la vida y en la literatura española de la posguerra hasta aclarar lo relativo a Uxío Preto. ¿Qué me dices de esa autobiografía? ¿No se nota que es un libro fraudulento a partir de la primera página? Fíjate que no digo bueno ni malo, sino falso. Entiendes esa falsedad como pura imaginación. A lo mejor es una hermosa novela. ¿Quién lo sabe? La problemática que nos plantea el caso de Uxío Preto es muy rica. Quizá por el momento no podamos sospechar sus alcances. A mí se me había ocurrido algo hace algún tiempo, cuando leí el artículo de *Nuestra tierra*, cuando te encargué aquel estudio, pero lo he olvidado. Tú sabes que la lingüística es absorbente, como una de esas máquinas excavadoras que todo se lo traga.

Se me ocurrió interrumpirle.

—Esas máquinas, profesor, lo que se tragan aquí, lo sueltan más adelante. Es material recuperable.

Cerró los ojos y pareció soñar.

—Sí, claro, sí, no es imposible. Tendríamos que hablar mucho, aquí, en este rincón, que es un lugar muy agradable que yo no hubiera descubierto sin la necesidad que tuve de consultar al viejo Jones algo sobre una palabra sánskrita. ¿Tú te escondes aquí?

Creo que me ruboricé.

—¿Esconderme? ¿Por qué?

—¿No eres un poco tímida?

—No tanto que llame la atención.

—Entenderé, entonces, que esto es una especie de refugio.

—Sí, profesor. Contra la voz de Hellen, contra los visitantes de Hellen y contra tantas cosas de Hellen que podría asegurarle sin mentir que me refugio aquí contra Hellen entera, su pasado, su futuro y hasta su karma.

Se echó a reír.

—Informaré a la señora Madison.

—¡Oh, no lo haga, se lo ruego! Comparto el despacho con Hellen por decisión inapelable de la señora Madison.

Quedó en silencio. Yo creo que la mención de la señora Madison le hizo enmudecer. Lo más probable fue que se hubiera dado cuenta de que el subconsciente había amenazado a traicionarle. Se levantó.

—Tenemos que hablar de Uxío Preto, señorita. (No sé por qué olvidó de repente el tuteo.) Cuando termine de leer esa autobiografía, no aleje de su mente la sospecha de que ni Uxío Preto existió ni ese libro nos cuenta su vida. Después, vaya a verme.

Los sabios son enormemente distraídos, y, los norteamericanos, más. Fui yo quien pagó el té. La señorita de los Mares del Sur mostraba su dentadura, impecable. No sé por qué sonreía.

II

La lectura de la «Autobiografía» me llevó varias tardes largas de rincón y de sonrisas blancas de la muchacha aquella que hubiera debido pintar Gauguin para que el garbo de su cintura permaneciese; y aprovecho la ocasión para dejar constancia de que una de aquellas tardes me eché a temblar al darme cuenta de que a veces la miraba con ojos de hombre, y sólo me tranquilicé al confesarme a mí misma que la envidiaba con envidia de mujer. La ordenación de las notas me consumió dos o tres tardes más. El profesor Sharp ni apareció, ni procuró encontrarme, ni tuvo ocasión de verme. En total, pasó de las dos semanas, porque también gasté algún tiempo en la redacción del informe. Procuré hacerlo breve, aunque la brevedad no refrenase el entusiasmo con que lo escribía. Contaba con que la señora Madison me comunicase, a su manera confidencial, que el profesor lo había hallado escasamente objetivo y excesivamente apasionado, es decir, poco científico. La señora Madison gozaba de especial habilidad para hacer pasar sus opiniones por la originales del *chairman*. Después, el *paper* cuestionado se enviaba al archivo sin que míster Sharp llegase a conocerlo. Pero cuando yo le entregué mis folios, nutridos, aunque

escasos, a la señora Madison, añadí:

—El profesor me tiene anunciado que desea mantener conmigo una conversación acerca de este asunto. Le suplico, señora Madison, que me señale cuanto antes el día y la hora de la cita.

Aquello no podía hacerle gracia. Su habitual sonrisa (*Smile!*), tan profesoral, no apareció en su rostro, con lo que me ahorró la contemplación involuntaria de los dientes de oro demasiado relumbrantes.

—Se lo diré al profesor.

La «Autobiografía» de Uxío Preto no es un texto fácil, y, sobre todo, tiene la particularidad de dificultar, casi diría yo de impedir, cualquier intento de objetividad. Entusiasma o irrita desde un principio, ante todo un modo estético, y, después, pero sin separación, quiero decir, con unidad de emoción, de un modo humano. No había sido difícil redactar el informe, porque cuatro folios suficientes pueden escribirse sobre el libro más apasionante sin más que un poco de profesionalidad. Pero habían quedado algunas páginas al margen que intentaba o pretendía releer con la esperanza de penetrar más adentro en su intríngulis y en su complejidad. No había razón alguna para que no recurriese al rincón abovedado, cerca del grupo de los viejos humanistas a los que los más jóvenes afectaban desdeñar por superados, pero a los que consultaban acerca de trivialidades sánskritas y de otras muchas frivolidades. Confieso que los contemplaba con especial ternura, y solían recrearme las largas cabelleras blancas, de corte tan diferente del de los muchachos peludos. Mi padre, de haber vivido, quizá se hubiese sentado alguna vez entre ellos. Incluso entre los consultantes al profesor Sharp. ¡No existe la sabiduría universal! Aunque no falten sabios que en momentos de exultación se lo crean.

El profesor Sharp apareció, como inconscientemente me temía. Más que aparecer afectando casualidad, me esperaba, y no lo disimuló. Ya tenía pedido el té, y la señorita de los Mares del Sur, precediéndola su sonrisa, se limitó a traer otra taza, una jarrita de agua y la ración de tarta.

El profesor no se levantó, pero sí acercó hasta la suya la silla que yo iba a ocupar. Tampoco me dijo que me sentara, porque eso se

daba por supuesto.

—He preferido que charlemos aquí. Realmente se trata de un lugar atractivo, y, si yo no fuese racionalista, diría que misterioso. ¿No le parece que, a veces, las imitaciones causan los mismos efectos que los objetos o los ambientes imitados? En mis años de Cambridge, además de mejorar mi acento inglés, recorrí muchos lugares parecidos a éste.

El acento inglés no lo había mejorado lo suficiente, y entre las muchas cualidades de que le había oído alabarse durante nuestro largo trato, no figuraba la sensibilidad estética. Más bien se envanecía de lo contrario.

—Sí, profesor. Es evidente que ustedes, los americanos, por mucho que pretendan lo contrario, siempre tienen detrás, como una amenaza, el fantasma de Inglaterra.

—¿Y por qué no como un refugio? Al menos, los americanos de cierta edad y con ciertas experiencias. Yo, por ejemplo.

Le sonreí cortésmente.

—Pero usted, señorita Clark —continuó—, ¿no es también americana?

—De nacimiento, sí, pero mi mentalidad no coincide con mi pasaporte, aunque tampoco puedan reclamarla del todo Inglaterra o Francia. Yo creo que más bien debemos situarla en medio del canal, equidistante de Calais y de Folkestone. No es una situación envidiable, se lo aseguro; a causa de ella se divorciaron mis padres, que, sin embargo, se adoraban. Ciertos matrimonios nunca son aconsejables.

—¿Y por qué dice usted «ciertos» matrimonios? ¿Tienen algo de especial?

—¡Oh, profesor, yo no puedo responderle! Pero usted debe saberlo por experiencia. Vamos, según tengo entendido.

Frunció el ceño al mismo tiempo que parecía entristecerse. Pero dudo de que se hubiera de verdad entristecido. Me dio la impresión de que más bien se trataba de un gesto convencional, obediente a la orden que dice: Cuando se trate de un matrimonio frustrado, da a entender que te emociona algún recuerdo, no sea que te vayan a echar la culpa del fracaso.

—Es usted demasiado joven, señorita. La descripción de ciertas

realidades no deben empañar el color rosado de sus sueños.

—A la gente de mi edad, profesor, ya no le gusta el color rosa. Esto, sin embargo, no es una invitación a que me relate su historia personal, debe comprender que entre un *chairman* y una aspirante al doctorado, toda intimidad es pura especulación.

—¿Es usted puritana?

—No, profesor. Simplemente realista.

Pareció defraudado, aunque no definitivamente, como un trabajador al que acaba de fallarle una herramienta y se dispone a echar mano de otra.

—Quizá tenga razón. En general, la gente joven suele tenerla, porque no es el individuo; sino la juventud la que la tiene. ¡Ah, la razón vital! ¿Qué es la otra a su lado? Sin embargo, cuando yo tenía su edad, éramos unos románticos y a lo mejor aún lo somos sin darnos cuenta.

—Pero, profesor, ¡si usted estuvo en la guerra!

—Mi romanticismo irremediable me libró de sus consecuencias. Pero… ésas son también historias íntimas. ¿Le parece que hablemos de Uxío Preto?

—Espero que haya leído mi informe… y espero también su juicio.

La respuesta requería tiempo, quizá meditación. Sorbió un poco de té y se comió un bocado de mi tarta. Después encendió un cigarrillo.

—En cierto modo, sí, por supuesto. No se le oculta que todos los trabajos de los doctorandos pasan por secretaría. La señora Madison me remitió un resumen, quizá corto, no lo niego, y quizá recargado de opiniones personales, tampoco lo niego. En realidad, se trata de la opinión de una filóloga sobre un tema no filológico. Sin embargo, conviene conocer a la señora Madison y tener siempre en cuenta su formación positivista. Ciertas sutilezas demasiado modernas, ella no las aprueba.

—En mi informe, profesor, no recuerdo haber incluido, ni siquiera como ornato, ninguna de esas sutilezas. No olvide que la profesora Madison nos impuso a todos sus alumnos su terminología. Algunos la conservan todavía. Otros la han modificado en mayor o menor medida. El que lea mi trabajo, no durará un momento de

que, *malgré moi*, fui alumna de la señora Madison.

—¿Por qué dice *malgré moi*?

—No olvide que mi madre era francesa.

—La pregunta esperaba otra respuesta.

Quiero creer que fue una casualidad, resultado de un movimiento involuntario o, todo lo más, inconsciente, el hecho indudable de que las largas, huesudas piernas del profesor se habían acercado a las mías hasta rozarlas. No me gusta pensar mal de la gente, menos aún de los profesores con mando en plaza, y, por supuesto, en modo alguno si se trata de míster Sharp. Él se había inclinado a recoger su cartera, y lo más probable es que el roce y la insistencia en la aproximación se debieran al movimiento un poco violento que hubo de hacer, torcerse hacia atrás y tantear con la mano en lo oscuro hasta tropezar con lo buscado. Por otra parte esta cartera es un objeto en el que conviene detenerse a causa de la leyenda, transmitida de una generación en otra, de que en sus tinieblas interiores, secretas, mas nunca misteriosas, por cuanto se dividían en varios departamentos racionalmente planeados para diversos fines, lo mismo se hallaban fragmentos de manuscritos geniales por cuya posesión y destrucción alguien daría dinero y hasta la vida, que bragas de muchachas olvidadas con la prisa a causa de algún prolongado éxtasis en cuya provocación se asegura que el profesor es extremadamente ducho. No estoy en situación de atestiguar si era verdad o calumnia, y no lo siento: nunca coincidí con los gustos poéticos del profesor, y esta prioridad es siempre un buen punto de partida para construir imaginaciones previas o proyectos cautelosos. Admito la posibilidad, quizá la seguridad, de que míster Sharp no hubiera admitido aquella falta de coincidencia, suficiente para prever otras disparidades, y durante uno de esos momentos en que la intuición parece alumbrar como un relámpago sin tormenta, pensé que lo más oportuno, discreto o inofensivo era buscar un pretexto para apartar mis piernas de aquellas otras, tan cargadas de sintagmas como carentes de carne, y para lograrlo sin llamar la atención, aproveché la situación de mi cartera, simétrica a la del profesor ni se trazase una línea ideal que, pasando entre sus piernas y las mías, alcanzase en forma de diagonal el extremo opuesto al saloncillo. Si alguno de los sabios que casi al cabo de

aquella línea ideal hablaban de sus cosas, hubiera prestado atención, le habría sorprendido la semejanza de mis movimientos con los del profesor, aunque en sentido opuesto. Él se estiró hacia la derecha; yo, hacia la izquierda; él extrajo de las sombras su enorme cartera oscura; yo, de junto a la lámpara, la mía, algo más chica y bastante más clara. Quedaron juntas encima de la mesa como un varón poderoso al lado de mi mujer esquiva a todas luces, porque si en vez de situarla incidiendo en un ángulo de 45° con intención de fuga, la hubiera arrimado paralelamente, el símbolo habría sido el contrario. Las cosas hablan. Los sintagmas de las piernas de míster Sharp se mantuvieron discretamente alejados de mis medias de lana.

Alzó la cabeza bruscamente, como el que quiere coger al aire desprevenido. Le caía sobre la frente el famoso mechón plateado, por cuya posesión bastantes chicas envidiaban a la señora Madison.

—¿Qué me dice de Uxío Preto? Algo, por supuesto, que no figure en el informe.

—En esas páginas, profesor, van resumidas mis conclusiones científicas. Lo que ahora pudiera decir es personal e indigno de que lo escuche un sabio.

—Señorita Clark, a pesar de todo, me gustaría oírlo.

—¿Me da un pitillo?

Quedaba alguno de los míos en el fondo del bolso, pero creí necesario mostrarme de algún modo amable y, ante todo, subordinada. Me lo dio rápidamente, y, antes de que se lo rogase, me lo encendió. Tuvo la discreción de no agarrarme la mano.

—Por lo pronto, detrás de estas páginas burlonas palpita el corazón de un hombre de poderosa inteligencia, superior si cabe a la grandeza de su corazón, puesto que lo sosiega, lo domina y puede permitirse la ironía a costa de su propia vida, pero también y ante todo de los que vivieron con él, junto a él o contra él. Una ironía sin vinagre.

—Todo esto que acaba de decirme, no sólo es posible, sino esperable. Cuando yo le dije que Uxío Preto no ha existido, no insinué que las obras que corren impresas con otros nombres se hayan escrito solas. Hay, efectivamente, alguien detrás; pero, ¿un solo hombre, varios, una sociedad anónima? —Me eché a reír, pero

él permaneció serio—. ¿Y por qué no? —Y como yo me siguiera riendo, añadió—: Imagine un grupo de personas que se juramentan para inventar en secreto un escritor y echarlo al mundo, como se echa a un hijo a correr su suerte. ¿No podría llamarles una sociedad secreta?

—Sí, por supuesto. Pero, si algo entiendo de literatura, le puedo asegurar que ese libro lo escribió un solo hombre.

—Sí. Lo probable es que no sea el mismo que escribió los otros. Si usted, al estudiarlos en su sintaxis, hubiera mirado más allá de la Gramática, habría descubierto por lo menos cuatro manos distintas. Hay una quinta dudosa, pero puede dejar de serlo en cualquier momento y abrumarle con su evidencia. ¿Quién sabe si es precisamente la redactora de esa autobiografía?

—Me permito recordarle, profesor, su prohibición reiterada de *mirar* más allá de la Gramática.

—… Sí, por lo menos hasta cierto punto que no sé si usted habrá rebasado ya.

—¿Tendrá que esperar a que lo decida la señora Madison?

—¿Por qué habla usted de ella, si no está presente?

—Para mí, profesor, como si fuera mi sombra, si no mi sombra misma.

—¿Le cuesta mucho trabajo admitir que ésta sea una entrevista clandestina?

—Quiere decir clandestina en relación con la señora Madison, ¿verdad?

Tardó unos segundos en admitirlo con un «por supuesto» apenas susurrado. Y antes de que yo continuara hablando, tomó la palabra, y si lo digo de este modo es para reflejar la solemnidad verbal con que comenzó aquella perorata que concluyó como un susurro después de haber atravesado sin contaminarse el tono adecuado a las conferencias.

—Si me intereso por Uxío Preto, escritor cuyos libros nada tienen que ver con mi actividad científica y de cuya lectura pudiera prescindir perfectamente, aunque con pérdida de algunos buenos ratos, lo reconozco, se debe a que alguna vez llegué a pensar que esa obra pertenece, no a la sociedad anónima que acabo de imaginar, sino a un solo hombre que fuese, sin embargo, cuatro o

cinco. Le ruego, señorita Clark, que se fije en lo que acabo de decir, que no lo olvide: un hombre que fuera, a la vez o sucesivamente, eso es lo de menos, pero quizá sucesivamente, tres o cuatro hombres distintos. Es difícil de concebir, pero existe alguna manera de pensarlo sin incurrir en un enorme disparate. Pensadores serios hubo que admitieron las personalidades múltiples, y Uxío Preto pudiera ser uno de esos que son uno y varios al mismo tiempo. No míster Hyde y el doctor Jekyll, nada de eso, porque eso es patología, pero alguna forma de pluralidad… ¿Me entiende? Sí me entiende, claro, pero no puede imaginarlo, aunque quizá, si recuerda su infancia… ¿no podía usted ser Caperucita, la Cenicienta y la Bella Durmiente del Bosque? Recuérdelo y entenderá. Pues bien, mi interés por ese caso, o por cualquier otro semejante que pudiera presentarse, se debe a que yo mismo, a veces, me siento múltiple, me siento al menos doble, pero temo investigar más a fondo en mí mismo. Imagínese que, de repente, me encuentro siendo otro, y que eso dura lo que un relámpago, suficiente no obstante para conocer a ese otro que soy: por debajo y en contra de mi personalidad conocida, esta que goza de cierta fama internacional, autora de métodos de investigación acreditados y rigurosos, todo lo cual podría simbolizarse en el nombre de la señora Madison. Existe alguien que se oculta, opuesto en todo a mí mismo, capaz de decir y hacer lo contrario, quiero decir científicamente, y si fuera menester, destruir al primero. ¿Por qué razón no di nombre a esa segunda personalidad y la lancé también al mundo, a pelear con su gemela? Pues sencillamente por el miedo a desaparecer. En este orden de realidades, dos personas en una se pueden devorar, aniquilarse y no dejar nada de mí.

No carecían de gracia, aquellas palabras, porque la hipótesis de un escritor con varias personalidades diferentes, personalidades poéticas, quiero decir, era justo el contenido de mi informe. ¿Lo había olvidado o lo desconocía? En cualquier caso, ¿no insinuaba ahora lo contrario de lo que había dicho siempre, incluso media hora antes? Y todo eso, ¿por qué? No pude reprimir una pregunta maligna. Creo que ni siquiera intenté hacerlo, porque, en el fondo, me divertía.

—Y, dígame, profesor, esa segunda personalidad, ¿tiene también

a una mujer por símbolo? Científicamente, quiero decir.

Vaciló.

—No. Todavía no. Y no sería un símbolo, sino una luz. Si la señora Madison se ha apoderado de cuanto de racional existe en mí, y opera como secretaria, esa otra, dueña de lo sobrerracional, tendría que actuar cerca de mí como musa.

—Tradicionalmente, profesor, las musas siempre inspiran a los poetas.

—Ésa mi segunda personalidad, ésa sin nombre que se opone a la que todos reconocen, se configura como un verdadero vate, entiéndalo bien. Mi segundo yo opone el método poético al científico, la vida a la excogitación.

—¿Existe un método poético de investigar, profesor?

Le costó trabajo responderme un «¡Ya lo creo!» que pareció quitarle un peso de encima. Hasta aquel momento, yo había creído que representaba ante mí un papel cuyo destino último era el de cortejarme, si bien por un procedimiento original y propio de alguien tan singular como él; alguien que, sin duda, hallaba en la diferencia la razón misma de ser, y que quizá lo hubiera asesinado de hallar su doble, o quizá se hubiera suicidado, al dejarlo vivo. Cuando dijo «¡Ya lo creo!», me pareció sincero. La impresión, sin embargo, duró unos instantes porque volvió a representar.

—Ahora se explicará mi interés por Uxío Preto. Si él, según sospecha mi razón, no es una personalidad múltiple; si llego a convencerme de que ese nombre enmascara varias personas individuales, cada una con su cuerpo, deduciré que esa otra que me acompaña como una sombra, sin otra consistencia que la de las sombras mismas, es pura imaginación mía, una especie de venganza de mis potencias irracionales a causa del uso abusivo que hago de mi inteligencia y de mi raciocinio. Y ese interés, querida Ivonne (ahora resucita el tuteo), va tan allá, que me gustaría investigar personalmente el caso. Pero yo no puedo hacerlo… directamente. Necesito alguien que me ayude, un colaborador a quien ofrecerle firmar conmigo el libro resultante.

Fingí asustarme.

—¿Un libro, profesor? ¿Un libro en que presentase usted al mundo ese otro investigador, quizá poeta ignorado, que dice llevar

dentro?

Relampagueó en mi conciencia la de un escándalo mundial aunque restringido a las Universidades, el del profesor que se niega a sí mismo y lo confiesa de la mano de una profesional desconocida: nuestros nombres irían juntos a partir de entonces, y, supongo que también nuestros cuerpos; pero, al imaginar junto al mío, y sin ropas, los huesos de míster Sharp, no pude dominar un repelús, y me pareció escuchar la voz remota de mi madre, que, desde su buen sentido, me prevenía contra lo que podía no pasar de un señuelo.

—Si no presentarlo del todo, insinuarlo al menos. Hay que hacer un viaje, visitar ciertas personas, persuadirlas a que hablen; hay que buscar testimonios positivos o negativos; hay que construir, finalmente, una personalidad que tiene el poder de disgregarse o bien el fraude que se oculta tras ese nombre. Yo daría ese salto de la Lingüística a la Historia, a riesgo de que lo peor del salto aconteciese en mi interior y me rompiese la crisma.

—¿Llama usted romperse la crisma a dar a luz un poeta?

—¡… que quizá fuera incapaz de ejercer la poesía, sino sólo la Historia!

—¿Y por qué no la novela policíaca? Esa operación que acaba de descubrir sucintamente, más parece cosa de detectives que de universitarios.

—Usted y yo podríamos hacerlo. (Y me miró.)

No lo dijo con la pasión del poeta a la musa, sino con la frialdad del jefe de departamento a su colaboradora; pero yo advertí un temblor de pupilas y de manos simultáneo. Fue la primera ocasión en que me di cuenta de que, a un hombre que sabe controlarse, hay que mirarle a los ojos y a las manos. La dificultad está en poder hacerlo al mismo tiempo. Si lo hice yo en aquella ocasión no fue por práctica que tuviera, sino por casualidad.

—¿Y la señora Madison?

—¿Qué puede importarle a ella?

Necesitaba un poco de pausa. Eché mano a los cigarrillos del profesor con la misma sencillez y naturalidad con que él, media hora antes, se había merendado una porción de mi tarta. Él se apresuró a encender una cerilla y, esta vez, rozó mis dedos.

—Profesor esa confidencia que acaba de hacerme y que me

constituye, según creo, en única poseedora de su secreto, me autoriza a tratar con franqueza cosas menos secretas que ésa. Tengo mis razones para esperar que la señora Madison se oponga a toda colaboración directa entre usted y yo. Habló algo de un viaje…

—Sí. Un viaje juntos.

—¿Con ella?

—¿Cómo podría acompañarme de la musa de la razón, si iría en busca de la musa de la locura?

—¡Eso está muy bien visto, mire! La señora Madison, además de racionalista, o como quiera usted llamarla, es una mujer práctica, y lo más probable es que arañase la cara a la otra musa y le tirase de los pelos.

Bajó la cabeza en silencio. Después murmuró:

—De eso no cabe duda. Bueno, no quiero decir que le pegase y le arañase, pero sí que le haría alguna escena excesivamente ingrata por lo razonable, pero cargada de pasión en las palabras, ¿verdad?

—Posiblemente…

Se levantó, de pronto: sin aquella pereza de intelectual distraído con que solía moverse, una pereza escasamente adecuada a su figura asténica y un poco caballuna.

—Volveremos a hablar, Ivonne. Ahora me esperan mis estudiantes. Voy ya unos minutos retrasado, y me temo que lo hayan aprovechado para marcharse. ¡Si al menos pudiera pescar a alguno!

III

El profesor Hans Richter, jefe del departamento de Lenguas Germánicas, había hecho el servicio militar, durante la última guerra, en la armada alemana, aunque al parecer no con mucho entusiasmo, y solía describirnos al comandante de su barco como una entidad inaccesible, nombre y poder nada más: una especie de semidiós que a veces se vislumbraba en su apariencia humana sólo un momento en un rincón del puente o, cosa rara aún, que descendía a cubierta, quizás a la sala de máquinas, más o menos

como esos paseos que daba Zeus por la tierra, siempre al arreglo de un desaguisado o a su provocación: en todo caso la luz que irradiaba el comandante Zeus impedía verle el bulto. Pues hay ocasiones en que un *chairman* resulta de ese modo inaccesible, pero no porque las costumbres de la institución lo admitan y recomienden, sino porque, como otros muchos capitostes, contaba el nuestro con un cancerbero que podía impedir cualquier modo de aproximación, no sólo la realmente personal, sino la más abstracta que se vale del teléfono. Y, sin embargo, no lo protegía con su luz, que al menos reconforta ver la de un dios ya que no se ve al dios mismo, sino con malos modos y voces destempladas. Un *chairman*, sin embargo, es un ente real que se suele encontrar en los pasillos, o en el restaurante, o en la cafetería. Lo habitual es que la palabra y el cargo recaigan en una persona viva, no en un fantasma, menos aún en un triángulo isósceles. Pues yo me pasé mis buenas tres semanas sin ver, ni de cerca ni de lejos, a míster Sharp, ni siquiera en la protectora compañía de su severo pararrayos. Seguía yendo por las tardes a mi rinconcito Tudor, alhajado con cómodos sillones chester (o quizá morris: me armo un lío a causa de la similitud de esa marca con la de ciertos cigarrillos): el único lugar del mundo, probablemente, donde una muchacha peligrosamente próxima a la treintena, que a veces experimenta cierta fatiga mental a causa del exceso de trabajo, y que no ha reprimido sus anhelos ni tiene por qué reprimir, cierra el libro y los ojos, y escucha como una música insinuante la ingeniosa, la ilustrativa conversación de unos cuantos profesores viejos, aunque se expresen en un armonioso lenguaje del que se le informó, pero que hace ya tiempo que quedó anticuado; aunque no se sepa bien en virtud de qué decreto dicen bromeando cosas que alcanzan al corazón. Se conoce que míster Sharp, durante todo aquel tiempo, no necesitó consultar a nadie sobre ninguna raíz sánskrita, y tampoco sintió veleidades de vagar por las praderas y hallarse, de repente y sin darse cuenta (de modo completamente involuntario), en un lugar encantador que lo mismo podía ser médano que abismo. Me dio tiempo de releer la autobiografía de Uxío Preto, no sólo a la luz de las indicaciones del profesor Sharp, sino según mis propias luces. También releí el resto de su obra, y fue como hacer frente a una peligrosa oferta de felicidad. (También,

y desde entonces, se me contagió algo de su estilo.) Advertí esta vez (más atenta a la materia que a la forma) el modo tenido por Uxío Preto de encarar el problema de relatar su propia vida, y cómo lo había hecho con bastante originalidad, aunque también con bastante ambigüedad, lo cual a fin de cuentas no me sorprendió en absoluto, ya que la ambigüedad no sólo es característica más visible de su obra, sino su realidad más profunda. Comencé a redactar un segundo informe, en cierto modo complemento del primero y en cierto modo su corrección, pero sospecho que, acaso sin darme cuenta, pero quizá reprimiendo la conciencia que tenía de mis razones personales y mi voluntad de hacerlo, de lo que trataba era de buscar un pretexto para ver al profesor Sharp sin que su vigilante pudiera impedirme la entrada a su despacho. Ella, sin embargo, lo impidió.

Dejemos las cosas claras: yo no estaba enamorada del *chairman*, aunque acaso lo hubiera estado algún tiempo antes, en aquellos años gloriosos en que había logrado convenir sus explicaciones lingüísticas en arma de seducción ante la que no cabía defensa. En aquellos tiempos, unos años atrás, todas las chicas del departamento estábamos más o menos enamoradas de él, y hay serias sospechas de que algunas del curso más adelantado pasaron al menos por el salón de una casita muy blanca y muy sencilla, pero encantadora y, sobre todo, prometedora, que mantenía discretamente al fondo de una pradera, cabe un grupo de alisos y frente a otro de coníferas, el profesor Sharp. Los encantos de aquel salón biblioteca, que quizá fuese al mismo tiempo comedor y *coin d'amour*, los conocíamos todas pero en grupo, si bien sea cierto, como acabo de indicar, que alguna alcanzó finalmente el acceso individual al paraíso cerrado, aquel *paradise* que, además de *lost* era *far* y probablemente *last*. El chicano, que de todos nosotros era el que había leído a más clásicos, le llamaba al salón del profesor Sharp «la última Thule». Él sabría por qué. Pero él fue también quien dio la explicación más verosímil cuando las armas dialécticas del *chairman* dejaron de ser peligrosas, transformación que aconteció poco después de la llegada al departamento de la señora Madison, quien (palabras textuales del chicano) traía sin resolver el problema de sus orgasmos, y que, al observar el entusiasmo de las muchachas por el profesor (que,

según el chicano, no era mayor ni menor que el de las otras chicas por otros profesores), le acusó de presidir las fantasías eróticas de sus alumnas, lo cual, cuando se es al mismo tiempo puritana y feminista, resulta algo así como esos pecados mortales de los cristianos que no se perdonan más que yendo a Jerusalén. La descripción de los modos como míster Sharp presidía aquellas fantasías eróticas era de la cosecha del chicano, y por eso no la traigo aquí.

Yo no estaba enamorada del profesor Sharp, insisto, pero pensaba en él con frecuencia, y a falta de realidades más próximas, imaginaba lo que podría suceder o lo que inevitablemente sucedería si, en virtud de una acumulación de circunstancias incalculables o por lo menos no calculadas por nadie, tomábamos un buen día juntos el avión en Nueva York encaminados al misterio de Uxío Preto. Por lo pronto, el despacho del *chairman*, envidia de los buenos y de los malos, habría quedado vacío y, lo que es peor, desmantelado, porque, previamente a su dimisión y a su marcha, la señora Madison se hubiera llevado, con los peores modos posibles, su colección de tesoros muebles: irritada, no sólo por la traición del profesor, sino por la necesidad ineludible de pagar almacenaje y seguros contra robos, incendios y cualquier clase de deterioro. ¡Pues no le iban a costar nada los embalajes y demás acondicionamientos! También es seguro que, durante un tiempo de incierta duración, puesto que su comienzo no podría conjeturarse, aunque sí su fin, coincidente con el del curso, se dedicaría, en los corrillos de profesores y profesoras, pero sobre todo en estos últimos, a ponerme de vuelta y media, a quejarse de mi ingratitud (dada la infinidad de favores que me había hecho, sobre todo profesionales, pero también personales), y, si el auditorio era idóneo, a llamarme puta. No en inglés, por supuesto, que suena más suave, sino en una lengua romance, siempre más rotunda en sus improperios, y probablemente en español, que suena bastante bien.

Yo no estaba enamorada del profesor Sharp, aunque quizá temiese estarlo; en los momentos de sinceridad, imaginado como marido no me desagradaba, y digo marido, porque en ningún momento me sentí dispuesta a establecer con él unas relaciones como las de la señora Madison, menopáusica ya seguramente, y

además dominante, con esa tozudez en el ejercicio del poder que las caracteriza, cuando no les da por la queja y la melancolía: pero, por fortuna para mí, proclamaba a quien quisiera oírla sus prejuicios contra el matrimonio, feminista militante y progresista. Lo cual no impidió que, algún tiempo después de estos días de soledad, pasado ya aquel en que míster Sharp y yo nos volvimos a ver, dejase caer como quien no quiere la cosa la noticia de que, a pesar de sus convicciones más profundas, y a causa de algo más hondo todavía, se iba a casar con míster Sharp, quien evidentemente estaba necesitado de un cambio radical en la naturaleza de sus relaciones con la realidad y sobre todo, de que alguien viviera con él, le ayudase a invertir y mejorar su situación en el mundo, no en sentido social, sino más bien cósmico, y le permitiera vivir definitivamente en las esferas translúcidas de la sabiduría, de las que no debería descender sino en momentos inevitables, aquellas funciones ineludibles entre las que se contaba, sin duda, hacer el amor con ella: pero esto no debía extrañar a nadie (y a nadie extrañó), porque, por mucho que un sabio como míster Sharp viva en las nubes, el equilibrio de su mente exige un mínimo de comercio carnal, aunque de ritmo incierto: una vez por semana, si la *partenaire* es joven, comprensiva y devota, o cuatro o cinco, si es menopáusica, vivaz y posesiva. Algo de esto, no todo, lo dijo en su lengua y con su tono más convincente (y convencido) la señora Madison una mañana en que había un asiento vacante en nuestra mesa, a la hora del *lunch*, y se sentó con nosotras. Se dirigía a todas, pero no hay duda de que yo era la destinataria secreta. Fingí indiferencia, pero pensé que, puesta yo en un platillo de la balanza y en el otro la señora Madison con todos sus tesoros, mi triunfo estaría asegurado, pues unas carnes todavía prietas pueden más que unas alfombras persas y unos cacharros de Sévres. Pero yo no estaba decidida.

Mi segundo informe no se lo envié al *chairman* por vía reglamentaria: no lo hubiera recibido jamás. Le esperé una mañana, a la entrada de su aula, y a pesar de que venía escoltado por su gorila y de que ésta, al verme, se sacó de no se sabe dónde el más horripilante de los ceños, un ceño que suponía o dejaba traslucir un largo, acaso doloroso, aprendizaje en los museos de Europa,

contemplando cuanto de horrible o de demoníaco hicieron de consumo la estatuaria y la pintura antiguas. El profesor se detuvo y *me sonrió*, no sé si queriendo compensar con la sonrisa el mal gesto de su guardaespaldas. Me acogí a la sonrisa.

—Profesor, estos papeles complementan mi informe anterior. Creo que debe usted añadirlos a los otros, para que los tenga en cuenta su veredicto final.

—¡A ver, traiga! —La señora Madison alargó la mano, pero ya el profesor Sharp los había cogido y los sujetaba fuertemente.

—¿No quiere que los guarde, doctor? —preguntó la señora Madison a la manera hispanoamericana y con su voz más dulce.

—Después, después. Ahora les echaré un vistazo mientras éstos me redactan ciertas fichas.

Y entró en el aula. La señora Madison me miró suavemente: con esa suavidad cargada de reproches de quien está por encima y manda.

—Los trámites legales, señorita, son los trámites legales.

—¡Oh, profesora! ¿No recuerda cuántas veces nos puso en guardia contra la tautología como forma de pensamiento y de expresión?

Le hice una reverencia y la dejé.

Aquella tarde estuve en mi rincón desde muy pronto, como que aún no había llegado la blanca, cautivadora, y, sobre todo, envidiada, dentadura de la jovencita chocolate. ¡Con qué delicadeza me servía el té! No sé cuál es el secreto biológico que a estas razas les hace poseer, de manera innata, el sentido del ritmo, y no me refiero tanto a las aptitudes de los negros norteamericanos o caribeños para la música y el baile, como a ese ritmo interior que rige los movimientos y hasta las quietudes de estas personas y que le obliga a una a asombrarse ante el movimiento casi imperceptible de unos dedos. ¡Qué toscos somos! ¿Y su cadencia al hablar…? Son necesarios todos los prejuicios de los rubios para permanecer indiferentes ante las gracias y, sobre todo, la gracia, de estas muchachas, a las que, todo lo más, suelen considerar como objetos de placer, cuando, para un varón, lo sería ante todo de contemplación y éxtasis. Ver cómo mi muchachita caminaba (decía llamarse Greta) sólo era comparable al espectáculo de la aurora: de

una aurora morena.

J. V. Sharp llegó muy pronto, y como el que se esconde. Es la primera vez que lo nombro por sus iniciales, y no lo hago por capricho, sino porque hasta aquella tarde ignoré qué nombres se escondían tras aquella J. y aquella V.: me dijo que John y Vincent. Lo de John me pareció normal hasta la vulgaridad. ¿Qué hombre no ha estado alguna vez a punto de llamarse John? Pero, ¿cómo un nombre católico como el de Vincent había llegado a un ateo de origen protestante como era él? Resulta —me explicó— que su padre era devoto de Van Gogh, ¡que tampoco era católico! (¡que yo sepa aunque puedo estar equivocada o mal informada!).

No me resulta fácil relatar aquella entrevista, no sé si por algún defecto de memoria o porque alguna emoción con la que no contaba interpuso sus condiciones. Comenzó diciendo: «Hoy permitirás que te convide» y, al decirlo, miraba a las oscuridades de más allá del grupo de los sabios, aquellas de las que emergía la dentadura de la morena antes de que en su cuerpo sandunguero se solidificasen las sombras.

—No tengo inconveniente profesor, pero pienso que no lo merezco. Hoy me porté como una niña, y la señora Madison debe de estar muy irritada contra mí.

Se sentó bastante cerca. Ya no me acuerdo si aproximó las piernas más; si lo hizo, yo no aparté las mías. La morenita había tomado su nota y regresaba a las tinieblas, donde su cuerpo perdía probablemente consistencia y peso y quedaba en invisible danza de átomos, una danza ejecutada al compás de algún tambor primitivo que tocaba en unas islas lejanas. Él, en vez de situar la cartera en el suelo y hacia la parte de atrás, como de sólito, la dejó encima de la mesa, la abrió y sacó mis papeles.

—Hoy no me he portado bien en clase, Ivonne. Sospecho con bastante fundamento que he defraudado a los muchachos. Los tuve todo el tiempo escribiendo, más de lo necesario y de lo aconsejable. ¿Sabes por qué? Porque me abstraje en la lectura de tu trabajo, y, después de leerlo, me perdí en vaguedades. No es complemento de lo anterior, es una visión distinta y nueva, mucho más cerca de mis puntos de vista actuales de lo que tú misma crees. Si llegaras a descubrir que Uxío Preto no ha existido jamás y que su obra la

escribieron tres o cuatro, o acaso cinco personas distintas que se enmascaran en ese nombre, no me cogería de sorpresa.

—Pero me llevaría una enorme desilusión.

—¿Por qué? El descubrimiento de la verdad nunca nos debe desazonar, aunque nos destruya las convicciones, aunque destruya nuestra obra.

—Es que yo, profesor, estoy enamorada de Uxío Preto *precisamente a causa* de su multiplicidad.

Puso una cara de asombro tal, que no me cupo duda de su sinceridad:

—¡Pero, en cualquier caso, está muerto! —dijo una voz temblorosa (¿de estupefacción?, ¿de ira?).

—Hay modos de amar que no necesitan de la vida y pueden prescindir de la carne.

Sentencié entonces, como una persona experimentada.

—Frágiles amores, mera ilusión, una sombra que persigue a otra sombra.

—Un hombre de ciencia jamás me hubiera dado esa respuesta, que más parece de poeta.

—¿A qué clase de científico te refieres?

—En principio a cualquiera; pero, concretamente, pienso en un psicoanalista; cualquiera de los que reciben semanalmente a algunas de mis compañeras, hubiera definido ese amor con palabras que, traducidas, serían como llamarme idiota. Sombra que persigue a otra sombra… eso son todos los amores.

Se removió en el asiento. A todo esto, la morenita nos había servido el té y dos raciones de tarta, lo que no impidió que el profesor tomase indistintamente sus tajadas de la suya y de la mía. ¡Cualquiera en mi lugar lo hubiera interpretado como el comienzo, o el anuncio, de una vida compartida!; pero yo todavía era prudente hasta en mis imaginaciones.

—¿Te consideras entendida en esas cosas del amor? —me preguntó como quien dispara un trabuco a bocajarro, y sin mirarme.

—En cierto modo, sí, pero ese cierto modo requeriría una explicación acaso larga.

—¿No puede reducirse a síntesis? En este departamento se os ha

enseñado a evitar la prolijidad. La sencillez matemática fue siempre nuestro modelo, cada vez más remoto.

—Siempre a costa de algo que está en la realidad y no cabe en esas síntesis.

—¿Debo entenderlo como rebeldía o como crítica de métodos?

—No profesor; pero, si yo le digo que sé del amor todo lo que se puede aprender en los libros, ¿podrá creer que he abarcado en esas pocas palabras toda la realidad de lo que sé?

Quedó un poco pensativo.

—Evidentemente, no. Bueno, no tan evidente, pero, no, no.

—Sin embargo, profesor, sé lo que necesito para entender cualquier amor, literario o real, y, por supuesto el mío propio.

—¿No encuentras que tu juventud, a veces, resulta un poco petulante? Yo, que te doblo la edad…

Me atreví a interrumpirle, aunque cariñosamente.

—¡De ningún modo, profesor! Estoy cerca de los treinta.

Cambió repentinamente de talante.

—Ésa es una buena noticia, mira, una noticia excelente. Creí que nos separaba un abismo, y resulta que sólo son unos tres años. Bien. De todas maneras, no puedo estar seguro de entender lo que los hombres más avezados no han entendido jamás.

—Quizás haya usado torpemente las palabras. En esa materia, que es nuestra más que de los hombres, las mujeres no entendemos, intuimos.

Se echó a reír. ¿Cómo lo diría? Con franqueza sincera.

—¡Mira! Para eso carezco de respuesta. Probablemente tienes razón. Serían necesarias muchas Emily Dickinson para que los hombres aprendiésemos a conocer y lográsemos explorar esa mitad de lo real que os pertenece, por derecho, a las mujeres.

—¿Por qué no dejamos de generalizar? No sé si usted habrá abarcado la totalidad del mundo masculino, pero yo, del femenino, sólo tengo una partecita, y tan recóndita, que yo misma no me atrevo a hurgar en ella.

Fue como si le franquease una puerta que inmediatamente procuré cerrar, o, al menos, dejar estrechamente entreabierta. Él me dijo:

—Esas operaciones suelen llevarse a cabo entre dos personas.

Una sola corre demasiados riesgos.

—Ciertamente, profesor. Sucede en esto como en la investigación. El trabajo en equipo es siempre más rentable que el solitario. Por eso supongo que me ofrece usted que le ayude a dilucidar el misterio de Uxío Preto.

Volvió a reír, pero con un matiz distinto: ésta fue la risa del intelectual ante el que acaban de pronunciarse palabras inadecuadas.

—¿El misterio? ¿Por qué el misterio?

—Ante todo, porque es lo que yo creo. Después, porque esa segunda personalidad que pugna por manifestarse, quizá por destruir a la otra, de la que me habló tan admirable el otro día, cree sin duda en el misterio, mientras que la presente lo teme. No sólo el de la poesía sino el de la realidad.

Me miró con una especie de estupor.

—¿Dónde aprendiste eso? ¿O es que lo has leído simplemente?

—Pongamos un poco de experiencia y un poco de lectura. ¿No se refirió antes a Emily Dickinson? Cuando una mujer adivina algo, necesita buscar en los demás palabras adecuadas. Ése es al menos mi caso. Por cierto que le debo más a Uxío Preto que a Emily Dickinson. No es que ninguno de los dos me haya aclarado nada: la poesía nunca da soluciones; pero, gracias a Uxío Preto, tengo una conciencia más clara de lo oscuro.

—Me dijiste hace poco que apenas te habías enterado de lo que no fuera mera gramática.

—¡Hace ya tanto de eso, profesor! Desde entonces, llevo leído todo Uxío Preto, y, muchas cosas, releídas.

—Considera al señor Uxío Preto —dijo míster Sharp sombríamente— como mi enemigo.

—¡Pobrecillo! ¿Cómo puede serlo desde la muerte?

—¿No te dije aún que esa doble personalidad mía que tanto esfuerzo me cuesta mantener en silencio, ya que no inactiva, coincide con una de las que atribuyo a Preto?

—¡No me diga!

—Sí. La que escribió «La ciudad de los viernes inciertos».

—¡Esa apología de lo irreal! O acaso de lo celeste, váyalo usted a saber.

—¡Esa afirmación tremenda de la irracionalidad!

—¿Es eso lo que teme de sí mismo?

Por primera vez el profesor Sharp me cogió de la mano y yo no opuse resistencia. No esperaba, y no me equivoqué, que fuera a proclamar una declaración de amor, ni siquiera en su estilo sintético. Algo de lo que vi en sus ojos me previno de que no había llegado el momento y de que no tenía por qué precaverme, que siempre hace feo, por sutilmente que se haga. Más aún, comprendí que no lo haría jamás, al menos con proyectos de duración. Bueno, pues me miró como parte de su papel y dijo:

—No sé si lo temo o lo deseo, pero no ignoro que un alumbramiento así sólo puede llegar a término feliz con la colaboración de una mujer.

—¿La señora Madison?

Me soltó la mano, pero sin resentimiento.

—Bien sabes que no. La señora Madison obstruiría con su cuerpo la puerta, aunque le costase la vida.

—¡No creo que sea para tanto, profesor! No es que me haya visto nunca en ese caso, pero no creo fácil que una mujer con la cabeza encima de los hombros dé la vida por un hombre así como así. Después de todo, ¿sería usted el primer intelectual que cambiase la geometría por la ebriedad? Tuvimos el ejemplo de Huxley, que acabó creyendo en brujas. Su programa no incluiría la creencia en brujas, ¿verdad, profesor?

—¿Qué sabe uno?

Ahora, el atrevimiento, la osadía, la audacia (en el caso de que esas tres palabras representen matices diferentes del mismo acto), partieron de mi corazón. Le cogí la mano.

—¡Esa respuesta, en boca de un hombre que siempre lo sabe todo, es verdaderamente conmovedora!

—Sí. (Un sí patético.)

Del grupo de los profesores jubilados se había levantado un viejecito encantador, muy vacilante y muy pulcro, que se acercó a preguntar a míster Sharp algo a lo que no presté atención. Me dio tiempo, por supuesto, a soltarle la mano. La consulta tenía que ver con algunas raíces arias o con algunas formas métricas del «Ramayana», no lo recuerdo bien, aunque las palabras «Ramayana»

y «arios» se pronunciaron varias veces. Aquel encantador viejecito, casi deslumbrante en su blancura, casi radiante, al que hubiera besado en la frente, actuó como una ducha fría sobre la médula, quizá demasiado caliente ya, de míster Sharp. No puedo prever adonde habríamos llegado aquella tarde, aunque lo probable fuera que la meta, desde mi punto de vista, habría sido anticipada y peligrosa, singularmente si el desenlace de aquella tarde transcurriese en mi casa. No. Mejor así. Las cosas no hay que tomarlas como vienen, sino, cuando es posible, echar mano al timón, una mano fuerte, y frenar o torcer, según. Comprendo ahora que la decisión de cogerle la mano en un momento real o fingidamente patético había sido como entregarle el llavín de mi piso. ¡Bendito sea el viejecito profesor, que me dio ocasión de reflexionar, y, sobre todo, de retirar la mano!

Lo que hablamos después trató exclusivamente del posible trabajo sobre Uxío Preto. Él no mentó la colaboración, aunque sí una beca sustanciosa que me permitiese vivir en España sin agobios económicos durante al menos un semestre, quizá dos.

—Te mandaré recado un día de éstos. Volveremos a hablar.

No pagó la merienda, no me ofreció su coche. Yo comprendí que no me había portado excesivamente mal, no en el sentido moral, sino en el de mi propia seguridad, pero admití también que, de hombres, no entendía aún lo suficiente. Cualquiera de mis dos o tres colegas del departamento, jóvenes como yo, se habrían llevado, aquella tarde, al profesor a la cama, aunque sin riesgos ni secuelas. Bien. Pero, ¿y qué? Sobretodo, ¿para qué? ¿Para sacarle una beca? Me la había ofrecido sin exceder los trámites. ¿Para desplazar a la señora Madison? Eso era mucho más difícil de lo que cualquiera de nosotros podría creer, y pronto tuve las pruebas. Se susurró por el departamento que, cuando el *chairman* propuso a la señora Madison que se tramitase la petición de la beca, hubo una discusión que acabó en bronca. Que de la reconciliación haya salido el compromiso de matrimonio entre míster Sharp y la señora Madison, fue conjetura del chicano. Que, desde entonces, me haya puesto verde la secretaria del departamento, fue la consecuencia más visible. No obstante…

IV

Yo no soy feminista, por mucho que le pese a Rommy Shaw, empeñada cada vez que me ve en alistarme en sus filas con el pretexto de que, en ellas, yo haría un excelente papel. Le digo siempre que no porque lo que estas muchachas pretenden es que las mujeres no sólo seamos iguales a los hombres ante la ley y la sociedad, sino que, además, tengamos mentalidad de hombres, esa que se requiere para inventar *Hamlet* o el *Réquiem* de Mozart. Yo creo que, con la nuestra, podemos hacer lo mismo que ellos en aquello que no es específicamente suyo, del mismo modo que ellos no pueden hacer lo específicamente nuestro. Claro está que estos «Específicos» no serían fáciles de dilucidar porque ¿quién conoce los límites, quién discrimina las zonas de coincidencia? De modo que no seré yo la que intente ponerle el cascabel al gato. Y esto lo traigo a cuento, creo que apropiadamente, como comentario marginal a estos sucesos que vengo relatando, los cuales deberían transcurrir y resolverse sin mención de mis piernas o de las de míster Sharp, menos aún de la menopausia atribuida, creo que justamente, a la señora Madison. Sin embargo, las cosas son así, y en el hecho al parecer tan sólo universitario y en buena parte burocrático de que yo necesitase una beca para investigar ciertos extremos de la vida de Uxío Preto, tuvieron que intervenir las ganas de míster Sharp de pasar un verano conmigo, con participación segura de la misma habitación y de la misma cama, y, de los celos de hembra humillada que movían, con certeza, contra mí, el ánimo y la conducta de la señora Madison. Cuando una mujer quiere hacer una carrera, necesita tener en cuenta ciertos factores que no suelen incluirse entre los datos almacenados por las computadoras y que yo reduciría a una palabra que en la mayor parte de los idiomas resulta malsonante, pero que encierra, en su significado el quid de la cuestión. ¡Cuánto más fáciles son las cosas de los hombres! Pongamos el caso del chicano. Su belleza olivácea es, ¿qué duda cabe?, un elemento determinante de su biografía, pero el éxito en su carrera se lo debe a esa endemoniada inteligencia que posee y que lo hizo capaz de superar todos los inconvenientes que un hombre de su color puede hallar en un país como los Estados Unidos. Por lo

pronto, tuvo que venirse al Este: en California lo hubieran rechazado, o lo que es peor, relegado a un mediocre segundo término; después, redujo al mínimo posible su complejo de inferioridad, del que le quedan curiosas y hasta divertidas reminiscencias; finalmente, además del francés y del alemán, aprendió a hablar el inglés mejor que los ingleses y el español mejor que los españoles, gracias a sus estancias en Oxford y en Sevilla. Cuando en un *meeting* se levanta a hablar, el *staff* palidece de envidia, porque lo que se oye es un gorjeo de ruiseñores, ni más ni menos que cuando Lawrence Oliver recita algunos de los monólogos shakesperianos; pero, cuando me cuenta una de sus historias españolas, políticas o verdes, de las que tiene tan abundante acopio (y que asegura que le servirán para una investigación aún no bien definida), una cree estar escuchando a un cliente de la calle de las Sierpes, y no de los esaboríos. El chicano va disparando hacia un lugar muy alto no señalado aún; no sé si pasará a él directamente desde una universidad norteamericana, o si antes hará una escala en Canadá o en Europa. El mío, con un poco de suerte, quedará algo más bajo. Una vez le dije: «¿Qué te parecería si escribiera un libro titulado “De la influencia de la entrepierna en el *curriculum* universitario de las chicas”?», y se echó a reír. Cada uno a su modo, ambos conocemos la aguja de marear, y cuando alguien hace alguna referencia expresa al color violeta de mis ojos, no se me oculta el término escondido en la alusión.

Lo que sucede es que, como indiqué antes, los paralelismos no coinciden en el trayecto si lo son de sujetos de diferente sexo. No es que no existan profesores guapos que deben su carrera a su virilidad: siempre aparece la esposa de un Presidente que se interesa por ellos. Pero en el caso de las mujeres, el parelelismo no existe, sino que es sustituido por una figura de cruces y de mezclas. Y me pido perdón a mí misma por estas largas consideraciones, indispensables sin embargo para el conocimiento de mi estrategia en el caso de que la investigación de la obra y de la persona de Uxío Preto, a quien amaba como se puede amar el recuerdo de un amante muerto: es decir, con el alma entreabierta para un posible amante vivo.

De la disputa (o disputas) habidas allende la puerta clausa del

chairman acerca de mi posible beca, tuve información fidedigna por el mismo chicano (si bien un poco deformada por la ironía), que por alguna razón que él mismo ignoraba, pero que yo llegué a sospechar, recibía (no me atrevo a decir que escuchaba) confidencias de la señora Madison. No es que ella y míster Sharp hubieran llegado a perder los estribos y a gritar, sino que se trató más bien de una sorda batalla dialéctica hecha más de alusiones y sobreentendidos que de declaraciones paladinas, palabras gruesas y portazos. El *chairman* se contentaba con que me otorgasen la beca, sin más, y el flirteo de la sala de té cabe la chimenea Tudor y la tertulia de los sabios jubilados se olvidaba. La señora Madison, por su parte, defendía como más conveniente el que, no sólo se me negase la beca, sino que se me dificultase la continuación en el departamento y en la Universidad, toda vez que mis tres años de prueba estaban a punto de agotarse y que un día cualquiera de la primavera se reuniría el «claustro» en que profesores y alumnos, reunidos, me otorgarían o me negarían la continuación (*tenure*). Las confidencias de la señora Madison con el chicano habían comenzado precisamente como consultas directas acerca de la opinión que yo le merecía, pues, en caso de llegar a convencerle de que yo era, como profesora, bastante mediocre, y, como persona, en sí no es peligrosa («¡De estas francesas mixtas no puede uno fiarse!»), ella sabía que la autoridad del chicano sobre profesores y alumnos podría inclinar la mayoría a su favor, lo que equivaldría a decir: «Señorita, ahí tiene usted, por vía irreprochablemente democrática, la expresión del deseo de la entidad a la que pertenece. Váyase con viento fresco y olvídenos.» Pero el chicano no se dejó convencer, y hasta coincidió con míster Sharp en la conveniencia de que se me otorgara la beca, si bien accedió a la solución intermedia propuesta por la señora Madison, la cual, a la vista del cariz que tomaban las cosas, se sacó de la manga la concesión (a mí) de una especie de sabático extraordinario, aunque sin sueldo (la fórmula burocrática ya se buscaría), a fin de que pudiese permanecer en España, no un verano, sino un semestre de añadidura. Lo curioso del caso fue que el chicano le dijo a la señora Madison: «¿Y por que no me permite usted acogerme también a esa fórmula?» «¿Es que quiere irse con ella?» (Ella, sin duda, era yo).

«No, señora Madison; es que no me disgustaría trabajar en España durante todo este tiempo.»

Lo que aconteció después fue la prueba de que la señora Madison, si no un talento científico de calidad, poseía por lo menos un espíritu de esos que se ha convenido en llamar maquiavélicos. Se le ocurrió nada menos que llamar un día al chicano y decirle: «Ha conseguido usted lo que quería. Seis meses de permiso (sin sueldo) para investigar en España, con la correspondiente beca, a condición de que colabore con la señorita ésa, ¿cómo se llama? la profesora…» «¿Se refiere usted a Ivonne?» «Sí, efectivamente, Ivonne quería decir. Hemos tratado largamente del asunto John Vincent y yo. Esa chica se ha propuesto un trabajo para el que tal vez no esté suficientemente preparada. Usted lo está de sobra. El departamento le ofrece, con el dinero de una beca sustanciosa que le permitirá vivir en España y hacer los viajes que quiera, la colaboración de Ivonne, bien entendido que, después, nosotros les publicamos un libro firmado por los dos, pero con su nombre delante. ¿Qué le parece?» «Pero, ¡señora!, así, de pronto… Yo lo ignoro todo de ese tema que va a estudiar Ivonne. No es mi campo, como usted sabe.» «¡Ah!, le respondió ella. Lo que dice John Vincent no es sólo que Ivonne carezca de la preparación idónea (aunque sea una chica lista, como todo el mundo sabe), sino que ese tema, conducido por usted, y ella como mera colaboradora, podrá dar como resultado un libro excepcional.» «Bueno, pues lo pensaré.»

Ésta fue la razón por la que cité al chicano para tomar el té cabe la chimenea Tudor. Cuando surgió de las sombras, contorneando el susurro de los viejos jubilados, la sonrisa blanca de la hawaiana, se me ocurrió de pronto que la afinidad del color de sus pieles (más oscura, por supuesto, la de ella, y de distinto matiz) podría inclinarles a otro tipo de afinidades. El chicano hubiera tenido serias dificultades de pretender casarse con cualquiera de nuestras alumnas, avispas todas ellas y con apellidos que habían pasado el Atlántico en fechas memorables, según escrupulosas referencias: pero me consta que muchas de ellas le habían citado en sus residencias vacías, que habían encendido el fuego y se habían dejado arrebatar por él. El chicano, a quien, desde ahora llamaré por su nombre de pila, Álvaro (don Álvaro, le llamaban todavía en

su tierra, ¿verdad que es muy bonito?). Pues don Álvaro, como digo, me había confesado alguna vez su vergüenza a causa de la facilidad con que se dejaba seducir por las rubias, y, considerándolo con objetividad, se empeñaba en explicarlo como consecuencia de las revanchas a que le conducían, desde su oscuro refugio, los restos de su complejo de inferioridad. «Cada vez que tengo debajo a una de esas putas, me parece tener a todo el país entero.» Lo cual sólo podía decírmelo a mí, que soy hija de francesa y de inglés y que carezco de preocupaciones raciales. Ésta mi indiferencia hacia el color de la piel explicaba, al mismo tiempo que mi simpatía por la morenita hawaiana, mi temor de que don Álvaro se sintiese también atraído por ella: pero, al menos de momento, se limitó a considerar la gracia de su figura y de sus movimientos, la esbeltez de su cintura y a asegurarme que una muchacha de aquella edad y de aquella procedencia, con su sonrisa tan atractiva, no podía por menos de tener un amante con el que ser feliz. Esto me tranquilizó bastante, pues no me hubiera hecho gracia un viaje por España con una pareja de morenos desiguales: me bastaba con uno. No es que lo sepa por experiencia, pero tengo oído decir que cuando en el equipo de colaboradores el tercero está allí por razones sentimentales, el resultado suele ser lamentable. Y que tampoco los da buenos el equipo de cuatro cuando son sólo dos los que trabajan juntos, porque, como los otros se aburren, si las edades no ponen freno a los desmanes, hay que acabar descifrando un problema de palabras cruzadas.

Don Álvaro llegó puntual, pero con ese aire sacrificado de los latinos que se esfuerzan por no llegar tarde. La morenita le dedicó una sonrisa encantadora, pero no distinta de las que me dedicaba a mí, y él se limitó a comentar: «Es mona esta chiquilla», y los elogios que ya dije, y aunque estas palabras españolas, «mona» y «chiquilla», aplicadas a una mujer, impliquen una tajante valoración erótica, don Álvaro dio por zanjado el suceso y ni apenas la miró cuando ella trajo el jerez que había pedido.

Era entonces la época en que los profesores se habían contagiado de esa moda que yo para mis adentros llamé siempre «de clochard», pues parecía como si ese desharrapamiento fuese buscado, con artificios por supuesto, por aquellos sabios tan escasamente seguros

de sí mismos que ponían su reputación en la apariencia más que en la ciencia. ¡Ay, aquellos pelos largos de Tzvetan Todorov, aquel pantalón de pana y aquella faja rosada con que se lo sostenía! Todavía me siento deslumbrada. Cuando apareció en nuestra Universidad y nos endilgó en francés una excelente conferencia, me preguntaba a mí misma por las razones de aquel disfraz tan aparente. ¡No había sido el único, el Todorov! Otros de varias lenguas habían aparecido con la misma catadura de pobres de solemnidad, y, de calaña semejante, contábamos con dos o tres en nuestro departamento. No era de ellos don Álvaro. Tampoco de ésos con tanto escrúpulo trajeados que parecieran ejecutivos franceses. Don Álvaro vestía bien, pero a su modo. Había hallado un equilibrio entre el color español y la flema inglesa, con algunas excursiones a la libertad. Por ejemplo, su tratamiento de la corbata merece unas cuantas líneas, y un recuerdo para sus escasos y remotos antepasados chichimecas. A veces, él hablaba de la coyunda, quizá violenta, pero de excelentes resultados, entre un hidalgo español y una princesa de aquella raza. La elegancia de don Álvaro le venía de la princesa: acusaba a los descamisados de no saber resolver el problema del cuello y de ese triángulo que, con sweater, cazadora o chaqueta, se instala fatalmente debajo de la barbilla, salvo cuando se le sustituye por la línea redonda de un jersey o de una de esas muestras de la imaginación francesa que solemos llamar nikis. Don Álvaro practicaba nada menos que cuatro soluciones distintas: ante todo las tradicionales, con corbata larga o de lazo; después, el jersey de cuello alto, o de cuello redondo con las puntas de la camisa fuera, según el modelo de Unamuno, aunque siempre menos severo; sólo con ciertas camisas de tela consistente, cerraba o se desabrochaba el botón superior. Tampoco era dogmático con las camisas, pues lo mismo usaba de las clásicas que de las muchas con dibujo escocés que se ofrecían, baratas, en los supermercados. Estas últimas solía llevarlas sin corbata, o con una *indian tie* de plata y lapislázuli que se había traído de un viaje a México y que por su rareza y casi extravagancia contribuía al éxito de don Álvaro entre las avispas. Tenía dos «completos», uno gris y otro oscuro, comprados en Europa, y por lo general combinaba pantalones grises o *beige* con tres o cuatro chaquetas, entre ellas una de pana

adquirida en París. Era la que traía la tarde de la cita con una de las camisas escocesas y la *indian tie* de plata y obsidiana (antes dije lapislázuli, pero quizá me haya equivocado). Don Álvaro me había confesado muchas veces que se vestía así para agradar a la gente, sobre todo a las mujeres, no porque su actitud deliberada fuese la del conquistador profesional, sino (como explicaba él) por mera cortesía. Bueno. Con algo de coquetería también, pero eso no se lo echo en cara jamás a un hombre, siempre que lo haga discretamente y sin amariconarse. Es muy posible que mi sensibilidad resulte anticuada, pero si la ambigüedad me fascina en la literatura, no le sucede lo mismo en el trato humano. Todas las chicas que nos hemos educado en los *colleges* caros del Nordeste, hemos experimentado los efectos de varias clases de seducciones, cada una con su proposición específica y la esperanza remota de la felicidad por el amor excepcional. Tanto los ambidextros o bimetalistas como los simplemente pasados a la otra orilla, e incluso alguno de los normales (entendido el concepto desde el lado de acá y no desde el de allá), parecen preferir esos lugares donde se prepara a las muchachas para el aprendizaje o disimulo de su estupidez de clase con referencias a grados o conocimientos, cuando no a profesores famosos. De vez en cuando, una oveja perdida se ve obligada a buscar su camino entre lo que algunos consideran peligros, aunque para otros sean facilidades. Mi profesora de castellano, que me lo enseñó a conciencia y con excelente acento, se pasó los años del *bachelor* insinuándome su enamoramiento con palabras por lo general tomadas de la poesía inglesa (que conocía muy bien) y sólo tres o cuatro citas castellanas. Eso me hizo sospechar que los líricos peninsulares entendían muy poco del amor. Más adelante comprendí mi equivocación.

Don Álvaro permaneció a mi lado hasta la hora de cenar; después me invitó a hacerlo en el restaurante de la Universidad, que, de noche, se transformaba, de lugar tumultuoso, en silencioso y elegante antro. Y, como nuestra conversación se prolongase, me llevó en su coche a un lugar desconocido para mí, de ésos, tan escasos, que estaban abiertos hasta la madrugada y a los que acude gente de costumbres europeas o internacionales. Transcurrió bastante tiempo antes de que don Álvaro me plantease la cuestión

del trabajo en común sobre la obra, la persona, o ambas cosas, de Uxío Preto. Durante las dos primeras horas, habló él solo y apenas abrí los labios, fuera de los indispensables monosílabos de asentimiento, de sorpresa o de risa. Me contó cuanto sabía acerca de las relaciones entre míster Sharp y la señora Madison; me lo contó con una aparente objetividad que ocultaba una gran sorpresa. Según lo que había averiguado, no correspondían aquellas relaciones, en su realidad oculta, a lo imaginable entre una secretaria todavía atractiva y un *chairman* ya decadente. El difunto señor Madison, primer marido de la que llevaba aún su nombre (al parecer, pronto se lo quitaría de encima; y yo me pregunto adonde van a parar esos nombres vacantes de los maridos muertos); el señor Madison, repito, había sido un lingüista prometedor, algo así como un genio en alevín, en esa etapa de las adivinaciones fulgurantes, de las teorías rápidamente entrevistas para cuya perfección le faltó la suficiencia intelectual que dan los años; uno de esos prodigios que sin ser ya niños había llegado a hombre: la muerte se encargó de darle una solución anticipada y triste, quizá con la colaboración involuntaria de su esposa, ávida entonces de orgasmos en medida superior a la que se podía esperar de un muchacho cuya tuberculosis adolescente había sido mal curada. Un buen día, no bueno, sino aciago, la señora Madison se encontró con que un vómito de sangre le empezaba a privar de la esperanza, tan dulcemente acariciada, de ser la esposa de un Premio Nobel, y cuando la mitigación del dolor por el tiempo y la reflexión serena le permitió pensar con frialdad en su porvenir, comprendió, o intentó comprender, que con toda seguridad había en las Universidades americanas hasta media docena de profesores que, como ella, tenían el Nobel como meta, aunque de modo más directo. Conoció a J. V. Sharp en un congreso. Sharp, hasta entonces, no había pasado de profesor brillante, aunque poco creador, pero venía acompañado de aquella reputación, bastante merecida, de excelente hombre de cama, que a veces sustituye con ventaja a la científica, sobre todo en la cama o en cualquiera de sus sucedáneos, como la playa, como el bien cuidado césped. En ellos, el doctor Sharp parecía preferir el entretenimiento a la profundidad, y la reputación de divertido a la de sabio: saltaba su parloteo veleidoso de lo lírico a lo pornográfico,

con cierta tendencia a lo cómico chocarrero, al abuso de lo escabroso que, de manera inevitable, aunque también inevitablemente placentera, saca de quicio a las puritanas. También tenía la costumbre de actuar con la luz encendida, lo que añadía a sus méritos ése, tan apreciado, de transgresor. La señora Madison lo escuchó no se sabe de qué boca agradecida: también le oyó exponer una ponencia deslumbrante, ingeniosa y fútil, pero con cadencias eróticas leída, con cierta melancolía en un tono que nada tenía que ver con el tema de la ponencia. La señora Madison recordó entonces que el régimen de sus orgasmos se hallaba notablemente alterado y que a aquel profesor tan delgado y de voz tan trémula, cuyo destino sin embargo le empujaría inevitablemente hacia las sombras de la mediocridad climatérica, ya sin originalidad su palabra y sin esperanza de hazañas memorables su afamada potencia sexual, se le podía cambiar el porvenir. No le fueron difíciles los trámites de introducción. Sonriendo, don Álvaro emitió la hipótesis de que, si no la primera, al menos la segunda vez que fueron juntos a un motel del camino, el profesor Sharp no contó chistes verdes ni plagió metáforas famosas, sino que trató con la señora Madison de Lingüística fundamental y de algo semejante a un negocio en que el pagano salía necesariamente ganancioso. La señora Madison conservaba los papeles de su marido como moneda contante, aunque no de validez eterna, pues en estas cuestiones de la ciencia, lo que uno no descubre lo inventa otro, dos o tres años después. ¡Si lo admirable era que las adivinaciones del señor Madison no hubieran sido adivinadas todavía por alguien! J. V., varón de mente madura, podría y sabría manipular y convertirlas en verdades de apabullante evidencia. Esto, a cambio de unos ratos de amor, de una colaboración profesional y de un matrimonio cuya fecha la señora Madison no cuidó de precisar, probablemente por no asustar a J. V., tan desengañado de su primera esposa. «Si haces memoria, Ivonne, recordarás que el brillante, el cautivador míster Sharp dejó de serlo y fue sustituido por el actual inventor de una interpretación del lenguaje y de un sistema ambicioso de semiótica total, eso que ha publicado fragmentariamente, en varias revistas y que se discute ya, o se admira, en el mundo de aquí y en el de más allá, pues conviene que recuerdes que míster Sharp fue invitado a Rusia hace

un par de años, y que desde entonces también se le estudia por aquellos helados pagos. Míster Madison había publicado muy poco; yo me preocupé de buscarlo y de leerlo: se puede considerar como la base del pensamiento de Sharp, pero nada más. No olvidemos que él ha tenido la buena ocurrencia de contar públicamente al doctor Madison entre sus fuentes y de elogiarlo como un predecesor genial. No hay reproche posible, pero, a juzgar por ciertos síntomas, me temo que los papeles del doctor Madison se han acabado ya; que J. V. no da más de sí, y que le gustaría pegar un salto sorprendente, incluso una sorpresa escandalosa tras la que pudiera disimular la sequedad de su caletre.» Se me ocurrió preguntarle: «¿Un cambio de orientación científica, por ejemplo? ¿Un salto de la Lingüística a la crítica o a la Historia?» «¿Por qué lo dices?» «Porque a mí, en este mismo lugar, me habló de algo de eso.» Don Álvaro quedó pensativo, y yo le contemplé así porque, pensativos, los hombres son más que hombres; pensativo sin dejar de sonreír. «Pudiera ser la clave», me respondió: «¿Y de otra clase de colaboraciones, no te habló?» «No de manera clara, aunque la constante alusión a la musa indispensable de que estaba necesitado para pegar ese salto de la inteligencia al espíritu, así como la propuesta de trabajar juntos en España durante todo un verano, podría interpretarse de muchas maneras.» Se echó a reír, don Álvaro: «De una sola la interpretó la señora Madison. Tú has sido el agente desencadenante de los trámites de matrimonio en que andan metidos, y quizá de algunas cosas más: por ejemplo, de la amenaza de descubrir el tingladillo.» No se equivocaba, entonces, el chicano. Pocas semanas después, la señora Madison, preconizada Sharp, organizó una reunión en la que pidió a los asistentes, personas todas de gran relieve en el mundo de la Lingüística, nada menos que la propuesta de J. V. para el Nobel. La verdad es que a nadie cogió de sorpresa y que todo el mundo estuvo de acuerdo. Hoy, cuando esto escribo, la señora Madison es ya la señora Sharp, en coyunda indisoluble a causa de la amenaza implícita, y míster Sharp es uno de los eternos candidatos al Nobel con que se honra nuestro sistema universitario. Pero no ha vuelto a publicar.

El lugar adonde me llevó el chicano después de haber cenado, quedaba lejos, en la linde de un bosque extenso y nevado, junto a

un grupo de casas blancas y graneros. Lugar, aquel barcito, que parecía traído de un rincón de París, y no de cualquiera, sino precisamente de la orilla izquierda, dentro del radio de un kilómetro que partiese de la estatua del Viejo Verde y girase al azar. ¡Cuántos lugares como aquél había recorrido yo, advirtiendo a mi izquierda un vacío! París, ya se sabe, acabó especializado en la creación de esos lugares pintiparados para el amor, y yo creo que nadie los construye deliberadamente con ese fin, sino que salen así: quizás ese descuido teleológico explique que no siempre en París se encuentre ese amor que se anhela. Estaba entonado, aquel barcito, en oros viejos y rojos pálidos, con velas en las mesas y alfombras grana. Se las habían compuesto para que cada mesa estuviera en un ángulo, y había lo menos veinte mesas. Cuando llegamos, siete u ocho parejas arrinconadas hablaban, o las manos por ellas, y tampoco eran de las acostumbradas, gente que va a tomarse unas copas antes de irse a la cama, sino de esas otras donde la cama no queda excluida, aunque se considere como etapa entre otras de similar encanto: esa clase de amor por el que una ha suspirado siempre, y que pocos saben cumplir de los que lo prometen. Le pregunté a don Álvaro si era asiduo a aquel sitio, me respondió que sí, pero solo y por las tardes. «Mi vieja costumbre europea de trabajar en el café puedo continuarla aquí, donde no te importuna la camarera al ver vacío tu vaso o tu taza de café. La gente que viene es silenciosa, y no hay música ambiental.»

«Ahora, me dijo luego, explícame lo de ese Uxío Preto. Mis informes son muy vagos. Alguna vez le oí nombrar, más como escritor misterioso que conocido. Creo que fue un gallego. En México D. F. decían que era un gran escritor, pero eso no basta para que se sienta curiosidad. Nosotros no podemos perder el tiempo en el descubrimiento de genios ignorados.» «Eso lo encuentro un poco petulante, Álvaro. Al genio hay que buscarlo aunque sea debajo del celemín.» Suspiró y quedó callado. Después, «Quizá tengas razón, y no creo que me llegue a destiempo», dijo.

Lo que le conté de Uxío Preto fue más o menos esto: «No se le puede llamar misterioso a un escritor que no pasó de secreto, y si lo fue o lo ha sido durante un tiempo, no hay que culparle a él, sino a las circunstancias. Publicó durante algunos años unas cuantas

novelas, exactamente tres, cada una con un nombre distinto. Después pasó un tiempo de silencio. Vino entonces el escándalo de la carta. Ahora acaba de publicarse una "Autobiografía póstuma" en la que relata su muerte y el juego que fue su vida, pero de este libro no se deduce necesariamente que haya muerto, y yo creo que está vivo. Puede entenderse también como clave de la obra, pero John Vincent lo considera el broche de oro, la culminación de un fraude, si lo prefieres, o de una travesura, aunque a veces piense lo contrario, o haga como que lo piensa; algo que llevaron a término unos cuantos escritores cuya identidad se ignora, gente con ganas de divertirse, aunque también pudiera ser que con ganas de burlarse e incluso de vengarse. Yo, contra las evidencias que aduce J. V., me inclino a creer en la autenticidad de las novelas y en considerar la autobiografía como un texto capital y definido, además de hermoso, aunque no fácil. Estoy hablando como profesora de crítica. La crítica se encargará de estudiar a Uxío Preto cuando llegue el turno de ser, no ya conocido, sino reconocido. Pero yo puedo estar equivocada. A míster Sharp, ese conjunto de libros, sea quien sea su autor, le parece una obra poética de envergadura. A mí, también. La última palabra ta tienes tú. Nadas, por fortuna, entre dos aguas, pero pienso que tu arribada final será precisamente a esa clase de crítica que míster Sharp empezó a considerar como su camino de huida y que es ante todo un arte. Esa clase de crítica es la que conviene a la obra de Uxío Preto. El libro que podemos escribir juntos, si las cosas prosperan, llamará la atención de los especialistas, y por ahí se empieza. Lo concibo como una especie de investigación policíaca. Si soy yo sola quien lo escriba, no estoy tan segura de que la persona de Preto y sus problemas queden suficientemente aclarados y descritos. Tómate el trabajo de leer sus libros: deja la autobiografía para final. Después, hablaremos.»

Fue lo que se convino aquella noche de febrero, con nieve en el camino, cielo limpio y estrellas abrumadoras: las veía a través del parabrisas, tan altas, tan concretas y tan bellas, y me estremecía; quizá por evitarlo miraba más a la blanca calzada y al perfil de don Álvaro. Creo haberme referido a su color de bronce claro, pero a la gallardía de su persona y a la impecable forma de su cabeza latina, heredada quizá del hidalgo a quien debía el Mendoza de su nombre.

Me pareció un poco triste, no sé por qué: iba en silencio, la pipa entre los labios, quizás apagada. De pronto preguntó si quería que me llevase a mi casa. Le dije que mi coche había quedado en la Universidad, y que si lo dejaba allí, al día siguiente tendría que gastarme el dinero en un taxi, y yo vivía lejos. «De todos modos, aunque vayas en tu coche, te escoltaré. No quiero que andes sola a estas horas.» Se lo agradecí de veras, pero no me sorprendió, porque Álvaro conserva mucho de las buenas costumbres de sus antepasados, además del perfil.

Quince días después volvimos a vemos en la salita Tudor. La hawaiana le trajo su jerez, y a mí el té con tarta de manzana. No se anduvo con preámbulos, pero tampoco fue excesivamente explícito: tenía que asistir a una conferencia.

—Estoy interesado en tu tema, y acepto el trabajo en colaboración, aunque en plano de igualdad, pues si es cierto que sé más que tú de algunas cosas, tú sabes más que yo de Uxío Preto. La señora Madison está informada y quedó muy contenta: estoy seguro de que me considera su colaborador en la liberación y captura definitiva (por ella) de John Vincent. Me ha invitado a la boda. A ti, en cambio, no te vi en la lista.

SOPA DE LETRAS
(*Addendum* al escrito de Ivonne)

La «Autobiografía…» de Uxío Preto, ofrece la curiosa particularidad de que al final de cada uno de los tres capítulos en que a su modo narra la historia de sus novelas, figuran páginas que no podemos llamar propiamente de texto, si por tal entendemos un escrito coherente y significativo. Estas tres páginas aparecen colmadas de letras al tuntún, sin orden ni concierto, todas mayúsculas y sin una sola duplicación inmediata, tampoco según un orden visible. La composición tipográfica, sin embargo, es correcta, e incluso hermosa, y lo es también la tipografía. Yo había pasado por aquellos *puzzles* sin darles importancia, pero al chicano le llamaron la atención, y desde el primer momento supuso que no estaban allí por capricho, sino por alguna cuenta y razón. Muy pronto nos percatamos de que nuestro propósito de trabajo era

como un proyecto en el vacío, pues si bien sabíamos lo que teníamos que hacer, ignorábamos con quién íbamos a hacerlo, ya que de lo que se trataba era de hallar e interrogar a las personas, de momento ignoradas, que habían conocido o tratado a Uxío Preto, singularmente a aquellos que figuraron en los tres capítulos mentados. Y fue dándole vueltas a esta cuestión cuando Mendoza se pegó en la frente una fuerte palmada, se llamó asno, y aseguró con el aplomo de quien tiene una revelación, que los nombres de aquellas personas todavía ignoradas tenían que estar en alguna parte, y que ese lugar no podía ser otro que aquellas páginas absurdas que, a partir de aquel momento, llamó «sopas de letras», tres sopas, tres, y ni una más. Nos dedicamos durante días a buscar, en ellas, nombres disimulados, pero eran tantas y tan difíciles las combinaciones, que no sacábamos nada en limpio. Hasta que al chicano se le ocurrió entregarle unas fotocopias a un amigo que trabajaba no recuerdo para qué organismo oficial y que disponía de una computadora de grandes vuelos e incalculables capacidades. Vistos los textos, examinados de nuevo y discutidos, el amigo aceptó la investigación. Duró pocos días nuestra espera, y, al final, nos trajo una página en la que aparecían unos cuantos nombres y unas cuantas ciudades: tres nombres de Madrid, dos mujeres y un señor; uno en Fuengirola, de mujer, por cierto de campanillas, y otro en Santiago de Compostela, otra mujer más. Estaba claro que Uxío Preto había contado con que se haría algún estudio, y dejaba señalados los caminos, aunque no muy claramente. Al terminar el curso preparamos el viaje: yo tenía que pasar unos días en Inglaterra, con mis parientes paternos, que me reclamaban, de modo que volaría directamente a Londres, mientras Mendoza marchaba a Madrid, donde nos encontraríamos. No convinimos ningún plan de trabajo, acaso porque, al tratarse de un asunto español, se aconsejaba la improvisación. Cuando me despedí de la señora Madison, a punto ya de dejar de serlo, me dijo descaradamente que a ver si llegaba a algo positivo con el chicano. Podía referirse al trabajo en común, pero aquella risita mal disimulada con que lo dijo me hizo suponer que la frase de despedida llevaba doble intención. La señora Madison manifestaba lo que suponía, ni siquiera lo que esperaba. Debo confesar que no

supe qué responderle.

EL CAPÍTULO GAMMA
(Relato)

EL CAPÍTULO GAMMA
(Relato)

Toda aquella invención del círculo alumbrado, del hombre con el látigo en la mano, y de las fieras rugientes, no fue más que una mera metáfora con la que pretendí que Cynthia alcanzase a entender lo que me sucedía: tan semejante a lo de ella, sólo que al revés, ya que lo mío me venía de dentro, y lo de ella, no, como espero hacer ver: aquella súbita invasión de mi memoria por todas las personalidades que había querido para mí, desde Espartero a Sarasate, desde el capitán Nerao a Alfredo de Musset. ¡Y tantas sin nombre y sin fisonomía, persistentes o fugaces, manos alzadas desde el fondo del recuerdo! ¿Qué habrá más allá, Dios mío?, y por eso más mías. Pero Cynthia, famosa como perita en fonología, diestra en la clasificación de las vocales, no lo parecía en tropos, al menos en su comprensión entera y en la influencia que podían mantener con la estabilidad y la paz de nuestras relaciones; y lo mejor del caso fue que me acostumbré de tal modo a valerme de aquella espantosa imagen, la de una especie de domador de circo, que me resulta ahora embarazoso explicarlo de otro modo, por escaso que resulte: tal vez los años que pasan hayan colaborado en algo semejante a un proceso de esclerotización de la metáfora, que ya no es móvil para mí, como lo debe ser la imagen de un domador, sino una especie de estampa quieta, con los colores superficiales y

brillantes de una calcomanía; pero, aun esto admitido, tiene que haber palabras más simples con que comunicarlo, o, por lo menos, establecerlo: palabras de las directas, de significación delimitada, ni más ni menos que esto, aunque mi experiencia de los demás me diga que, si bien todo el mundo medianamente civilizado pasa por trances similares al mío y puede esclarecerlos mediante comparaciones relativamente mostrencas, acontece por lo general que la mayor parte de la gente no quiere saber nada de esas complejidades, quizá mejor complicaciones, ni aun siendo suyas, que se le antojan sospechosas de insania, o episodios soñados que conviene remitir al olvido, por muy de uno que sean, por reveladores (sobre todo por esto), y se escabulle como puede sin prestar atención a sus contiendas interiores, o las relega al fondo oscuro de la inconsciencia, al lado de los pecados sin arrepentimiento, de las traiciones deseadas, de los crímenes no cometidos por cobardía, porque también la cobardía influye en eso de no ser lo que se hubiera querido, a veces disfrazada de pereza. Lo que a mí me pasó fue algo de ese orden, pero las más de mis razones tenían otro color, quiero decir que fueron conscientes y bien fundamentadas. A esa edad en que la multiplicidad personal se manifiesta como Destino y no como perplejidad, al menos en la imaginación y en la esperanza versátil; a esa edad en que a uno le gustaría ser todo cuanto brilla, yo pretendí ser yo, ni más ni menos, algo concreto y singular encerrado en un nombre y en un cuerpo, con un Destino sin bifurcaciones ni laberintos, bien precisa la meta; y determinada imagen, la mía (por razones de hábito seguramente), cumplía los requisitos de mis más íntimos deseos: algo así como el retrato ideal, o esa proyección de uno mismo en el futuro que es a veces como una percha en que se cuelgan prendas, y que se organiza como imagen sobre imagen, en virtud de un ansia más vehemente que las demás, pero también porque esa figura que yo me atribuía, hacia la que me movía, tan evidente que la podía palpar, no me satisfacía más que otras, originadas asimismo en mi interior a modo de figuras suplementarias, surgidas en el mismo espejo, igualmente posibles, pero, si se prefiere, alejadas del proyecto ideal apetecido como realidad futura. Yo lo creí así al menos, de modo que un acto de voluntad que recuerdo claramente,

y que si lo llamo «un acto» es acogiéndome a la convención que autoriza a expresar mediante la unidad lo que no es «uno», sino una suma de mínimas sustancias desparramadas, aunque coherentes, todas esas menudencias que nos llevan a lo que se quiere ser, mientras quedan atrás, como muertos inertes (eso creía yo), abandonadas en las cunetas, esas figuras adventicias del espejo, lo que se puede y no se quiere, así como lo que se quiso y no se pudo. ¿Resurgirán alguna vez, imperativos, el capitán del barco, el arzobispo, el clochard? Cuando era niño, no había dificultades gracias a ciertos símbolos capaces de transformar en indio, en nauta, en descubridor, en capitán de bandidos: ¡la pluma, una gorra de plato, un salakof, un supuesto trabuco! Lo que la gente no sabe es que estos símbolos forman parte de una metáfora y le dan realidad. Y no deja de ser curioso, y tal vez importante, el que a todo el mundo le haya sucedido lo mismo, como ya dije, lo cual no impide que la mayor parte no lo quiera entender ni le importe, ya que si lo digo aquí, proclame su aburrimiento después de asegurar que exagero: porque ellos se avergüenzan de haber querido ser, de habérselo creído, Sitting Bull, el capitán Nemo, Stanley o José M.ª *el Tempranillo*: ¡Esa endemoniada repulsa de lo espontáneo en beneficio de lo trivial, tenido generalmente por «lo humano», es la culpable! Te invitan a darte cuenta de tu situación social para que olvides la personal y no insistas en ella, lo cual no impide el que, al igual que el mío, el camino de cada hombre queda sembrado de muertos, esos cadáveres de lo que pudo ser y no fue, de lo que quiso y no se atrevió. Todo lo cual, en lo que a mi afecta, parece una operación fría, calculada, cuando lo cierto fue (o es) que consistió en una lucha feroz contra mis Otros posibles, que duró tanto como mi adolescencia, y en la que fenecieron amores locos y esperanzas sensatas. El dolor se mezclaba a la alegría y la seguridad a la zozobra. Lo más seguro es que todas las adolescencias se asemejen, la del que quiere ser poeta y la de quien aspira al gobierno de una fábrica gigante o quizá del mundo entero, entendido como inmenso taller o como interminable ergástula. Pero yo sólo conozco la mía y lo que la conmovió. No sé si la madurez anticipada me permitió ser el que soy, o si sólo al llegar a ser quien soy puede saberme maduro: la cuestión quizá sea teóricamente insoluble, pero a mí me

da lo mismo. Lo peor de esos años de congojas e indecisiones, mañana Shakespeare, pasado Napoleón, en su intolerable oscuridad, pero la claridad de estos otros, seguros de sí mismos, es igualmente intolerable. Uno lucha y se afana, y sólo más tarde sabe si ha fracasado o no: admito que otras vocaciones disponen de pruebas objetivas del éxito: así Felipe, cuando apareció en el Cantón vestido de aspirante a guardiamarina; así Egmerarda, aquella niña prodigio que se licenció en Derecho a los diecisiete años, o acaso antes, no lo recuerdo bien: en todo caso, un verdadero monstruo de saber acumulado, regida por una madre que ya lo había pensado todo para Egmerarda, la vida, la muerte y la ausencia de amor. ¡Así, cualquiera! Cuando Felipe y yo nos encontramos, él tan pincho y gremial, tan envidiable, con aquel traje blanco y aquella espada que nos apartaba para siempre, había mucha gente que, con regular seguridad, podía pronosticar las distintas etapas de su vida, hasta almirante, en tanto que la mía no pasaba aún de superposición y entramado de pronósticos y dudas. ¡La angustia y la belleza de aquella inseguridad que me hacía ver mi vida como aventura, quién sabía entonces si peligrosa! Algún tiempo después, nada más que pocos años, Egmerarda daba en el Ateneo una conferencia acerca de uno de aquellos temas que entonces se vetaban a las mujeres, cosas del sexo, el derecho que tienen de acostarse con quien les apetezca, pero no dicho así, con esa vulgaridad de palabras, sino con citas científicas que lo rescataban de la cotidianeidad para zambullirlo en el heroísmo intelectual del uno contra todos. La curioso del caso fue que la madre de Egmerarda no permitía a su hija acostarse con nadie, pero eso lo sabía poca gente. Pues la madre aquella me descubrió a la entrada del salón, perdido como estaba entre la gente: hacía varios años que no me veía, pero debía de ser eso que llaman buena fisonomista. Yo me hubiera escurrido, de poder, porque me vio en el preciso momento en que le exultaba la gloria de su hija, rubia y fofa, grandota; en que se le derramaba sin que ofreciera a nadie un ápice de participación; antes bien, esa gloria exultada consistía en la admiración de los demás, que por el camino indirecto de Egmerarda, tan doctoral y sajona con sus gafas y sus grandes trenzas, revertía en ella. «Pues ya ves», empezó por decirme, y, claro, yo lo veía, la niña prodigio y la gente con la boca

abierta; pero además la oía, y lo visto y lo oído me tenían apabullado, y el apabullamiento llegó a su colmo cuando, al preguntarme ella por lo que hacía o por lo que era ya, le respondí vagamente que estudiaba o quizá que estudiaba vagamente. Entonces me miró con tal desprecio que fue como echarme encima, para enterrarme, el cuerpo y la reputación abrumadoras de su hija: me sentí aplastado, ahogado por tanta carne fofa y tantas ideas fofas, me sentí aniquilado, y, conmigo, estuvieron aquella vez a punto de anularse, no sólo el que aspiraba a ser, sino todos los que podía (soñar) y no quería. Hay que ver lo que son las cosas del Destino: Felipe, que tenía tan claro su porvenir, y a quien jamás habían acosado problemas de personalidad multiplicada, lo mataron en la guerra, y a Egmerarda, cuya personalidad se la habían dado hecha, como quien dice inyectada, la mató su misma madre.

Lo que empezó a sucederme y a preocuparme, lo sitúo unos años después, precisamente cuando mi condición disimulada de dramaturgo en ciernes y de escritor anónimo y barato, lo que se llama un «negro», parecía más definida, tanto en sus dificultades presentes como en las esperadas. La metáfora del círculo de fieras rugientes es un poco exagerada, lo reconozco, pero responde de manera bastante gráfica a la realidad. No eran lo que se dice fieras, felinos de verdad, sino personalidades posibles otra vez; vocaciones destruidas que, si fueran leopardos en manada, no me acosarían con terquedad tan cruel; con la diferencia, además, de que, leopardos o cualquier otra clase de felinos, incluidos los gatos, lo sabría; pero pasó un tiempo de angustia antes de descubrirse la sustancia o el busilis, o como se quiera decir, de lo que me acontecía, y cuando, por fin, lo averigüé, era ya tarde para evitarlo. A veces me vienen dudas de que fuera evitable.

Por aquel tiempo ya había entrado en mi vida Cynthia, o yo en la de ella, eso nunca se sabe bien. Si escribo Cynthia, y no Cintia, obedece al empeño que puso siempre en la ortografía de su nombre, como que muchas veces me preguntaba si, en otras lenguas, se pronunciaría de tal modo que se oyesen, ya que no se veían, y griega y el grupo th. Solía responderle que se lo preguntase a alguno de sus profesores de la Universidad, pero ella no se atrevía, quizá porque, en el fondo, en un trasfondo de ella misma

insospechado, comprendiese la suave, la casi tierna ridiculez de la pregunta. Pero pienso que me equivoco al atribuirle alguna clase de profundidad, ni siquiera la tan vulgar de un inconsciente donde se almacenase algo, no más que unos recuerdos de la infancia, no más que unos pecados escondidos. Cynthia vivía en la mera superficie de sí misma como en la piel de su cuerpo; vivía también en el instante, sin más futuro que las ideas, por lo demás confusas, de una carrera, de un marido, de un abrigo de pieles: ideas, entiéndase, ni siquiera deseos, menos aún imágenes: lo que se dice unas nociones abstractas. Todo lo que Cynthia era le venía de fuera, y esto lo sospeché desde el día en que nos conocimos y lo comprobé poco tiempo después: había ido al cine, aquella tarde, y me tocó sentarme al lado de una muchacha bonita a la que no presté más atención que la indispensable para comprobar que, según lo revelado por su aspecto, no parecía de las que pudieran situarse a mi alcance: acaso mi razonamiento no haya ido más allá de la mera comparación de atuendos, ella correcta, yo disimulando mi desaliño. Me desentendí de ella y llegué a olvidarla. Contenía la película una larga secuencia en la que la protagonista seguía, casi perseguía, al primer actor, un caballero de bigotes cargados de eróticas promesas. ¡Ay, yo me afeitaba el mío! No me cabe duda de que era una secuencia excelente, que firmaría del mejor grado cualquier cineasta en ciernes, cosa que yo también podía ser, aunque lo de cineasta no hubiese figurado en el círculo de los leopardos. Sin embargo, lo inexplicable llegó a explicarse y lo imaginable fue una realidad: aquella moza me siguió más o menos como la protagonista de la película lo había hecho; y si yo, sin el menor ánimo mimético, entré en un café a tomar algo caliente, la muchacha, igual que en la película, entró también y me abordó, aunque no sepa precisar si fue un abordamiento a un abordaje. Me abordó con el mismo pretexto que la muchacha de la película había usado con el actor cuya función desempeñaba yo sin desearlo, sin haberlo esperado, y en los primeros momentos sin darme cuenta, aunque la situación repetida me remitiese pronto a la original. Entonces pude barruntar que Cynthia actuaba como pudiera hacerlo en un estado de hipnosis, no muy intenso ni duradero por cierto, porque cuando para darle naturalidad al engorro, le pedí que

aceptase la invitación de un café, y la llevé a sentarnos en la mesa de un rincón, advertí cómo, al introducir en la situación un elemento original (el actor de la película no había invitado a café a la protagonista ni la había llevado a un rincón, sino que le ofreciera una copa en la barra), Cynthia, cuyo nombre aún ignoraba, pareció recobrar rápidamente el sentido de la realidad, o quizá lo que hizo fue pasar sin trámite intermedio de una realidad a otra, y lo primero que advertí fue que le cambió la voz: las primeras palabras las había dicho precisamente con la de la protagonista de la película, repetición asombrosamente exacta, por ello más sorprendente. Supuse que aquella con la que seguía hablando era la suya propia, y la explicación que di al acontecimiento (que me di a mí mismo, en mi interior, pues ella no parecía necesitarla, al menos con apremio), fue la de que había actuado bajo la fascinación del cine, cosa que en diversas medidas le sucede a mucha gente. ¡Como que el cine está hecho para eso, para que dimitamos de quienes somos y nos cambiemos durante hora y media aproximada, a veces algo más, en un personaje imaginario y visible en cierto modo, en varios en algunas ocasiones, según la capacidad de cada uno! Con la particularidad de que son muchos los que incurren en esa especie de hipnosis y la mantienen como el modo natural de andar por esta vida, o, al menos, por la calle. El primer beso que recibieron mis labios adolescentes me lo dio una Greta Garbo que ya había aprendido, nada más que con mirar, que esos besos en que sólo intervienen los labios, son besos que no valen la pena, besos de novios inocentes, casi ósculos: cuando me hallé con una lengua entre los dientes, no supe si caerme del susto o escupir: allí mismo aprendí, lección de aquella G. G., que en esos casos no se escupe. La nueva voz de Cynthia no era desagradable, aunque sí un poco áspera, como si a su paso por la garganta rozase con un dolor, lo que le daba un remoto matiz muy atractivo. Con ella pronunció su nombre y añadió en seguida: «Con y griega y th»: y con la misma voz se amilagró cuando le dije que me llamaba Uxío Preto. Lo halló extraño y sin referencias próximas, si bien no descartaba las remotas: le expliqué que Uxío en mi lengua natal vale lo mismo que Eugenio, y que Preto, en portugués, quiere decir negro. Al reírse, después de mi explicación, me pareció, aunque fuera una impresión

fugaz, que aquella risa no se correspondía con la voz con que me había hablado, la segunda de ellas, un tanto áspera, como dije: porque la risa se hubiera definido como el «fracaso de cristales», de Rubén: entonces no se había inventado todavía, o no las conocíamos, esas máquinas de escribir que disponen de bolas o de estrellas de recambio, cada una con el tipo de letra diferente. Fue una pena, porque la posible metáfora me hubiera explicado lo que entonces no lograba comprender: que aquella muchachita dispusiera de unas voces de recambio.

Cuando algún tiempo después, quizá dos meses (entonces se demoraban los trámites conforme a una ley no escrita), me dijo: «¡Quiero ser tuya!», y se me agarró a la boca con los labios, y un poco también con las consabidas perlas, ya había descubierto la peculiaridad de Cynthia, y hasta había llegado a hacer con ella experiencias de las que no fue consciente, porque tampoco lo era de su cualidad más relevante, aquella receptividad que la hacía parecerse a un espejo que refleja las cosas y las personas, si bien ella reprodujese a su manera las acciones fragmentarias, las «secuencias», que más adentro le resonaban, y después, hechas suyas, las reproducía, en este caso (hablado) con la voz de la actriz que doblaba a la estrella, ni siquiera con la de la estrella misma, que hubiera dicho el «¡Quiero ser tuya!» con menos trémolos y más naturalidad. Y a mí me había hecho reír, no emocionarme, no porque la escena no fuese prometedora, que lo fue, sino porque semejante propuesta me recordó la insistencia con que una de mis patronas, aquella que me había alquilado una habitación por treinta duros, una vez que un amigo mío bastante cínico le ponía los puntos (veinteañero él, cincuentona ella), se defendía entregándose a una especie de gemido, cada vez más desmayado y acuciante: «¡Enrique, yo no puedo ser tuya! ¡Yo no puedo ser tuya, Enrique!»: la voz, si lastimera, traspasada de cachondeces inaplazables; como que la hija de la patrona, que estaba en casa como yo, vino a mi cuarto y me rogó que la acompañase a la calle, que ella no podía aguantar más, de puritita vergüenza: aquellos gemidos cálidos calmaban con su temblor, y estremecían, el aire entero del piso, que no era de los grandes. ¡Lo que se hubiera reído María Elena de haber estado allí! Pero María Elena, por entonces, aún no había

hecho amistad conmigo. Esto puede servirte de explicación, Cynthia, de cómo una frase trivial por lo repetida (o por lo leída), en virtud de un acontecimiento inesperado cuya conmovedora ridiculez la ha despojado para siempre de su pálpito emocionante (o emotivo, que a ti te gusta más), dejando intacta sin embargo su significación literal, que en tu caso era una invitación bastante clara a que te llevase a la cama, puede ser causa de un efecto contrario al pretendido: no obstante lo cual, y después de cierta penosa deliberación interna, no te dejé defraudada. Durante el tiempo de nuestra compañía (y no digo de nuestro amor, porque ninguno de nosotros amó al otro), tuviste ocasiones abundantes de darte cuenta de las dificultades que la palabra «cama», ese vocablo tan sencillo, me causaba cuando a un lecho de amor se refería, pues si bien nuestra situación de entonces (tú, huésped de un Colegio mayor; yo, pupilo de una patrona) nos obligaba a que cualquier lecho real o posible perteneciese a la categoría de los mercenarios, solía suceder, y de hecho sucedió aquella tarde, que yo no tuviese el dinero indispensable para sufragar el módico estipendio solicitado por una señora cargada de experiencia y de ironía que, disimuladamente, dice al oído del varón: «Si ella es virgen, son cinco pesetas más.» Y tú eras virgen, Cynthia, o, al menos, eso me habías confesado, aunque como disculpándote, aunque como pidiéndome perdón, si bien sea igualmente cierto que yo no me cuidé de comprobarlo, de disculparte y menos aún de perdonarte; y cuando resultó que sí, que lo eras (y dejaste de serlo merced a un préstamo oportuno), no creas que me sentí superior ni que experimentó una especial satisfacción mi varonía, a un punto de remordimiento, ya que entonces mis ideas coincidían más o menos con las de ahora, teóricas entonces, nacidas de la experiencia después: me refiero a las que atañen a las virginidades, a la tuya lo mismo que a la mía, que deberían emplearse en una ocasión de amor, y no como resultado de una complicada secuencia de imitaciones, errores, ideas y deseos. Conviene sin embargo recordar que por aquel tiempo ya las muchachas de tu edad y de tu profesión, así como algunas otras que aspiraban a ella o que ya la habían rebasado, decían con toda franqueza, en las reuniones del bar de la Facultad, que la virginidad les estorbaba, y una de ellas llegó a comparar la suya con una araña

peluda que se le había instalado en la entrepierna. Lo que a ti te distinguía de esas tus compañeras era el origen de las opiniones al respecto, pues la tuya procede, si no recuerdo mal, de una película que viste en Francia, aquella vez que estuviste unas horas en Biarritz. No todo el mundo puede decir lo mismo, Cynthia: Biarritz fue una ciudad cuyo nombre traía música de amores y de azares; también alguna vez nacían allí los niños de los veraneantes; nacían adrede, para poder decir después que el niño era francés.

Hablando, hablando, o mejor recordando, me aparté de la guía. Ni me extraña ni me importa, porque este escrito no tiene por qué someterse a otras reglas que a la de mi ocurrencia o mi capricho. Intentaba explicarme a mí mismo cuáles fueron las causas, o acaso los meros motivos, en virtud de los cuales inventé la metáfora del círculo alumbrado, del hombre con el látigo en la mano y de las fieras rugientes, a ver si con mi ejemplo te entendías a ti, aunque no sé de nadie que haya llegado a entenderse por los ejemplos ajenos. Divagando, si no recuerdo mal, recaí en el recuerdo de la extraña, aunque nada rara, relación existente entre tú y el cine. Al principio de nuestros devaneos, creí que se trataba del efecto inmediato de la película que acababas de ver sobre tu voz y tu conducta, pero más tarde (no demasiado tiempo después) me fue dado adivinar que la consecuencia no era necesariamente inmediata, sobre todo en lo que a las voces atañía, pues hablabas con la de Greta Garbo, la de Claudette Colbert o la de Merle Oberon porque algún mecanismo interior que nunca llegué a entender las sustituía al modo de esos tocadiscos automáticos que ponen a Mozart en el platillo cuando ya ha concluido Beethoven; aunque no necesariamente en ese orden, Greta, Claudette, Merle, sino la adecuada a la situación. Porque recuerdo aquella ocasión en que Martina nos invitó a la inauguración de su bohardilla restaurada. Con imaginación y casi nada, ella y Rafael habían creado una atmósfera como un mundo, o, por lo menos, un espacio en el que podías aposentar el mundo que llevases dentro. Como aún no les habían instalado la electricidad, nos alumbraban unas velas que, desde arriba, cerca tal vez de las estrellas melancólicas, colmaban los rincones de sombras, y, en el centro, un poco de resplandor como un fuego de San Telmo alrededor del cual nos habíamos sentado, o tumbado, alguno quizá

flotando. No sé quién empezó a tocar una guitarra, y aquella música nos fue callando, uno a uno, hasta quedar la guitarra sola en medio de las sombras, unos dedos bailando, y el bordoneo. Era una de esas músicas en las que el mero desplazamiento de un octavo de tono deja un resquicio por el que penetra Dios, y Dios había entrado ya y empezaba a envolvernos. Lo sentíamos circular, rodearnos, asediarnos, llevarnos al fondo mismo de la existencia: uno de esos momentos en que el encuentro de dos manos supera en plenitud y en lucidez a una cópula perfecta, y en que todo lo dice el silencio. Tú no lo pudiste soportar, y fue precisamente con la voz de Ginger Rogers con la que exclamaste: «¡Parece como si un ángel estuviese pasando!» ¡Con un gerundio por añadidura, Cynthia! Alguien susurró: «¡Mierda!» y la prima de la guitarra se rompió como un latigazo de metal dado a las sombras.

¿Y qué le vas a hacer, si de repente, se encuentra uno en el centro de un redondel radiante? No hay nada alrededor, no queda nadie, el mundo se tragó la noche, la barrió hasta sus límites, lejanos y profundos. Luz, sí, únicamente; ésa, absoluta, que ilumina la pista de los circos, focos y focos acumulando esa claridad en la figura escueta, de lentejuelas deslumbradoras, sin más defensa que el látigo. Me contemplan y me acosan esos leones acechantes en la linde; quizá no sean leones, sino tigres, o únicamente leopardos, esos que creo ya haber nombrado: felinos en todo caso. Y se parecen a mí, los mires como los mires. No es que repitan mi cara, menos aún mi figura, pero algo de ellos me recuerda en la medida necesaria para saber que soy yo cada uno de ellos, o que han sido yo en un deseo, en una imaginación. ¡No te rías aún, no seas superficial! Salta a la vista que no soy un felino: me faltan la mirada y esa elegancia de mimbre traicionero que (sin saberlo tú, gracias a Dios), compartes con los gatos. No te lo dije nunca, pero lo que hacía tu compañía tolerable, alguna vez amable, era esa felinidad de tu cuerpo, lo mismo en movimiento que en reposo: te hubiera redimido de tantas vulgaridades de haberle encontrado al amor ese sentido que crees haber hallado, o más bien recibido, del que te tiene ahora, tu marido, ¡muchas felicidades! Pero, vuelto a lo mío, los parecidos no exigen coincidencias, sino tan sólo alguna semejanza. Y, en este caso, aunque no alcances a comprenderlo,

entre otras razones porque nada de lo que vengo diciéndote te interesa, no soy yo quien se parece a los felinos, sino ellos a mí, creados como son por mí y para mí, algo a mi imagen, si bien sea lo cierto que los imaginé con fines estrictamente pedagógicos. ¿Consigues enterarte, Cynthia, con y griega y th, de que mis antiguas personalidades domeñadas, enterradas, olvidadas, renacen o resurgen, quién sabe si ambas cosas, con urgencia de ser? ¿Y cómo puedo darles lo que me piden, si no soy más que uno, esa figura escueta que te dije, un nombre que te hizo reír, Uxío Preto, un poco de gallego y algo de portugués, capaz apenas de aguantarme a mí mismo, de granjear mi sustento, dicho en menos palabras, de vivir? Cuando el acoso empezó a ser grave, cuando mi látigo podía mantenerlos a raya, a los felinos impacientes, todos queriendo ser el primero, me hallaba yo en un momento de los difíciles, ya lo recuerdas porque no te lo ocultaba: yo escribía artículos anónimos de encargo, que me pagaban, cuando lo hacían, una semana sí y otra no. Ponían un papelito en la ventanilla: «El jueves a las doce, pago de colaboraciones.» Había que estar allí a las nueve, pero siempre se te habían adelantado cien personas a las que como a mí se les acabara el dinero el miércoles al mediodía, aunque algunas el martes ya lo tuvieran gastado. Aguardaban allí con las mujeres, a la espera de que abriesen la ventanilla, de que pagasen, para ir a la compra. ¡Qué rigor militar el de la cola! «¡Señora, usted ha llegado después!» Tres horas, hasta las doce, y casi todos con una purrela de café que ni aún nos calentaba, o en ayunas. Cómo nos despreciaba el tipo aquel que abría la ventanilla, que amontonaba los billetes y las monedas, que se demoraba en menudencias innecesarias y crueles, hasta el momento en que se dignaba anunciar: «¡El primero! ¡Y no se me apelotonen delante, que no tenemos prisa!» El muy hijo de puta, bien comido, bien bebido, con sueldo fijo cada mes y un sobre aparte: mujer e hijos, y querida, como un señor, todos bien trajeados, las mujeres con abrigos de pieles de contrabando, relucientes (los abrigos), y hondamente satisfecho de sí mimo y de su suerte: ¡Cómo que, por tener, hasta tenía un pasado siniestro de verdugo voluntario, en su provincia remota! Echaba el humo del cigarrillo fuera de la ventanilla y mareaba a las mujeres hambrientas. Así una hora, a veces dos, ¡y

hasta tres! Menos mal si llegaban a tres, porque lo acostumbrado era que a la hora y media, o menos, se acabase el dinero, y la mitad de la cola quedase sin comer. ¡Qué griterío! Los policías que guardaban el orden se solían poner de nuestra parte, salvo un tipo virojo que amenazaba con detener a los que protestaban, los cuales, además de protestar, decían pestes del Ministerio. ¡Con frecuencia solía yo quedar para el día siguiente, si había suerte, o sabe Dios hasta cuando, si no la había! Pero yo no podía madrugar más, estaba cansado y mal alimentado, mi patrona lo más que me daba era una taza de manzanilla sin azúcar, que jamás me ayudó a calentarme, en aquellas mañanas frías, y que no restauraba mis fuerzas, en cuyo agotamiento habías colaborado la noche antes, o a lo mejor la tarde, vaya usted a saber en dónde, tal vez en una sombra callejera, uno de aquellos rincones favorecidos del amor que había que apresurarse para ocuparlos, pues las parejas candidatas andaban al acecho. «¡Vaya por Dios, se nos han adelantado!» O en los desmontes, si no hacía demasiado frío, o en las frondas del parque, aunque con el temor de que se oyesen a lo lejos ladridos de los perros, las pandillas guardadoras de la virtud, con curas como cruzados. «¡Escapa, corre, yo les haré frente!», y ella huía hacia las sombras subiéndose las bragas. No protestaban porque nunca éramos a escapar solos, y si al día siguiente lo contabas en el bar de la Facultad, según quien compusiera el auditorio, quedabas bien o regular. «¿Pero es que el tío ese no tiene cinco duros para una casa de citas?» No los tenía, no. El último billete lo habíamos cambiado el domingo, una película de Norma Shearer donde aprendiste a morderme la oreja. Y, total, ¿para qué? Yo podía prescindir tranquilamente de tu amor, y tú no habías aún logrado sacarle al mío el menor gusto, aunque fingiendo sentirlo con los gemidos que escuchaste en la famosa película de Biarritz. ¡La mitad por lo menos de tu escasa sabiduría erótica procedía de Francia!

Nunca llegaste a saber de María Elena. El nombre te sonaba, probablemente, porque ya se hablaba de ella, pero nunca la habías visto bailar. ¡Ah, si fuese un claqueado, lo que bailaba María Elena! De Fred Astaire estabas bien informada, y con gusto hubieras ido a escuchar el ruido de cualquier imitadora. Pero el zapateado de María Elena pisaba otras estrellas, porque lo suyo surtía del ritmo

mismo de la sangre, no era ruido, y sólo se parecía en que al uno y al otro les llamaban baile como les llaman música a lo del órgano y a lo de la zambomba.

María Elena era anterior a ti, aunque no mucho. Nos conocíamos de los tiempos peores, cuando ocupábamos habitaciones contiguas alquiladas, de aquella misma patrona que fingía resistírsele a Enrique. Nos habíamos visto en el pasillo, «¡Buenos días, señor!»; con aquella voz andaluza que cantaba dulcemente, y un día se encontraron nuestras hambres, acodadas a la misma barandilla frente a un atardecer espléndido. No nos dijimos más que «¡Hola!», y seguimos mirando al sol. «¿Verdad que es bonito, eso?», exclamó sin mirarme cuando el sol ya se había hundido; y fue entonces cuando pregunté si su acento era de Córdoba, de Sevilla o de Málaga; pero más tarde supe que no, que era de Cádiz. Me hubiera sido fácil aprender los matices, tengo el oído refinado de los hombres del Noroeste, que hablamos también con música; pero ella, entonces, se había vuelto hacia mí, con una sonrisa que no pude descifrar, pero que, muchas veces después, vi nacer en sus labios. «¿Usted sabe qué bailo?» «Algo me dijo la patrona.» «Ella se piensa que soy una de las de tres al cuarto.» «De mí piensa otro tanto.» «Y se equivoca, ¿verdad?» «Al menos, por lo que a usted respecta…» «Gracias.» Alargó la mano, hasta entonces oculta debajo del rebocillo, y me apretó la mía. «¿Sabe que vengo siguiéndole?» Debió de notárseme mucho la sorpresa, porque añadió en seguida: «¡Sí, hombre, no se me asuste! No le seguí para nada malo, pero tenía ganas de que fuésemos amigos y nunca quise abordarle en el pasillo, con los oídos de la patrona pegados a la pared. Es una bruja, doña Imelda, es una mala pécora, que no deja a la vista un mal mendrugo de pan para una necesidad cuando una llega tarde y viene desfallecida. A usted le sucede lo mismo, ¿verdad? Le tengo muy estudiado. Hay días que no tiene qué comer.» Me eché a reír con una risa hambrienta. «¿Cómo lo sabe?» «¡Porque a mí me pasa igual, criatura!» «Sí, le confesé; los martes y los miércoles no me son favorables, pero también hay jueves de mala pera. ¿Qué día es hoy?» Volvió a cogerme la mano: las sombras ya se acercaban a la curva del ocaso. «¡Día de hambre para los dos!», casi gritó, con esa especie de júbilo inexplicable que sentimos al encontrar un

verdadero semejante. «Mujer, con la ayuda de Dios, quizá no sea para tanto.» Eché la mano al bolsillo, saqué las monedas sueltas, las contamos como se espera el final de un melodrama. «Sé de un lugar donde con este dinero podemos tomar dos bocadillos de calamares y un tinto para los dos.» «El tinto, ¿cuánto vale?» «De quince para arriba.» «Entonces habrá para dos tintos.» Sacó dos perras de su bolsillo y las sumó a las mías. «Si no le parece mal, cristiano, iremos del ganchete. Así, si el uno cae…» Le ofrecí riendo el brazo: del horizonte iban huyendo los resplandores.

Aquella tarde, más bien ya prima noche, en el rincón de un bar modesto, una plancha de mármol entre los dos, tuve una de las conversaciones más importantes de mi vida, creo que de la vida de María Elena también. Empezó cuando el hambre engañada nos hizo olvidar el hambre, y recordamos nuestras esperanzas, pero fue lo mejor de la conversación cuando le dije a María Elena que me gustaría verla bailar, porque yo entendía de danza. «¿De la flamenca también?» «De la flamenca ante todo.» «¿Y cómo es eso, hijo, siendo de por allá arriba?» Tuve que contarle que había visto bailar a Pastora Imperio y a Vicente Escudero, y que en mis días de bonanza, buscaba los mejores tablaos, y que además lo había estudiado todo aquello en los libros. María Elena ignoraba que los libros se hubieran alguna vez interesado por el baile flamenco. Creía que era cosa tan natural como la vida, y, como la vida misma, reñida con la letra, pero, cuando me oyó hablar del baile, y cuando con un lápiz gastado le dibujé en el mármol de la mesa posturas y pasos, me miró con una especie de estupor. «¿También sabes bailar?» «No.» «Pues podías enseñar a cualquiera.» «Ayudar, quizá sí…» Suspiró. «A mí todavía me falta algo, no me bastó con el pecado.» Y me contó que una vieja gitana le había dicho, después de verla, años atrás, cuando aún era jovencita y bailaba en el patio, en medio de un corro: «A esta niña no le falta ya más que pecar.» Y alguien se había entristecido… «Nos falta a todos recorrer ese camino infinito que lleva a la perfección, y al cabo del cual nadie llega, ni tú con tu baile ni yo con esos dramas que escribo y a los que nadie hace caso. Pero hay que avanzar por él, lo más lejos posible…» «Sí. Eso lo sé. No me lo dijo nadie, pero lo sé. Allá en mi patio, en Cádiz, me decían que ya lo sabía todo. Estaban

equivocados.»

De repente, María Elena se puso seria, y dijo: «Se me ocurre poner las cosas claras, cristiano. Vamos a ser amigos, y lo vamos a ser hasta la muerte, porque ninguno de los dos es doble ni malvado, y el hambre une tanto como el amor, o más. Quiero decirte que me gustan los hombres guapos, y que si me apetece me acuesto con alguno, pero jamás vendí mi cuerpo, ni siquiera para que un tío que puede hacerlo me diese un escenario y una guitarra, esto lo tengo por principio, y puedes estar seguro de que no te engaño. Ya ves, podíamos juntar nuestras hambres de algún modo, pero jamás lo haré con un hombre al que respete, porque detesto la mentira, y al que se juntase conmigo habría de engañarlo. Claro que tampoco me juntaré con un hombre al que no respete. Bueno, todo esto te lo digo porque de buena gana me iría a la cama contigo, porque me gustas, pero no debo hacerlo: sería como pagarte ese pan y ese vino que acabo de comer, sería como pagarte lo que me has enseñado. Otro día será, estoy segura. Y ahora que te dije esto, sígueme hablando de bailes y píntame esa postura que no conozco.»

Al día siguiente de esa noche, me pagaron las colaboraciones de la quincena y le dejé a María Elena una nota encima de su cama, con un lugar y una hora. Vino a la cita, le ofrecí partir con ella mi dinero, no lo aceptó, pero la obligué al menos a que cenase conmigo, aquella noche y todas las siguientes mientras durase el con qué: era el único modo, le expliqué, de que pudiera continuar mis lecciones. Como no había gente delante, me dio un gran beso. «Lo único raro que tienes es el nombre. Uxío Preto. No se parece a nada.»

Fue a principios de la semana siguiente, cuando ya nos quedaba poco dinero: se me ocurrió que necesitaba verla bailar su baile, aquel de que tanto hablábamos, para mí todavía secreto: ello lo comprendió. «A mí me gustaría bailar delante de ti, para que veas que no son fantasías.» «No es por eso, no es por eso…» Y lo que nos aconteció entonces echó por tierra, al menos de momento, uno de mis principios intelectuales más arraigados. Yo no creí jamás en la inspiración: elegí deliberadamente, a los veinte años, el camino del trabajo lúcido. Y si alguna vez se me había ofrecido algo como una revelación, la había desechado como un procedimiento espúreo.

Pero aquella vez, delante de los platos en que nos habían servido dos tortillas de patatas y cebolla, delante de los vasos en que habíamos bebido sendos morapios, tuve una ocurrencia que me obligó a pagar rápidamente la cuenta, a cogerla de la mano y a llevármela detrás. «Ven y no preguntes.» La conduje hasta la Morería y no paramos hasta llegar a un tablao de fama. Ella lo conocía, pero no había traspasado jamás aquella puerta que hubiera sido la de un paraíso incierto. «¿Aquí?» «Entra.» Tuve la desfachatez de llamar aparte a un camarero e indagar por lo más barato a mano. Hubo suerte: parecía de suerte aquella noche. Me reconoció por el acento, el camarero: me dijo que también él era de por allá arriba, y nos llevó a una mesa apartada. «A ver los cuartos que tienen.» Conté delante de su rostro benévolo los restos de la fortuna común. «Eso le da para dos manzanillas, y aún puede dejar algo de propina, poco.» Tenía una nariz grandota y saludable, de gozador modesto, y un acento mindoniense de aes muy abiertas. Cuando quedamos solos, María Elena me preguntó qué íbamos a comer mañana. «¿Mañana? ¿Sabes si existe?» Me sonrió, porque ella no se hacía preguntas metafísicas. Estaba además temblando: le bailaban, con baile leve, los flecos del rebocillo, de aquel temblor de su cuerpo. Le acaricié la mano, y se la tuve cogida desde que nos sentamos. La primera parte del espectáculo era ligero, cosa de fandangos y de tanguillos. María Elena había quedado, a los primeros compases de la guitarra, quieta y muda, y su mirada se había transfigurado. Sorbía las imágenes, y, en alguna ocasión, canturreó la copla y meneó los pies, pero seguía temblando, aunque no sé si ya de miedo o porque había recobrado su mundo. Vino, después del descanso, la hora de las soleares y del cante grande. El guitarrista era bueno y, el cantaor, regular. Al anuncio de la tercera copla, la agarré, la obligué a mirarme y le dije: «¿Te atreves a saltar al tablao y a bailar?» «¿Para eso me has traído?» «Deliberadamente.» «¡Pues claro que me atrevo!» Se levantó con sigilo, se fue acercando al escenario con sinuosidad de gata, y, al empezar la cuarta copla, nada más arrancado el jipío, la vi en el escenario con desplante y reto, ante un guitarrista estupefacto cuya mirada buscaba ansiosa al empresario. «¡Vamos, maestro, siga!» Lo dijo con tal imperio, estaba tan bonita y su actitud era tan bailaora, que aquel hombre de la

guitarra debió adivinar lo que tenía delante, como que sus dedos pellizcaron las cuerdas, mientras el de los jipíos se los tragaba. La guitarra ascendió por caminos elevados, y María Elena la siguió con elegancia y garra, hasta un momento de silencio al que ella respondió con la quietud, y ya estaba todo, estaba lo que yo no había podido sospechar, no lograba entender hasta que, al deshacerse, comprendí que aquello era el sosiego del pecado. Alguien se había acercado para estorbar el baile de María Elena, acaso para expulsarla, pero aquella operación sólo se puede comparar a la de un espontáneo afortunado que, no sólo eliminase al diestro de la plaza, sino que lo dejase atrás con la muleta. María Elena bailó por soleares, por seguidillas, y para terminar con algo fácil y vistoso (me lo explicó después), pidió unas manchegas: al acabar las cuales dijo «¡Aire!», saltó ágilmente del tablao y, de una carrerilla, llegó a la mesa donde yo la esperaba, se sentó a mi lado y ocultó los sollozos en el cruce de los brazos: al dueño del local, que se acercaba con otros dos o tres, entusiasmado y pensando quizá que con un poco de suerte tendría a la moza en la cama una noche de aquéllas, le indiqué con un gesto la cabeza temblona cuyo cabello empezaba a desmoronarse. Como aún insistiera, me levanté y se lo impedí. «¿Es usted su marido?» No le dije que no. La gente volvía la cabeza, seguía aplaudiendo, esperaba una solución. El empresario, por fin, me dijo, ya con modos tolerables: «¿Le parece que volverá a bailar? Le pagaré, naturalmente.» «Lo único que le prometo es aconsejárselo.» De este modo se alejaron.

A María Elena, cuando sacó la cabeza del sollozo, le dije: «Quieren que bailes otra vez. Te pagarán.» «Que me den una bata de lunares.» Serví de intermediario, la llevé hasta la puerta de un camerino oliente a pachulí, donde una azafata vieja, inevitable sonrisa de alcahueta, le ofrecía a María Elena una bata de cola. La abandoné a su triunfo, volví a la mesa, esperé a que saliera. Desde aquella penumbra en que me hallaba, pude estudiar a mis anchas su baile. Confío en que en aquella ocasión se habrá ganado María Elena odios de muerte, envidias de veneno: la hicieron bailar más tiempo del acostumbrado y del debido, pero ella lo hacía en medio de una ebriedad serena, que iba ganando al público quieto y en momentos extasiado; con un dominio de su cuerpo que consistía, no

en contener los ímpetus, sino en hacerle decir lo que quería que dijese, algo para lo que no sirven las palabras, ni siquiera la música sola, música al aire gris de la sala, algo que sólo se comunica en movimiento. Una vez me había dicho María Elena que ella bailaba la pena y el pecado: fue lo que se reiteró, lo que expresaban unos brazos, unos dedos, la lentitud de las caderas. No sé el tiempo que tardó en mudarse el espectáculo, obediente al ritmo de la sangre y de la tierra. Era tan nueva para mí, quién sabe si para todos los hombres, aquella clase de manifestación, que temo carecer de palabras para decirlo, ojos que fallan siempre que se descubren las esencialidades o se pone el dedo en la llaga. Pero del pecado entiendo algo. Los hay que asustan al pecador, los hay que lo envanecen, y hay pecadores incapaces de sentir que han transgredido la ley del Universo y, por lo menos, de arrepentirse. De lo que no estoy seguro es de cómo es el arte en manos del pecador, qué hace con él, qué le manda decir, o qué le obliga a ocultar. Mis estudios de teatro me habían llevado como consecuencia, al del baile, y aunque no fuese un verdadero perito, tenía una idea bastante clara de lo que sucedía y de lo que debía suceder. En las muchas conversaciones que después tuve con María Elena, pude confirmar, escuchándola, lo que aquella noche no podía pasar de intuición dichosa. No dudo que un arquitecto diabólico pueda expresarse con masas y volúmenes, pero hasta ahora no conozco ningún caso indudable, pues si alguna vez intenté descubrir la confesión de un incesto en las líneas torturadas de una torre, alguien que sabía más que yo me dio una definición abstracta, y todo listo.

Estoy en cambio persuadido de que cierta música permite esa clase de confesiones, y no soy el primero en escuchar los remordimientos de Wagner, quién sabe si también su orgullo de transgresor, en los compases de *Trístán e Iseo*; pero no fue el suyo pecado que se arroja a la cara de Dios, sino sólo a la sociedad, lo que lo rebaja un tanto en su categoría. De la literatura no hay que hablar, pues fue inventada para eso. Pero, que yo sepa, a nadie se le había ocurrido pensar (o, por lo menos, comunicarlo) que ciertas danzas las puede bailar también una muchacha virgen; que otras, sólo las vírgenes pueden bailarlas, pero que hay un rincón de ese

mundo del ritmo corporal reservado para las pecadoras: quizá sean vestigios del Universo irredento. La danza de María Elena no era lasciva —¡siempre estuvo por encima de esas pornografías!—, sino tranquila, con la tranquilidad de quien tiene razón ante los dioses, eso que antes llamaban trágico. Oyendo tiempo después cantar fados a Amalia Rodríguez, hallé, por debajo de todas las diferencias, que una cosa la asemejaba a María Elena, algo de trémolos desgarrados, y es que un fado no se puede cantar virtuosamente, entendida la palabra en el sentido técnico de los músicos y en el de los moralistas; pero Amalia jamás llegó a la paz en el pecado. Una mujer inocente puede cantar *La Traviata*, pero no ciertas coplas andaluzas. Del mismo modo, una doncella vestida de tutú no requiere para alcanzar la perfección ningún conocimiento del dolor ni de la culpa; su baile nos apacigua en la superficie. El caso de María Elena era distinto: su paz profunda, sus caderas en éxtasis, horadaban el alma, cerrada entonces al remordimiento y al espanto, e instalaba en su centro la justificación. ¿Algún asesino que estuviera presente se habrá sentido aquella noche perdonado? ¿Algún explotador del hombre? El baile de María Elena era una blasfemia y su propia justificación, pero nadie veía en él más que el resurgimiento de algo que se había perdido en la vulgaridad del flamenco diario.

Aquella noche empezó su breve carrera, una de las más nobles y profundas de cuantas conocí a lo largo de mi vida. Usó desde un principio de las más astutas cautelas frente a las promesas y frente a las solicitudes que la envolvieron y la agobiaron; pero, como me había dicho una vez, jamás metió en su cama a un hombre por interés o conveniencia. Algún tiempo después de aquel comienzo, pudo tener casa propia sin debérsela a nadie. Organizó una fiestecita, a la que me invitó. En medio de aquella alegría convencional y programada, de augurios y medias noches, yo resultaba una especie de pajarraco aguafiestas: mi afición a la impertinencia bien fundada tuvo aquella noche excelente ocasión de mostrarse entre la docena de críticos y escritores que ya incomodaban a María Elena con ofertas de gloria, candidatos a intérpretes de un arte que no entendían. De uno de ellos, al que llamé desde un principio el Júpiter Tonante, una especie de macho

declinante organizado alrededor de una barriga, volveré a hablar, pero algo quiero decirlo ahora: había escrito y publicado unos libros de poemas sin los que la Humanidad lo hubiera seguido pasando tan ricamente: no malos, innecesarios. Era de los que después de haber alabado con descomedimiento a María Elena, se demoraba en la noche con la esperanza de que alguna vez le invitase a acompañarla, y mientras no llegaba la ocasión, esa esperanza se transmudaba en versos. Aquella vez, María Elena esperó a que marchasen todos para decirme: «Ven conmigo.» La criada la escuchó con naturalidad cuando le dijo, solos los tres: «Fíjate bien en la cara de este hombre. Haya quien haya, a la hora que sea, aún a estas horas aunque no haya nadie, siempre le abrirás la puerta y le darás lo que pida, si pide algo y, si no lo pide, que coja lo que quiera.» Debo decir que jamás abusé de aquella oferta explícita, pero sí que, en ausencia de María Elena, la muchachita me socorrió con alguna que otra tortilla.

Al quedar solo con María Elena, estaba un poco deslumbrado. El piso no respondía a lo que suele atribuirse a las bailarinas, menos aún a las flamencas: recordaba, por lo blanco de las paredes, por el ajuar, más una cueva de gitanos que un piso. El instinto de María Elena le había llevado a elegir los muebles y la decoración entre los que había vivido siempre, con barro y bronce. La misma cama no parecía de ciudad, menos de bailarina. Era un lugar en el que se estaba bien, a pesar de su inicial modestia: más adelante se enriqueció, pero siempre con tino y con esa cautela que parecía ser el rasgo más eficaz del carácter de María Elena. Se había comprado, eso sí, un gramófono: lo puso en marcha con unas bulerías, y me preguntó si quería que bailase para mí. «No para divertirte, mi alma, sino para que me estudies y me juzgues.» Bailó, y su baile ascendió de la marina a la sierra, de la alegría al drama. Lo mismo que en el tablao, más depurado ya, aunque acaso en lo técnico más que en lo estético. Cuando se cansó, se sentó frente a mí. «Ahora dime algo.» Le hablé largo, a mi manera, y con bastante claridad, creo yo, porque sólo un par de veces me interrumpió para pedir precisiones: era como una esponja capaz de contener cantidades incalculables de ideas y de imágenes que atañesen al baile. No sé si en otros menesteres intelectuales sería tan delicada y penetrante su

intuición, pero, de su danza, poseía el secreto y yo no le enseñaba nada, le ayudaba a ver claro lo que tenía dentro. Más de una vez se levantó, puso música de guitarra y ensayó una nueva versión de alguno de sus movimientos. «¿Así?» Y al mismo tiempo parecía entusiasmarse con su propia fe en mis palabras. Hasta que de pronto estiró los brazos, «¡Se acabó!». Se quitó los faralaes y me llevó a la cama. No sé en qué momento me dijo: «Te quiero más de lo que es menester para casarse; pero mucho que te ame, sé que no te sería fiel. Ésa es mi servidumbre a la vida, no debe parecerte mal.» No me preguntó jamás si la quería, quizá porque se diese cuenta de que todo mi entusiasmo por ella nacía de la amistad y de la admiración. No es imposible que eso de amar me esté negado: de amar como yo creo que debe amarse, como mostró amarme ella.

María Elena queda lejos. No sé hasta qué punto habré idealizado su persona, no sé si habré llegado a mitificarla en mi corazón y en mi mente. Si me limitase a decir que dormí con ella, diría una verdad a medias. Tampoco sería muy preciso si hablase de fiestas de amor, o de estallidos de erotismo. El consejo de las palabras exactas no vale en este caso, porque las palabras exactas no establecen con la necesaria pulcritud la diferencia entre un amor cargado de erotismo y la pornografía: es una cuestión de sentido que no consta en la descripción objetiva. Las palabras exactas de lo que sucedió aquella noche, de lo que se repitió otras (aunque sólo en cierto modo), podría tomarse como una descripción bastante petulante, dadas ciertas circunstancias, y esto, sobre todo, sería traicionar la profunda verdad de lo que acontecía. No sé si a partir de entonces, y asombrado del entusiasmo de María Elena, adopté un papel harto pasivo, y no porque yo tienda a la pasividad, sino por haberme dado cuenta de que su modo de amar, que entonces no entendía y que ahora me cuesta trabajo explicar con palabras, se desplegaba mejor así, hasta el último suspiro, hasta el temblor más tenue. Tengo oído contar (y no lo he visto nunca) que ciertos refinados de sexo sin amor se ejercen en el placer envueltos en espumas suaves, no sé si de jabón o de otras humedades. Esa imagen del hombre envuelto en suavidad mojada, me sirve de parangón para de alguna manera medianamente comprensible decir que me sentí como envuelto en algo tan delicado como la espuma misma, caricias,

palabras, besos, algo total y penetrante que trasciende la mera sensualidad y que, en mi caso, me situó en los umbrales mismos de esa paz del pecado a que ella me encaminaba. En los umbrales, entiéndase, no en el meollo de la paz en que ella estaba instalada, pues lo que hacía era pacífico y tranquilo, era como los trámites de un todo que encuentran su sentido en el todo mismo. No es tan profunda mi persona que haya logrado acompañarla en su sosiego, aunque aquella noche me haya sido dado contemplarlo en el cuerpo apaciguado de María Elena, que por primera vez, como siempre después, acabó dejando que su cabeza reposase en mi pecho, y durmiéndose. En alguna ocasión, ya no recuerdo cuándo ni es indispensable para el caso, me dijo: «Esto que me sucede contigo debe de ser lo que llamamos amor, porque no se parece en nada a lo que me pasa con otros. Cuestión de diferencias que no entiendo, pero que siento. A lo mejor tú me lo sabes explicar.» Claro que intenté hacerlo, pero no estoy seguro de haberla convencido. Ciertas plenitudes femeninas nos están vedadas a los hombres: sólo podemos contemplarlas y envidiarlas.

¿Alguna vez, Cynthia, llegarás a leer estas páginas? No lo espero ni creo desearlo. Han pasado muchos años desde que murió María Elena. Entonces, ya no estabas conmigo. ¿Será exacto decir que me habías abandonado? Creo que sí: me habías abandonado por otro, así, sencillamente: aquel poeta certificado y público: no, como yo, anónimo y secreto. Uno que, además, tenía un empleo en Hacienda y colaboraba asiduamente en la revista de Júpiter Tonante. Se llamaba Federico, como el otro, como el grande (me refiero, como es obvio, al de Prusia), y tenía una extraña virtud que no me revelaste en nuestra última entrevista, pero que llegué a saber por confidencia de una muchacha a la que también había puesto los puntos antes que a ti, pero que, a diferencia de ti, sabía más de hombres y, sobre todo, no se dejaba embaucar. ¡Ya ves, perdió, la pobre, la ocasión de casarse! Me contó que Federico disponía de un impresionante repertorio de citas de todos los poetas del mundo, aplicables a las diversas situaciones amorosas y al conjunto y a las partes del cuerpo de una mujer: citas precisas, más útiles que eruditas, que usaba en el momento oportuno con la entonación adecuada. ¡Ay, aquella entonación de Federico! Tenía la voz

pastosa, y cuando traía a cuento cualquier salacidad romana (pongamos por caso), su voz acariciaba y se metía por los entresijos. Las citas de Federico, dichas con aquella voz, te hicieron desear el placer: por eso lo encontraste. A mí no se me ocurrió ese truco. Además, no guardo tantas citas en mi recuerdo. Te imagino, Cynthia, deslumbrada al oír que el piropo a tus pechos lo firma un poeta hindú, o acaso, por ser más conocido, Salomón, si bien no me avergüenza admitir que la cita de Salomón, por estar al alcance de cualquiera, lo hubiera estado también al mío. Cuanto te despediste de mí, más exacto sería decir cuando me despediste, la gran razón aducida fue que en brazos de otro hombre habías alcanzado lo que yo no supiera darte. ¡Qué tranquilo quedé, qué reconciliado conmigo mismo! No mentías, Cynthia, aunque se te olvidó decir que yo lo había intentado en todas las ocasiones en que me fue dado hacerlo: con intención pedagógica, lo admito. Tuve muy mala suerte, pero tal vez la tuya haya sido mejor. No volví a verte, alguien me dijo que eras bastante feliz con Federico; que habías hecho oposiciones y que, con dos sueldos que ganabais, vivíais bastante bien, legítimamente casados, con salón para recibir a los colegas en el negocio del verso: un salón donde eres la musa. También llegó a mis oídos, aunque no sé si será cierto, que aprendiste casi todo el fichero de tu marido y que citas a los poetas en cualquier ocasión, aunque, según mi informadora, porque fue una mujer, sueles equivocarte, sobre todo en las firmas. ¡Qué gente, verdad! Si la cita es bonita, ¿qué más da que la firme Cocteau que Valery? Lo importante es que pertenezca a uno de ellos o que, al menos, lo parezca.

Aquella tarde de nuestra despedida, tú innecesariamente seria, yo sin saber si reír o llorar, se fraguaba un crepúsculo otoñal, de colores dorados; el ceño adusto te quitaba belleza, y en la cafetería, vacía a aquellas horas (la gente se había marchado al cine), el aire estaba quieto y silencioso. Entonces apareció en mi interior Pereira (o Pereyra) con algo de gato agazapado que espera para dar el salto. Es su costumbre presentarse así, felino y súbito, y huir también. Mis relaciones con ese personaje habían adelantado bastante, y acaso mejorado: el proceso completo de su instalación en mí aconteció a tu lado, y aunque yo me había propuesto explicártelo con aquello

del espacio redondo iluminado y las fieras al acecho, tú no te enteraste jamás. Hubo uno, sobre todo, más insistente que los otros, este al que me refiero, Néstor Pereyra, al que más urgía abandonar las sombras, constituirse en figura y persona, recibir un nombre y vivir. El cómo lo haría aún no estaba estipulado, ni siquiera nos lo habíamos planteado; pero yo sospeché que a mi costa, y, como si dijéramos, por mi interposición y con mi colaboración; por ejemplo, yo sentía en lo más oscuro de mi persona cómo alguien me arrancaba, a dentelladas, pedazos de mí mismo, pedazos olvidados o de segunda mano, pedazos desdeñados, como quien aprovecha material de derribo: con ellos se construía, como puede construirse un muñeco con pedazos de otro, o quizás acaso como se va formando al niño con la sustancia de la madre. Me robaba retazos de mi vida, no cualesquiera, sino relacionados entre sí, coherentes, pensados, imaginados o deseados por el mismo motivo, aunque yo a veces, al darme cuenta del proceso y de su irremediabilidad, haya proyectado vengarme cediéndole de buena gana fragmentos incongruentes, o nacidos de otro deseo: así, acaso, su nariz. En todo caso, se trataba de una especie de hermano siamés, aunque tardío, con el que compartir buena parte del pasado y de la historia. Yo creo que así como el germen de la criatura prefigura una forma, y quién sabe si un destino, el de Pereyra también venía cargado al menos de un carácter y un propósito. No le faltaba más que hablar para ser un personaje literario, pero así como éstos, si no se ponen en palabras, no son más que meros sueños, este Pereira se ofrecía a mi conciencia con los caracteres de una persona viva, que si aún no hablaba acabó sin embargo por hablarme, con una voz, por cierto, que no me hacía feliz: algo metálica y retórica (pero él no tuvo la culpa de que me disgusten las trompas). Conforme lo contemplaba, iba reconociendo los materiales de que se había constituido él a sí mismo, sin mi intervención y contra mi voluntad, como un centro de atracción que, al girar vertiginosamente, atrajese los átomos integradores de la figura. Antes de ser quien fue y de presentarse, anduvo a mi alrededor como ese que se esconde en las sombras, que ya no está cuando llegas, que espera a que no estés para llegar: lo revela un suspiro, un jadeo, un mueble que se cae. Lo que más me aterró fue ver realizados en él, actuales, muchos de mis antiguos

anhelos, figura que yo repudiara, no por imposible, sino por incompatible con lo que yo consideraba mi personal figura invariable. Quiero insistir principalmente en dos de sus circunstancias, por considerar que en la persona de este personaje pesaban más de lo que yo hubiera previsto, de haberlo reconocido como parte de mí. Una era el modo de vestir. Hubo unos años en mi primera juventud en que me habría gustado portarme como un dandy y ser reconocido, no como un muchacho de talento, sino por su elegancia. La vehemencia con que lo tomé partió de mi reposición del modo de vestir de Julián, el presumido de la pandilla, el currutaco, con cuyas corbatas aparatosas me hallé siempre en desacuerdo, unas corbatas que desasosegaban. Lo hubiera superado, estoy seguro, al Julián, pero yo no tenía dinero, y siempre me quedó el deseo, ahogado, aplazado, de vestir bien. Fue una de esas épocas en que la literatura influye en la conducta y en las apetencias algo más de lo debido, en que se la hace vida al hacerla biografía. Afortunadamente me di cuenta a tiempo de que aquello no era lo mío, por mucho que lo desease, o como recurso por no poder realizarlo, y de la vieja aspiración a la elegancia en el porte me quedó el mero propósito de vestir dignamente, de no llamar la atención. Pues este personaje, que resultó llamarse Néstor Pereira, como ya vengo llamándole (él se empeñaba en escribirlo con y griega, Pereyra, quizá por influencia de Cynthia), se me presentaba en cada ocasión vestido de una manera más o menos exquisita, con gran variación de cortes, todo cuidado y en armonía, con la particularidad de que, entre los colores tolerados aquellos tiempos, prefería los de la escuela veneciana a los propuestos por los figurinistas ingleses, a los que, sin embargo, no despreciaba. Apareciendo, como lo hizo, en los tiempos de mi peor penuria (aunque quizá le deba mi mejor suerte posterior), sus consejos o sus instancias para que yo vistiera mirándome en su espejo, resultaban moderadamente patéticos, pues si bien comprendía mis dificultades para encargarle una chaqueta al sastre, no dejaba de deplorarlo como una personal y compartida catástrofe, ya que su indispensable identificación conmigo, si quería actuar en la realidad como era su aspiración, tropezaba con graves inconvenientes de atuendo. Como que llegó en su impertinencia a convertir en tema de poesía tales

carencias suntuarias: la he perdido con sus versos, pero recuerdo la existencia, aunque no el texto, entre grotesca y patética, de una *Elegía al completo* (que él llamaba asimismo terno) inalcanzable por razones de acercamiento a la miseria, al menos ciertos miércoles, como ya tengo dicho. No creo que nadie (es un decir) se haya sentido más feliz, sólo por el hecho de sentirse él mismo por vez primera, que la ocasión en que pude hacerme un traje a gusto de Pereyra. ¡Ah, fue tan grande su gozo que no tuve más remedio que invitarle a comer!

Esto de lo que quiero hablar en segundo término es de más entidad, aunque menos quisquilloso, y por mucha importancia que se le quiera conceder a un traje que sienta bien, no cabe duda de que el hecho de escribir novelas le excede en ciertos aspectos, y no quiero exagerar, al menos por mantener con Pereira (Pereyra) las mejores relaciones posibles: pero como la afición a vestir bien y la necesidad de escribir novelas coincidían en su persona, de modo evidentemente indiferenciado y como si dijéramos inseparable, con un curioso sistema interno de dependencias mutuas y correlativas, del orden de la reciprocidad irracional de ser al mismo tiempo causa y efecto, tanto una cosa como la otra, o la había heredado de mí, o me la había robado. Creo ser justo si me refiero a esa última afición (que también denominé necesidad) como cosa mía, o que lo fue al menos, tle manera bastante intensa, durante determinados años, precisamente aquellos en que mi facilidad para inventar historias me hacía creer que por ese camino, por el de la narración ficticia, se llegaba a ese fondo al que quería llegar, o quizás a esas alturas. Aunque parezca reiteración, conviene recordar que ni aquello a que aspiraba estaba lo suficientemente claro, ni que algunos de los muchos vericuetos que hasta tan altos soles podían conducirme quedasen definitivamente descartados. También es cierto que ni entonces ni durante bastante tiempo después llegué a darme cuenta de que, por cada uno de ellos, de esos vericuetos quiero decir, ascendía a trancas y barrancas una personalidad distinta, desprendida como todas ellas de su persona común, autónoma de mí. Me hubiera reído de mí mismo, de haber llegado a la conclusión de que, para ser todo aquello a lo que oscura y sobre todo confusamente aspiraba, tenía que escindirme: no roto, sino

desdoblado o multiplicado, como en un juego de espejos; y no porque el ejercicio sucesivo de la lírica, la dramática y la épica exija por necesidad tres poetas distintos, sino porque la lírica, la dramática y épica que proyectaba *no correspondían, no podían corresponder, a la actividad unitaria del mismo hombre*, contradictorias entre sí, inconciliables, que en cada uno de aquellos fantasmas se iba poco a poco perfilando. Aquí radica el busilis del caso, aquí lo que no llegué a entender cuando, al mismo tiempo y con mucha frecuencia superpuestos, planeaba novelas y dramas y escribía tremendos poemas anarquistas, en cada uno de los cuales se escondía la dinamita imprescindible para volar un mundo que estaba mal, o, por lo menos, la parte de este mundo que quedaba más a mano y cuyas imperfecciones me tocaban más de cerca: me refiero como es posible adivinar, aunque no demasiado fácil, al mundo imaginado de mis narraciones, al que mis dramas ponían en solfa trágica (en mi mundo narrativo había dioses) y a cuyas injusticias ridículas aplicaban mis poemas la justicia de la destrucción total. No obstante, los mundos que imaginaba eran irreprochables. Me ayudó a ver claro finalmente, el hecho de que no estuviera nada escrito, sino sólo planeado, lo que también me permitió olvidar con desdén lo que no había sido más que sueño.

En los primeros tiempos de su presencia, me refiero a Pereira (Pereyra), aun sin figura, mera voz interior, a veces sólo imagen fugaz y bastante inconcreta, se trató principalmente de las cuestiones de atuendo, como dije: disputas bastantes prolongadas e inútiles, aunque transcurriendo entre personajes casi abstractos —yo mismo me abstraía de mí mismo—, acerca de la actualidad y de la oportunidad del dandismo y de su conveniencia o de sus inconvenientes, habida cuenta sobre todo del momento de general ordinariez que atravesaba el país y la tendencia aconsejada a la uniformidad e incluso al uniforme. Llegué a asegurar a Pereira (Pereyra) que una elegancia demasiado notoria podía considerarse, en algunos despachos con poder de decisión, como muestra de hostilidad política, y crearme dificultades y engorros con la Policía y quién sabe si con los paredones. «Admito», le retruqué cierta vez, «que no te disgustaría llegar al momento final con la elegancia del conde de Belascoaín; pero, aparte de que tu muerte no sería tan

popular ni tan sentida, se da la curiosa e inevitable circunstancia de que me fusilarían a mí». Esta evidencia creo que le llegó al corazón, como que se iría conmigo a la muerte sin haber sido más que esbozo de personaje, mera y frustrada vocación de ser, y no volvió a insistir. Pero la otra cuestión, la de las novelas que podía escribir si le prestaba mis manos y mis palabras, aunque yo me negase a hablar de ella y la repudiase, él aprovechaba los momentos de debilidad o de cansancio mental para volver a la carga e intentar una vez más convencerme. Recuerdo que, en cierta ocasión, los pagos de la ventanilla se habían retrasado tanto que ni estirando las pocas perras que me quedaban podía comer lo suficiente para tenerme en pie y mantener con Néstor el mínimo diálogo interno. En esos casos, mi moral de mendigo transitorio y secreto saltaba por encima de mi orgullo, y acababa por recurrir a María Elena. No sé, Pereira (Pereyra), sí lo recordarás, pues aunque ibas indefectiblemente conmigo, no te manifestaste hasta un tiempo más tarde, cuando el hambre estaba ya saciada. Fui al teatro donde María Elena trabajaba, la esperé a la salida. Ella me adivinó, más que verme, en las sombras; despidió a quien la acompañaba, y, después de darme un beso fuerte, me metió en un taxi y me llevó a «Casa Paco», que no cerraba hasta tarde, y pidió para mí todo lo que mi cuerpo requería en cuanto a proteínas, grasas e hidratos de carbono, con la suficiente cantidad de alcohol y un complemento de fructosas y sacarosas aconsejable para el buen equilibrio mental y sobre todo para mi rápida, indispensable y a veces aparatosa recuperación. Tú, Pereira (Pereyra), como siempre que el hambre asomaba su siniestro hocico, de perro o de chacal, no lo sé bien no comparecías, y no es imposible que por esa razón yo le estuviese agradecido al hambre, que te mantenía en la sombra, aunque amenaza tímida. María Elena me llevó después al café, a aquél donde Júpiter Tonante pontificaba ante un corro de dioses y de diosas de jerarquía media, o quizá sencillamente mediocre, coro a la vez que corro, asombrados de la facundia poética, del patente ingeniero y de la temida mala lengua del Dios Mayor, cuya sonrisa ácida parecía rodear y casi justificar su divinal barriga: el cual dios, al ver llegar a María Elena, echó a alguien de su lado, una diosecilla tirando a gruesa, en cuyos poemas se expresaba de todas las

maneras posibles su necesidad de contar con un «hombre» entre las piernas: el mismo siempre o varios sucesivos, esto no solía especificarlo; la arrojó de su lado, digo, para que la bailarina le ayudase a presidir, cosa en realidad innecesaria, ya que María Elena presidía donde estuviese, desde el rincón más remoto, desde el mero pensamiento, desde su recuerdo. María Elena admitió la invitación, pero, a su vez desplazó a un diosecillo muy peripuesto, de sexualidad más bien incierta, para que yo me sentase a su lado, y esta operación, que ya se repetía, no era del agrado de Júpiter Tonante, quien no sentía por mi la menor simpatía, aunque lo disimulase, probablemente por no molestar a María Elena o para no provocar su lengua andaluza imprevisible: «Del ingenio de esta analfabeta, hay que andar precavido.» Recuerdo que aquella noche Dios Mayor informaba al corro de contertulios acerca de un poeta inglés escasamente conocido aquí y de sus méritos: me di cuenta de que repetía el contenido de un trabajo aparecido en una revista francesa de las que entraban de contrabando y casualmente había caído en mis manos. Cuando terminó, le pedí permiso para recitar un poema del poeta de marras, me lo concedió a regañadientes, aunque con cierto estupor, y yo, que desconocía al tal poeta, recité unos versos de un clásico que supuse fundadamente ignorado de todos. «Y usted, ¿cómo hace para informarse?» «¡Tengo mis relaciones!» El poeta de que se estaba tratando era un autor de un poemario contra los triunfadores de la guerra de España. Dos días después recibí en mi pensión la visita de la Policía, que registró mi habitación con escándalo y al mismo tiempo con admiración (o quizá más bien incomprensión admirativa) de mi patrona. Se fueron porque allí no había ningún poeta inglés y pocos en castellano.

Cuando se deshizo la tertulia, María Elena me pidió que la acompañase: necesitaba que conociese y juzgase ciertas novedades de su danza que le había enseñado una gitana vieja. Pusimos el gramófono. Bailó sobre la alfombra. Le aconsejé unas mínimas modificaciones, y allí mismo las ensayó. Después llamó a la criada, le pidió de beber y le mandó que se acostase. En el salón de María Elena había algunas novedades suntuarias, cachivaches comprados en sus viajes, alguna alfombra, unas ánforas: triángulos, exágonos, círculos de misterio. Hacía más de un mes que no nos habíamos

visto: me contó lo que le sucediera, y que le proponían un contrato en Nueva York y otro en Londres. El viaje a Nueva York le daba miedo porque no se lo aconsejaban las cartas; no veía en ellas, en cambio, dificultades para el viaje a Londres. Le advertí que los *stukas* alemanes quedaban más cerca de cualquier avión encaminado a Inglaterra que del Clipper de Nueva York: siendo así además que los Estados Unidos no estaban aún en guerra. «Pues lo vamos a ver.» Sacó el mazo de cartas, las barajó: «corta tú ahora.» Lo desplegó sobre la mesa, lo combinó, lo leyó, se abstrajo en la consulta al Destino, como si su ser entero se embebiera en una mirada de las que sobrepasan al misterio. «Pues, ya ves, para lo de Londres no me anuncian peligro.» El contrato que le ofrecían incluía un seguro de un millón de pesetas, ni más ni menos, cantidad en aquel tiempo verdaderamente ilusoria, que, en caso de muerte o desaparición (esto quedaba muy claro) le sería pagado a quien ella designase. «Pues, mira, tengo ganas de bailar en Londres. Tiene que ser maravilloso, con tanta niebla y tanto bombardeo. Quieren que baile para los soldados, pero no sé por qué me parece que también bailaré para ese señor del puro. ¿No te parece de buen corazón hacerlo? Los pobres casi no ven el sol.» Voló a Londres, algún tiempo después, en el mismo avión que Leslie Howard.

Alguna de aquellas noches, vaya usted a saber cuál, cuando ya su cabeza dormía sobre mi pecho, apareciste tú, Pereira, Néstor Pereyra: resplandecía la y griega, la y espúrea de tu apellido. Apareciste por primera vez con tu figura entera, como volví a verte siempre, una figura que no coincidía con la mía, pero que se le parecía en el aire y que de ella acaba de surgir: como si tus átomos y tu biografía estuviesen disueltos en mi cuerpo y en mi historia, y, de repente, a la llamada como una orden de trompeta, salieras fuera de mí y te constituyeses en silueta humana con voz y con pasado, Néstor Pereyra, *y griega* espúrea en el apellido: apareciste fuera de mí, sentado en aquel sillón tan cómodo, al lado del tocador de María Elena, donde yo solía desayunar mientras ella se vestía y acicalaba. Insisto en que no me importa que tu voz suene como la trompa de un concierto para trompa y orquesta, así de petulante y de sedante, pero insisto también en que no me hace feliz. Si la hubiera oído María Elena, te habría buscado al despertar, al no

encontrarte, y yo tendría que explicarle la vieja historia, que seguramente no podría comprender, únicamente porque la experiencia de sí misma, compacta, sin fisuras, unánime como un buen velero, la alejaba notablemente de aquel mundo de las multiplicidades presente e imperioso en mi condición de «géminis», ante la que ella confesaba su ceguera. «Lo entiendo todo, cristiano, menos que cada uno sea su propio gemelo.» ¿Qué hubiera dicho o pensado si yo le declarase que, no sólo tenía en ti un dúplice, o al menos candidato, sino que, más allá de los límites de mi conciencia, amenazaban con manifestarse a la menor ocasión, dos o tres más de tu misma ralea? Hubiera sido demasiado para la simplicidad con que María Elena concebía el mundo de los hombres y de las mujeres, no mucho más allá de la danza, el amor y el inevitable dinero, con las mezclas y combinaciones estadísticamente posibles de estos tres ingredientes. Por fortuna, ella dormía cuando tú apareciste, y como nuestro diálogo transcurrió de mente a mente, permaneció dormida. No recuerdo si fuiste tú quien dijo «Ya estoy aquí», o fui yo quien exclamó, o preguntó, o ambas cosas a la vez, «¿Ya estás ahí?»

Te vi con esa facha que después me obligaste a remedar: todo pituco, con el sombrero en el regazo y golpeando con el bastón en la punta de los zapatos: el izquierdo primero que el derecho, si bien, pasados algunos golpes, cambiases el orden y golpeases el derecho primero que el izquierdo. Y esa sonrisa de superioridad que tardé algún tiempo en destruir, bajo la que me tuviste, más que dominado, sumiso, hasta que descubrí su artificiosidad, cosa que te habías encasquetado como otras muchas que a lo mejor irán saliendo. Llevabas una flor impertinente en el ojal de la solapa, un clavel extemporáneo, de los mezclados, rojas estrías sobre pétalos blancos; no sé por qué esa afición a los híbridos, siendo mejor el blanco o el encarnado absolutos. Llevabas una corbata a rayas, más o menos del mismo estilo que las mías, en eso siempre anduvimos de acuerdo, menos mal: estar de acuerdo en materia de corbatas es importante para fundamentar la amistad entre dos hombres, o, por lo menos, unas relaciones estables, ya que el resto de nuestros mundos se contraponía. Debo decirte que, en general, todo me pareció bien, si se exceptúa la sonrisa, una sonrisa absolutamente

literaria, que es lo peor que puede sucederle a una sonrisa. Tú debías saberlo, Néstor Pereyra, tú, tan bien informado, tan penetrado de literatura, como que nunca has sabido ni has sido más que eso. Podías ver, si lo querías, en aquel mismo momento, la sonrisa de María Elena: hubiera encendido una luz para que la vieras, y te habría explicado que sólo esa sonrisa es tolerable, le venía de su sosiego interior, de la paz consigo misma: sobre esa paz acostaba sus sueños, hondos, compactos, sin imágenes: estoy seguro de que su mente dormía limpia de ensueños, de que era como una totalidad, biología nada más: la paz tremenda del pecado le alcanzaba a su fantasía onírica, la hacía dormir también. Su sonrisa no flotaba encima de sus labios, sino que salía de ellos como sale una flor de la tierra, era la sonrisa de la vida que descansa. Te lo dije aquella vez, te lo comuniqué de mente a mente, como acabo de decir, y tú lo discutiste, tú no eras capaz de comprender a María Elena en ese fondo elemental y puro, toda naturalidad, su sonrisa fluyendo de la sangre misma que dormía. Tú estás constituido de lo peor de mí, Néstor Pereyra (¿Pereira?), no eres más que un intelectual recalcitrante, incapaz de comprender que, por debajo o por encima de cualquier sistema de razones (tú parecías exigírmelas), hubiera una, inexplicable, en virtud de cuyo misterio, llámalo así, si quieres, yo estuviera en aquel momento al lado de María Elena, sintiera junto a las mías sus piernas desnudas y quietas, sus piernas reposando vivas, hasta ese punto cercanas que, de ser capaz de abstraerme de ti y de la oscuridad sonora, podría sentir el vaivén de su sangre.

Me preguntabas. ¿Por qué me preguntabas? Me envolvías con tus preguntas inteligentes, tus preguntas con intención de bisturíes, como si quisieras diseccionarme en mi propia presencia para que yo pudiera contemplar el escasamente grato tejido de mi vida moral. ¿Y por qué? ¿Acaso eras tú irreprochable? ¿O es que tu pretensión, a juzgar por la naturaleza de tus preguntas, tu interés en hurgar en mis intimidades, o tenía otro fin que poderme decir al final: «¿De acuerdo en que somos iguales?» No del todo, Néstor Pereyra: escasamente. Todavía hoy, cuando acudes a mi recuerdo, me aferró a lo que en mí queda de poeta, si queda algo: de poeta irracional que escribe no sabe bien por qué ni para qué; que escribe porque le

sale de dentro, como le salían el baile y el amor a María Elena. ¿Te bastaría saber que, por lo menos en eso, me sentía semejante? Sí, reconozco que mi sonrisa no fue jamás tan leve y honda como aquella que yo tenía al alcance de mis labios, la noche, ya no sé cual, olvidada la tengo, en que te presentaste a mí entero verdadero, con el nombre, el sombrero y el bastón. «Soy Néstor Pereyra. ¿No me recuerdas?» (la y griega casi visible) Y añadiste unos momentos después (a lo mejor sólo fue unas horas): «Vengo para que me ayudes a escribir una novela.»

Bien. De acuerdo. A escribir una novela: esto es sobre lo que tenemos que discutir, nuestras relaciones deben limitarse a esto; pero tú, tras haber anunciado tu propósito con cierta displicencia, no volviste a mentarlo, parecías obsesionado por el hecho indudable de haber aparecido en aquella ocasión en que María Elena dormía, sin soñar, *a mi vera* (es frase de ella), con la cabeza entre mi brazo y mi pecho, mis labios rozaban el cabello, y tú en aquella silla, una pierna montada, el bastón dale que tienes, ahora golpea en la punta del zapato, ahora se columpia en el aire, mientras tu otra mano acompaña un razonamiento que no lo es, unas preguntas que no son curiosidad y unos deseos que no se manifiestan, que se insinúan, que acaban declarándose. ¿Por qué, de pronto, te encuentro cercano a mí, por qué tu cara es tan próxima, por qué se agranda hasta ocupar entero el espacio infinito de mi mente? ¿Sabes que te cambió la cara, que durante un momento no era la tuya? Toda ella se había estirado, crecía la distancia entre los ojos y la frente, entre la boca y la nariz, todo un mundo mediaba entre la frente y el mentón, y así, como vista por una lupa incalculable, lo que se traslucían eran mis rasgos, fíjale tú, mis propios rasgos, gigantescos: pudieran ser imágenes del sueño, saberes que a veces las acompañan, convicciones injustificadas, aunque ciertas. Pero yo estaba despierto.

Así fue como empezaste a invadirme, primera vez que tomaste posesión de mí, que dejé de ser yo para ser Néstor Pereyra, pero no enteramente, si usé la palabra «entera» fue arrastrado por algún hábito verbal: no del todo, quiero decir, porque en algún rincón de mí mismo me agazapaba, con mi cabal conciencia, capaz de responderte, de entenderte también, puesto que estabas dentro y

veía surgir tus pensamientos, sentía cómo desalojaban a los míos, cómo los rechazaban hasta un lugar desconocido y limítrofe, y, sobre todo y con horror, cómo querías por mí y cómo mi cuerpo obedecía a tus deseos, tus sensaciones en lugar de las mías, no era ya mi pierna la que escuchaba la sangre de María Elena. Ni fue tampoco mi mano la que la acarició desvergonzada, hasta que la despertó. Abrió los ojos en la oscuridad. Ella nos preguntó dulcemente: «¿Por qué me despiertas?», y tú le respondiste con mi boca con un beso agresivo. Ella no supo aún que era yo, sino después, adivinado: antes de dormir su paz, tras haber tú satisfecho aquella curiosidad de gozar a lo vivo del amor de María Elena, nos dijo: «Esta vez no me has parecido el de siempre» su sencillez no le permite imaginar las suplantaciones sufridas por su cuerpo, ni que te hubieras valido del mío para catar el sabor del suyo. ¡Mal hecho, Néstor Pereyra! No has podido olvidarlo. A veces, cuando despiertas de ese sueño remoto en que te has sumido, cuando tu voz me anuncia tu presencia, siempre me habla de aquel momento que, además, fue el último. Después te fuiste alejando, te desprendiste como una niebla que se levanta de un prado, que se columpia con pereza y cambia de color.

Recobraste el bastón y la corbata aquella, azul y plata, a franjas diagonales; y te alejaste hasta rozar la silla, pero sin sentarte otra vez. «¿Por qué dijo esa tontería de que no le habías parecido el de siempre?» Es muy sencillo, Néstor: porque no eras el de siempre. Aquellas palabras de veracidad palmaria quizá te hayan convencido de lo increíble de tu naturaleza, de lo dudosa. ¿Un sueño organizado? ¿Una persona sin cuerpo, habitante del mío como se habita una casa por temporadas?

«Lo mejor será que hablemos de esa ficción, Uxío.» No lo dijiste aquella misma noche, sino otra cualquiera, o acaso no haya sido una noche, sino un momento indeterminado de cualquier tarde, olvidado al menos, de los muchos en que transcurrió nuestra compañía, los atardeceres con sol dorado o con lluvia fina te eran propicios; a mi lado cuando quería estar solo, entrometido cuando acompañaba a Cynthia o esperaba a María Elena, ausente y sordo a mis requerimientos si un dolor o una angustia reclamaban una voz a mi lado. Reconozco la excelencia de tu colaboración literaria, no

discuto tu talento, Néstor Pereyra, pero como amigo no eres de los excelentes, siempre riéndote de mí, carajo, como si fueras perfecto. Si yo algún día decidiera desdoblarme en poesía y sarcasmo, esto lo serías tú, pero, entiéndeme bien, no sólo te reías de mis poemas, por los que jamás te interesaste, sino de mis camisas, de mi manera de andar o de mi modo de amar. «¿Por qué besas a Cynthia en el cogote y a María Elena en el cabello? ¿Por qué no besas a Cynthia en el cabello y a María Elena en el cogote?» ¡Oh, sublime ignorante! Podía responderte que porque me daba la gana o porque no me la daba, pero la respuesta adecuada tendría una relación más directa con mi experiencia en los lugares donde se debe besar. Aunque, entendámonos, en cuanto personaje, no quedas mal; si te hubiera inventado, no me habrías salido más redondo, ningún crítico realista hallaría peros que ponerte, Néstor Pereyra, todo un carácter, no de los sostenidos, sino de los variables e incluso contradictorios, lógico en sus incoherencias y en sus arbitrariedades. «¿Por qué no nos marchamos a Nueva York, Uxío Preto? Con lo que sabemos de literatura bien podríamos ganarnos la vida y habitar en la cima de un rascacielos, mira qué importantes, la ciudad más grande del mundo a nuestros pies, y yo haciendo equilibrios en una barandilla del piso ochenta y siete. Nueva York tiene que ser en este momento la última ciudad tolerable del planeta, con París ocupado por los alemanes, Londres bombardeado y Roma repartida entre el Papa y Mussolini. Dirás quizá que Buenos Aires, pero Buenos Aires queda lejos, y, además, no me gustan los tangos, quizá debo reconocerte que el viaje por mar me da más miedo que el salto en avión, fíjate tú, con los submarinos alemanes por un lado y el derecho de visita de los ingleses por otro. Los viajes por mar deben de ser una lata, como no sean los del Pacífico. Pero, ¿adónde vamos a ir que haya que navegar por el Pacífico? ¡Además, están los japoneses, oye, no lo recordaba ya, los japoneses en guerra, kamikazes y todo eso! Desengáñate, Uxío, Nueva York y nada más que Nueva York. Además, allí no existe la censura previa.» Y si te respondía que sí, que tenías razón, pero que sería difícil conseguir el visado para ti, me respondías lógicamente que tu carencia de corporeidad, eso que alguna vez definiste como escasez material, te eximía de cualquier trámite de aduana, qué gusto el de

colarse, y que quien tenía que conseguir el visado, además del pasaporte y el permiso de salida, era yo, precisamente yo… Pero no te envanezcas. Tu perfección como personaje no llegó a tan alto grado de universidad que hayas constituido un ejemplo o una figura de esas que aparecen en cualquier catálogo de los grandes símbolos o los inmarcesibles arquetipos, Edipo o Hamlet, pues no pasaste en tu corta peripecia de mero autor de ficciones o, para ser más exacto, de una sola ficción, la que porque yo tuve en ella tanta parte como arte. Y todo lo demás, querido Néstor, no me hagas recordarlo.

Tenías talento, lo reconozco sin embargo: a elegante no me ganas, aunque al mismo tiempo debas admitirle como el único participante en esa fe en ti mismo, al menos por entonces, pues la publicación de nuestra novela provocó una rechifla general, aunque privada, a la que probablemente tendré alguna otra ocasión de referirme. Quizá no te importe ahora recordar aquella mañana en que María Elena embarcó en aquel avión para Londres. Yo la había acompañado al aeropuerto y tú compareciste, no sé si como un pájaro en mi hombro, o identificado con mi sobra. ¿Habrá sido tu naturaleza inmaterial lo que te permitió profetizar, contra todas las adivinaciones de María Elena, que aquel avión iba a ser bombardeado, o ametrallado, o cosa semejante, indispensable para hundirlo en las aguas o estrellado en la tierra? Que al fin y al cabo jamás se supo cuál de ambas suertes fue la suya, cuando en todo caso su destino hubiera sido el de perderse en las estrellas, que es lo que yo imagino a veces, para mi desconsuelo: María Elena y Leslie Howard en los espacios siderales, la Pimpinela Escarlata asombrada de un baile hecho de pena y de pecado; pero sé que me engaño a mí mismo. Me entristeciste con tus siniestros augurios, «No volverás a verla, Uxío, no la verás jamás», sin precisar las causas, aunque yo haya pensado inmediatamente en la catástrofe. No quise mirarte cuando me lo dijiste, pero adiviné tu sonrisa de hombre que conoce el Porvenir, el de La Suerte del Pajarito, o que es capaz de alterarlo, porque el destino estaba en las cartas de María Elena, que le aseguraban un viaje feliz. «¡No te entristezcas, cristiano! ¡Volveré!» Iba a bailar sus bailes delante de unos soldados pecadores y tristes y quién sabe si también delante de Churchill y de Montgomery: no se lo habían asegurado, pero sí dado por probable. Leslie Howard

llevaba un traje claro, blanco a layas azules, según creo recordar, todavía estaba bueno el tiempo. Y ella le miró con interés, no te hagas el sorprendido, le gustaban los hombres guapos, y a Leslie Howard lo había visto alguna vez en el cine; por lo pronto lo habíamos visto junios, una larde que yo tenía dinero y ella descansaba, en que la llevé al cine y a cenar, y después, en vez de parar en la tertulia de Júpiter Tonante, nos fuimos por ahí, de callejeo, por barrios populares en una de cuyas plazoletas uno tocaba la guitarra y varias niñas bailaban. Pues ella se arrancó y lo hizo a la luz de la luna, en el medio de un corro de madres, de abuelas, de hijas y de algún que otro varón que fue saliendo de la tasca cuando se corrió que la María Elena estaba a bailar en la plaza. Le dio unos besos a las niñas, mientras la aplaudían, y una vieja me dijo: «¡Cuídela bien, que es la gracia de Dios!» Tenía que haberle impedido el viaje a Londres: allí mismo, en el aeropuerto, cuando tú insinuaste tu mal agüero, caray, Néstor Pereyra, no se puede abusar de las facultades excepcionales cuando se carece de un rostro en que llevar la bofetada.

Con el pretexto de que la peseta no se cotizaba en Londres, aquella peseta de papel sucio que a mí, sin embargo, me venía de perlas, me dejó lodo el dinero español que llevaba en el bolso, alrededor de ochocientas pesetas, o acaso unos duros más, no lo recuerdo bien, pero no alcanzaba las mil. Éramos ricos por unos días, cené en una tasca una cena sustanciosa, y después se te ocurrió que fuésemos al café, a la tertulia de Júpiter Tonante. La ocurrencia fue tuya, jamás mía. Tenías ganas de chafar o al menos de poner en tela de juicio su fabuloso saber, es el único que queda de los Grandes, los demás se fueron al exilio, pero, dentro de nada, los tendremos aquí otra vez. Mientras tanto, él los representa, es como su cónsul y su portavoz. Recibe cartas y las muestra en secreto: «gracias, querido amigo, por ese número de su revista que me ha enviado», le escribe don Jorge; y, don Pedro, otro acuse de recibo semejante. Cada vez que recibe una carta, y se sabe, el Júpiter Tonante resplandece, como cubierto por la sombra de los dioses. Después del incidente del poeta inglés ya sabíamos a qué atenernos respecto a sus saberes, y tú, irresponsable como cualquiera que carezca de cuerpo y de estatuto de ciudadano, el

parvo estatuto de los ciudadanos de entonces, pretendías recrestarte, montarte si era posible, insensato, no comprendías que Júpiter Tonante podía dejarme sin mis colaboraciones anónimas en la radio y reducirnos a una miseria real, de inaniciones y muerte. Estaba la chica aquella que había visto en París *La ópera de dos ochavos*, acontecimiento que consideraba el más importante de su vida con un entusiasmo tan excluyente, que ya no parecía el acontecimiento máximo, sino el único, pues aunque se decía que Júpiter Tonante le concedía sus favores, como lo hacía con periodicidad y sin las garantías mínimas de una *liaison* estable (a lo que aspiraba con otras dos o tres que jamás habían visto *L'opera de quat-sous*), no puede decirse que fuese muy importante, de modo que si aquella noche estaba sentada junto al capo, era seguramente por mera casualidad, o acaso porque aquella tarde le había correspondido el turno de los beneficios celestes, lluvia de oro o rapto de berrendo: Júpiter la había cubierto en forma de ducha fría, quizá, mostrándose moderno, y todavía necesitaba mantenerse cercana al que le había elevado a estrella de transición. Y estaba también aquel muchacho a quien habían convencido de que, para ser buen poeta, tenía que hacerse maricón, o, por lo menos, pederasta, y él, como tardaba en decidirse, no hallaba quien le publicase sus poemas, que no eran malos, Néstor, recuérdalo: unos poemas de dolor y desorientación, el pobre chico había caído en un mundo que no era el suyo y en el que hacía el papel de ángel en el destierro y la persecución, porque era un chico guapo, recuérdalo, con esa cosa indecisa de los demasiado jóvenes, y se decía que Júpiter se lo quería pasar también por la piedra a cambio de publicarle algo: lo hacía a pelo y a pluma, se decía, Júpiter, y a aquél lo quería de Ganimedes, y a veces, para dar realidad al ensueño, le pedía que le pasara el agua, pero de esto no sabemos nada, la gente es muy mala, Néstor Pereyra, comidillas de café de escritores, que alcanzan con sus salpicaduras a las mismas divinidades. Pues aquella noche, durante unos minutos, todos nos escucharon: Júpiter Tonante me preguntó por María Elena, y yo le describí la llegada al aeropuerto, su encuentro con Leslie Howard, el despegue del avión, el adiós desde la portezuela. «¿De manera que viaja con ese inglés amariconado?» «¡Nadie puede decir que lo

sea porque haya hecho un papel así!» Y Júpiter Tonante cambió de tercio rápido, lo cambió para preguntarme, en la cara, si yo me acostaba con María Elena. ¡Hasta tú te estremeciste de cólera en mi interior! «¡Pégale!», gritaste. Fíjate tú, pegarle. «Es usted la primera persona que me pregunta semejante impertinencia, y no tengo estudiada la respuesta.» Si él pegaba, yo pegaría pero no pegó. «No hace falta que me diga más, señor Preto. Si alguna vez se hubiera acostado con ella, lo proclamaría a voces, ¡pues ahí es nada, ese bombón, María Elena! Yo, que me acosté con ella, se lo puedo asegurar.» Entonces me atreví a responderle: «Estoy en condiciones de sostener que eso que dice usted es mentira.» Cómo se puso de rojo, el Dios Mayor, recuérdalo, Néstor Pereyra, y qué miedo me entró de momento, el miedo a quedarme sin trabajo, en la puñetera calle, el Júpiter Tonante tenía mucho poder quizás a causa de ser el que no había emigrado, el representante menor y ministro plenipotenciario de los otros grandes. Tenía tanto poder que me dejó en la calle, en efecto: aquellas miserables perras que nos daban en la radio, cada quincena, después de una cola humillante, quedé sin ellas, pero la ocasión de mi respuesta no se quedó en ridícula, sino que terminó en patética, porque alguien vino con la noticia de que el avión en que viajaba Leslie Howard se había perdido, y a Júpiter Tonante se le cayó la cara de vergüenza y se marchó hosco, en silencio, sin cortejo. Nos fuimos todos, sin comentarios, no había nada que decir, el poeta invitado a ser marica también, salió conmigo, me acompañó durante unas cuantas calles y se despidió con un apretón de manos muy significativo y una cara muy triste. Hasta tú te entristeciste, tú, Néstor Pereyra, el impasible, con vocación de dandy inglés a la manera de Ramalho Ortigao, como que llegaste a proponerme que me pusiera monóculo. Pues te pusiste triste e intentaste consolarme. Gracias.

Tú, mejor que nadie; tú, desde más cerca que nadie, pudiste ver lo extrañas que son las cosas, qué tejemanejes se trae el destino, qué escasamente claro es, qué escasamente razonable. Nos había llegado con espanto la noticia de que, de las colaboraciones, nada, y ya habíamos empezado a pensar en un préstamo que nos permitiese regresar a Galicia y refugiarnos en mi casa destartalada; incluso, Néstor Pereyra, habías planeado un nuevo modo de vida, grandes

quejas contra la suerte deificada, voces van, voces vienen por las grandes estancias vacías, muchas veces barridas por el viento que entra por los cristales rotos, por las ventanas desvencijadas. ¡Hay que ver, Néstor Pereyra, qué facilidad de adaptación la tuya! Porque, aunque hubiéramos podido regresar a mi casa, y aunque nos hubiéramos instalado allí, la cuestión del sustento no quedaba resuelta, Néstor Pereyra: ni patatas en el huerto baldío, ni un mal puerco en la corte ni una gallinas en el corral. Mientras tanto, imaginabas clamores shakesperianos ante un público de ratones que asomaban los hociquillos por las roturas del suelo. Yo ya había escrito cartas, dramáticos S.O.S lanzados a varios vientos, cuando llegó aquel papelito encerrado en un sobre azul, ya ves, ahora vendría mejor decir *envelope* que sobre, con membrete de una casa de seguros sita en un paseo céntrico. Con tu intuición, Néstor Pereyra, no adivinaste el mensaje, si de vida o de muerte, o bien de mero trámite trivial, y hasta me aconsejaste no acudir a la cita que se me daba, una mañana cualquiera, de once a una, en el domicilio social, despacho del señor Director. ¡Pues casi nadie y casi nada! «¿El señor Director?» El que pregunta es un sujeto indefinible, no llega a parecer mendigo, pero tampoco su aire es de caballero andante, si bien su rostro anuncia una clase de gente no habitual, ¿pues cómo no, Néstor Pereyra? La educación, la sangre, la cultura, impiden que a un escritor sin fortuna se le pueda confundir con cualquier pedigüeño. «Yo soy Uxío Preto. Me enviaron esta carta…» «¡Ah, sí, señor Preto! Haga el favor de esperar, si quiere, siéntese, no son más que unos segundos.» Total, que el señor Director de la empresa de seguros tenía que comunicarme la extraña (para nosotros) nueva de que María Elena me había designado como receptor del dinero en que su vida joven se había asegurado contra una muerte incierta, contra la desaparición garantizada. ¡Su cuerpo joven, que podía danzar en medio de los astros, valía un millón de pesetas! Bueno, algo menos, porque había que pagar unos impuestos; pero, en números redondos y por lo bien que suena, el millón: quien posea un millón es millonario, y no hay en el vocabulario de nuestro siglo palabra con más *prestigio* si no es la siniestra de dictador. Admito, reconozco y agradezco el consejo que me diste y la ayuda que me prestaste en relación con la

indiferencia, totalmente fingida, con que recibí la noticia. El director dio muchos rodeos para acabar preguntándome por mis relaciones con María Elena y aquello por lo que me había instituido heredero. Estuviste genial al susurrarme: «¡Dile que eres su hermano!», y se lo dije, como posibilidad más que como seguridad, y él se quedó mirándome: «Sí, claro que puede ser. Esos pómulos anchos tienen que ser de gitano, aunque no ese color de zanahoria y esas pecas.» ¡Se supo, ya lo creo que se supo! La secretaria del Director era querida oficial y jefe de relaciones públicas de cierto escritor de los más jóvenes y afortunados, y se cuidó de propalarlo por cenáculos, y «¡Eso lo explica todo!», dicen que dijo Júpiter Tonante al enterarse del infundio; y aunque no añadió ni una palabra más, la sonrisa en que se encaramaban sus palabras, anchas y continuada bastante tiempo más del que dura una sonrisa, fue interpretada por los presentes como si en realidad hubiera dicho: «Caballeros, como María Elena nunca tuvo marido, no ha habido cuernos en el sentido literal y más satisfactorio de la palabra, satisfactorio para el que los pone. Mientras el mundo no cambie la orientación del eje, y por lo que se ve no lleva trazas de cambiar, un marido es un marido; pero hay también los cuernos que se ponen al padre, al hermano o al amante, y el caso de que tratamos cabe por derecho propio dentro de esta categoría. Mi dignidad personal queda a salvo, y aquí ni Dios se ríe.» Esto fue lo que me confió el poeta candidato forzado a maricón en cualquiera de sus modalidades, y la interpretación de la sonrisa le pertenece por derecho. Asimismo me dijo que el Gran Arquitecto del Cosmos, el Mago de la Palabra, supremo ordenador por aquellos años de la literatura nacional por parte de la oposición silente, había rogado a los contertulios que, si me veían, me transmitieran su más sentido pésame. También se llegó a saber, aunque no sé por qué caminos, que cierta vez, no muy lejana la muerte de María Elena, se me presentaron tres representantes de su parentela gaditana, la vieja que la había enseñado a bailar, una hermana de su padre y una cuñada de no sé quién, que llevaba la voz cantante, porque como era de Toledo, creían que hablaba mejor el castellano. No exigían, sino rogaban una participación en el dinero «… miajita aunque sea, porque comprendemos que, siendo como es su hermano…». Para

entenderse con la gente, no hay como que la gente se ponga previamente en razón. Accedí a repartirles un tercio del seguro a los parientes hasta tercer grado, que, según el padrón que inmediatamente elaboraron, se reducían a siete: cosa de cuarenta mil pesetas por barba, descontados los impuestos. «¡Y que Dios se lo pague y a ella la tenga en su gloria!» Vinieron siete, hombres y mujeres, les di la tela (así llamaban ellos al dinero) y en la propia casa de María Elena le hicieron un funeral de cante, baile y manzanilla que duró hasta que los vecinos pidieron a la policía municipal que los desalojase. No volví a saber de ellos.

Tú te pusiste algo tonto, Néstor Pereyra, con tus exigencias inmediatas. Una vez limpias las huellas de la juerga, ¿qué le pasaba al piso de María Elena para que le hicieses fu? La zambra no había eliminado su recuerdo, su olor persistía en algunos rincones: yo lo percibía al menos. Me llegaban agudas vaharadas sutiles como voces que hablasen desde el otro lado de la Realidad, el grito de espanto (¿o de conformidad?) anterior a la muerte, ¡quién sabe si el gemido del horror de quien se siente desplomado antes de perder el sentido por completo! Otras veces también pude escuchar algunas confidencias. Y nada de esto te agradaba, menos aún lo compartías. Acabaste por refugiarte en un rincón (tú decías «objetivarte») y dejarme por imposible mientras me duró la pena; acechaste mi regreso a la normalidad cuando ya el recuerdo se mudaba en aroma, cuando el dolor se reducía a una llaguita recóndita y sabrosa. Entonces me dijiste que empezabas a acostumbrarte a aquella casa gitana a la que, después de todo, no le faltaba gracia, y que con pequeños aditamentos quedaría habitable (habida cuenta de que, según tu vocabulario fantasma relativamente ilimitado, «habitable» quería decir aproximadamente «íntimo», en ninguna manera cómodo, ya que carecías de posaderas).

«Lo que a mí me parece, Uxío, es que ya va siendo hora de comenzar nuestro trabajo. Estoy aquí para eso. Y he pensado que podemos juntar con los míos algunos de tus materiales. El otro día recordaste aquel lugar estrafalario, "La Curva de Zésar", con sus sombras de cemento, sus símbolos eróticos y su escenario. Bien. Pues yo tengo la historia de una mujer a quien mataron el novio durante la contienda, se lo mataron los nacionales una de esas

noches de fusiles largos en que el pueblo entero tiembla porque se oyen pisadas recias y blasfemias horrendas en la oscuridad embarrada, y, después, el fuego que deja a su paso extrañas caligrafías en las tapias: entraron y lo arrancaron de los brazos de su madre, un mozo grande y rubio que era, a quien le habían entrado en la cabeza algunas frases hechas que no coincidían en su texto con las que los detentadores de los fusiles alojaban en las suyas. Apareció muerto en la cuneta. Entre la madre y la novia le lavaron la sangre y lo llevaron a enterrar. Después, se dieron un beso y cada una se encerró en su casa. La madre, pronto su cuerpo viejo no pudo soportar la pena. La novia sobrevive: tiene en su casa cuarenta gatos que la conocen y obedecen, aunque no les hable. Se dice que le adivinan el pensamiento.» «Y, ¿qué quieres?, ¿qué escribamos una historia más de guerra? Por otra parte no veo la menor relación entre esa novia engatada, o quién sabe si engatusada, y “La Curva del Zésar”.» «No entiendes, Uxío Preto. De lo que trato es de instalar a la novia con sus gatos en la casa de Zésar y a ver qué. Las sombras azuladas o rojizas, los símbolos eróticos y el escenario con su seducción vacía tiene que provocar una situación cuyo desarrollo nos corresponde a nosotros.» Confío en que, cuando la mirada es hacia dentro, no se advierta el estupor, aunque no esté seguro de que haya sido interior, aquella vez. Me encontraba tumbado en la cama de María Elena, fumaba un cigarrillo; pero Néstor Pereyra había salido de mí, una de tantas veces que cobraba, si no consistencia, al menos visualidad; llevaba un rato contemplándolo, él, sentado en el sillón frontero y golpeando los zapatos con el bastón, según su hábito. Sí, fue así, tuve que mirarle y tuvo que darse cuenta de mi sorpresa. «Sí. Lo que yo me propongo es realizar mediante palabras narrativas y descriptivas la fusión de esas dos realidades, creando así una tercera, inverosímil de tejas abajo, pero que la palabra hará tan real como las otras. Entendámonos, pues. Partimos de una doble situación real, la muerte del novio, el encierro de la novia y la existencia de ese espacio interior de pornografía y cemento; sigue lo que pudiéramos llamar un reclutamiento de gatos. ¿Por qué de gatos y no de ratas? Ante todo, porque si bien unos y otros andan errantes, en lo que se manifiesta su domesticidad es en una relación

humana que en épocas muy favorables puede llegar al amor. Segundo, porque no escapan cuando les das de comer, sino que refriegan su gratitud con el hocico. Te ruego, porque son poco de liar, como los hombres y las mujeres. Te ruego que ahora pongas en funcionamiento tu cacumen e imagines en líneas generales lo que puede suceder a partir de esa situación. Que la imagines sin trabas racionales ni perjuicios de verosimilitud.» Te respondí que, en esas condiciones, podía suceder que precisamente esa sobreabundancia de posibles narrativos dificultase cualquier hipótesis válida, al ser válidas infinitas hipótesis. «¿Por qué no enuncias, al menos, una?», me respondiste con el mismo aire de desafío. «¡Hombre, así de pronto! Tendríamos que llegar primero a ciertas precisiones de tiempo y de lugar, porque no es lo mismo que la casa donde se encierra la novia con los gatos esté en un pueblo o en una capital, y que el encierro acontezca en nuestros días o en un futuro todavía utópico donde la Policía no se mete en la vida privada de perros ni de gatos. Y, una vez que lo hayamos decidido, tendríamos que seguir excluyendo posibilidades hasta quedarnos con una. Es una tarea larga…» «Limítate, me respondiste, a estos pocos materiales: una señorita relativamente culta y bastante imaginativa; cuarenta gatos entre los que se encuentran algunos ejemplares excepcionales de estampa y voz: finalmente, un escenario.» «Me sobra el escenario o me sobran los gatos. A no ser que pretendas convertirlos en espectadores de los monogramas que la novia frustrada por la guerra pueda representar con fines terapéuticos.» ¡Ah, en este caso lo veo claro! ¡Ella amaestra a los gatos para que permanezcan sentados y, al final, en vez de aplaudir, maúllen! «Considera, Uxío Preto, que la decoración erótica en sombras y cemento carece de significación para los gatos. Los gatos ignoran la existencia del sexo: lo practican cuando les llega la xaneira, y no pasan de ahí.» «Entonces, no se me ocurre por qué quieres tantos gatos. Es indudable que la casa olerá mal, olerá gatunamente.» Néstor Pereyra abandonó el bastón, vaciló entre ponerse de pie o permanecer sentado; se decidió por apoyar los codos en los muslos, postura bastante incómoda, pero que le hacía semejarse a una gárgola de Víctor Hugo. Así permaneció algún tiempo, un tiempo breve que aproveché para rectificar mi postura en la cama de María

Elena y para doblar la almohada. Se levantó de repente: en el dedo que me apuntaba vi representado todo el poder necesario para ordenar el mundo o para negar el «¡Fiat!». «¡No se te ocurre nada, Uxío Preto! Estás encadenado a eso que llaman la realidad, o, si te parece mejor, a lo estúpidamente verosímil. Sin embargo, este momento que estamos viviendo, enteramente real, no lo es. ¿Qué pasaría si, en vez de estar ahí tumbado todo el día, rumiando hasta el hastío la nostalgia de María Elena, te fueses ahora mismo a la tertulia del Júpiter y proclamases: "Caballeros, me ha nacido un interlocutor en las entrañas mismas y pretende que escribamos una novela en colaboración. Les suplico sin embargo que no tomen mis palabras al pie de la letra, pues no se trata de un personaje biológico, sino biográfico, o, dicho de otra manera, carece de cuerpo, aunque no de figura. Se da por supuesto que no lo voy a parir." El Gran Dios de las letras te preguntaría con afectada perplejidad y cierto aire compasivo si la herencia de María Elena te había trastornado: el evidente desacuerdo en que os halláis el Júpiter y tú, que a él le trae sin cuidado más o menos como a ti, implica sin embargo ciertas coincidencias fundamentales. Tanto tú como él odiáis la poesía realista, pero lo mismo tú que él no concebís otra novela que la realista. Ahora bien, lo que yo te propongo es una gran fantasía inverosímil, aunque lógica hasta el estornudo. No olvides que la lógica va de lo real a lo inverosímil y de lo irreal a la realidad. Nuestros pies están bien puestos en lo de aquí, en lo histórico de nuestro tiempo, ahí lo tienes, una muchacha de una ciudad pequeña a quien le matan el novio a causa de unos lugares comunes, que se encierra para siempre en una casa decorada de cierto modo inusual, con cuarenta gatos y un escenario de teatro. Aplica a esto la imaginación lógica, pero no olvides que la metáfora es una de las grandes realidades de las infinitas que componen la Realidad. La metáfora lógica que se le ocurre a esa muchacha para matar el tedio y ahogar la pena, es organizar con los gatos una compañía teatral y hacerles representar, al menos al principio, su dolor y su tedio, pero los sentimientos de una muchacha en esas condiciones coinciden con los de todo el mundo, recogidos y expresados en la dramaturgia universal. Luego, lógicamente, esa muchacha, a la que desde ahora podemos llamar

Aquilina, si te parece bien, lo que hace es enseñar a sus gatos a declamar y a representar, pacientemente, día tras día, hasta lograr que uno diga el monólogo de Hamlet con pasable corrección, y una gatita blanca dé realidad verbal al dolor de Julieta entre Romeo muerto y su muerte inmediata. ¡No me digas que no hay gatos en el mundo capaces de recitar esos monólogos! De acuerdo. Pero, ¿conoces alguno que, al marcharse, deje en el aire la sonrisa? Pues los gatos de mi novela no dejarán la sonrisa en el aire, pero sí las más bellas palabras que se dijeron en el mundo, de Edipo, o de Melibea. Unos gatos que, además de hablar, fingen amor y odio y se sienten capaces de matar y de morir, porque se me ha ocurrido construir esa novela como un sistema de dramas menores, los que se ensayan y representan, incluidos en el drama general, el que viven los gatos y las gatas de la compañía, todos ellos envueltos en el drama casi cósmico de Aquilina y de los demás mortales. ¿Te imaginas la perplejidad de esa muchacha, no ya ante el recuerdo de su novio muerto, que eso acaba siempre por hundirse en los dulces olvidos, sino ante el convencimiento de que existen los agujeros negros del firmamento, lo cual no hay manera humana de entender ni de olvidar?» «Dirán de ti, si dicen algo, que has escrito una alegoría.» «Me importa un bledo lo que digan. Como Stendhal en su tiempo, yo sólo seré entendido dentro de ochenta años.» «¿Y si hubieran destruido el mundo para entonces?» «Sería cosa de lamentarlo.» Le llamé petulante, y por si la petulancia era o no elegante, nos metimos en una larga discusión que nos apartó de los galos, de sus pasiones, y, sobre todo, de sus olores, pero nos llevó a un terreno de momento más temible, pues, de repente, se me plantó, lodo erguido y con el pecho fuera, y me preguntó: «A todo esto, ¿cuándo te haces un traje?» Intenté mantener mis posiciones teóricas acerca de su petulancia con la afirmación de que el petulante manifiesta a las claras una superioridad sobre los demás que puede ser real o imaginaria, pero que en cualquiera de los casos ofende con su manifestación. No me hizo caso. «¿Y no piensas, le dije, que presentarse en la tertulia del Júpiter con esos arreos que me estás describiendo sería algo ridículo? Todo el mundo diría: “Mira éste, cómo presume a cuenta de la muerte.”» Mi objeción debió de convencerle o, al menos, hizo tambalear su seguridad

aplastante. «Sí, claro, no dejas de tener razón. Pero, un luto discreto… ¡Ya está! Chaqueta negra con pantalones grises y una corbata oscura. Si a eso añades un bastoncillo como este que llevo, una sencilla caña de Ceylán, quedarás impresionante sin que nadie tenga que decir nada. Lo menos que se hace por una persona querida es ponerse de lulo cuando muere.» «¿Y no se les ocurrirá decir», le retruqué: «“Fijaros en lo agradecido que le está”?» A poco rompe el bastón; quizá lo hubiera roto de ser real. «No se puede ir por el mundo buscándole a lodo las vueltas, así te fueron siempre las cosas. La crítica radical de todo es práctica de adolescencias inseguras. A nuestra edad, lo aconsejable es la ironía, y no hay nada más irónico que un bastoncillo.» «¿Por qué dijiste a nuestra edad? ¿Acaso tenemos la misma?» Otra disputa: que si era algo más joven; que si siendo una especie de emanación mía, o de concentración de mis átomos biográficos sobrantes, racionalmente se requería mi existencia anterior, pues lo emanado postula un emanante, etc. «Sin embargo, Néstor Pereyra, si estás hecho de mí, estás hecho con lo mío, y lo mío tiene la misma edad para los dos.» Acabó persuadiéndome de la conveniencia de abandonar mi atuendo habitual, demasiado brillante por la parte de los codos e insensible a la plancha en las rodilleras: «De esa manera vestido, el Júpiter Tonante jamás podrá admitir que nuestra prosa es superior a la suya, como es lo cierto. Hazme caso. Trescientas pesetas que te pueden costar en una tienda de confecciones, la mejor de Madrid si lo prefieres, un pantalón y una chaqueta, no van a arruinarnos.» Aquel *plural* me dejó de una pieza: ¿es que también se tenía por heredero de María Elena?

Hubo que añadir, al completo, una gabardina, porque el frío se echaba encima, y también unos zapatos, porque los míos no se compaginaban con aquellos pantalones de caída tan respetable, vertical que llegaba de algún paraíso ignoto y algo alto. Me propuso un sombrero; no transigí, y me quedé en la boina, que no nos cae mal a los del norte cuando sobrepasamos el metro con sesenta centímetros y sabemos darle su aire; además, de alguna parte ha de venir la vertical. Acepté la caña de Ceylán, por haber encontrado en el Rastro una barata con un anillo de oro bien conservado. Y sucedió que cuando me halló pituco, Néstor Pereyra tomó posesión

de mí: quiero decir que aquella operación identificadora de la noche en que, dueño de mí, Pereyra despertó a María Elena y le hizo padecer la sensación de que yo era otro, inició un período hasta llegar a posición permanente de mi cuerpo y de mi alma, ya no soy yo, soy Néstor, con exclusión de lo más mío, hasta del nombre; y lo digo porque nos presentábamos con el suyo, Néstor Pereyra, donde no conocían a Uxío Preto, y el suyo fue el que apareció en los periódicos como protagonista de una conferencia sobre el amor en un club de señoras. Cómo habíamos llegado hasta allí, sólo puede explicarse acudiendo al parangón de la pelota de celuloide que salta encima del chorro de la fuente, y, en uno de esos brincos, juguete del Destino destino de las pelotas, cae el primer peldaño del agua, de allí al segundo, y así, de peldaño en peldaño, hasta llegar a la superficie bulliciosa del estanque. Quién colocó en lo alto del chorro el nombre de Néstor Pereyra no lo recuerdo, si es que lo supe alguna vez: alguna imagen de la que no puedo fiarme en absoluto, me remite a Cynthia, o a alguna de sus amigas que no conocía mi nombre y que aceptó sin más disquisiciones el de Néstor Pereyra. «¿Cómo te llamas tú, que no me acuerdo?» «Néstor Pereyra, no lo olvides.» «Ya me parecía a mí que tenías un nombre raro.» Y de aquella amiga en otra hasta llegar a una que entre sus muchas gracias contaba la de ejercer de vicesecretaria para actividades culturales del «Fémina Club». Le oyó a Néstor hablar sobre el amor, y le preguntó si quería dar una charla en su club. Néstor, sin consultarme, dijo que sí. Tenía que valerse de mi cuerpo, de mis palabras, de mis ideas, pero no se molestó en conocer mi opinión. Y estuvo francamente elocuente: yo diría que fascinante, más que seductor; si bien no conviene perder de vista el hecho de que las mujeres se dejan fascinar antes que seducir por quien les habla del amor, a poco vistoso y hábil con la palabra que sea el sujeto, salvo si habla a oscuras, que entonces le basta con la labia. Aquella tarde, en el «Fémina Club», la luz era discreta, pero no escasa, y si se juzga por lo que yo veía en un espejo cercano, Néstor actuó con ademán comedido, y, por lo que me lúe dado oír, con voz de mediano tono, pero dejando la impresión de quien disimulase un terciopelo real con un papel de tacto neutro. Carezco de los datos necesarios para poder asegurar que un tanto por ciento crecido de

las espectadoras haya deseado experimentar el terciopelo en forma de dulce mano que acaricia y mata, pero sí estoy en condiciones de afirmar que María de las Mercedes sí parecía desearlo, al menos durante unos momentos que bien pudieron ser de éxtasis real, aunque fuera por las trazas sólo de éxtasis ficticio. ¿Por qué ciertas personas parecen engañarnos cuando dicen la verdad? No me atrevo a pensar la respuesta. Todas las componentes del corro que felicitaba a Néstor se fueron retirando: María de las Mercedes permaneció hasta el final, y, cuando se quedó sola, le pidió a Néstor que la invitase a tomar una copa juntos, y Néstor lo hizo, rica su mente en hipótesis futuras cada una de las cuales incluía a la recién conocida; también sin consultarme, se fue con ella, sin una mera mirada, sin un gesto explicativo. Si gárrula significa vacua, María de las Mercedes no lo era; si lo dejamos en charlatana, se corre el riesgo de entenderlo como vacuidad abundante. ¿Meramente habladora? ¿Y no sería que llevaba dentro, constreñida, la necesidad de hablar, por lo largo, del amor, con una persona que, como había quedado claro, entendía un poco de eso? Aunque yo pueda testificar que los saberes de Néstor eran más especulativos que experimentales. Pero eso, a veces, no importa. La manera justa de interpretar la perorata de María de las Mercedes es el recurso de la fuente que mana y corre, uniforme, insistente, musical. Como que Néstor Pereyra parecía pasmado y no hacía nada para disimularlo, sino más bien corroborarlo con indomeñables tartamudeos. A María de las Mercedes, desde ahora, la llamaremos Rula, anticipándonos al momento en que ese nombre sirvió para llamarla en la intimidad (salvo en los casos en que Néstor la llamaba Rulita), y para referirnos a ella entre nosotros. Pues parecía que Rula hubiera estado años esperando a que le destapasen la espita y también a que Néstor Pereyra poseyera las llaves del secreto. A Néstor, cuando dejó a Rula a la puerta de su casa, sólo se le ocurrió exclamar, como el más vulgar de los horteras entusiasmados: «Pero, ¡qué mujer! ¿Te has fijado qué mujer?» «Sí: una señora casada que no lo disimula y a quien probablemente su marido tiene racionados la palabra y el amor. Debe de ser imposible vivir con ella.» No era la primera vez que Néstor me echaba a la cara mi desconocimiento del corazón humano, lo cual no me preocupó jamás gran cosa, aunque sí su

inmediata declaración de propósitos, es a saber, el de encontrarse al día siguiente con Rula, que discretamente nos había informado de su asiduidad a determinado salón de té de los más elegantes. «Como comprenderás, cuando te invité a vestirnos de manera decente, no se me había ocurrido que tan pronto nos fuese necesario disponer de una presencia digna y atractiva. Si mañana por la tarde el tiempo está pasable, haremos nuestra entrada en ese salón de té con la gabardina al brazo, el paraguas colgado de la muñeca izquierda y la mano derecha vacilante. Puede ser una entrada apoteósica, pero yo sólo aspiro a que sea irreprochable. Una mujer que espera es muy sensible al efecto que causa en otras mujeres el varón esperado.» «¿Y por qué estás seguro de que te espera?» «Las personas bien educadas no necesitan decir las cosas claras para entenderlas, y se puede convenir una cita sin pronunciar esa palabra, tan melodramática, sin referirse para nada al lugar y a la hora.» Pues tenía razón, Néstor Pereyra. Rula ya estaba en el salón de té cuando llegamos; espió el efecto de nuestra entrada en las mujeres que nos habían podido contemplar, y, después de una sonrisa, mientras Néstor le besaba la mano, se quejó de los siete minutos que llevaba allí sola. «¡No me haga esperar, se lo ruego!» ¡Dios mío, la respuesta implicaba la esperanza de otras citas, sólo tú sabes cuántas! La justificación de Néstor por su tardanza duró todo el tiempo que tardó la camarera en anotar el pedido y traerlo: Rula le escuchaba con los ojos muy abiertos y una expresión de absoluto arrobo que, tengo que reconocerlo, no presentaba ningún matiz cursi (lo cual no implicaba que no los hubiera interiores, pero a esa clase de penetración yo todavía no había llegado). Al discurso de Néstor, ella respondió con otro que acompañó a la operación de beber el té y de tomarse unos pastelillos, ejercicio este durante el cual aconteció algo que quizá resulte significativo para entender la clase de redes que utilizaba Rula, y la gran facilidad de Néstor para caer en ellas con la misma elegancia con que habíamos entrado en el salón; y fue que, mientras Rula mordisqueaba uno de los pasteles, hizo como que necesitaba limpiarse la nariz, y en tanto hurgaba su mano en el interior del bolso, dejó el pastel mordido en el borde del plato, y entonces Néstor, con sonrisa de gran picarón que sabe lo que hace y el momento en que debe hacerlo, hundió los dientes en

la huella rojiza que los labios de Rula habían dejado en el hojaldre, ante lo cual ella se limitó a manifestar mudo, dichoso asombro, mediante el procedimiento de abrir mucho los ojos y regularmente la boca, con el pañuelillo en la mano y la nariz sin limpiar. El que estuvo entonces cursi, y además, prolijo, fue Néstor, porque le endilgó una perorata bastante lírica de justificación, en que se hablaba de miel a propósito de labios, aunque también de frambuesa al referirse a aquéllos, inmediatos y concretos, que iban pintados de ese color. Mostrando el borde del pastel mordido, se extendió en un largo excurso acerca de los diversos papeles que a los dientes corresponden en los trámites eróticos, principalmente en aquella parte indispensable por lo expresiva y significativa que llamamos provocación, aunque también excitación, y hay que decir que anduvo cuidadoso al elegir las metáforas, sin hablar ni una sola vez de perlas ni de claveles; y si repitió la voz «frambuesa», al color de esa fruta se debía, y al uso que de él se hace en la cosmética moderna, que aún no le había hallado sustituto, tal vez por no habérselo buscado. El rostro de Rula se iba sin embargo entristeciendo, aunque sin perder un solo matiz de su belleza, antes bien, mostrando de ella un aspecto que nos era desconocido y cuando Néstor pareció haber concluido, cosa que se manifestó al exterior en el hecho de rematar el pastelillo y remojarlo en la boca con un buche de té, Rula tomó la palabra, o quizá la antorcha, resplandeciente aún, que había quedado abandonada, y con una bella, aunque escasamente original comparación en la que no se disimulaba la crueldad de las rejas carceleras, antes bien se ponía de relieve, acabó cruzando varios dedos de ambas manos delante de sus labios, con la intención probable de explicar, acaso con dolor o, por lo menos, tristemente, que el camino de cualesquiera labios hasta los suyos estaba sembrado de escollos e impedimentos férreos, quizá no tanto en forma de rejas como de cadenas matrimoniales, lo cual en el fondo da lo mismo, pues, sea de rejas, sea de cadenas, en ambos casos se trata de símbolos terribles. Pero aconteció que Néstor Pereyra, en vez de desanimarse ante el anuncio de semejantes dificultades, echó mano de Prometeo y de su fuego, y añadió una metáfora más a las ya vigentes y todavía actuantes, en el sentido de afirmar que el hierro no resiste al fuego, antes bien se

ha utilizado siempre para fundirlo: arte de tan remota antigüedad que figura entre las fundamentales (en el sentido estricto de fundamento) de nuestras costumbres amorosas. «¡Oh, milagro, del dios alado y ciego, que el hierro abrasa y endurece al fuego!», y todo lo demás, aunque la cita fuese un fraude, porque el original pone «hielo» donde Néstor dijo «hierro». Fuese que no se le ocurriera una nueva metáfora que oponer a la del luego, fuese que su corazón necesitaba de algún modo físico de expansionarse. Rula no respondió con palabras, sino con un largo y refrenado suspiro, tras el cual dejó una de sus manos, la que precisamente tenía libre, y que había estado mirando como se mira el instrumento que da vida o que da muerte, que reposase unos instantes sobre el dorso de la que Néstor había avanzado no sé si en forma de promesa o de súplica, aunque, dada la situación, debía de tratarse de lo segundo. Aquellos instantes escasos en que dos manos se encontraron con el mismo resultado luminoso (aunque difícilmente perceptible a la vista, sino al espíritu) que si dos estrellas se hubieran acariciado, dieron pie a Néstor para preguntar a Rula si al día siguiente podrían verse en lugar algo menos concurrido y a una hora más discreta, precisamente a esa en que la gente trabaja y no se demora en la cafetería, Rula le respondió que sí, que bueno, que en tal lugar de tal barrio, en la calle que Néstor apuntó inmediatamente: hacia el número tantos, pero más próximo a la esquina Alfa que a la Beta: un rinconcito pacífico, desconocido del vulgo y también de Néstor Pereyra, aunque no por vulgar, sino por recién llegado él de allende. Y cuando todo quedó bien claro, y en poder de Néstor un plano elemental, si bien indispensable, del lugar en que estaba el remanso de comodidad y de silencio estipulados, Rula se levantó y se despidió diciendo que regresaba a las cadenas: lo dijo con tanta sencillez como naturalidad, hasta el punto de que aquella ausencia de dramatismo en el momento en que Néstor esperaba un resplandor fugaz, aunque suficiente, de tragedia, convenció definitivamente a Néstor de que se hallaba ante una mujer de verdad superior, lo cual no dejó de engendrar entre nosotros una rápida situación tirante, al desprenderse de las palabras y, sobre todo, del ademán de Néstor, su convicción de que tanto Cynthia como María Elena apenas sí sacaban los hombros por encima del

mar de la absoluta vulgaridad. Esta última metáfora es de incumbencia de Néstor y no se me haga responsable de ella.

No pude evitar que me llevase de paseo por debajo de unos árboles que el viento tibio, recientemente despierto, sacudía con sonora parsimonia. Puedo añadir que cayeron algunas gotas durante nuestro trayecto, y que el cielo había comenzado a ensombrecerse, si no era por el ocaso, en que lucía un resplandor de oro contenido en su luminosidad por nubes negras. Lo otoñal de la situación no parecía influir en el ánimo de Néstor, que caminaba deprisa, aquello no era un paseo, sino la persecución insensata de un ente fugitivo, que, sin embargo, no había sido pensado ni soñado. Digamos que era la prisa por sí misma, hecha meta de una inquietud. De haber tenido automóvil (y por no tenerlo sigo dando gracias a Dios), seguramente nos hubiéramos metido en una locura rápida, de esas que convencen al que lleva el volante no se sabe bien de qué, ni parece probable que llegue a saberse nunca, «Estoy lleno de luz», me dijo; «me corre por las venas como un fuego suave». En los diálogos literarios alguien tiene siempre la razón mientras el otro lleva la pasión. En el caso de que semejante afecto del ánimo pudiera expresarse adecuadamente por medio de esa imagen de la luz y del fuego interiores, la pasión, aquella tarde, estaba de la parte de Néstor. «Me permito recordarte, Néstor querido, que tú no estás aquí para enamorarte, sino para escribir una novela.» «¿Y no te has preguntado nunca por qué, llevando ya tiempo juntos, apenas sí hemos hablado de ella?» «Sí. Alguna vez lo he pensado, y sólo se me ocurrió una respuesta: que la novela no pasa de pretexto; que lo que quieres es ser y estar, sin darte cuenta de que sólo lo puedes a mi costa, obligándome a renunciar a mí mismo y a seguirte como testigo de tus locuras o de tus estupideces. Lo de hoy participa de ambas cualidades, aunque de momento ignore en qué proporciones. Me inclino, sin embargo, por el predominio cuantitativo de la estupidez. El adulterio ya no es elegante: sólo le satisface a tipos toscos como el Júpiter, quien, sin embargo, sólo los comete con el deseo o con previas adultas zarrapastrosas.» «Es una palabra, ésa del adulterio, que no se me había ocurrido aún para definir la situación, aunque lo de definir situaciones no pase de manía intelectual de sujetos como tú. Pero,

ahora que lo has nombrado, ¿cómo podré hurtarme a su sagrado prestigio? Los ejemplos grandiosos de Lanzarote y Tristán me avalan, aunque deba reconocer la ambigüedad de esa palabra, pues también sirve para designar las relaciones grotescas de la señora gorda del cuarto con el tendero de la esquina.» «Entre tú y Rula, en el mejor de los casos, lo que puede acontecer es eso mismo a que aspiran el señor gordo del cuarto y la tendera de la esquina: a coincidir en el mismo lecho con intenciones similares. No idealicemos, por favor.» Néstor se revolvió con tal fuerza en mi interior que me hizo retorcerme, con gran sorpresa de unas señoras que pasaban y que me tomaron seguramente por epiléptico. «No es lo mismo.» «¿Cuál es la diferencia?» «La que existe entre ambas parejas. No puedes comparar a una gorda y a un tendero con Rula y conmigo. De mí sabes de sobra cómo soy; en cuanto a Rula, por torpe que sea tu percepción, ¿puedes negarle al menos la distinción? Creo que tanto Rula como yo resistimos la visión desnuda de nuestros cuerpos, que es la clave. El amor es grotesco o sublime según los cuerpos que lo expresen. *That is the question!*» No quise responderle. Caminé más deprisa, como si, haciéndolo, pudiera dejarlo atrás. El viento había aumentado, y un par de gotas gruesas anunciaron la lluvia. No recuerdo qué poeta aseguró, con toda seriedad, que llovía en su corazón; pero a lo mejor recuerdo mal, y se trata solamente de una de esas canciones vulgares cuyo éxito dura una temporada.

A la mañana siguiente; mejor al mediodía, iniciamos la larga, la al parecer inacabable peregrinación por las infinitas cafeterías discretas y cómodas a aquellas horas del mediodía, favorecidas de escasas clientelas coincidentes en la busca de un refugio a que su situación dramática les obligaba: parejas aún sin decidirse, o carentes del escondrijo idóneo, del soñado rincón de sedas y dulzuras. Poníamos la condición de que fuesen discretas: no necesariamente oscuras, sino más bien de medias tintas; cómodas, aunque no necesariamente lujosas, en que sirviesen productos de buena calidad, los exigidos por un estómago durante mucho tiempo maltratado. A la segunda de aquellas citas, y en un momento propicio, a Néstor se le ocurrió cantar una estrofa de cierta copla americana que no recuerdo completa; la cantó, el puñetero, en el

momento oportuno. La canción dice así (se recomienda cantarla con visible melancolía):

Yo sé que nunca besaré tu boca,
tu boca de púrpura encendida;
yo sé que nunca llegaré a la loca
y apasionada fuente de tu vida.

A Rula le dio como una sacudida. Un mechón rubio le cayó sobre la frente. Se volvió a Néstor: «Estás equivocado. Estoy deseando besarte.» En buen teatro, sobraba la primera frase, pero ella no lo tuvo en cuenta. Le ofreció los labios. ¡Ah, Néstor Pereyra! ¿Qué hubiera sido de ti, en aquel instante que llamaste cumbre, y quizá clímax, no lo recuerdo bien, fue un momento muy zarandeado, sin mi experiencia? Yo, por lo menos, sabía besar, y, ante aquel ruego mudo de tu corazón, guié tus labios. Permanecí, te lo aseguro, indiferente. El deleite del beso te lo dejé entero a ti, igual que te dejé la satisfacción de haberte aproximado a las rejas y de haber robado una brizna de amor a través de ellas. Lo malo, Néstor, es que no se puede besar impunemente a una mujer en el rincón de una cafetería e irse después a casa; lo malo, Néstor, es que es más difícil mantener todavía la tranquilidad necesaria para ir tirando cuando esa operación del beso se repite cada mañana, sin otra variación que el escenario, y, finalmente, que a esa insensatez del beso, tarde o temprano (en tu caso en seguida) la sigue siempre el sofaldeo más audaz, si bien tú le llamases delicadas caricias. Ni los hombres lo resisten ni las mujeres. Rula lo comprendió y una vez dijo: «¡Nos estamos destrozando!» Pero se negó a ir una mañana a nuestra casa, lo cual me hace pensar que sus observaciones formaban parte de un papel bien estudiado. Menos aún aceptó la idea de acudir a un hotel por caminos distintos. Del mismo modo se negó a todo lo que no fueran aquellas entrevistas clandestinas y, en el fondo, inocentes, sin otra diferencia entre la del jueves y la del viernes que la variedad de los rincones, ya que lo que pueden hacer los labios en lo que a la morfología del beso respecta, se agota pronto. La situación llegó a ser dolorosa. Rula te confesó una vez que acababa cediendo a los acosos de su marido y rindiendo a la

naturaleza el tributo debido (en materias de alusiones Rula era maestra: jamás pronunció una palabra inconveniente, aunque lo fuese el hecho que la palabra designaba). Pero tú carecías de esposa a la que acosar, si bien le llevases a ella la ventaja de que las angustias no las padecías en tu cuerpo, sino en el mío. Y lo mejor de todo aconteció cierta noche en que no pude más y me fui de bureo con una furcia conocida y de fiar: no quisiste acompañarme, y, al regresar a casa, te hallé mohino y arrepentido de la infidelidad que había cometido yo.

En cierto modo, fue la misma Rula la que nos ayudó a salir de aquel apuro, aunque no por las vías apetecibles, que eran también las apetitosas. Una de esas mañanas en que un viento incansable y sonoro anuncia la inminencia de los fríos, y en que yo estaba ya convencido de que necesitábamos comprarnos un abrigo, al hablar de refilón de tu novela, Rula se mostró repentinamente interesada por ella; te pidió que se la contases: no pudiste hacerlo porque de poco más disponías que del tema, aunque pudiste explicarle tus proyectos. «Pero, ¡Dios mío!» dijo ella en un momento en que tú habías callado, no sé si para tomar aliento; «¿Cómo pierdes el tiempo besándome en las cafeterías, si tienes esa novela por escribir? No debías habérmelo contado, porque, a partir de ahora, sentiré remordimiento». Y por si iban a ser o no las ausencias insoportables, y por si la vida misma iba o no iba a serlo para ti si ella dejaba de besarte, se llegó a un convenio según el cual, pasado cierto plazo bastante breve, ella dejaría de besarte, de aproximarse, de acudir, si tú no le leías diariamente un número discreto de cuartillas (pusimos dos holandesas a máquina). Quien se alegró de aquellos tratos fui yo, recuérdalo, con la alegría del que espera verse libre de una servidumbre, en parte al menos, pues aunque no llegué a esperar que tu trabajo te obligase a espaciar los encuentros, confiaba al menos en que la mayor parte del tiempo no se consumiese como antes en amagos, fintas y simulacros. Cuando llegaste a casa quisiste ponerte a escribir. Te recordé que no habíamos comido y que la cocina me esperaba. Mientras mondaba las patatas de la tortilla, un mandil a la cintura y, entre los labios, el enésimo pitillo de la paciencia, viniste compungido a confesarme que no se te ocurría nada útil; que tu imaginación estaba ocupada

por un repique, el paso sordo de algo tan marcial como una tropa. «¿Qué puedo hacer con esto? Por mucho que me esfuerce no se me va de la cabeza. Y, si continúo así, mañana no tendré las holandesas prometidas a Rula. ¡Y no me dará un beso! Ya sabes que es capaz de hacerlo.» Y antes de que yo te respondiese, agregaste: «Me quiere mucho, ¿verdad? Eso se nota en seguida. Si no me quisiera tanto, no se sacrificaría a causa de mi novela, porque a ella también le gusta besarme.» «Sí. Sois un par de idiotas.» Estaba ya caliente el aceite de la sartén. Me apresuré a echar en él las patatas; cuando ya cantaban en el fogón, le dije a Néstor: «Mira, contra lo que tú crees, esas imágenes que estorban, las encuentro pintiparadas para empezar con ellas. Todas son útiles, a condición de que ese sordo ruido marcial sea el de los pasos siniestros de los que vienen en busca del novio de Aquilina.» «Pero, ¿tú crees que una novela como la que yo quiero escribir puede empezarse de una manera tan realista?» «Habíamos quedado en la realidad como punto de partida. Aquilina, su novio, la madre del novio, pertenecen a la realidad; más aún, pertenecen a la Historia como comparsas anónimos. Tú mismo me lo has asegurado. También es real el mundo de la Curva de Zésar. La fantasía empieza, pienso yo, y lo pienso porque, o lo has dicho o me lo has sugerido; la fantasía empieza, digo, cuando esos mundos reales se juntan y se funden, o dicho de una manera vulgar, cuando Aquilina y sus gatos se van a vivir a la casa de Zésar.» «Y, ¿por qué se van a vivir ahí? ¿No crees que convendrá buscar una razón?» «Porque existen cuatro clases de oraciones condicionales, Néstor Pereyra, o porque el agua se descompone por simple electrólisis en oxígeno e hidrógeno. ¿O bien prefieres una razón sublime? Pon entonces que Aquilina huye de su casa por incompatibilidad con los hombres, entendidos éstos como la totalidad del género humano, entidad abstracta e inexistente y por eso mismo de fácil sublimación; al refugiarse en el Antro de Zésar, lo encuentra lleno de gatos, que resultan amables, cariñosos, entretenidos, serviciales, incorruptibles e inteligentes. Además, carecen de ideas políticas y, en general, de ideas de cualquier clase, lo que los hace altamente respetables. Y, si esto no lo consideras digno de Aquilina, o intentas sorprender a Rula con la elevación de tu mente, inventa una Aquilina disconforme con Dios y que aspire a

construir un mundo superior al que tenemos.» Me interrumpió: «Eso, ya ves, es una buena idea, pero sin sociología, sin metafísica y sin política. Aquilina intenta construir un mundo nuevo, sencillamente porque tras la muerte de su novio descubre su incompatibilidad con el que existe, pero no por razones morales, sino por la más sencilla de que su sistema de captación no es el adecuado, y, una de dos, o lo cambia, o inventa un mundo que coincida con él. Puede ser el de los gatos.» «¿Y lo piensas decir así?» «Así, ¿cómo?» «Con esas mismas palabras: "sistema de captación". Son de las que echan atrás a la gente, y a la propia Rula seguramente le sonarán a raro. Me parecen una pedantería.» Hubo una pausa antes de la respuesta. «Entonces, tú, ¿cómo lo dirías?» «No sé. No lo tengo pensado.» Las patatas eran pocas y ya estaban a punto. Batí los huevos (dos), cuajé la tortilla, me senté a la mesa de la cocina y empecé a comer. Durante aquellas funciones ineludibles, que él calificaba de ínfimas, ¡él, puro espíritu!, solía alejarse de mi conciencia, y refugiarse en cualquiera de las honduras más o menos tenebrosas donde, acaso sin quererlo, se alimentaba de mis propios excedentes, que luego modificaba al hacerlos suyos en una especie de digestión. ¡Así, cualquiera! Yo, una tortilla española; él, los detritus de mi espíritu, que serán detritus, pero que son espirituales. A su regreso, ya traía resuelta la cuestión poco antes planteada. «Sí, estoy de acuerdo contigo. Eso de captación queda fuera de lugar. Lo que haré será describir un proceso de inadecuación, entre un sistema de respuestas a la realidad y la realidad misma.» «Pero, ¿no puedes por lo menos pensar sin rebuscamiento?»

La diferencia entre escribir de manera espontánea, así, porque le sale a uno, y hacerlo al dictado de alguien que no se ve, es bastante notable, y, por supuesto incómoda. Los que se dicen inspirados, deben de experimentar una situación semejante, si bien sea lo honrado reconocer la superioridad de las musas sobre Néstor Pereyra en cuanto seres agradables. La voz interior que me dictaba no era, sin embargo, molesta; sabía insinuarse, y desde el primer momento advertí no sólo la nitidez de las imágenes sino la propiedad de las palabras, que, sin la menor duda, me pertenecían. ¿Era suya, al menos, la elección? No podía responderme. Tampoco puedo hacerlo ahora. El mecanismo de nuestra relación personal y

profesional no lo tengo aún dilucidado, ni espero dejarlo claro nunca: por lo pronto coincide exactamente con lo que vengo describiendo. Hay intríngulis… ¿Se dio cuenta Néstor de lo que en aquel momento me preocupaba? Tampoco tengo seguridad de que conociera mi pensamiento por intuición angélica, o sólo cuando yo emitía señales interiores que se lo revelasen. ¡Ay, Señor! El número de cuestiones problemáticas que pueden, si se quiere, plantearse en casos como el mío, llega a ser incalculable, pues las relaciones establecidas no sólo son las mismas que entre cualquier pareja humana del mismo sexo y sin desviaciones eróticas, sino las que se derivan del hecho irreparable de ser dos entes que disponen de un solo cuerpo. Pero esto me aparta de mi tema, que es el relato, aquí, de la feliz aventura de las primeras holandesas, más de dos, al menos cuatro, que por cierto me permitieron descubrir con espanto que, al corregirlas a mano, la letra con que lo hacía no era la mía habitual, sino de una caligrafía preciosista que con toda seguridad, como pude comprobar más tarde, pertenecía a Néstor.

María de las Mercedes, para nosotros Rula, acaso no esperase de Néstor el cumplimiento de su promesa, o acaso lo fingiese, pues a nuestra llegada al rincón de la cafetería donde nos habíamos dado cita, no movió la cabeza como era su costumbre, la sonrisa del heraldo, adelantando los labios para recibir el beso, sino que dijo: «Tengo la mayor curiosidad por conocer las causas que te impidieron empezar esa novela, tan hermosa, que tienes inventada, y lo siento, porque me gustaría besarte; pero conforme te anuncié ayer, estoy dispuesta a sacrificar mis ansias hasta que consiga sacarte de tus habituales y cómodos ensueños y divagaciones y llevarte al camino del trabajo.» Así, todo entero, con comas y punto y comas; así, como la primera manifestación del papel de salvadora que probablemente había decidido atribuirse (¡Dios mío! Si se acuesta con ella, condicionará la cama a las cuartillas; así, con un suspiro como punto final). Yo la hubiera mandado a paseo, porque eso no se hace; se espera al menos a que el otro intente disculparse, y no se aparte de una hipótesis negativa, porque a veces falla, sino al menos de una apariencia o una simulación de fe: «¿Me traes lo prometido, amor?» Pero Néstor se me impuso y ejecutó una tras otra las acciones encaminadas a colocar ante los ojos, al parecer

asombrados de Rula, las páginas escritas, una, dos, tres, cuatro… «¿Pero, ¿es de veras? ¿Y me las vas a leer?» Me ofreció entonces los labios, y yo le acerqué los míos, en cuya carne Néstor Pereyra había acumulado todo lo que constituía su misteriosa y aún no bien aclarada existencia. Tal vez, a ella, aquel beso la haya dejado satisfecha. Cuando uno dice «un beso», siempre exagera, pues nunca un beso es sólo un beso, salvo ese primero que se dan algunos novios. Los besos, como las imágenes del poeta, acuden en secuencias. Pero esto es ahora lo de menos. Néstor empezó a leer sus páginas. Rula y yo le escuchábamos, lo cual en cierto modo, para mí, fue lo mismo que escucharme, aunque advirtiera algo raro en la voz, como una especie de transición o tal vez de forcejeo hacia otra distinta, y si ella, al final, prorrumpió en elogios, casi en aplausos, yo quedé ensimismado y algo perplejo. Como arranque de novela, con ligeros retoques, podía aproximarse a ese grado de perfección siempre relativa que es la meta de la obra de arte: cosa de tres o cuatro modificaciones meramente sintácticas, cuya oportunidad, cuyos términos, discutieron Néstor y Rula, mientras yo me inhibía. Después, ignoro cómo, la charla literaria evolucionó hacia contenidos sentimentales; sobre todo por parte de Néstor, hacia la expresión acuciante y reiterada de su necesidad de abrazar a Rula sin el estorbo de aquellas ropas que, aunque elegantes, de una manera tan evidente dificultaban el contacto de los cuerpos, los cuales, a juzgar por ciertos síntomas, se apetecían. Las manos de Rula parecían garantizar la coincidencia de los deseos, y hasta de las esperanzas, mientras sus labios, entre beso y beso, proclamaban la imposibilidad de una aproximación sin ropa. Sin embargo, debieron de ser tan convincentes las razones, y quizá las caricias de Néstor, que Rula acabó por prometer una visita a nuestra casa precisamente el día en que Néstor dejase bien instalada a Aquilina en la Curva de Zésar, con los cuarenta gatos alrededor, y dispuesta al ensayo, en aquel antro recoleto, de su proyecto de otro mundo, uno en que, al menos, no le fusilasen al novio. Sin transición, como quien salta de una orilla a la otra de un río ancho, Néstor se extendió largamente en la exposición de los previstos engorros argumentales y, sobre todo, dialécticos, para describir, debidamente justificada, la decisión de Aquilina de convertir a sus cuarenta

felinos en una compañía teatral, después de haber pensado en dedicarlos a la música y organizar una orquesta filarmónica. Aquella vacilación entre Max Reinhardt y Von Benda la imaginaba Néstor abundante en complicaciones y, sobre todo, en dificultades. Por lo pronto, los maullidos se aproximan más a la música que a la palabra teatral, y, por esta razón y no por otra, hubo un momento en que Rula opinó que una orquesta gatuna parecería más verosímil que una agrupación dramática, pero Néstor le objetó que si habían de tener en cuenta la verosimilitud, el planteamiento de la novela partía de un error, y que, en tal caso, lo que tenía que hacer Aquilina era fundar una escuela de párvulos e inculcar a cuarenta niños sus ideales humanitarios y organizar con ellos unos coros infantiles. Rula, por fin, quedó de acuerdo.

Entramos en una especie de frenesí poético que nos zambullía día a día y noche a noche en el trabajo y que en alguna ocasión nos hizo casi olvidar que Rula nos esperaba en el rincón de una cafetería, con los labios tendidos hacia la puerta y una rosada, aunque inquieta, lengüecita asomando. De comer prescindimos varias veces, y no por decisión deliberada o espontánea, sino porque, de pronto, las acciones de naturaleza no espiritual quedaban demoradas hasta que su urgencia las hiciera inevitables: descarto las efusiones eróticas, que a ésas no renunciaba Néstor por nada del mundo: efusiones de trámite incompleto y, a la postre, escasamente satisfactorias: sólo las reiteradas promesas de Rula sostenían el entusiasmo de Néstor, aunque, como ya indiqué otras veces, las consecuencias más dolorosas, o al menos, más incómodas, recayeran sobre mí, obligado al arduo ejercicio de renunciar al agua cuando rebosa de la mano. En cuanto a Néstor, paralelamente a su entrega a la furia creadora, perfeccionaba su personalidad, o la idea que se hacía de ella, en el sentido sobre todo de completarla, recurriendo una vez más a la mitología del adulterio, para el cual se consideraba, no sólo apto, sino pintiparado: el adulterio consumado, quiero decir, y no aquellos escarceos de rincones de café y oscuridades de taxi anticuado. Se había inventado para su uso personal y también para engañarse, la metáfora de una especie de escalera ideal y solemne en cuya cima se le abrían los brazos de una Rula dispuesta a la donación de sí misma: aquellos escalones

los ascendía gracias al impulso poético; merced a él, mediante las oportunas invenciones, el proceso y a la par el camino que conducían a Aquilina, desde su desolada habitación al antro erótico de la Curva de Zésar, quedaban suficientemente descritos. Una mañana llegamos al café con varias holandesas en limpio. Pasadas las efusiones, besuqueos y eso, Néstor leyó las tres primeras, o, más exactamente, me las hizo leer, pero con eso de la voz acontecía lo mismo que con la escritura, que ya no era la mía; después de leerlas, las guardó en la cartera junto a las que no había leído. Rula le interrogó acerca de aquella ocultación, si deliberada o distraída. «En esas páginas» le respondió Néstor, «se cuenta la llegada de Aquilina a la casa de los gatos, así como la recepción que le hacen y el comienzo de unas relaciones que van a dar mucho juego: ¡todo el de una novela! Te las leeré esta tarde en mi casa. No puedo decirte la hora porque serás tú quien la señale.» Rula pegó un brinco comedido, y toda su respuesta, hecha de promesas, de remilgos, de deseos, de temores, se resumió en una sola palabra: «¡Néstor!», pero no creo que semejante nombre haya sido pronunciado jamás con más temblores de voz, diría trémolos si no fuese porque lo pronunció con voz opaca y de escaso volumen. La manera que tuvo de apretarme la mano, la especie de convulsión que siguió al nombre, completaron la totalidad de los signos con que aquella mujer intentaba hacer comprender a Néstor que le pedía demasiado; que lo deseaba ardientemente, pero que no se atrevía; que carecía de experiencia en aquella materia tan exquisita y al mismo tiempo arriesgada de los amores clandestinos, aunque sí conociera ampliamente el tema por sus lecturas especializadas (enumeró doce heroínas y terminó la enumeración con un etcétera que resumía la erudición suficiente); por último, su falta de entrenamiento la dejaba inerme ante los remordimientos que seguirían a las satisfacciones del amor cumplido; en todo caso, o en cualquiera, reiteraba su seguridad de que, si llegaban a compartir con éxito un lecho transitorio, los deliquios subsiguientes, así de orden corporal como espiritual, pero sobre todo los primeros, alcanzarían la plenitud que sólo los grandes amadores han alcanzado, si la Historia no miente. Ahora bien, siendo así que los amores de tan alta calidad han sido siempre trágicos, ¿podía ella

arriesgarse a un final desdichado, por bello y conmovedor que fuese, habida cuenta de que tenía dos hijos, niño y niña, el niño especialmente hermoso, la niña sobremanera inteligente, que ya iban al colegio? Todo lo cual lo dijo en un discurso de extraña corrección gramatical y retórica, como un parlamento de drama, con una voz segura y matizada, cálida aquí, algo más fría allá, según el pasaje, tremolante alguna vez, otra desfallecida: como que Néstor llegó al olvido de aquellas esperanzas en que culminaría la perfección de su personalidad, para gozar serenamente de los placeres estéticos a que aquella perorata le inducía. «¡Te adoro cada vez más, y te prometo que si, tras esa cima, hay algo que la supere, lo alcanzaremos juntos!» ¡Hay que ver cómo se ponen de exagerados los amantes cuando su mente se halla bajo los efectos, hasta hoy pocos estudiados, de una excesiva acumulación de semen en sus lugares secretos! Y lo bueno del caso es que el otro se deja convencer a sabiendas. Ante semejante derroche de literatura, yo no podía menos que recordar a María Elena, aquellas manos locas que transmitían la locura; a su escasez de palabras. Pero Néstor, locuaz, parecía hecho para aquella charlatana, y ella para él. Convinieron finalmente en que ella acudiría a nuestra casa, pero sólo a tomar el té.

Apenas sí me dejó dormir la siesta aquel Néstor agitado, casi convulso, con dos cuernos en las manos como un par de banderillas sin toro en que clavarlas: cuernos de los que de buena gana hubiera prescindido, porque aunque fuese el adulterio la meta iluminada de su entusiasmo y de su esfuerzo, no tenía nada contra el marido de Rula, a quien no conocía ni deseaba perjudicar, menos aún ofender. En realidad, para Néstor, aquel marido era un estorbo indispensable en el planteamiento de la situación dramática, un ser funcionalmente necesario según la más estricta economía, pues si bien existen galanes que experimentan el socialmente acreditado placer de cornear a los maridos, él, Néstor, consideraba aquella actitud como expresión de la mayor vulgaridad del alma: lo que descubrí, asombrado, aquella tarde, después de haberme interrumpido la siesta con el pretexto de que había que ordenar un poco el dormitorio y el cuarto que servía de sala, fue que Néstor involucraba a Dios en el adulterio, con perjuicio evidente del

marido en cuanto receptor de la ofensa: así entendidas las cosas, una vulgaridad tan palmaria como acostarse con una mujer casada, de pronto cobraba vuelos de anonadante sublimidad. Hay gentes que creen en Dios sólo para que algunos de sus actos sean pecado, y, a lo mejor, Néstor me salía por esas peteneras. No pude investigarlo a fondo, porque el trajín a que me sometió durante un par de horas no dio lugar a grandes inquisiciones. Hasta que me planté y le dije: «Bueno. Como todas esas hazañas que te prometes realizar esta tarde vas a hacerlas con mi cuerpo como instrumento, lo más aconsejable será que no me canses demasiado ahora, que me permitas ducharme, beber un poco, y esperar adormecido la llegada de Isolda.» Reconoció que yo tenía razón, y llevó su generosidad hasta retirarse a los lugares recónditos de mi alma donde solía.

Pero no fueron muy largos su sosiego, o su meditación, o su espera esperanzada, paseo arriba, paseo abajo, e inútiles visitas a la ventana, porque apenas me había transido un sueñecillo plácido, cuando reapareció Néstor con un estruendo de voces, y espabiló mi conciencia un poco adormilada o, mejor, inhibida. Se le había recordado una cuestión capital, inexplicablemente descuidada —por él, se entiende—, en mis consejos y en mis instrucciones. «¿Cómo vamos a vestirnos?» Y antes de que yo le respondiera, antes mismo de que pudiera desperezarme y bostezar, como era mi deseo o mi necesidad, se respondió a sí mismo, no en forma de solución a su pregunta, sino de hipótesis, conjeturas, suposiciones y demás zarandajas de idéntico jaez incierto. Creo recordar que toda aquella palabrería giraba alrededor de dos núcleos principales: el primero tenía como protagonista a una bata de seda azul, con lunares, que, en un momento de debilidad, había accedido a comprarle. ¿Sería conveniente recibir a Rula en bata? Aunque vestido por debajo, esto por supuesto, ya que recibir la primera vez a una dama en pijama, por elegante que sea la bata que lo cubra, da por sentado que ella viene decidida a todo, de lo cual, aunque sea cierto, no debe uno darse por enterado, como tampoco es pertinente, en este caso del pijama, presentarse despechugado, de tal manera que ella pueda adivinar unos pectorales de regular potencia, de singular relieve, evidentemente bien poblados, pues todo esto, en todo caso, y sin atenuación posible, pone de manifiesto una seguridad tan ordinaria

en uno mismo y en sus atractivos que casi resulta ofensiva. Le dije que ponerse la bata lo encontraba de un cursi imperdonable, y él respondió que de acuerdo, pero que nunca se sabe cuáles serán los términos ideales en que una dama desea ser recibida por el caballero que ha conseguido vencer su natural resistencia, bien por el procedimiento extraordinario de la fascinación, bien por el más común de la seducción dialéctica, llamada también convencimiento, aunque no porque consistiera en convencerla a ella, sino en proporcionarle grupos de palabras mejor o peor ordenadas que ella usa como razones para justificar ante sí misma la decisión ya tomada. Fuera cual fuese el trámite seguido (y esto constaba solamente en la conciencia de Rula, ya que los actos y las palabras de Néstor podían utilizarse en cualquiera de los casos sin modificación alguna), lo que ignoraba Néstor, lo que le preocupaba hasta el tormento, era su desconocimiento del modo como imaginaba Rula que apareciese vestido en cuanto que lo consideraba o podía llegar a considerarlo como el amante ideal. ¿Y si su imaginación inexperta se hubiera nutrido exclusivamente de esas novelas y de esas películas de la *belle èpoque* en que el amante utiliza siempre una bata de seda, con o sin el aditamento de un elegante pañuelo al cuello? Le respondí que comprendía y aún compartía su perplejidad, aunque no enteramente, por esto, por eso y por lo de más allá, y que lo mejor sería vestirse sencillamente, aunque, eso sí, tomándose la precaución elemental y siempre aconsejable de mudarse de camisa y de ropa interior. Esto, la camiseta y los calzoncillos, constituyeron el segundo núcleo temático, a partir del momento en que Néstor palmoteo la frente y confesó, con aquel acto, que el problema de la ropa interior se le había escapado por completo; más aún, que no había figurado en ningún momento entre sus preocupaciones, que se había portado como si no existiera. «Pero, ¿no se te ha ocurrido que tienes que desnudarte delante de ella?» Un gemido de terror, un espanto de mirada precedieron a estas compungidas razones: «¿Dices delante de ella? ¿Y cómo?» «Cuando se hace por segunda o por tercera vez, la cosa no ofrece dificultad, cada uno de los protagonistas suele desnudarse por su cuenta, con el ritmo y en el momento adecuados, sin preocuparse de lo que hace el otro y de cómo lo hace, pues

ambos tienen prisa y la contemplación y comentario mudo de los detalles poco poéticos, como desabrocharse uno, han sido superados. Lo malo es la primera vez: ella tiene que resistirse, o, por lo menos, una mujer de la edad de Rula incluye la resistencia en su programa de ensayo de adulterio. Tú tendrás que arrancarle las prendas una a una, y si digo arrancar es despojando la palabra de toda connotación violenta y colmándola de mimo, de besos, de sorpresas y de sucesiva, entrecortada alegría cada vez que un pedacito de carne (o paraíso, como prefieras) queda a la vista o se ofrece al tacto. Mientras tanto, tienes que ir desnudándote sin dejar de entretenerla a ella, de modo que ambos quedéis desnudos a la vez y ella no tenga ocasión de contemplar ese espantoso objeto que son los calzoncillos…» Me interrumpió: «¿Me aconsejas que los esconda debajo de algún mueble?» «Eso, en el caso de que la operación despojadora de prendas íntimas se verifique en el sofá. Pero no sólo debes esconder los calzoncillos, sino también lo demás.» «¿Lo que ella viste?» «No. Eso jamás. No hay nada más erótico que la ropa interior femenina: por eso los industriales del ramo se esmeran en fabricarla hermosa y delicada, hasta el punto de que algunos exquisitos prefieren acariciar las bragas a lo que encierran. Pero los diseñadores de nuestras intimidades, o, al menos, los que lo han hecho hasta ahora, son tan rematadamente tercos en su machismo que no han llegado a concebir que un hombre en paños menores pueda no ser atractivo y que unos calzoncillos olvidados en una silla puedan no despertar la fantasía de una moza y alimentarla, como le sucede al varón con unas bragas femeninas. Aunque, claro, a veces hay casos raros, y Rula puede ser uno de ellos.» Néstor Pereyra se puso serio: «Rula puede ser un caso extraordinario, jamás un caso raro.» «Perdóname.» Quedamos en cambiarnos de ropa íntima y en vestir lo mismo que aquella mañana, y ya parecía resuelta la cuestión cuando Néstor volvió a gritar: «¿Y los calcetines? ¿Qué hago con los calcetines?» «Te los quitas también, como puedas, pero ten buen cuidado en dejarla a ella con las medias puestas, y si las lleva sujetas con liguero, el liguero también. Las medias son un excitante de primera, ocultan la irremediable vulgaridad lechosa de unas piernas desnudas, y, al darles color, les mejoran la forma. Y ese detalle

resueltamente diabólico de la costura terminando en flecha es uno de los más grandes descubrimientos de nuestro tiempo; quizás el más importante después de lo de Einstein.» «¿La flecha? ¿Dices la flecha?» Me pregunté qué diablo de imágenes me robaba Néstor en sus largas ausencias, cuando se sumergía en las profundidades de mi inconsciente.

Había paseado, había reposado, me había pedido el socorro de un trago. No sé si fue el latigazo del alcohol lo que orientó su inquietud hacia una meditación fantástica de lo que Rula había llamado «cima», sustantivo que completaba con las palabras «del amor compartido». Me preguntó si, en mi experiencia, había algo semejante. Le dije que no «La imagino, esa cima (empezó a decir) como la plenitud del placer, pero también como la plenitud de la personalidad, todo lo que puede caber en las palabras "suprema dicha". Algo que trasciende lo humano y nos lleva a los umbrales de Dios. Quizá por eso sea pecado.» «No lo sé —le respondí—; pero, por si acaso, procuraría que Rula no llegase tan arriba, que la dejaras sumida en el arrobo de un orgasmo más o menos feliz, pero nunca superior a lo ya conocido.» «Para eso» me objetó Néstor con cierta vehemencia «no buscaría el amor en el adulterio.» «De acuerdo; pero, imagínate que eso que llamas "cima" es algo real, y que Rula, como sea, puede llegar hasta allí (y no digo "ascender" porque ignoro si el camino es llano o empinado). Querrá, lógicamente, no separarse de ti jamás, y, al llegar a este punto, las mujeres como Rula prefieren las soluciones trágicas. Una, la del suicidio en pareja, como quien dice arrojarse al abismo desde la cima, que siempre suele salir mal por un error en los planteamientos técnicos. Otro, el parricidio. Hay que deshacerse del marido, y es el más común, no sólo aquí, sino también en los países en donde existe el divorcio, por esa afición a la tragedia de que te hablé. El divorcio no es una solución literaria, sino el recurso de burgueses que no quieren apartarse de la legalidad. En cambio, el asesinato del marido… ¿Eres capaz de calcular, de imaginar, la emoción de los trámites? El mero proyecto os convierte en asesinos, ya os miráis como tales, pero sublimes. Yo no creo que haya nada tan intenso como el amor de dos cómplices de parricidio. Lo malo es que termina. O matan, o no matan. Si matan, pueden ser

descubiertos y llevados a la horca: un tiempo más de sublimidad, pero cada uno por su parte, porque os encerrarían en cárceles separadas. Os quedaría, eso sí, el recurso de la correspondencia. ¡El epistolario trágico de Néstor y Rula! Pero lo más probable es que no os descubrieran. Hay muchos parricidios impunes. Viene después el matrimonio legal, pero no sé qué tiene el matrimonio que embaraza el camino de las cimas. Es demasiado trivial. Acontecerá entonces que Rula, siempre sedienta de cimas, se embarque en otra historia, que ascienda con un nuevo cómplice y que mate al otro marido, que en ese caso serías tú, aunque el veneno y la muerte los recibiese mi cuerpo. Como no estoy dispuesto, pongo condiciones a mi colaboración.» Néstor quedó un gran rato pensativo, que es lo justo en estos casos. «¿Me aconsejas que la defraude?» «No puedo darte consejos porque la desconozco. Pero, si ves que vuela, sujétala a la cama, no vaya a arrebatarte también. Y, ahora, lo mejor será que nos pongamos a escribir. Eso aclara mucho las ideas.»

Rula llegó, con un sombrero de velillo que le tapaba medio rostro, un paquetito en la mano y un gran apuro en el talante. Acabábamos de describir la primera reunión de Aquilina con sus gatos, como quien dice la primera asamblea, durante la cual la muchacha comprueba que su sistema de comunicación lo entienden los mininos sin grandes dificultades y que por tanto puede haber entre ellos, no sólo diálogo, sino acuerdo y convivencia. Nos había salido una página de excelente humor con ciertos resabios líricos y un profundo conocimiento de la psicología gatuna. Estábamos contentos. Néstor saltó en la silla al escuchar el timbre: yo deploré la interrupción de lo que iba saliendo bien. Mi mano, al abrir la puerta, temblaba del temblor de Néstor. Mi boca, guiada por el deseo ajeno, buscó la de Rula, y ella la esquivó con una risita apresurada, y entró en mi casa de rondón. Se me escapó de los brazos y corrió a la ventana: por la rendija entre el visillo y el marco me señaló la calle. «Mira. Alguno de esos que ves ahí es un espía de mi marido. Sospecha.» Néstor le dio la réplica adecuada: «Detective o esposo, antes de entrar aquí tendrán que pisotear mi cadáver.» ¡Cómo le agradeció ella semejante estupidez! Conmovida estaba cuando le besó. Y sin más preámbulos mostró el paquetito, que lo traía medio escondido, y preguntó por la cocina. «De lo del

té me encargo yo. Un té no lo sabe preparar cualquier soltero solitario —la hubiera interrumpido para decirle que solitario y soltero significan lo mismo, pero no quise hacerle a Néstor semejante faena—. La preparación del té es un arte difícil.» Y empezó a hablar del arte de la preparación del té con vocablos precisos y adecuada información, un saber tan minucioso que más parecía de erudito que de señora de su casa. Pensé para mí que había estudiado la lección en cualquiera de los libros sobre el arte de hacer el té que se hallaban en cualquier librería antes de la guerra y que por una ignorada aunque aceptable razón, podía poseer; pero ese pensamiento, como otros que se me iban ocurriendo, no lo comuniqué. En el paquetito venían pastas escogidas, un secreto casero, al parecer, y unos sandwiches preparados también por ella. Nada tengo que objetar a la calidad del té, al sabor de los sandwiches e incluso al de las pastas, aunque, para mi gusto, supiesen demasiado a mantequilla. ¡Mantequilla, Dios mío, con lo cara que estaba y lo difícil que era encontrarla! Se había quitado el abrigo, pero conservó el sombrerito durante su permanencia en la cocina, quién sabe si para establecer una distancia erótica razonable, aunque ideal y para el caso innecesaria, entre ella y una cocinera, o, lo que es más verosímil, entre ella y una querida pagada. No dejaba de tener gracia, el sombrerito un poco echado hacia atrás, unos rizos en la frente, y el mandil puesto, uno de ésos de peto que yo había heredado de María Elena.

Su charla sin resquicio saltó del tema del té al de las sospechas de su marido, de quien contó que le llevaba la cuenta de las bragas que tenía en el armario y de las que quedaban en la lavandería, para saber en todo momento si salía con ellas puestas o no; de esto, a su temor, probablemente prematuro, de que la novela que trabajábamos Néstor y yo fuese a tropezar con la censura. «Uno nunca sabe lo que piensa esa gente, y a lo mejor encuentra inmoral un idilio entre gatos.» «En realidad, le respondió Néstor, esa clase de amores no se me había ocurrido describirlos, y, si se piensa bien, no es posible prescindir de ellos.» «Podemos imaginar, efectivamente —respondió Rula—, aunque con un exceso de idealismo, que entre los componentes de una compañía teatral no haya un solo lío; no creo que se haya dado jamás el caso, pero

puede darse; aunque, ¿qué harán los gatos cuando les llegue enero?» «¿Por qué precisamente enero?» Le insuflé a Néstor sorprendido todos mis recuerdos acerca de la *xaneira* gatuna tal y como los había adquirido en mi aldea, gemidos nocturnos, paseos por los tejados con la luna al fondo, y bravas peleas por los favores de *Zapaquidla*; y él, sin agradecérmelo, se corrigió: Ya comprendo. Te refieres a la *xaneira*. Debes saber que ciertos conocimientos los recibimos en la lengua regional y no se le ocurre a uno traducirlos. La *xaneira*. A eso del enero gatuno le llamamos nosotros la «xaneira». A Rula le gustó la palabra e intentó pronunciarla correctamente, y en ensayar se pasaron unos minutos de intercambio fonético que Rula resolvió metiendo a medias una pasta en la boca y ofreciéndole a Néstor la mitad saliente. Néstor creyó que había llegado el momento. El mordisco a la pasta se convirtió en beso. El beso se alargó e incluso se complicó al incluir en su conjunto otros elementos que los labios. La mano de Néstor retiró el sombrerito, que cayó tras el sofá con ruido blando. Ella cerró los ojos. Néstor intentó quitarse la chaqueta, pero, como le resultase difícil hacerlo con una sola mano, prefirió desabrochar la blusa de Rula, que no hizo objeción visible ni movimiento que pudiera interpretarse como repulsa o, por lo menos, reproche: se limitó a suspirar, a susurrar un nombre, mientras la mano de Néstor descubría las Américas y las exploraba por el procedimiento tradicional de la caricia. La manipulación, ambos en el sofá, Rula pegada al brazo, no era mollar. Tumbada, hubiera sido más fácil, pero, acostarla, requería una complicada maniobra en que se incluían viraje y fondeo: no le salió. Intentó de nuevo lo de la chaqueta, otra vez con una sola mano, porque la diestra continuaba deleitosamente entretenida y, lo que es más grave, suplicando la ayuda de la siniestra. Le costó un esfuerzo enorme, que a Rula no pudo pasar inadvertido, pero, finalmente, quedó en mangas de camisa, y hasta pudo aflojarse la corbata. Para entonces, la blusa de Rula reposaba ya casi ingrávida sobre la alfombra, y en la acción de despojarla, o mucho me equivoco, o ella había cooperado, si no con movimientos, al menos con facilidades: colaboración, si no ayuda. Néstor retiraba el sostén, y le vinieron ganas de contemplar lo que, por el mero tacto, se le antojaba prodigio de costura, pero no se

atrevía a soltar a Rula del medio abrazo con que la tenía aprisionada. A pesar de su inexperiencia, o quizás a causa de ella, temía lo que pueda hacer una mujer a la que inesperadamente se deja en libertad. Desabrocharle la falda no fue difícil, pero, sentada como estaba, era una conquista inútil. Le sugerí que la cogiese en brazos, que la llevase a la cama y que, allí, en postura más favorable, rematase el despojo. Lo hizo. Rula quedó prácticamente desnuda, a salvo el detalle de las bragas, una verdadera flor de encaje; se las había puesto por debajo del liguero. Néstor quedó nuevamente perplejo y un tanto indeciso. Mientras buscaba una solución se soltó los tirantes, los pantalones cayeron y él se los sacudió de dos patadas. Vinieron a quedar colgados en la lámpara de pie, que, además, estaba encendida y envolvía la escena en una dulce luz rosada. Me había dejado en la postura menos airosa que puede tener un hombre: en camisa, con la corbata puesta y un par de piernas peludas entre los calzoncillos y los calcetines. No creo que mis piernas sean más feas que otras piernas cualesquiera, pero son feas, y así como el liguero de las mujeres viene cargado de prestigio pornográfico, las ligas masculinas son sencillamente ridículas. Yo no sé si fue en eso, en dejarlas a la vista, en lo que consistió el error de la faena. Había olvidado la precaución de advertir a Néstor de que un movimiento falso inhibe a la mujer más entregada, trasmuda en repulsa su esperanza. Fue un momento de terror. Rula gritó: Néstor se arrodilló e intentó resolver la situación con caricias y mieles, pero ella había apretado las piernas y hecho un nudo los brazos encima de los pechos, mientras el pico lo ocultaba bajo el ala. No ofrecía a la torpeza de Néstor ningún lugar especialmente sensible, salvo, quizá, la nuca; pero Néstor carecía de informes acerca de las propiedades de este atractivo y generalmente recóndito rincón. Las manos resbalaban inútilmente por los flancos, por las espaldas, en busca de una fisura en aquella impenetrable defensa. De pronto, Rula dijo sordamente: «Déjame», y a Néstor sólo se le ocurrió responderle, con voz de súplica: «Pero, ¡mujer!» Y venga a buscar un lugar indefenso a lo largo de las trincheras. Ella repetía: «¡Déjame!», y él ya no sabía qué decir. Buscaba, buscaba, buscó. Hasta que un terremoto inesperado e incluso indeseado sacudió mi cabeza contra las ropas de la cama, la hundió en ellas.

Respiró fuerte. Las manos quedaron quietas, abandonadas, muertas. Rula también sosegó. Y cuando pude erguirme y adecentar un poco mi aspecto, le dije con una voz en la que había más de orden que de juego: «Vístete y vete.» Entonces, se remejió en el lecho, sacó del escondrijo la cabeza, se volvió rápida y medio gritó: «¿Quién eres? ¡Tú no eres Néstor!» ¡Dios mío! Le había hablado con mi voz, y, por lo que fue diciendo, entrecortadamente, mientras se vestía, me dio a entender que interpretaba lo sucedido como una suplantación entre hermanos gemelos. ¡Lo que se le fue a ocurrir! No sé dónde estaba, entonces, Néstor, quizá caído en un rincón de mi conciencia, arrojado contra paredes de niebla por aquel placer anticipado y, a la postre, doloroso. Yo quedé solo y actué a mi modo. Ayudé a Rula a recoger las prendas desparramadas, e incluso a ponerse el abrigo. Cuando se hubo encasquetado el sombrerito, le dije que le estaba muy bien: me miró con odio, incomprensión, angustia, decepción y un vehemente deseo de echarme las manos a la cara y dejarme en ella las huellas de su error. Le abrí la puerta y la mantuve abierta mientras atravesó el descansillo. Después su sombrerito se hundió en la penumbra de la escalera. No me envió la última mirada.

Reparar los desperfectos de aquel fracaso requería la colaboración del agua y, por lo menos, del peine. Arrojé a la basura, con mis prendas interiores, el último testimonio, y me lancé a la calle. No sabía adonde ir. Dio la puñetera casualidad de que la tarde otoñeaba, y de que, en la esquina, un ciego tocaba al acordeón una canción de París: era como si un pedazo de la ciudad ocupada hubiera huido de la opresión y se instalase en aquel remanso de barrio donde también el cielo se afrancesaba. Me acogí a un portal y estuve oyendo la música y viendo cómo pasaban el viento y el tiempo. Es muy posible que se me hayan ocurrido, durante aquel espacio, los primeros versos de un poema amargo. Es casi seguro, pero los he olvidado.

Después, me encaminé al café, al que no iba desde un par de semanas atrás. Me empujaba la oscura esperanza de hallar a cierta poetisa en activo y narradora en ciernes que, a temporadas, facilitaba los accesos a su persona en el sentido más físico imaginable, mientras que, en otras, parecía constituirse en torre inexpugnable, símbolo mismo de la inaccesibilidad. No estaba

cuando llegué, aunque sí el Júpiter Tonante, que no respondió a mi saludo y continuó hablando como si yo no hubiera entrado. Me tocó mirarlo de perfil y estaba más caprino que nunca, más ficticiamente diabólico. Ponía, aquella noche, cátedra de novela, y el ejemplo de no sé qué escritores americanos de la serie negra a los que no había más remedio que imitar, si se quería llegar a ser alguien en tal arte, si bien con la condición complementaria de escribir con el estilo peor posible y de tratar únicamente de temas proletarios conforme a ciertas normas de objetividad sacadas de ilustrísimos teóricos. Se hicieron preguntas; Júpiter las respondía en su función de Consultor Mayor del Universo, la Verdad está en las puntas de mis dedos, y fluye… La verdad en este caso consiste en plagiar las ideas de algún teórico francés, si no de varios. Cuando me harté de aguantar el monólogo, le interrumpí para preguntarle si no cabía otra solución que aquélla a los que tuviésemos ganas o deseos de narrar, sobrevino un silencio difícil que rompí con estas palabras: «Porque yo tengo un amigo a quien se le ha ocurrido inventar una novela en que cuarenta gatos y una muchacha desesperada van a vivir a la Curva de Zésar, y lo que pasa promete ser gracioso.» «Nadie le impide, señor, tener amigos imbéciles.» Varias miradas cayeron sobre mi insignificancia, en aquel momento entendida como aplastada persona. Estaba en un rincón y me apreté más a él. Se susurraron comentarios de los que percibí la palabra tonto. Y a partir de aquel momento quedé definitivamente descartado de la reunión. Pensé que podía irme sin ser notado, incluso sin decir «Buenas tardes.» Lo hice, pero no me eché a la calle, sino que me quedé a la puerta del café, a ver si a la escritora esperada se le ocurría venir y si estaba en disposición acogedora. Confiaba en que su necesidad de ser escuchada le hiciera preferir mi compañía a la de Júpiter. Hubo suerte, y el trámite me costó una modesta cena y asistir a la proyección de una película estúpida, que ella siguió con ansiedad y celebró con agudos comentarios negativos. Después nos fuimos a casa donde no aconteció nada extraordinario, salvo que hube de aguantar la lectura de unos cuantos poemas de los que se infería que la vida de su autora se aproximaba bastante a la tragedia, aunque no a la metafísica, como pudiera entenderse a primera vista, sino a la existencial, que era la que entonces

empezaba a estar de moda. Venía a decir, con lujo de metáforas, alusiones e insinuaciones, que algo faltaba en su vida, si bien no pudiera precisar si se trataba de una idea en la cabeza, una flecha en el corazón o un tarugo en la entrepierna, aunque seguramente se tratase de necesidades alternas, con insistencia en el tarugo, cuya presencia y posesión le permitían (o permitirían, quizás), acceder de un solo salto, aunque eminentemente lírico, al Reino de las Ideas Trascendentales. Las prosas que me leyó después parecían haber superado la indecisión, por una parte, y el estilo alusivo por otra, pues describía francamente los efectos inefables del tarugo. «¡Y pensar que todo esto quedará inédito a causa de la censuras! ¡Para eso desgarra una el velo de su decencia!» Me di cuenta de que iba a empezar, no una noche de bureo más o menos alegre, sino una experiencia en la que yo actuaba como instrumento y que del resultado podían derivarse graves consecuencias para la literatura secreta de la época. Procuré, sin embargo, que mi condición instrumental quedase lo mejor posible, y se prolongase sin límite preciso mientras duraba el reino de las sombras. A la mañana siguiente le dije si quería que le hiciese el desayuno o si prefería que la invitase a un chocolate con tejeringos en una buñolería próxima. Me dijo que le apetecía seguir durmiendo, por lo que deduje que, como instrumento, yo no había sido de los perfectos, menos aún de los definitivos, de los que tientan a la repetición indefinida. Le di un beso y me fui. Después de todo, y por mucho que la evidencia del caso vulnerase mis convicciones más profundas acerca de la dignidad humana, tampoco ella había pasado de instrumento.

Néstor Pereyra no comparecía. Esperaba que se me incorporase al llegar a casa, perdido, o quizá dormido, en cualquiera de sus rincones dilectos, esquinas de la conciencia en las que se amontonan recuerdos insignificantes y delicados, ideas, proyectos, esperanzas retrasadas primero, olvidadas luego: todo el tejido confuso, niebla del alma, en que Néstor se encerraba como el gusano en su ovillo, para abrevar en mi experiencia lo que necesitaba para seguir siendo. Pero no emergió de mis propias tinieblas. Interpreté su ausencia como la conducta natural de un hombre avergonzado, y acordé que lo mejor sería respetar su

decisión: siempre iba a resultar penosa una explicación, con disputa o sin ella, acerca de la aventura interrumpida, del adulterio frustrado, de aquel ridículo del que no podíamos vanagloriarnos. No pensé en un dolorido corazón, pues los asuntos cordiales los despachaba Néstor mediante el mío, y yo no experimentaba ninguna de las angustias, de las tristezas o de las melancolías que suelen seguir a un desengaño, en el caso de que Néstor lo hubiese entendido así. Como todo lo que le atañía, lo mismo el episodio que su fracaso permanecían en zonas específicamente imaginarias o al menos así lo creía yo. Me puse a escribir unas cosas pendientes que alguien me había pedido para publicar como suyas y que esperaba cobrar: me dedicaba a semejante chapuzas desde una vez que descubrí la para mí desconocida naturaleza de las cuentas corrientes: especie de entidad abstracta que mengua sola y se alimenta de ingresos en papel o en metálico, cualidad verdaderamente extraña cuando se trata de una abstracción. Ante esa evidencia, yo había decidido trabajar en lo que fuera, vivir de mi esfuerzo personal y reservar aquel escaso remanente. Hallé un caballero de cierta fama que escribía comedias muy celebradas y artículos en los periódicos. Me razonó y se justificó explicando su condición de hombre socialmente atareado, siempre de aquí para allá, que le faltaba tiempo para dar a sus obras esa última mano con la que se consigue la perfección, o para redactar ese artículo imprescindible cuyas ideas, cuyo desarrollo dialéctico tenía siempre claros, aunque no tiempo para escribirlo; de modo que me daba comedias a medio hacer que yo le terminaba y a las que él ponía el mingo añadiendo al diálogo las oportunas vulgaridades de las que rescataba su derecho a la paternidad, o intercalando las pequeñas idioteces que caracterizaban su estilo, con lo cual mantenía debidamente fundamentada su convicción de andarse aproximando al genio. Me había dado unas notas para una serie de artículos, y, con el cuento de Rula, los tenía atrasados. Escribí lo contrario de lo que él me había indicado, quedó muy convincente la serie y, cuando los leyó, me felicitó por lo bien que había interpretado su pensamiento y, sobre todo, por haberme valido de las palabras que él hubiera indiscutiblemente usado, de no traerle la gente de la Ceca a la Meca (entiéndase por Ceca la casa de su querida, una

rubia teñida que le admiraba y le guardaba fidelidad, además de costarle poco, y, por Meca, cualquier Embajada o lugar distinguido en que se hablase y dieran de comer y de beber).

Olvidé a Néstor, pero, cuando mi cabeza se halló más holgada, lo recordé y empezó a preocuparme su ausencia o, al menos, su silencio. Despertaba de noche, creía haberlo escuchado, buscaba en las oscuridades la huella de su paso o una silueta blanca con su contorno. Temí que el episodio de Rula lo hubiera desintegrado como persona imaginaria, que hubieran regresado a mi ser sus componentes: los busqué en mí mismo, inútilmente, y no lograba entender las razones por las que esas construcciones espirituales de tan extraña consistencia se rigen por leyes tan desgraciadamente desconocidas o insuficientemente conjeturadas que nos impiden cualquier clase de acción o intento de remedio, aunque no sea más que el mero ponerse a gritar en lo interno de uno mismo: «¡Néstor, Néstor!», como quien grita dentro de una casa vacía e inmensa por cuyas estancias resbala nuestra voz hacia el silencio, sin otra respuesta a veces que ese reloj remoto en el espacio, campanadas casi muertas, aunque también lo sea en el tiempo, campanadas que llegan desde siglos lejanos. Una punzada en el corazón, o algo que parecía serlo, me advirtió de que el silencio o la ausencia de Néstor me había dejado solo, y de que lo echaba de menos. No me atrevo a declarar que le hubiera tomado afecto, pero sí que me había acostumbrado a su compañía y que nuestras conversaciones habían actuado de acicate intelectual, aunque no deje de ser posible el de todos estos razonamientos fuesen cortinas de humo que ocultasen la verdadera realidad, aquella punzada en el corazón a la que podía dar el nombre de soledad. Se me ocurrió una tarde echar un vistazo a las cuartillas de la novela, folios más bien: Pronto me prendieron la atención y llegué a convencerme de que de ellos podía arrancar, o en ellos fundamentarse, una narración fantástica que, por supuesto, despreciaría el Júpiter Tonante, pero que otras personas de menos pelendengues críticos pudiera satisfacer y divertir. ¿Y si yo fuera capaz de continuarla? Lo intenté una tarde, y me disgustó el resultado. Lo intenté otra. Me sucedía que a mi imaginación, en cuanto se metía en fantasías, la frenaba un sentido excesivo de la realidad, entendida ésta como lo verosímil y posible: como si algo

anterior actuase de estorbo y se me colgase del faldellín cuando quería volar. Hallaba incluso dificultades en transitar por la Curva de Zésar, que había sido mi aportación al tema y que Néstor describía apoyándose en mis datos, pero ahora resultaba que, de sus palabras, salía mucho más real de las mías, aunque algo diferente. La verdad es que yo le había descrito un antro, y él lo transformara en una resplandeciente cueva de Alí Babá, cargada, no de tesoros, tampoco de la mate oquedad del cemento, sino de reflejos irisados, y de abismos de luz que se perdían en lejanos resplandores amortiguados. Así la Curva de Zésar se rescataba de su erotismo sucio. Me pregunté con insistencia si todo aquello se me había ocurrido a mí, o si Néstor Pereyra, habitante de mi conciencia, poseía entidad propia y personalidad independiente, y si la única realidad era él. Que, en virtud de alguna causa y como afecto de un mecanismo ignorado, yo no fuese más que su instrumento.

No sé qué tiempo duró la ausencia. Fueron días (¿sólo días?) penosos, tardes de otoño gestadas en recorrer veredas de jardines, avenidas de hojas muertas. Muchas veces me hallé contemplando sin sentido el fluir de una fuente o los iris de un surtidor: mi alma se me iba vaciando y se entretenía en cualquier cosa, acaso en la búsqueda de algo con que volvería a llenarse. Todas las noches tomaba el manuscrito de Néstor. Alguna de ellas logré añadir una línea, inmediatamente tachada. Cada vez se me imponía con mayor evidencia que Néstor no era yo. ¿Quién era entonces?

No creo que, en mi situación, nadie hubiera podido responderse. Los casos de desdoblamiento, tan frecuentes en la literatura, no lo son en la vida real, sino quizá simulaciones o apariencias, y la explicación que dan los expertos no satisface a los espíritus curiosos y analíticos, menos aún a los que lo padecen. Por lo pronto, y al preguntarme si Néstor Pereira poseía entidad propia, quería ante todo averiguar si era dueño de un cuerpo, mera figura astral, pues, como vengo diciendo hasta el tedio, aunque se valiera del mío, también era cierto que, algunas veces, había podido verle, contemplarlo fuera de mí, con su bastón golpeándose el zapato. Podía ser una ilusión, sí; pero, ¿por qué no he padecido de otras? ¿Sería que mi cerebro estaba enfermo, y que, como tal, se había especializado en imaginar como real la persona de Néstor? (No digo

de la personalidad, porque ésta no necesita para nada de un cuerpo visible.) Pamplinas. Las cosas siguen siendo inexplicables, y la bibliografía sobre fantasmas que consulté por aquellos días, no hizo más que irritarme; ante todo por su parcialidad; después, por su actitud incomprensiva: no puede un hombre de ciencia acercarse a un tema de investigación convencido de antemano de que el sujeto no existe. Aunque los fantasmas no dispongan de una realidad como la nuestra, no por eso dejan de ser clasificables, aunque no lo sean precisamente porque existen y porque su absoluta singularidad impide hallar las notas comunes en que tiene que apoyarse cualquier clasificación: a no ser que los ordene de esta manera: fantasmas con la cabeza debajo del brazo, uno, el de Ana Bolena. Me estaba poniendo la corbata y no me salía el nudo: una de esas mañanas torpes en que los dedos parecen más perezosos que la mente. Pensé que sería cosa de la tela gastada, y busqué otra: había una de color neutro, que combinaba con cualquier chaqueta…

—Eso es decidirse por la solución más fácil. La granate a rayas va mejor.

—Pero está muy sobada por la parte del nudo —respondí, y, de repente, comprendí que Néstor había vuelto. Cerré los ojos: me dio miedo verlo fuera de mí, pero también saber que me andaba otra vez por dentro. Hubiera sido más lógico alegrarse, ya que lo había añorado, o recriminarle por su tardanza, pero la espontaneidad tiene lógica propia. Me limité a buscar la corbata granate a rayas y ocultarla por la parte en que iba perdiendo brillo.

—Hábilmente colocada, no se le nota. Haz el nudo un poco más abajo. —Le obedecí. Después, me miré al espejo; el defecto de la corbata quedaba satisfactoriamente disimulado.

—Gracias —pero Néstor no me respondió, ni volvió a comparecer audible o visible, en toda la mañana. Me eché a la ralle como tantas veces, por costumbre, sin pararme a buscar un pretexto que me justificase. Ya en el portal, desde alguna parte oscura me sacudió el deseo, bastante vago sin embargo, de llegarme al museo y echarles un vistazo a unos de mis cuadros preferidos, que no eran muchos, pero que no los prefería a la vez, sino por parejas o por tríos, afines o en contraste. Sucedía no obstante que, una vez dentro, siempre se me complicaba la visita, y, además de

contemplar el trío, examinaba cuidadosamente la pareja. Pido disculpas por no dar una razón de tal comportamiento, que, obviamente, no debe de atribuirse al hecho de que aquella mañana viniera el viento a rachas, un viento que en su seno traía gotas gordas y espaciadas de esa que unas veces se aplastan como un beso y otras como un escupitajo. Por el museo, casi vacío, deambulaba un grupo de americanos viejos, con su guía. Parecían una manada de ocas conducida por la flauta de Hamelín.

—Me hace gracia cómo te engañas a ti mismo. La verdad es que no entiendes nada de pintura.

—No presumo. Los cuadros, me gustan o no me gustan. Los entendidos son los guías. ¿No escuchas a ése? Acaba de decir a sus clientes en qué año se desnudó esa mujer para que la pintasen.

—¿Y quién te dice que Tiziano no la pintó de memoria?

—También pudiera ser. Conocía tan bien el cuerpo de las mujeres, que no necesitaba tener delante a Dánae.

Experimenté, sin embargo, la sensación de que mis palabras, enviadas al interior de mí mismo, ese espacio al que llamamos interior por darle un nombre, pero al que no convienen conceptos espaciales, caían en el vacío. Néstor había vuelto a marcharse. Cabía la posibilidad de que sólo pudiera mostrarse de aquella manera intermitente o también la de que se estuviera burlando de mí: en cualquiera de los casos, y sin proponérmelo, le estaba reconociendo una voluntad autónoma. Me sentí molesto por mi propia culpa; busqué alguna distracción en el examen de cuadros que no solía mirar, no descubrí nada que me sacase de mí mismo. Y, de repente, me hallé inventando la historia del robo de las Meninas: algo así como si un banquero famoso, al entrar por la mañana en su despacho, se encontrase con que el enorme cuadro se halla instalado en el sitio de mejor luz, abrumador y fascinante. Los diarios, en primera plana y con tipografía llamativa, dan cuenta del robo. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? Era un excelente arranque, no sabía aún si de novela corta o de comedia. No pudo continuar mi imaginación, no pudo ir más allá, aunque sí comprendí que el desarrollo sólo podía ser policíaco, de una manera escasamente usada, algo así como el de una situación con una lógica propia, que en sí misma se engendra y en sí misma se consume. (¿La situación?

¿La lógica? Pues ahora mismo no me acuerdo.) Iba paseando sin rumbo, aunque con deseos de tomarme un café en alguna parte: mi mente se hallaba perdida como si tuviera ante mí el interior de una cueva de infinitos recovecos y que una fuerza remota, aunque desconocida, me obligase a explorarlos todos, para encontrar al burlón que le había instalado a su jefe inaccesible un cuadro famoso en el despacho, también (teóricamente) inaccesible. «Néstor Pereyra», pensé, de repente; y, como eco de mi mismo pensamiento, sentí su voz lejana que me llamaba. «¡Espérame, espérame!» Miré hacia atrás: nadie corría tras de mí, menos que nadie Néstor. En mi interior, el mismo al que me refería antes, de cuya existencia dudo, sentí que se aproximaba, apresurado, un poco jadeante. Mi interior, ¿era la cueva de los recovecos incontables?

—Perdona que te haya abandonado, pero tenía que empaparme del Bosco, ¿sabes? El Bosco es el gran maestro de los que escriben como yo, es decir, de muy pocos. Posee el secreto de la fantasía. ¡No puedes imaginar lo útil que me resulta en eso de Aquilina y los gatos! Todo consiste en desplazar, de su contexto, realidades de distinta naturaleza y reunirías en un contexto nuevo. Tardé en darme cuenta de que ése era el verdadero planteamiento, siendo precisamente, como fue, lo que hicimos al juntar en una sola tu imagen de la Curva de Zésar y la mía de Aquilina y los gatos.

—Y el afilador de quien por último se enamora ella, ¿a qué contexto pertenece?

—El afilador emerge de la realidad mostrenca igual que el ladrido de un perro en una verdadera pesadilla.

Quedaba cerca el café donde, de noche, el Júpiter Tonante reunía a sus secuaces y derramaba carisma sobre las inteligencias maravilladas, representadas en cada caso por cabezas estúpidas. Le pregunté si le apetecía que nos refugiásemos en él, a aquellas horas semivacío. Me dijo que le daba igual. Entramos. Hallé un rincón penumbroso. Me instalé allí y, después de los trámites inevitables de camarero y café («¡Pídelo doble!», me sugirió Néstor desde su invisibilidad), me recogí en el rincón como quien va a escuchar. Cerca de nosotros, una muchacha estudiaba: tan metida en sus apuntes, que se le había subido la falda y se le veía el arranque de los muslos sin que ella se diese cuenta. Sentí a Néstor bullir.

«¿Apetecibles, verdad?» me dijo, y yo le supliqué que no volviera a las andadas. «¿No estás escarmentado todavía?» Me pareció que buscaba una respuesta, aunque con dificultad: escuché esa respiración que jadea contra la incertidumbre; ¡en ese interior mío, diablo, aún el adecuado para que por él transcurra Néstor Pereyra! Sin embargo era el único posible.

—He descubierto —me respondió— que no hay nada tan excitante para la inteligencia y para la imaginación como un fracaso amoroso. De repente, todas tus energías quedan vacantes, aunque dispersas, y, uno, como el arquero a quien han retirado el blanco. Hay quien distiende el arco; quien recoge la flecha, pero también quien busca en qué emplear la energía latente. Me fue bastante fácil cambiar a la mía de orientación. El resultado es que tengo ya la novela en la cabeza. La veo como un panorama inmenso desde una cima, un panorama repleto de gatos singulares. Sólo nos falta ponerlo todo en palabras.

—¿Palabras tuyas?

—¡Palabras nuestras, leñe! Ésas que tú te sacas de tu precioso almacén y que concuerdan tan exactamente con mis imágenes. Debo prevenirte de que todo lo que llevamos escrito es útil, de que sólo faltan pequeños añadidos, y de que en la última de esas palabras está el punto de arranque de las futuras.

—Me gustaría saber qué has hecho de los gatos. Quiero decir después de la marcha de Aquilina.

—No marcha, sino fuga. Piensa, o espera, que la rueda del afilador la eleve al paraíso, además de sacarla de un apuro. No sonrías, porque la rueda no es un símbolo fálico. Por otra parte, y de momento, quiero decir, dentro del texto, al paraíso que espera alcanzar Aquilina carece de connotaciones sexuales, e incluso de cualquier otra connotación. Es un paraíso vago, casi mera palabra.

—Un paraíso al que se llega fugándose con una rueda. Como símbolo, no lo entiendo.

—Quizá no sea un símbolo.

—Pero habrá alguna razón para que huya con el afilador.

—Sí, claro, naturalmente: ella lo ha tomado por un ángel.

—Los ángeles son castos: el paraíso te va a quedar un poco soso.

—Eso no pasa de una suposición aventurada. Si entre los

demonios lo hay íncubos y súcubos, ¿quién te dice que no los habrá también entre los ángeles? La capacidad erótica de los demonios no les vino con el castigo, sino que les resulta de su naturaleza angélica.

—Si se admite ese razonamiento, queda claro; pero no creo que pueda demostrarse. En cualquier caso, los angelólogos lo considerarían como una novedad peligrosa, y en estos tiempos no conviene jugar con la herejía.

—La existencia de los ángeles íncubos está garantizada por la Biblia. «Los hijos de los Dioses conocieron que las hijas de los hombres eran bellas, y las amaron. De ellos nació la raza de los gigantes.» Cito de memoria, pero no hay más que repasar el Pentateuco.

—Quizá tengas razón. Sin embargo, la cuestión me parece secundaria. Te preguntaba por los gatos.

La voz de Néstor tembló como emocionada, aunque quizá también orgullosa.

—Unos mueren; otros, se suicidan. Los hay que se entregan a su suerte: y se echan al camino, esa solución desesperada que en el mundo de los gatos aún no fue descrita; pero, unos cuantos, lo más espabilados, mantienen la compañía teatral y se van de tournée por los pueblos, ésos donde la llegada del teatro abre las puertas de los ensueños. Como carecen de experiencia, su programación no es la adecuada. Tienen éxito con el «Tenorio» y con «La malquerida»; pero fracasan con «Romero y Julieta». Ya ves: la gente de los pueblos la encuentra exagerada.

—¿Y «Hamlet»? Porque supongo que con Aquilina, habrán representado «Hamlet».

—Sí. «Hamlet» es la pieza con que consuelan sus fracasos. Cuando después de una representación frustrada, pongamos como ejemplo la de «La señorita Julia», se vuelven solos al bosque rodeados de noche, entre el canto del grillo y el de los alacranes, si bien antes de que se arranque el ruiseñor, entonces recitan «Hamlet».

Le dije que aquello me parecía bonito. (Incluso lo imaginé, un gato oscuro y gordezuelo, elegante de porte, que sube al tronco de un árbol y, desde una rama, recita el «Ser o no ser» con maullidos

graves y el temblor sosegado de lo que no tiene ya remedio. ¡Ah, la gatita Ofelia, con su brazada de flores, y el tontón del gato Polonio, dando consejos de hombre sabio que no concuerdan con su evidente estupidez! En boca del gato Polonio, ¿cómo debemos interpretar lo de «Sé fiel a ti mismo»?)

—Pues claro que lo es. Puede salimos una descripción preciosa.

Algo más me contó: sobre los métodos que usaba Aquilina para disciplinar a sus actores, o acerca de la gente de los contornos, a la que invitaba a las funciones. Y cómo entre su público le había salido un crítico, que escribía en un papel sus objeciones o sus elogios y lo clavaba en la puerta de la casa con chinchetas. Aquilina no logró jamás averiguar quién era, aunque por ciertos barruntos sospechase que el misterioso crítico se había enamorado de ella.

—¿Antes del afilador?

—Naturalmente. El afilador es un personaje que sólo interviene en el último tercio de la novela, un verdadero azar: como que me temo que en realidad, no pase de *Deus ex-machina*. Aquilina escucha una mañana la flauta de Pan, Un tiruliru esperanzador, y lo llama para preguntarle si, además de afilador y paragüero, es castrador, porque un gato se le ha puesto tonto y necesita mutilarlo.

—¡Pobre gato! —exclamé.

Ya lo creo que pobre gato. Como que no pudo soportar la melancolía del eunuco y se ahorcó. Fue el momento más grave en la vida de la comunidad, el verdadero clímax. Ante Aquilina se presentó una comisión mixta, bastante amenazadora, con un mensaje de protesta. Se pronunció la palabra «tiranía», y Aquilina tembló. ¿Cómo podía incurrir en aquello de lo que había huido? De nada valió aducir como defensa la violación por el suicida de una gatita muy mona que era su preferida. Más aún, el gato había obrado de ese modo incivil en fechas no previstas por los ciclos ni por los ritmos: esta transgresión de los hábitos podía ser una causa justificante, pero le opusieron como razón inapelable la de que, a fuerza de representar los grandes dramas humanos, también ellos, los gatos, se habían humanizado, y que por tanto había que aceptar el ejercicio de la sexualidad fuera de los períodos idóneos, a cualquier hora, en cualquier sitio y con cualquiera, y no sólo como trámite de la procreación, sino al modo precisamente humano, el de

los personajes enamorados o livianos que ellos representaban. A Aquilina no se le ocurrían contrarrazones. La cosa se puso fea. Hubo una asamblea de gatos y gatas en que se pronunciaron palabras duras, y, sobre todo, en que se vislumbraron los anuncios de un tiempo nuevo para la grey gatuna, un verdadera mutación, aunque considerada desde otro punto de vista pareciera más bien una mera revolución. No se sabrá jamás a quién se le ocurrió que los tiempos gloriosos del gaterío, que así se les llamó en seguida, presuponían la muerte, o quizás el sacrificio, de Aquilina, en seguida entendida como diosa culpable y responsable, o, lo que fue peor, como sacerdotisa de una diosa cruel e inaccesible cuya furia se calmaba únicamente con la ofrenda de testículos gatunos, siempre a pares. «¡Van a castrarnos a todos!», clamó la asamblea. Ella esperaba muerta de miedo el resultado de la reunión, y el afilador lo aprovechó para hablarle del cielo, y de que él podría conducirla a cierta situación de dicha insospechada. Los gatos uno a uno y en conjunto experimentaban por primera vez la embriaguez del verbo, aplicaban a sus propias palabras la retórica aprendida en la escena. ¡Oh, la magnitud de los apostrofes, increpado el Cosmos en todos sus componentes, desde Dios hasta Aquilina…! ¡Oh, la embriaguez incomparable de la oratoria! Todos querían echar su cuarto a espaldas; todos lo echaron. En general, cada discurso repitió el anterior sin más variación que la de algunas exclamaciones, la de cambios de matiz en la propuesta general de dar muerte a Aquilina. Hubo, sin embargo, quien no la reclamó, sino que la describió y se regodeó en la descripción: llamas lamiendo el cuerpo, garras de acero desgarrándolo. No faltó quien recordase que la prisión y el hambre constituyen aún el suplicio más duradero y también el más aparatoso, sobre todo si al hambre se le añade la sed. Cuando a alguien innominado (aunque en el uso de la palabra) se le ocurrió preguntar: «¿Y qué haremos después?», Aquilina se hallaba ya lejos, volando al cielo en la rueda del afilador. Al descubrir la huida, cada gato echó la culpa a los demás, y murieron algunos. Le dije a Néstor que me parecía bien, aunque estimaba más conveniente situar la conversación entre Aquilina y el afilador antes y no durante la asamblea, y sobre esto discutimos un rato. Ganó él, como siempre.

Cuando las holandesas estuvieron en limpio y amontonadas; cuando varias veces cada día las hojeaba e introducía en el texto correcciones insignificantes, quitar coma por la mañana, ponerla de nuevo por la tarde, en fin, lo de todo el mundo, la imagen de Néstor Pereyra empezó a perder nitidez en los contornos, digamos a insinuar una difuminación. No le veía con la precisión de antes, rotundos los zapatos y la corbata; menos aún se apoderaba de mi persona, frenética de invención, o en cualquier arrebato apasionado. A veces me costaba trabajo distinguir su forma entre las formas de los muebles, como si un pintor los hubiera confundido en manchas superpuestas y algunos salpicados de jazmines. Fue por entonces cuando me llegó de Galicia la carta en que me ofrecían comprarme unos montes abandonados por mi desgana a la retama y a la aliaga, dos hermosos matices del amarillo al estallar la primavera: también quedaban en ellos matas salpicadas de mimosas. Resultó que ocultaban una abundancia abrumadora de wolframio y que este despreciado metal, de repente, alcanzaba asombrosas cotizaciones. Intenté comentar la noticia con Néstor, pero apenas recibí de él más que unos cuantos monosílabos, sin el aditamento amable de la sorpresa o de la alegría. Si ya carecía de forma, empezaba a faltarle la voz. Tuve que hacer un viaje. Cerré la casa, después de haber puesto a buen recaudo las holandesas de la novela. El negocio se resolvió en algo más de una semana. El caserón en que había nacido y jugado de niño, las paredes y los predios en que había transcurrido mi niñez, necesitaban no sólo de mi presencia, sino de una inmediata restauración, si no quería que se llevase un viento las paredes, que se anegasen de lluvia las estancias. Vendí los montes y me hallé de pronto rico, si bien me acometiera la nostalgia de un pasado de escasez y de ensueños. Me propuse volver. Dejé las cosas dispuestas para el pronto regreso, pero, antes de restaurar la hacienda abandonada, que me ofrecía ahora la posibilidad de transformar mi bohemia en la vida de un señor campesino, acudí al reclamo del montón de holandesas, que durante aquella ausencia no habían dejado de clamar, de acuciarme, de urgirme. En mi casa vacía, la que fuera de María Elena, quedaban recuerdos de Néstor Pereyra, ecos en los rincones, un olor en el aire, pero ni un mero testimonio de su presencia.

Tengo experimentado alguna vez ese modo evasivo con que se manifiesta alguna gente: acaba de marcharse cuando llegas, llega cuando tú te has marchado (ya lo dije otra vez), esos que siempre son como un hueco que no se llena nunca. Pues ni de esa manera huidiza se manifestaba Néstor. Me preocupé durante algunos días de su naturaleza y de la de sus relaciones conmigo: me preocupé hasta la angustia, porque no hallaba explicación. ¿Había sido un personaje soñado? ¿Era un ente de espíritu tan real como yo, necesitado de cuerpo, necesitado transitoriamente? ¿Y por qué durante un tiempo, y no siempre? ¿Y dónde estaba ahora? ¿En aquel fondo de mí mismo que yo no me atrevía a explorar, pero de cuya superficie emergían parejas de manos suplicantes, seres semejantes a Néstor que quizás apareciesen un día? Tuve que hacer un viaje para librarme de la congoja: había llegado un momento en que temía rozar el misterio y destruirlo. Releí la novela, introduje las últimas comas, aprendí que un texto narrativo jamás está bien puntuado. Después, busqué un impresor capaz de procurarme, fuera cual fuese el precio, una edición clandestina. No me fue fácil, pero lo hallé finalmente en la persona de un monárquico irritado contra la dictadura, vociferante sin precauciones contra la censura previa. La novela le pareció un estupidez. No obstante, la imprimió. Un día me encontré con quinientos ejemplares intonsos, el pie de imprenta en Méjico D.F., la fecha de la edición retrasada en dos años. Algunas librerías aceptaron un ejemplar, aunque sin pagarlo. Envié unos cuantos por correo a personas ilustres por la calidad de sus juicios: ninguna de ellas publicó la menor recensión. No cuento al Júpiter Tonante entre los ilustrísimos, pero también se la envié. Pasados unos días, aparecí en la tertulia. Como saludo, el Gran Brahman me preguntó si todavía me duraba el dinero de María Elena, a juzgar por lo bien trajeado que aparecía, y también por mi excelente aspecto. No me di por enterado. Hubo un momento en que hallé oportuno preguntarle por «Aquilina y la flauta de Pan». «¡Ah, sí, aquel disparate del que usted me había hablado! Ya lo recuerdo. Una bobada. No pude ir más allá de la tercera línea.» Me lui a Galicia y llevé conmigo lo que me quedaba de la edición, casi toda. Mientras me adecentaba la casa, conseguí una lista de los departamentos de español en algunas Universidades extranjeras, y

mandé el libro.

Una vez, en La Coruña, lo vi en manos de una muchacha que tomaba un café distraída. Parecía leerlo con atención. Permanecí un buen rato observándola: se le enfrió el café, tuvo que pedir otro, continuó leyendo. Fue mi primera satisfacción, también la última…

¿Dónde estará Néstor Pereyra? «Los suspiros son aire y van al aire.» Alguna noche creo que camina por ese lugar en que se engendran los sueños y pasa fugaz por el mío, pasa como una sombra apresurada o empujada por el viento. Pero no creo que sea él, sino sólo su recuerdo.

DE LOS PAPELES DE ANA MARÍA MAGDALENA

ALGO DE LO QUE TENÍA ESCRITO ANA MARÍA MAGDALENA, LA NIETA DEL PROFESOR ANSÚREZ

1. Aquella vez que estuvo con nosotros don Álvaro Mendoza, que fue un verano hace más de diez años, a mí me habían suspendido en matemáticas, y el abuelo no me dejaba salir por las tardes hasta que anochecía, después de haberme tenido junto a él, en su despacho, mientras él trabajaba, con la esperanza de que yo le imitase. Él lo hacía silenciosamente, lo mismo cuando estaba ante su mesa, metido en sus palabras, que cuando se levantaba a buscar un libro en los anaqueles que caían por la parte donde yo estudiaba. No me era difícil engañarlo, al pobre; siempre lo quise mucho, ya le quería entonces, era lo único que me quedaba en este mundo después del accidente en que murieron mis padres, ¡él era padre y madre para mí, lo fue durante todo el tiempo! Pero nunca me pareció inmoral engañarle un poquito en cosas de escasa monta, como tener escondida una novela y hacerme la estudiosa mientras la estaba leyendo. Es tan vulgar y tan acostumbrado que no vale la pena recordarlo, pero a mí se me viene ahora a la memoria, porque la tarde en que apareció don Álvaro, debió de ser por agosto, yo tenía escondido «Los tres mosqueteros», y como don Álvaro me gustó desde que entró en la biblioteca, me gustó de una manera súbita y sospechosa, el primer hombre que me gustó de verdad, en

seguida le cogí rabia, porque yo prefería seguir fingiendo que estudiaba y mirarlo de reojo, y oírle hablar con mi abuelo de palabras y de poetas, mientras en mi regazo se me moría de risa la trigonometría, y la imagen de D'Artagnan, mi héroe hasta aquel momento, mi imposible amado, me la iba robando poco a poco aquel moreno con acento mejicano tan bonito, que no me había hecho casi ni siquiera cuando mi abuelo me llamó junto a él, me cogió por la cintura, y le dijo: «Esta personita la tengo aquí encerrada porque suspendió las matemáticas. Se llama Ana María Magdalena, y todo el mundo dice que es muy bonita, pero, como usted debe saber, a la gente no hay que hacerle mucho caso», y me dio un beso, porque mi abuelo formaba parte de la gente y nunca había dado importancia a ciertas imperfecciones que yo ya sabía de memoria a fuerza de contemplarlas en el espejo, y que procuraba disimular, como la anchura de mi frente, que, como me había dicho un profesor, resultaba intolerable e impropia de una mala estudiante. Era el profesor de Física. El de Latín no opinaba lo mismo, pero el de Latín estaba a punto de jubilarse, y creo que había sido ya profesor de mi abuelo, o poco menos: tenían por lo menos una vieja amistad que le autorizaba a manosearme y a mí me aconsejaba dejarme manosear. Yo esperaba que don Álvaro me mirase y dijese, por lo menos: «A veces, don Fernando, a la gente hay que hacerle caso», pero nada de eso. Me tendió la mano, escuché un «Mucho gusto, señorita», y, aprovechando que mi abuelo miraba a no sé dónde, le hice una mueca a don Álvaro, una mueca suficientemente expresiva, tras de la cual, con una voz almibarada cuya burla tuvo que comprender, les pedí perdón, pero tenía mucho trabajo con mis matemáticas, y volví a mi sitio. «¿Y no será mejor que te vayas al comedor? Allí estarás más sola.» «No pases cuidado, abuelo. Ustedes no me estorban. Cuando estoy con las matemáticas, el resto de la gente, como si no existiera», y regresé a mi rincón, donde fingí meterme en la lectura, pero donde me entregué al odio más feroz hacia don Álvaro y a su contemplación más arrobada. Ellos siguieron hablando de palabras y poetas, ¡caray!, como si no hubiese otra cosa de que hablar en el mundo, y, si la había, era el recuerdo de aquel curso que mi abuelo dio en una universidad norteamericana, donde conoció a don

Álvaro, que fue su alumno, y se hicieron amigos. Es una pena que, cuando cumplí los dieciocho años, haya quemado mi diario de niña, porque allí había escritas muchas cosas de don Álvaro, unas buenas y otras malas, y probablemente, si ahora lo pudiera leer, vería claramente cómo, poco a poco, lo fui olvidando: después de haberse marchado, claro; después de haber pasado dos semanas con nosotros, que fueron para mí las más felices y las más desventuradas de mi vida; porque acabó haciéndose mi amigo, pero sólo mi amigo. Me cantaba canciones mejicanas, que me gustaban tanto, y alguna vez me ayudó a descifrar alguna cuestión de matemáticas, que sabía de todo, aquel don Álvaro del diablo. ¡Hasta creía en Dios! Pero cuando se despidió, me dio el beso que se da a una niña, ¡caray, yo ya tenía tetas!, y no fue porque estuviera mi abuelo delante, que no miraba y yo casi le ofrecí los labios, sino por no darme importancia. Después de todo, él debía de tener entonces unos veinticinco años, y yo ya había cumplido quince, esa edad odiosa, aunque todo el mundo me dijera que estaba hecha una mujer. Don Álvaro era el mismo guapo mozo que ahora, aunque me parece que ese color de bronce oscuro era un poco más claro; con los ojos azules, mira tú qué raro, pero él no es un indio del todo, sino que lo es por su madre, o al menos eso es lo que dijo, hablando conmigo y con mi abuelo, aunque no como disculpa, sino lleno de orgullo. Ya entonces, aquel verano, cuando hablaba de su madre, yo no entendía bien lo que decía de ella, y se lo preguntaba después a mi abuelo, y él me respondía: «Es que don Álvaro es poeta, ¿sabes?, y eso que dice de su madre son metáforas.» Pues bien podía decirlas de mí, que me tenía delante: como una boba, tengo de reconocerlo, completamente olvidada de D'Artagnan y de un chico que me ponía los puntos. Llegué a creer que lo más razonable de mi vida sería olvidarlo: me hubiera pasado los años como una tonta, suspirando por su regreso como las mujeres de antes. Fíjate tú, diez años tardó en volver. ¡Pues sí que me hubiera lucido!

De todos modos, nunca le guardé rencor. Muchas veces (más bien alguna vez, no conviene exagerar) intenté recordar cómo era, y, al no conseguirlo, iba al estudio de mi abuelo y contemplaba una cabeza de ídolo azteca, muy misteriosa, que se había traído de no sé dónde, y me fijaba en ella, y creía que, salvo los ojos azules, era

igual. De modo que, durante la mayor parte de estos años, la cara de Don Álvaro fue la misma del ídolo, una cabeza de dios menor, probablemente, pero no por eso menos dios. Y todo lo de dios entonces me inquietaba, porque nosotros no creíamos, yo no estoy bautizada, y hablarme de cualquier dios era como mencionarme la habitación de al lado en que me prohibieran entrar. Así que cuando ayer llamaron a la puerta, fui a abrir, y me encontré con él en persona; primero, no le reconocí, pero fue sólo un segundo, lo que tardé en echarme a su cuello, darle un beso bastante descarado y casi gritarle: «¡Miserable! ¡Diez años sin acordarte de nosotros!» No me devolvió el beso, aunque sí el abrazo, y cuando pudo me respondió: «Eso no es cierto. Siempre que le escribí a tu abuelo, te mandé recuerdos.» «Pues ya es raro que mi abuelo se haya olvidado de dármelos todas las veces.» Bueno, mentí un poco porque era necesario: una vez mi abuelo estaba leyendo una carta. Entré yo. «Don Álvaro te envía recuerdos.» No se dio cuenta de que me había estremecido. «¿Don Álvaro? No recuerdo.» «Sí, mujer, aquel muchacho mejicano tan inteligente. Ya está de profesor en una universidad de su país.» «¿De Méjico?», pregunté sin darle importancia. «No. De los Estados Unidos. Él, aunque es mejicano, nació ya dentro de los Estados Unidos. Es lo que allí llaman un chicano.» «¡Ah! ¿Sí?» Le di un beso a mi abuelo, que era a lo que había entrado, y, con el pretexto de buscar un libro, me acerqué al ídolo azteca, y hasta creo que le pasé la mano por la frente, mucho más ancha que la mía. Me pareció, de momento, o al menos así lo sentí yo, que rozaba algo sagrado, pero no lo era, sino todos los recuerdos de don Álvaro, que despertaban sólo por rozar una frente de piedra, una frente colosal, como de dios. Pero esas vastedades, en un hombre, no están mal. Los hombres no tienen por qué ser perfectos.

Mi abuelo no estaba en casa: cosas de la Academia, o así. Mandé a don Álvaro pasar al estudio, lo instalé, le ofrecí whisky, prefirió tinto, le traje el mejor rioja que encontré en la despensa, se lo bebió casi de un trago y me pidió otro: éste se lo tomó con parsimonia, paladeándolo. Y yo me harté de mirarlo mientras contaba lo que había sido su vida durante los últimos diez años: se lo había preguntado para no tener que hablar yo y conservar la libertad de

mirarle, y también para averiguar sin preguntárselo si se había casado. Pero de esto no dijo nada, y el resto fueron los aburridos acontecimientos de una carrera de profesor al parecer algo brillante y con un buen porvenir. En el fondo me interesó más el modo que tenía de mover las manos, y cómo en sus facciones no había nada de dios indio, sino sólo el color, y lo guapo que era, más que a los veinticinco años, bastante más, nada petulante, con una especie de melancolía en la voz y en la mirada. No sé por qué pensé en seguida que debía de tener problemas con las mujeres, y para estar más segura le pregunté si la Universidad donde trabajaba está en el Este o en el Oeste, pero después me di cuenta de que era una pregunta tonta, porque tan racistas son en un sitio como en otro. ¡Pues menudas imbéciles! ¡Un tío tan estupendo!

Después me interesé por la razón de su viaje, y me contó la historia de no sé qué escritor desconocido, un tal Uxío Preto, a quien seguía la pista, y que le traían ciertas averiguaciones. Me preguntó si había oído hablar de un tal don Bernardino de Albareda, en otro tiempo bastante conocido, acaso muerto ya, u olvidado. Jamás había oído ese nombre, que se me antojó, de momento, rimbombante, pero lo buscamos en la guía de teléfonos y aparecieron al menos tres; Albareda debe de ser un apellido raro, y dos de ellos abreviaban en una B el nombre propio. Le propuse telefonear al uno y al otro, pero Álvaro prefirió esperar a que llegase el abuelo, a quien, por su edad, suponía más enterado, o al menos más orientado. «Deben de ser de la misma generación, aquella gente magnífica de antes de la guerra.» Yo tenía en mi casa a uno de ellos, pero, como estaba tan cerca, no lo encontraba tan glorioso, sino bastante cascarrabias, y un poco anticuado como hombre de ciencia, según me decían a veces los que me querían mal. Como mi abuelo aún tardaría (era bastante temprano cuando llegó Álvaro), yo no sabía qué hacer, si quedarme con él en casa y dejarle hablar, o invitarle a dar juntos una vuelta y tomar algo. Fue lo que hice, finalmente, por miedo que me dio de quedar con él a solas. Tardé muy poco en darme cuenta de que el olvido había sido un error, y de que hubiera sido mejor cultivar el recuerdo, uno de esos amores románticos y esperanzados, vendrá, no vendrá, aunque desesperados en algunas ocasiones. Por lo pronto, de recordarlo así,

de guardarlo en el corazón, me habría evitado la experiencia, tan dolorosa, con Regino, y la más decepcionante aún con Eduardo. ¿Qué hubiera sido preferible, una veinteañera con ilusión, o estar como yo estoy, amargada en el fondo (aunque no me lo confiese): prematuramente, como si tuviera diez años más y ninguna esperanza? Por otra parte, tardé muy pocos minutos en darme cuenta de que no le había olvidado, a Álvaro quiero decir, al menos de esa manera total como cuando se dice de un amor que se ha olvidado: pues renació de pronto como esas olas que parece que se han perdido allá y que ahora tienen prisa por alcanzar la playa antes que sus gemelas, y llegar más arriba y con más fuerza. Pensé en lo que podía suceder, fui prudente y le hablé de cierto salón de té al que acudía gente discreta y en el que se hablaba en voz baja. Me llevó allá, sin dejar de hablar, pero no como un charlatán y un voceras: decía cosas de interés y de sustancia, sobre el país donde vivía y sobre lo que hacía en él. Nombró por primera vez a Ivonne, y a mí me dio un pinchazo no sé dónde, tampoco sé por qué, un pinchazo de celos infundados. Le pregunté quién era. Me dijo que compañera suya en la Universidad, una chica anglofrancesa muy inteligente, que iba a colaborar con él en su trabajo. «¿Es guapa?» Se quedó pensando. «Pues, sí. Creo que sí.» Aquella duda me liberó de una inesperada pesadumbre, pero se me ocurrió el disparate de intentar suplantarla en su colaboración. Como me dijera que Ivonne estaba en Londres y que tardaría en venir al menos unos días, me atreví a proponerle mi ayuda. «Podríamos ir juntos a visitar a ese señor Albareda. Así no perderías el tiempo.» La conversación fue, al principio, bastante fría. ¿Qué me afectaban a mí las cuestiones relativas al señor Uxío Preto, por mucha importancia que Álvaro le diese? Fingí, sin embargo, interés. Y no sé cómo la conversación derivó hacia mí. Probablemente me preguntó qué hacía, y al responderle yo que daba clases, como no podía menos que suceder a la nieta de mi abuelo, se echó a reír, la verdad es que no sé por qué, ya que al fin y al cabo éramos colegas, y yo hacía más o menos lo mismo que Ivonne, aunque no me interesase científicamente en escritores desconocidos. «¿Por qué no te has casado?», dijo, de súbito; y debió de parecerle que la pregunta era algo impertinente, o tal vez demasiado brusca, porque añadió en seguida: «Bueno.

Tengo la impresión de que estás soltera, aunque, a lo mejor, me equivoco.» «No. No te equivocas, o quizá sí, porque estoy soltera y no lo estoy. No sé si decirte que me anularon el matrimonio, o que me divorcié.» No dijo nada.

Creí que era muy pronto para darle explicaciones o hacerle confidencias. Deseaba, sin embargo, que llegase el momento en que, por lealtad, le hablase con detalle de Regino y de Eduardo. Le supuse, no sé por qué, un hombre de mentalidad moderna, que estima más la sinceridad que la pureza, pero la ocasión no había llegado, ni podía conjeturar si llegaría, aunque yo lo desease. Procuré, sin embargo, no cambiar de tema, y, así, cuando ya se escapaba, lo agarré por la cola. «Y, de estas cosas del amor, ¿tú que piensas? Porque también deduzco que estás soltero, o, al menos, que no tienes una mujer fija.» No me dijo ni que sí ni que no, pero no escabulló el bulto al tema, aunque lo tratase de manera abstracta: lo más lejos posible de un «nosotros». Tampoco de sus amores, sino del amor. No estaba muy conforme con las costumbres libres de los jóvenes de su país. «Aunque fuese difícil vivir al margen.» Tenía sobre el sexo y el amor ideas serias aunque no dijo cuáles. Le pregunté si era partidario del matrimonio, y esquivó la respuesta. No sé por qué pensé en aquel momento que, a lo mejor, pertenecía a alguna de esas sectas americanas que profesan ideas raras sobre la mayor parte de las cosas. ¿Si sería mormón? Recordé que mi abuelo, una vez, me había contado que, en los Estados Unidos, conociera a una pareja de profesores excelentes, que lo eran: mormones completamente en serio, y a mí me costaba muy caro comprenderlo: que fuesen mormones o que tuvieran una religión cualquiera. A mí, desde niña, me han imbuido en la idea de que la gente inteligente, cierta clase de gente a la que pertenezco por herencia y por educación, no cree en esas cosas y hasta se ríe de ellas para sus adentros; pero, la verdad, a veces se lleva una cada chasco… Mira tú que si Álvaro me saliera con que era católico, o Adventista del Séptimo día, ¿qué sé yo?, aunque, por el aspecto no lo pareciese. Seguía hablando del amor, en voz bastante baja, y sin mirarme; en realidad con la mirada perdida, como si hablase al fuego o al destino, y a mí me pasaba por las mientes ideas descabelladas: si no mormón, a lo mejor bonzo, o místico de

cualquier clase. Lo que iba diciendo del amor más parecía de lo que se lee en los libros que lo que se siente en realidad, que lo que se vive: eran ideas sublimes, probablemente, de modo que, sin darme cuenta, me sentí distante, como si fuera un conferenciante y yo formase parte del auditorio. Pero con un deseo vehemente de irle desabrochando la camisa y acariciarle el pecho…

Cuando llegamos a casa, ya había regresado mi abuelo. Álvaro se quedó a cenar, y yo me las compuse para permanecer en un segundo término cómodo, para observar más que participar. Por lo pronto, Álvaro parecía otro hombre, más natural, más próximo, pero también menos importante, nada sublime: como a mí me gustaba. Durante la cena se habló de Universidades, de sabios que ellos conocían y de sus sabidurías. En alguna ocasión, mi abuelo parecía sorprenderse de algo dicho por Álvaro, y pedía explicaciones o informes: como se repitiera varias veces, deduje que el pobre iba quedando, en efecto, anticuado, y que tenían razón los que me lo decían; pero le busqué en seguida una disculpa en su edad y en algunos achaques, y en que quizá no sea tan importante estar al día como algunos se creen, Álvaro por ejemplo. La verdad es que mi abuelo había sido importante, ya no lo era, y no pasará a la Historia como uno de los grandes de la Lingüística; pero yo lo quiero mucho. Cuando me hube hartado de escucharlos, aproveché no sé qué pausa para recordar el nombre de Albareda y sugerirle a Álvaro que refiriese al abuelo la razón de su venida. Mi abuelo, más o menos como yo, jamás había oído el nombre de Uxío Preto, pero sí el de aquel don Bernardino: «Tiene que ser el mismo, dijo; un segundón de aquéllos de antes de la guerra, que se quedó en España y fue poco a poco oscureciendo. No sé si vive o ha muerto, pero eso lo voy a averiguar pronto.» Se levantó y fue al teléfono. Quedamos solos Álvaro y yo. No sé por qué, lo encontré triste, como un repente de tristeza, sin causa que yo pudiera al menos conjeturar, pero podía tratarse de una apariencia. En un momento me dijo: «Te he dado buena lata esta tarde, con eso del amor, ¿eh?» Entraba ya mi abuelo y no pude responderle. Mi abuelo traía buenas noticias. Albareda había sobrevivido a las catástrofes. Tenía un piso en Madrid, era uno de los que figuraban en la lista de teléfonos. «Voy a llamarle. No creo que me haya olvidado.» Volvió a salir, el pobre,

ya arrastraba un poco los pies. Aproveché la ocasión. «No me has dado la lata —le dije a Álvaro—, pero me pregunto si todo cuanto me has dicho es una teoría o un sueño.» «Necesito tiempo para decírtelo, que mejor será que te lo explique mañana.» Abuelo regresó muy contento. «Cuando Albareda oyó que un profesor americano quería hablar con él, se le alegró la voz cascada que tiene. Mañana te recibirá, a la hora del café, las tres y media más o menos.» «¿Y podría ir yo con Álvaro?» Mi abuelo me miró bastante sorprendido.

2. Don Bernardino hablaba como una carraca estropeada, todo seguido, silabeando sin inflexiones ni cadencias. Si hay voces de metal, la suya parecía salir de un artilugio de madera apolillada, sin vibraciones ya; y tenía de curioso en la suya que no se esperaba de aquel corpachón decrépito, un gordo que lo había sido más, y a quien caía la carne fláccida debajo de los ojos, en las mejillas, en el cuello, alrededor de las muñecas, como si fueran postizos superpuestos a riesgo de caerse. Por el color parecía maquillado, y, las mejillas, dos cartones sin vida. Encima, una corona de cabello rojizo alrededor de una calva mate. Vestía una bata gris, apretada con un cinturón de cuero, una bata gastada, triste, de ese modo que son tristes ciertas prendas: lo sería colgada de una percha. La casa olía a limpia y lo estaba, cada cosa en su sitio, si no eran los papeles que se amontonaban en varios lugares del comedor, donde también había anaqueles de libros y algunas fotografías. Todo esto lo pude ver desde la puerta, mientras el viejo dudaba si darme la mano antes que a Álvaro, a quien miraba, sorprendido seguramente por la estatura y el color, y la voz cadenciosa con que lo saludó. No dejaba de mirarlo, aunque retenía mi mano entre las suyas grandotas: no sé por qué, yo creo que por torpeza de la sorpresa, pues seguramente esperaba un gringo. Pero hubo momentos en la entrevista en que se mostró espabilado, de buena memoria y de clara mala intención. «Sí, sí, yo fui durante mucho tiempo el superviviente, el representante de los grandes. Todos erais mis amigos… por ahí están sus libros, dedicados. Alce la mano y coja ése, es de Rafael. Y en aquella fotografía estoy con Federico y con Pablo, véala usted, a mí todavía se me puede reconocer, a pesar de los años, yo estaba

muy delgado. Mire, mire esa otra, fue cuando el estreno de *Yerma*, yo soy ese que asoma la cabeza, ése, fíjese bien… Detrás de Margarita, justamente…» «Me las hicieron pasar moradas, me lo puede creer, aquellos miserables resentidos… No llegué a tiempo para emigrar… ¿Sabe usted lo que es verse de pronto rodeado de fusiles enemigos, gentes que vociferan y le obligan a uno a vociferar a coro consignas en las que no se cree? Un insulto a la dignidad humana, repetido un día y otro, en la calle, en el tranvía, en la cola del mercado. Pero, ya ve, no me metieron en la cárcel, eso tengo que decirlo. Se conoce que me encontraron insignificante o alguien veló por mí, esto es lo más probable, porque entre ellos también había amigos camuflados. ¡Qué horrible palabra!, ¿verdad? Entonces se usaba mucho… Me depuraron de mi destino en el Ministerio, lo tenía por oposición. Total, cuatro meses que duró el expediente, y, después, nada. Yo debía de haberme ofendido, porque fue un verdadero desprecio. En la cárcel, y con una condena a muerte a las espaldas, hubo mucha gente que no había hecho ni la mitad que yo, que no había hecho nada. Yo anduve metido en lo de los Escritores antifascistas… Los miserables… Ni para bien ni para mal me hicieron caso… claro que gracias a eso pude tener mi tertulia, y dirigir una revista… No lo saben ustedes, ya pasó mucho tiempo, los tiempos han cambiado, ya no es lo mismo. Como superviviente, la gente me rodeaba, me preguntaba… Fui el verdadero puente entre el pasado y lo que vino después, un puente ahora destruido… Pero no fueron malos, en cierto modo, aquellos años. Gentes de América, profesores como usted, venían a verme y me traían recuerdos, de don Pedro, de don Jorge, recuerdos muy expresivos. "Que está usted haciéndolo muy bien, don Bernardino, que todos se lo agradecen", don Pedro, don Jorge, don Américo… Alguno de ellos ha vuelto, ha pasado por aquí, ahí, en ese sillón donde está usted, señorita, estuvo don Jorge varias veces, antes de que volviesen a echarlo… Los cabrones, perdóneme la palabra, yo soy de los de antes, de los buenos, no como esta gente de ahora, que dice palabrotas delante de las señoras. Yo soy ácrata y ateo, pero lo cortés no quita lo valiente…»

Tacatá, tacatá, como una máquina incurable, sin puntos ni comas, sin matices, todo seguido como una voz que saliese de un

robot. ¡Y daba tal pena verlo, tan caído el pellejo debajo de unos ojillos verdes vivarachos aún! En aquel comedor tan limpio, pero vulgar…

Nos había puesto el café una mujer pequeñita, color de mosca, que se movía sin hacer ruido, con el cabello atado en un moño bajo, como se llevaba antes. El poco tiempo que pude verle el rostro me bastó para comprender que alguna vez había sido guapa, quizá guapota, lista seguramente, mostraba serlo en el modo eficaz de moverse, en el susurro que era su voz, pero no creo que ni don Pedro ni don Jorge le hubieran mandado jamás saludos, porque no parecía haber sido artista, ni de la clase intelectual, ni nadie de aquellas mujeres que se movían alrededor de los que don Bernardino llamaba repetidamente Aquellos Grandes, sino quizás una menestrala o una empleada… ¡Vaya usted a averiguar ante qué restos de una historia de amor nos encontrábamos! «Pues nosotros veníamos…» Álvaro intentaba encajar sus preguntas por algún resquicio de aquel monólogo monótono. Don Bernardino había pasado a hablar de su obra: «Yo tengo un poema en "Carmen", de mi época creacionista, y en "Litoral", ya en tiempos posteriores. También en otras revistas de provincias, ya sabe usted, en todas partes se editaban revistas deslumbrantes y efímeras, dos o tres números, y de todas le pedían a uno cosas… Pero yo abandoné pronto la poesía pura, y aquella sarta de zarandajas. Me interesaba más la prosa comprometida, colaborar con ella en la demolición de aquel mundo. Y ya ven…» Tacatá, tacatá, como una lección repetida por un gramófono de los de trompa. Se interrumpió para pedir que nos sirvieran más café y la mujer silenciosa y menuda reapareció, discreta, insignificante, eficaz…

No hablé del tapetillo verde que cubría la mesa, de la lámpara de flecos y tulipas, de los sillones, restos cada uno de tresillos antiguos…

Lo curioso fue que Albareda calló de repente, como si se le hubiera agotado la cuerda, y, después de mirarnos, primero a Álvaro, después a mí, a Álvaro otra vez, nos dijo: «Bueno, pues ustedes dirán.» Álvaro monologó también, parece que en aquella casa sólo se hablaba por monólogos. Y el viejo le escuchaba quieto, a veces se limpiaba una lágrima rojiza que resbalaba un momento

por el escaso espacio que le dejaban las arrugas. «Uxío Preto, no lo recuerdo, no sé, quizás… ¿Uxío Preto? ¿Y cómo dice que se llama ese libro?» Álvaro sacó de la cartera un ejemplar de la «Autobiografía» y me lo pasó para que yo se lo entregase al viejo, que me quedaba cerca, casi a mi lado. Don Bernardino lo miró y remiró, dio vueltas al volumen. «De este libro no habló a nadie, ¿verdad? Yo no recuerdo haber leído… Por mucho que me quieran olvidar, estoy al tanto de lo que se publica. Y algunos autores jóvenes me envían sus libros. Ahí tiene usted… ¿Y es de este año, esta “Autobiografía”? ¡Pues ya es raro! “Autobiografía póstuma.” Es la primera noticia…» Quedó con la mano en el aire y el libro en ella. «¿Y dice usted que se habla aquí de mí? ¿Con mi nombre?» «En lo que el autor titula “El capítulo gamma”. Le menciona por un mote varias veces. Todos los indicios le señalan a usted.» «Me gustaría leerlo.» Por el modo como miró a Álvaro, éste se sintió interrogado y a la vez suplicado. «Sí, se lo puedo prestar para que lea ese capítulo, y hasta regalarle el volumen, si lo desea. Todavía se encuentra en algunas librerías.» «Sí. Lo leería, si no es más que un capítulo, y ustedes podrían volver…» «Cuando usted quiera.» «Mañana. ¿Por qué no? Si no es más que un capítulo… Podrían volver mañana. Ya sabría a qué atenerme. Porque ese nombre… ¿Saben que me dice algo, pero no recuerdo qué? Un nombre peregrino.»

Habíamos estado sentados alrededor de la mesa del comedor, en tres sillones distintos. El de don Bernardino, alto, oscuro, con esa pomposidad de los que se llaman frailunos. Yo, en un butacón de los de moda por la década de los veinte, cuando el dueño de la casa escribía versos creacionistas: un sillón en que mi cuerpo se hallaba muy hundido, con las rodillas a la altura de la barba. Y Álvaro, a mi derecha en una silla de las de comedor, con brazos. Mientras oía el tableteo verbal del viejo, había contemplado la lámpara. Los abalorios eran rojos, verdes y blancos, y componían una cenefa. Cuando alguien caminaba por el piso de arriba, se estremecían y bailaban un poco.

«Les espero a tomar café mañana: sólo café, como hoy. Mis medios no me permiten otros lujos, ni siquiera un poco de peleón, que lo tomo los domingos en la taberna de enfrente, como mi único

desliz alcohólico. Vivo estrechamente, al céntimo y al día, con todo calculado. Café sí, ya lo vieron. No un despilfarro sino una necesidad. Durante muchos años denosté de mi empleo en el Ministerio, pero, ya ve, ahora vivo una vejez tranquila, aunque apretada, merced al retiro. Pertenezco a la corporación triste, la tercera parte del país, que se llama de las clases pasivas, pero aguanto, por mucho que les pese a mis enemigos. También a ellos les llegará la hora. Ya he cumplido los ochenta. Y, a lo mejor, ¿quién sabe…?» No sé a qué se quería referir con aquella interrogación final, pisando los umbrales de la puerta, después de haberle dado la mano a Álvaro antes que a mí, quizá para compensar su primera duda, su primera decisión.

—Mañana —le dije a Álvaro— podríamos traerle de regalo algún licor. Casi nos lo ha pedido. ¿Estaría bien coñac?

No nos pusimos de acuerdo, o, mejor dicho, no se puso de acuerdo Álvaro consigo mismo, porque si hallaba razones para que el regalo fuese coñac, las hallaba también para que fuese de aguardiente, sobre todo un anís seco; pero también podría haberlas para rechazarlo y pensar en una bebida más suave y generosa, como un jerez, si bien sea cierto que el jerez es una bebida aperitiva, no de las que se toman con el café. Álvaro me confesó que no bebía más que vino, y que su ignorancia de los licores era absoluta, y que nada de lo que había dicho lo sabía por experiencia, sino de oídas. A mí, el ejemplo de mi abuelo no me servía, porque era abstemio desde su viudez. Esto le sorprendió a Álvaro, y me preguntó si podía interpretarse como sacrificio de intención religiosa. «¡Oh, no, no lo creo! En mi casa nunca fuimos creyentes. Puede que exista relación entre una cosa y otra, pero puede también que no. Las razones por las que un hombre maduro renuncia al vino en las comidas son incontables, pero en cualquier caso, considero que carecen de interés.» Aquella desviación no llevaba a parte alguna. Álvaro intentó volver a la discusión del licor, y digo «discusión» olvidando el añadido de «consigo mismo»; pero yo, durante la entrevista con Albareda, había concebido un proyecto y no vi más motivos para no ponerlo en práctica que mis propios sentimientos, pero como indirectamente a mis sentimientos se refiriese, era lógico decírselo: «Esta tarde no puedo acompañarte. Tengo pendiente un trabajo del

colegio, ya estoy algo retrasada. Necesito unas cuantas horas, y las de esta tarde son las últimas de que dispongo. Mañana comerás otra vez con nosotros, y, después, iremos juntos a la visita de don Bernardino. No me gustaría perderla.» Malditas las ganas que tenía de abandonarlo en medio de Madrid, estando como estaba especialmente guapo, pero no le vendrían mal unas horas solitarias que acaso le permitieran comprender el encanto de mi compañía. Nos dimos la mano como dos buenos chicos.

Al mediodía siguiente, cuando llegué a casa, ya me esperaba: solo, en la biblioteca, con un libro en el regazo que no leía. Mi abuelo también había salido, y cuando la chica me dio recado de que no vendría a comer, me alegré y me disgusté al mismo tiempo. Tenía miedo de mí misma. La noche anterior apenas si había dormido, la había pasado pensando en toda clase de disparates cuyo tema y cuyo objeto (a veces cuya víctima) era Álvaro. Aunque las cosas de nuestros tiempos transcurren más rápidamente que en otros, lo cierto era que Álvaro había entrado por segunda vez en mi vida hacía dos días apenas, y aunque en mi caso lloviese sobre mojado, no me atrevía a pensar que, diez años antes, le hubiera causado una impresión semejante, porque, de ser así, lo habría manifestado de algún modo. Habíamos hablado de amor, era cierto, pero no del nuestro, lo que cambia bastante la situación. Cualquier hombre medianamente espabilado puede sostener con una muchacha una conversación como la nuestra de dos tardes atrás sin que esto signifique compromiso, ni siquiera inclinación, sino mera cortesía o un modo de pasar el tiempo. Por otra parte, y esto no se me había ocurrido hasta el momento en que procuraba borrar de mis mejillas el recuerdo de la mala noche pasada, Álvaro respetaba a mi abuelo y, probablemente, era incapaz de poner los ojos en su nieta sin un sentimiento profundo que lo justificase y unas honradas intenciones, como se decía antes. Había, pues, mil razones que me aconsejaban la prudencia. Además, ¿qué sabía yo de la opinión de Álvaro sobre las muchachas más o menos desenvueltas, aunque, en mi caso, un matrimonio absurdo y un divorcio justificasen mis mínimas desenvolturas? Un error por mi parte podía hacerme desgraciada.

—¿Qué tal lo pasaste ayer?

—Me aburrí, claro. ¿Y tú?

—Trabajé hasta las tantas. ¿No ves qué ojeras tengo?

—Pero no te sientan mal. Te dan, ¿cómo te lo diría?, gravedad.

—¿Es que me encuentras frívola?

—No, no es eso. Cuando dije gravedad quise decir gravedad dramática. Como si te sucediese algo importante.

Hice un mohín cualquiera.

—Sólo cansancio y un sueño enorme.

Se levantó casi de un salto. Tuvo que ser una ilusión, si no un deseo, pero me pareció ver el movimiento de sus músculos al levantarse.

—¿Y no será mejor que te duermas? Yo puedo comer por ahí…

—¡No, no, de ninguna manera! ¡No renuncio a la visita al señor Albareda! (¡No renuncio a estar contigo toda esta tarde!; debía de haberle dicho.) Lo del sueño se arregla con más café. Lo tomamos aquí, y, después, allá…

—Por cierto —me interrumpió—, me decidí finalmente por el anís. Un chinchón seco. Me aseguraron que eso no hace daño a nadie.

Me entró de pronto la prisa de sentarme a la mesa. Lo hice frente a él, no a su lado, como los días anteriores: me senté en el sillón del abuelo, presidí el almuerzo; hice algunas tonterías más, a veces adrede: otras, por no saber qué hacer. Lo mismo era dueña de mí misma que perdía los estribos: y todo eso debajo de la vulgaridad de unos actos acostumbrados. «Pásame la sal.» «¿Quieres más ensalada?» «¡Enriqueta, sírvele al señor más agua!» A veces le observaba, y me pareció hallarle más preocupado con tendencia a ensimismarse. Hubo un momento en que creí que aceptaba naturalmente todas aquellas vulgaridades porque era vulgar. Rectifiqué inmediatamente: si aún no había llegado a saber cómo sería de verdad por dentro, lo de fuera, entre lo visto y lo conjeturado, me complacía.

—¿Qué te parece si esta tarde, después de la visita, vamos a darnos un chapuzón? En la piscina de mi club se está muy bien a esas horas.

—No traje bañador.

—¡Compramos uno en cualquier parte! ¿Sabes nadar?

—Sí, claro, naturalmente, lo hago bastante bien.

—Pues yo no lo hago mal.

Me subía el contento desde alguna parte secreta. ¡Había sido una gran ocurrencia, lo del baño! Empecé a mirarle y a despojarle de la ropa. Sólo un momento, una ocurrencia inmediatamente rectificada: me hubiera perturbado, de continuar.

—Tomamos un café, ahora. Me hace verdadera falta espabilarme un poco. Tengo la impresión de no haber dicho más que trivialidades durante la comida…

—Pero acabas de tener una gran idea.

¿Debía de interpretarlo como ganas que tuviera de verme en bañador?

3. La ametralladora de palo podre se disparó nada más abrir la puerta. Traía el rostro alterado, y daba la impresión de que las piezas de que estaba compuesto se caerían de un momento a otro. El tono, sin embargo, de sus palabras, no manifestó pasión. Dijo «Ese señor Uxío Preto fue un miserable» con la misma objetividad que si nos hubiera comunicado el parte meteorológico. Álvaro le tendía la botella, y él la cogió, en tanto que repetía: «Un miserable, un mentiroso y un ladrón.» Había desenvuelto la botella. «¿Chincón seco? ¿Cómo lo adivinó usted? Es lo que más me gusta. ¿Sabe con qué dolor renuncié al gusto de catarlo? Un placer exquisito, verdaderamente gratificante, de los pocos compatibles con mi edad.» Remiró la botella. «¡Y acertó con la marca!» Nos empujó hacia adentro: ni siquiera entonaba las interrogaciones.

Sólo estaba encendida la luz del centro, que se volcaba entera sobre el tapete y alumbraba las manos de los que nos habíamos sentado: las grandotas y lentas de Albareda; las quietas, sutiles, de Álvaro; las mías. Don Bernardino se había situado no a mi lado, como ayer, sino enfrente, más cerca de Álvaro. Y hacia él se dirigía, desde la penumbra donde había quedado su cabeza. Yo no veía más que el bulto. Las manos empezaron a moverse, como preparación del discurso, pero escuché un roce detrás de mí, y la taza de café apareció en la mesa. Vi cómo el brazo de la mujer silenciosa se lo servía también a los dos hombres, y cómo don Bernardino la atraía hacia sí, a la mujer, y le decía algo al oído. La mujer salió y volvió

en seguida con tres copas.

—A mí no, se lo ruego. Yo no bebo licores.

—Lo han tomado demasiado en serio, ustedes, los americanos, eso de la ley seca.

—No es la ley seca, señor. Esa ley ya no existe. Es que soy casi abstemio, lo he sido siempre. Uno de mis defectos.

El brazo de Albareda, cargado de la botella, planeó sobre la mesa y me sirvió el chinchón. Don Bernardino se había incorporado con cierta lentitud esforzada, como una sombra grande e insegura.

—Usted sí, ¿verdad, señorita? Usted es probablemente madrileña.

—Sí, claro, lo soy. —Se sentó pesadamente, sorbió un poco del anís, lo paladeó.

—Ya se lo dije antes. Un miserable, mentiroso y ladrón.

Y se quedó mirando a Álvaro, o al menos eso me pareció. Quieto, como esperando respuesta.

—Yo no lo sé, señor. Yo no lo conocí ni sé nada de él, más de lo que dice ese libro.

—Mentiras, calumnias, fantasías. ¿Usted fuma, señorita? ¿Quizá negro? Se me acabó el tabaco, y este licor pide su compañía.

Bueno. Le di un cigarrillo y dejé el paquete encima de la mesa, con ánimo de olvidarlo. Le pasé fuego. Después de la bocanada, crispó los puños.

—Señor Mendoza, ha hecho usted bien en venir a verme si quiere conocer un poco de la verdad, porque la verdad entera nunca está a nuestro alcance; pero ha perdido el tiempo si busca pruebas. Carezco de ellas. Tendrá que elegir entre lo que el libro miente o lo que pueda mentir yo. Se impone un acto de fe en mi persona o en el texto de ese villano. Le digo que sí, que conocí a Uxío Preto, ahora lo recuerdo bien. Me doy cuenta perfecta, sin embargo, de que puede usted pensar: «Ayer no se acordaba. Hoy, después de haber leído el libro, sí.» No conviene olvidar que los datos contenidos aquí bastan para organizar una mentira que parezca un recuerdo. Lo admito, lo admito. Tiene usted que correr el riesgo.

Volvió a beber. Dio una chupada al cigarrillo. Había prescindido de mi presencia: Álvaro era el espectador. Y se miraban a través de la penumbra, no sé si se buscaban las miradas.

—Le recibí alterado, tiene usted que haberse dado cuenta. Lo estoy aún, indignado, pero la indignación puedo fingirla. Se lo repito: tiene usted que correr ese riesgo.

—Lo correré, señor, estoy dispuesto. Lo correré con mucho gusto.

—Si le digo que Uxío Preto fue un tipejo, se dará cuenta de que esa palabra no figura en el libro. Un verdadero muerto de hambre. Se arrimaba a nosotros a ver si a alguien le sobraba un cigarrillo. Tenía un aspecto gris, desvaído. Carecía de personalidad. Sólo abría la boca para decir sandeces, trivialidades o inconveniencias. Alguna vez llegamos a pedirle que se fuera, pero él volvía, como un perro apaleado; y se marchaba sin pagar el café. Llegamos a sospechar si sería un soplón, que mendigaba unos duros de la Policía por irle con el cuento de lo que se contaba en mi tertulia. Cuando él estaba, teníamos cuidado con las palabras. ¿Verdad que comprende usted que una persona así sólo albergue en su corazón resentimiento?

Álvaro tartamudeó algo así como «Por lo menos es verosímil». Entonces, Albareda dio un puñetazo en la mesa. Las copas, que eran de base ancha, no pasaron de un ligero tambaleo, pero él agarró rápidamente la suya con la mano antes crispada. Se esperaría una voz tremolante y alzada, pero la suya no se alteró, ni siquiera esta vez, ni en ninguna de las ocasiones dramáticas que siguieron. Era desesperante escuchar aquellas contradicciones entre el concepto de las palabras y el modo de pronunciarlas. Confiaba a sus manos la expresión del dramatismo, de la indignación. Sobre las manos mantenía el dominio, aunque un poco lento, y sus movimientos compensaban la inexpresividad de su voz. Es lo que más recuerdo de aquella entrevista, lo que me quedó como una sensación persistente.

—Insinúa que yo era confidente de la Policía y bujarrón. Caballero, ¿cree usted en mi palabra? Porque, si no cree, ¿de qué vale que le diga que es mentira, que yo no fui traidor ni bujarrón?

—Le creo, señor. Hemos venido aquí para creerle.

—Entonces escuche lo relativo a María Elena. María Elena Jiménez Heredia, ¿sabe usted? Ése fue su nombre completo. Una gitana de la cabeza a los pies, bravía, guapa, aunque malencarada, con un gesto de disgusto permanente que le destruía la belleza: ya

sabe usted, esa mueca de las mujeres insatisfechas… Y muy mediocre como bailarina. ¡Uxío Preto la idealiza! Menos mal que algo me hizo reír, de esa sarta de sandeces. Hace creer que bailaba por geometría. Mire: lo que dice de sus bailes me llevó a recordar aquello de Quevedo y de su contrincante, Pacheco, aquel que se batía por figuras. ¿Habrá disparate mayor? El flamenco no es, no puede ser ni lo fue nunca, como dice ese imbécil. El flamenco es instinto e impulso primitivo, lo más opuesto a la geometría. María Elena bailaba de ese modo: con fuerza, pero mediocremente, sin belleza. Tenía pasión, carecía de arte. No fue una gran bailarina, nadie la tuvo nunca como tal.

Se rió un poquito, y su risa no era de palo carcomido, como su voz, sino de algo como cristal. Pareció la risa de un niño.

—Era muy puta. —Me miró y me pidió perdón—. En eso no miente Uxío Preto, pero aun así se equivoca. La imagen que nos da es la de eso que ahora llaman una mujer liberada, pero María Elena no lo fue, sino la esclava de su cuerpo, de su rijosidad jamás satisfecha. Yo la llevé a la cama alguna vez, pero acabó dándome asco. Era puro sexo, nada más que sexo, lo tenía en todo el cuerpo y bailaba con él, una mujer incapaz de transformar en arte su lujuria. Es natural que, a una mujer así, capaz de embaularse a un batallón, la haya contratado un gobierno extranjero para echarla de pasto a sus soldados. ¿A quién se le ocurrió emparejarla con Leslie Howard? El Destino no distingue de matices. Leslie Howard era todo inteligencia y sensibilidad. Ustedes no pueden recordarlo.

Tuve una ocasión de intervenir, y lo hice:

—Yo sí. Lo vi en «Pigmalión».

—Afortunada usted, señorita. ¿Era como yo dije, inteligente y sensible? María Elena, en cambio… ¡una mala bestia! Que se hayan muerto juntos prueba la inexistencia de Dios o de algo que pueda sustituirlo. No se entiende, no, ni aún pensando que son ciegas las fuerzas naturales, que es ciega la muerte. Yo creo que si los alemanes hubieran sospechado qué carga contradictoria llevaba el avión, lo habrían pensado mejor sólo porque María Elena y Leslie Howard no se equiparasen en la muerte. Es una injusticia metafísica.

Álvaro aprovechó una nueva visita a la copa, un nuevo cigarrillo

para orientar la conversación mediante una pregunta en apariencia innecesaria.

—Luego, ¿Uxío Preto miente en todo lo referente a María Elena? ¿También es falsa la descripción de su casa? ¿Y lo del seguro de vida?

El señor Albareda había cerrado los ojos, acaso porque el placer del chinchón sólo pudiera experimentarse a gusto mediante un relativo, fugaz aislamiento. Cuando los abrió, me miró a mí.

—La casa de María Elena era un antro. Del peor gusto pequeño burgués, créeme. Llena de lazos rosa y de muñecas. Un lecho de matrimonio y un cromo de no sé qué Virgen sevillana, o, a lo mejor, de Cádiz. Sí, de Cádiz. Era la Virgen de la Caridad. Olía a pachulí barato, y no estaba nunca ordenada ni limpia. ¿Cuántas veces, al llegar con ella a la madrugada, le tuve que ayudar a hacer la cama? Y, total, «¿para qué?», decía ella, «si la vamos a deshacer». Ni esa mínima pulcritud que hace tolerables a las mujeres vulgares. Ropa en algún rincón, medias sucias encima del tocador, la vajilla sin lavar, y perfumes fuertes para ocultar los olores. «Espera, espera, no entres, quemaré un poco de espliego.»

Le pregunté por lo del seguro de vida.

—No sé. De eso no puedo decirte nada, como tampoco de si alguna vez existieron relaciones entre ella y Uxío Preto, aunque me inclino a creer que no. Sin embargo, ¿quién sabe? En sus últimos tiempos, andaba muy necesitada de macho, y apencaba con cualquier espécimen. Aunque no deja de ser posible que ese Uxío Preto fuese, de verdad, su pariente.

—Ella era gitana.

—Y, de él, ¿sabe usted algo? Ni usted ni nadie, que recuerde. Uno de esos tipos que no se sabe de dónde vienen ni adonde van, ni qué pito tocan en el mundo.

—Por lo pronto, escribir una novela.

Aquí, si la figura de Albareda se había flexibilizado un poco durante sus sucesivas peroratas, volvió al envaramiento, a la solemnidad iniciales.

—Señor Mendoza. (Alzó la mano.)

—Diga.

—Señora o señorita, usted…

—Ana María Magdalena, no lo olvide. La nieta del profesor Ansúrez.

—… y, por tanto, persona de educación delicada, que puede asistir a una confidencia en principio difícil: difícil ante lodo para mí, que voy a hacerla. Una confidencia increíble. Pero, ¿no lo es también cuánto acabo de decirles? Todo lo es esta noche; sin embargo, nada más verdadero. Empiezo a pensar que no me he muerto todavía porque *tenía* que llegar este momento aunque me vea obligado a admitir, quizá, sólo como hipótesis, la existencia del Destino. (Se interrumpió un momento.) Dije el Destino, no dije Dios, que no es lo mismo.

Álvaro hizo un gesto acompañado de movimiento de manos, que podía interpretarse como una respuesta positiva, «Estamos aquí para creerle». A Albareda no le pasó inadvertida.

—Es muy cortés, profesor. Pero ya le anuncié ayer, o acaso hoy, no lo recuerdo bien, que tienen que creerme bajo palabra, pues de nada de lo que les he dicho tengo pruebas, pero, sobre todo, no las tengo de lo que voy a revelarles ahora. Eso, increíble, a que acabo de aludir…

Se apartó de la mesa, hurgó en un anaquel de espaldas a nosotros, recabó un libro, lo apretó contra su corazón, lo dejó encima de la mesa y no dijo nada. Nos miró, y sólo después de haberlo hecho dejó caer un *Voilà!* en falsete tan inesperado como innecesario, pero que me divirtió como la pifia de un actor.

Álvaro alargó las manos, cogió el libro, lo remiró. Me interrogó con la mirada si yo quería manosearlo un poco. Le respondí que no. Él dijo el título en voz baja, un poco sorprendido. Oí perfectamente el nombre de Aquilina. No me decía nada. Lo devolvió a la mesa y miró a Albareda.

—*Voilá*, ¿qué?

—Esa novela, señorita Ansúrez, señor Mendoza, la escribí yo.

Y se sentó en el sillón.

Después, Álvaro me dijo que no había esperado semejante declaración. Yo, por supuesto, tampoco. Quedamos perplejos, Álvaro más.

—¿No dicen nada? ¿No dicen que es mentira, o cosa así? Les acabo de descubrir el gran secreto de mi vida, que tiene mucho de

inconcebible, sobre todo después de que un falsario se haya atribuido públicamente su paternidad sin que yo, a pesar de los años pasados, lo haya reivindicado…

Volvió a mirarnos.

—… porque no puedo probarlo.

—Habrá alguna razón, quizás una historia…

—Sí, señor. Historias y razones. ¿Tiene una idea clara de lo que es un pecado?

—Yo no creo en Dios —me apresuré a responderle.

—Tampoco yo, señorita, ya lo dije, y celebro que seamos correligionarios en esa negación de lo absoluto; pero la noción de pecado no tiene que referirse necesariamente a la divinidad. Podemos también llamar pecado a la traición, sea a una persona, sea a una idea. Yo he practicado el arte bajo ciertos principios a los que fui siempre fiel… salvo una vez, una sola: durante el período, no demasiado largo, en que escribí esa novela, viví en estado pecaminoso, consciente y voluntario. Pero esa clase de pecados no hay cura que los absuelva, y, su confesión pública, me deshonraría para siempre ante mis camaradas, los vivos y los muertos, sobre todo los muertos. Personas como ustedes pueden comprender las razones y las circunstancias; mis correligionarios de cualquier época, no. Estábamos en los tiempos de la lucha clandestina contra la tiranía. Escribíamos panfletos, versos satíricos, acusaciones, insultos dignos de grabarse en piedra. Concebíamos la literatura como un instrumento de redención, pero también de agresión. Y, de repente, se me ocurre una idea… una idea vitanda, aunque divertida. Se me ocurre, se me instala en la mente, insiste en permanecer en ella hasta atormentarme… Yo pugno por rechazarla, por olvidarla. Es muy posible que ustedes no puedan hacerse una idea… Hay que ser escritor para darse cuenta de lo que es una de esas obsesiones, cómo nadie es capaz de hurtarse a ellas; cómo, aunque uno no lo quiera, crecen en el interior como un cáncer sin palabras… Cómo acaban por dominar la vida entera. Entonces, señorita, caballero, no queda otro remedio que librarse de la única posible cuando uno no quiere suicidarse: escribiendo. Es mi caso, en secreto. Noche tras noche, desvelado, alucinado, aunque con el escondido orgullo de estar haciendo algo bello, original, y, sobre

todo, superior a lo corriente. Habrá sido un salto atrás, digo yo, esta recaída en el Arte Puro de mi juventud. Y en esto consiste el pecado, señorita; pero, si le repugna la palabra, llámelo de otra manera. Si yo hubiera escrito la novela como liberación y la hubiese destruido, no habría pasado de un proceso catártico que honradamente se puede mantener secreto. Pero me sucedió lo que al Creador, según el Génesis: Él hizo las cosas y vio que eran bellas. Yo también lo vi, así, resplandeciente, con una belleza desgarrada, nada convencional. Me tranquilizaba un poco saber que no había escrito una novela burguesa, pero, ¿qué dirían mis amigos de la tertulia, de la revista; qué dirían mis camaradas clandestinos? Su censura sería más feroz aún que la del Dictador. Sin embargo, no estaba dispuesto a destruirla. La tuve un tiempo escondida. Acabé por gestionar su publicación seudónima…

—¿Y cómo se le ocurrió lo de Néstor Pereyra?

La pregunta la cogió de sorpresa, al señor Albareda. Vaciló.

—¡Cualquiera recuerda ahora de dónde salió ese nombre! Pues vaya usted a saber. Un nombre que se encuentra en el anuncio de un periódico, o que se oye en la calle al pasar. A lo mejor, alguien oscuro que se llamase así. ¡Ha pasado tanto tiempo! Fue un nombre que hallé conveniente por lo extraño. Huele de lejos a seudónimo…

Se quedaron mirándose, uno al otro, Albareda y Álvaro, una vez más. Posiblemente Albareda tomase como desafío aquel mirarse.

—Y, dígame, señor: hay algo en ese relato que no sé si es histórico o fantástico. ¿Existió la Curva de Zésar? Así, con Zeta.

—¡Ya lo creo! Muchas personas de mi edad, y aún más jóvenes, la recordarán perfectamente. No fue una invención mía, no, sino de un chiflado con manía teatral, aunque no erótica. El interior de la Curva de Zésar era una monstruosidad de cemento, más bien surrealista: formas sin referencia concreta, abrumadoras, sin belleza, pero con algo característico. Si acaso, el interior de una gruta. Sí. La palabra más adecuada es grutesco, así, con u, como en italiano.

—La transformación de ese mundo en formas eróticas, ¿le pertenece a usted, o es un añadido de Uxío Preto?

Albareda se puso solemne.

—Señor, si usted ha leído el texto de la novela con atención, y

no dudo de que lo haya hecho, verá que no aparece para nada, en la decoración del antro, una sola referencia erótica clara. Todo lo de esa naturaleza que figura en la «Autobiografía», es de la exclusiva incumbencia de Uxío Preto. Es natural. La gente sin imaginación acude siempre a la pornografía. Es muy socorrido y lo era también entonces, con aquella censura tan casta…

—Pero, por lo que a la génesis respecta (y se lo pregunto por mera curiosidad), ¿acierta Uxío Preto al describir la novela como el resultado de una experiencia voluntaria y deliberada: juntar el mundo de Aquilina con el de la Curva? Se entiende que, en su origen, los gatos y Aquilina se relacionan en un mismo acontecimiento.

Albareda meditó unos instantes largos, casi un minuto.

—Señor Mendoza, no es fácil recordar al dedillo algo que sucedió hace casi medio siglo. Tenga usted en cuenta que esa novela la escribí hacia mil novecientos cuarenta y uno, aunque haya sido publicada varios años después. Pero creo recordar que el origen fue el antro aquél de Zésar. Yo creo que, por aquellos años, era lo único verdaderamente extraordinario, verdaderamente inverosímil que había en Madrid. Por otra parte, carecía de relación con la situación real, hambre, persecución política y toda la parafernalia del fascismo suelta polla calle. Tendría usted que conocer la época y el ambiente para darse cuenta de la magnitud del contraste. Una casa vulgar, aislada en la Pradera de San Isidro, y un interior insospechado, yo creo que el mayor disparate arquitectónico que vi en mi vida. No sé de nadie que haya conocido a Zésar de cerca, en su intimidad, pero tenía que ser un paranoico de tomo y lomo, un demenciado total, acaso con algún dinero, o quizás un empleo compatible con su locura. Uno de esos que centran su insania en una manía inofensiva, aunque aparatosa, que se manifiesta de modo que no afecte a su conducta pública y que, por lo tanto, le permita circular libremente. Creo recordar que, en alguna de las primeras representaciones que nos ofreció, estaba presente la Policía, pero, finalmente, se desentendieron de él, Zésar no era tonto. Cuando la Policía dejó de estar presente, sus monodramas dejaron de ser monólogos incoherentes, con referencias reiteradas a un tema central bastante oscuro, generalmente un símbolo, para añadirles

contenido metafísico y político. Hablaba de Dios y hablaba de Julio César, personaje en el que indudablemente quería representar al Dictador. También debo decirles que la forma de sus monodramas cambió sustancialmente. Al principio, consistían, como le dije, en monólogos de coherencia difícil, que recitaba sentado en un rincón del escenario, vestido de algo semejante a un moro. Después introdujo una especie de diálogo, si puede entenderse como tal una serie de preguntas y respuestas, como un catecismo. Se tapaba la cara con un triángulo dorado, y preguntaba Jehová; se cubría la cabeza con una corona de laurel, y respondía Julio César. Recuerdo que una vez cambió estos símbolos por los de un cocodrilo y un hipopótamo. Se había hecho unas máscaras de cartón, pintarrajeadas, que le permitían mantener un diálogo lírico sobre los grandes ríos. Yo no sé lo que sabía Zésar de la historia del teatro, pero creo que, para sí mismo, inventó la máscara.

—¿Y eso no lo ha contado nadie?

—A las representaciones de Zésar iba bastante gente: el teatro tenía cabida para unas treinta personas, de las cuales, unas eran fijas, los críticos, algunos escritores conocidos, y, otras, variables. Yo no sé de nadie que haya escrito sobre el teatro de Zésar más que las reseñas profesionales en los diarios de entonces. Allí se pueden encontrar, seguramente. Pero, algo de conjunto… no sé. Tenga en cuenta que estoy aquí encerrado hace bastante tiempo. La gente se ha portado mal conmigo. Han olvidado mis servicios a la causa. No fui lo bastante famoso para que me tomasen como símbolo. A la gente de mi edad, procuran arrinconarla. Dicen que hemos cumplido nuestra misión, y que no debemos quejarnos. Los más jóvenes nos han desplazado. ¡Los más jóvenes! A muchos de los que ahora figuran, los recuerdo cantando por la calle los himnos del Frente de Juventudes. Ya ve usted…

Álvaro acomodó la gravedad de una mano alzada al contenido, supuestamente grave, de unas palabras:

—Muchos protagonistas de la Historia, señor Albareda, podrían decir otro tanto.

—Sí. Es lo que ha sucedido siempre… El ostracismo.

Posiblemente, para Álvaro (y, por supuesto para mí), la entrevista podía acabar en aquel mismo momento. Pero la actitud

de Albareda no era de despedida. Por lo pronto, preguntó si queríamos tomar otro café, y se extendió, durante unos minutos, en el elogio del chinchón, con lamentaciones bastante explícitas acerca de la sobriedad de Álvaro. Me preguntó si yo tomaría una segunda copa. Le dije que un culín, y me lo sirvió en seguida, bastante generoso. La mujer invisible había desaparecido, había retirado el servicio de café, y en un santiamén apareció con otro, recién hecho, humeante. Yo no sé si recibía órdenes en clave, o si escuchaba detrás de la puerta y conocía tan bien los hábitos de aquel hombre que le bastaba mirarlo para saber lo que tenía que hacer. El café no era de los de maquinilla, sino a la antigua, de puchero, perfeccionado con la colaboración de un colador semejante a una media. Una vez hecho, se introduce en el puchero un carbón en ascuas que le da un sabor muy particular y agradable. De esto hablé con Álvaro después de salir, y pude quedar bien gracias a los informes recibidos de una criada vieja de mi abuelo. Supongo que no tendrán mucha prisa. Yo estoy encantado de su compañía, y, si no temiera abusar, les contaría cosas… ¿Usted, señor, es historiador de la Literatura? Poca gente conoce como yo las interioridades de la española, antes y después de la guerra. Por cierto…

No sé si en aquel momento se realizó el milagro de que la voz de Albareda, hasta entonces invariable, hubiera adquirido un matiz, un pequeño temblor entre angustiado y curioso, o acaso temeroso…

—Señor Mendoza, ¿piensa usted hacer uso de mis confidencias?

—En el caso de que me autorice, sí.

—¿Y qué uso?

—Creo haberle explicado que ando a vueltas con un trabajo, en colaboración con una señorita ahora ausente de Madrid, acerca de lo que hay o pueda haber de cierto en la autobiografía de Uxío Presto, ese libro que usted ya conoce. El público ignora por completo la existencia de esas tres novelas, pero en los departamentos de Lengua y Literatura Españolas, de los Estados Unidos al menos, se las estudia con interés.

Albareda le interrumpió.

—Es nuestro sino, señor. El desconocimiento. Fue necesaria la muerte de Federico para que el mundo se diese cuenta de que habían matado a un gran poeta español. Pero los otros, los exiliados

y los que permanecimos aquí, carecíamos de esa siniestra propaganda. ¿Hay que morir para alcanzar la gloria?

—En los departamentos de Literatura Española, se les hace algún modo de justicia. Se les estudia. Su novela, concretamente…

—¿Va usted a decir que es mía? ¿Va usted a dejar en claro la falsificación, más bien el robo, de Uxío Preto?

—Señor Albareda, si usted es el autor de una de esas tres novelas, es casi seguro que otros dos autores, vivos o muertos, esperen el mismo esclarecimiento o la misma justicia. Yo estoy aquí para poner las cosas en su punto.

—Pero, ¿por escrito y publicado, o sólo en clase?

—Señor Albareda, la investigación histórica, si permanece inédita, es como si no se hubiera realizado.

—Pero, ¿se llegará a saber aquí en España? ¿lo sabrán mis amigos, mis antiguos contertulios, los críticos, la gente?

—¿Quiere usted que lo sigan ignorando?

—Ya no. Desde que se publicó esta novela hasta nuestros días, las cosas han cambiado mucho. Hoy la literatura ya no es un arma de combate, y aunque me cueste alguna vergüenza admitir que estuve equivocado, lo reconozco… Bueno, lo que se dice equivocado, no. Eran los tiempos, eran otra cosa. Ahora hay más libertad. Me gustaría que la gente me tuviese por un precursor. Esta novela revela un uso de la fantasía al que, en aquellos tiempos, no se hubiera atrevido nadie.

—Entonces, ¿quiere usted que lo diga?

—Le autorizo para que haga uso de las confidencias que han escuchado, de las palabras que pronuncié, de mis afirmaciones y de mis negaciones. Atribúyame la responsabilidad. Eso es lo que deseo.

Se levantó del asiento, se irguió. Llevaba en la mano la copa mediada del chinchón.

—En ese momento, señor, gracias a usted, me habrá llegado la hora de la justicia.

Se bebió, de un solo trago, lo que quedaba en la copa.

Ta-ca-tá, ta-ca-tá.

4. Aquel barrio en que vive Albareda es una de esas nuevas urbanizaciones desangeladas, frío y cemento en las calles, hileras de

alcornoques y arbolitos de esos que parecen empeñados en crecer y a los que cada primavera les salen media docena de hojas. No había nadie en las calles y caía un sol pesado. No sé por qué me estremecí y me agarré al brazo de Álvaro. Dije al mismo tiempo: «¡Tengo miedo!», y él se echó a reír. «¿De qué tienes miedo? ¿De estar a solas conmigo en esta calle horrible?» «¡De ninguna manera! Si el miedo que tengo me obliga a escapar, es precisamente por ir contigo.» Creo que las cosas no se pueden decir más claras, dentro de la mínima decencia, «Te protegeré hasta la muerte», me respondió con voz hueca y un fugitivo ademán quijotesco. Después, volvió a reír. «Y el chapuzón, ¿qué?» Procuré que no se me notase la alegría. «Queda un poco lejos del club.» No me respondió, pero empezó a otear los cabos de la calle. El taxi apareció en un cruce. Nos metimos en él y me pidió que diera al taxista la dirección. Había que pasar con naturalidad el tiempo del trayecto. Le pregunté qué pensaba acerca del viejo Albareda y de sus historias.

—Todo puede ser cierto, pero también mentira. ¿Qué sabe uno? Las únicas conclusiones válidas, si le hacemos caso, son éstas: Uxío Preto existió; también existió María Elena, aunque no como la pinta Uxío; finalmente, Albareda tiene en su casa un ejemplar de la novela que Uxío dice ser suya, pero que Albareda reclamó para sí. Y lo hizo de una manera inteligente, fíjate bien. Admitió desde un principio el riesgo que corría de que lo tomásemos por mentiroso. Su única argumentación en defensa de sus afirmaciones fue la de que carece de pruebas.

—Yo no he leído el libro de Uxío Preto, menos aún esa novela de que se trata. Sin embargo, me pareció que por debajo de esa manera de hablar tan especial que tiene Albareda, algo había de forzado. Hay que ponerse en su lugar.

—Yo lo hice desde el primer momento. Un escritor fracasado me resulta siempre conmovedor y patético. Éste, especialmente, con su aspecto de mascarón envejecido y ese modo que tuvo de pedirnos el chinchón.

—Si cree que le hemos creído, se sentirá feliz.

—¿Podrá creerlo? Si lo que dijo es verdad, se trata de una verdad difícilmente admisible: más patético aún. Si es mentira, dado el arte que desplegó en el cuento…

—¿Te convence más el arte que el cuento en sí?

—¿Quién sabe?

Habíamos llegado al club. A la entrada, un grupo de muchachos y muchachas, acogidos a la sombra de los chopos, chillaban riendo: ellas con picardía. Probablemente contaban chistes verdes. Álvaro se detuvo, con expresión de susto.

—¡No hemos comprado el bañador!

También yo había olvidado el mío. Y recordé, sin quererlo, haber oído alguna vez que hay olvidos inconscientemente voluntarios, pero no me expliqué el por qué, ya que nada más lejos de mi intención que bañarme desnuda, lo cual, por otra parte, no está permitido en mi club. Insistiendo en el recuerdo de las mismas explicaciones, comprendí (rápidamente, como un relámpago, y no lo rechacé) que mi verdadero deseo era el de que me viese desnuda.

No había demasiada gente. Parejas en bañador aquí y allá, ruido de chapuzones por la parte de la piscina, el sol contra el suelo y filetes de luz entre las sombras de los chopos. Fuimos hacia la parte del bar, y ya nos habíamos acomodado, cuando alguien me llamó. Reconocí, sin volverme, la voz de la profesora Herce Vallés, Marta Herce, ¡Dios mío!: la importancia intelectual personificada en un cuerpo de diosa. Las voces venían del interior del bar. Volví, por fin, la cabeza. Marta, en bañador, con toda su majestad carnal, se acercaba tranquilamente, pero no me miraba.

—Es una amiga. Tendré que presentártela. No vayas a asustarte, porque es eso que los hombres llamáis una mujer estupenda.

Me dio dos besos, la profesora Herce Vallés: chas, chas, cariñosísimos. Y qué mona estás, y cuanto tiempo sin vernos, y preséntame a tu amigo. Álvaro se había puesto de pie, y cuando dije los nombres, hizo una reverencia nada moderna, una de esas reverencias que los hombres hacían antes, en los tiempos en que se llevaba la cortesía: bastante comedida, esto es lo cierto, y a Marta no pareció desagradarle. Tampoco esperó a que la invitásemos a sentarse: lo hizo, entre Álvaro y yo, la cara y parte del cuerpo vueltos hacia él. Yo le veía la espalda morena del sol, y el broche, bastante exagerado, del bikini.

Quedé inmediatamente desplazada. En cuanto supo que Álvaro explicaba Literatura española en una Universidad americana,

empezó a hacerle preguntas y a enredarle con que si los métodos de allá y los métodos de aquí, y con que si algo estaba bien, aunque no del todo, pero con que algo estaba mal, aunque no absolutamente. Había traído el bolso consigo, lo había dejado encima de la mesa. Ofreció un cigarrillo a Álvaro, ella encendió otro, pero me olvidó: tuve que fumar del mío; para dejarla en evidencia, le pedí lumbre, me la dio maquinalmente. Entonces, cambié de sitio mi silla, para verles las caras y para que viesen la mía. Ni siquiera cuando vino el camarero y pedimos unas cervezas me hizo el menor caso. Hasta que, de pronto, se interrumpió, dejó a un lado la conversación y le preguntó a Álvaro:

—Y, usted, ¿no se baña?

Álvaro fue un poco más cortés que ella.

—No hemos traído bañadores.

¡Cómo le agradecí aquel plural! Pero Marta no me dio tiempo a que la emoción del agradecimiento durase arriba de unos segundos, porque casi gritó que aquello no tenía importancia, y que la mujer del conserje los alquilaba; y fue entonces cuando se acordó de mí, para decirme como un reproche:

—Pero, ¿es que tú no lo sabías?

—No, no lo sabía, pero debiera de habérseme ocurrido.

Vino el jaleo de los alquileres, yo del peor humor, porque, a Álvaro, yo vestida y desnuda Marta, no se le ocurriría compararnos, porque, por mucho que revele un traje de verano, siempre esconde algo o lo disimula. Pero, puesta yo con uno de aquellos horribles bikinis que me ofrecía la conserje, no podía competir con Marta, más alta y mejor hecha, aunque quizá menos guapa. No es que mi cuerpo sea desdeñable, pero soy un poco delgada, y al lado de una mujer tan perfecta como Marta, no tengo nada que hacer: claro está que el punto de vista de un hombre puede diferir del mío, pero no creo que, ante los atractivos corporales de Marta, Álvaro concediese atención a su cara vulgar. Luego, ella, habla que te hablarás, con lenguaje de profesora y miradas de mujer que sabe cómo mira. Antes de que Álvaro se pusiera el bañador, creo que ya lo había desnudado varias veces, pero no tengo derecho a quejarme, porque yo también lo había hecho, y si había puesto tanto interés en llevarlo al club, era sin duda (no tuve embarazo en confesármelo)

para comparar con la realidad mis imaginaciones.

Tuvimos que separarnos, él al vestidor de hombres y yo al de mujeres. Por mucha prisa que me di, al salir, vi que Marta se me había adelantado y que acompañaba a Álvaro con toda familiaridad: como que le había echado el brazo por el hombro. Álvaro llevaba en las manos las cosas de su chaqueta, papeles y dinero.

—¿Me lo guardas en tu bolso, Ana?

Una carterita, un pasaporte, un par de sobres.

Marta, de pronto, pareció desinteresarse de nosotros.

—Mientras tomáis vuestras cervezas, voy a mojarme un poco. Dejo ahí mi bolso. Si necesitáis tabaco…

Se alejó con su habitual seguridad. Se dejaba mirar, se demoraba para que la mirasen, sin sospechar que alguien pudiera decir, o pensar al menos: «¡Lástima de cuerpo para esa cara!» aunque no es imposible que fuese yo sola la que lo pensase. Subió al trampolín con esa calma, con esa tranquilidad que tienen las mujeres como ella, se inclinó para desatarse una zapatilla, o para quitársela, no sé. ¡Quedó doblada por la cintura, con el trasero hacia la gente…! Y, de pronto, ¡zas!, al agua. Impecable. Una curva asombrosa. Tenía que haberle aplaudido.

—Buena facha, ¿eh? —le dije a Álvaro.

—Sí. Una de esas mujeres que dan miedo.

Así, sentado y con las piernas cruzadas, no me atrevía a asegurar que pudiera o no competir con Marta. Deseaba verle subir al trampolín, y que la gente supiera que había en la piscina algo también admirable, además del cuerpo de Marta, y mucho más atractivo, porque Álvaro es guapo, uno de esos guapos que parecen ignorarlo, con una mirada triste que a lo mejor le viene de la sangre india, pero que lo hace interesante.

—¿Por qué no te bañas tú también?

—¿Y tú?

Hubo una pausa, y añadí:

—Anda, ve.

Lo empujé. Es decir, le puse la mano en el hombro desnudo.

—Si tú lo quieres…

—¡Pues, claro, tonto! —Lo que yo deseaba era verle de pie y

caminando: como lo hizo, no majestuoso, sino sencillo; no ofreciéndose a la vista de todos, sino como si estuviera solo. Creo que el silencio que sobrevino duró unos momentos largos. No se oyó más que la brisa en los olmos.

La misma Marta dejó de nadar, quedó en mitad de la piscina, vio cómo Álvaro se tiraba… y nadó furiosamente hacia él. Entonces pensé que había cometido un error. Y quedé dolida, con ganas de llorar. Me levanté, los bolsos encima de la mesa: me importaba un pito que alguien se los llevase. Tardé unos minutos en desahogarme, en un rincón de los servicios y algo más en restaurar mi cara. Cuando regresé, además de los bolsos estaban ellos, metidos en una conversación científica acerca de si por el camino de la lingüística se llegaba al meollo de las obras literarias mejor que por el de la estética. Marta era más partidaria de la lingüística.

—Ahora voy a bañarme yo.

No subí al trampolín: me dejé caer desde el borde de la piscina, y nadé con rabia, no sé durante cuánto tiempo: el suficiente para que terminase la discusión y Marta pidiese a Álvaro su teléfono, o para que le invitase a cenar aquella noche, ¡qué sé yo!, cualquiera de las tretas que se le puede ocurrir a una mujer como Marta: treinta años, un divorcio, y la sospecha, casi la seguridad, de varios amantes simultáneos. A causa de uno de ellos había roto su matrimonio. Tenía que contárselo a Álvaro. Bueno. También yo soy una divorciada, también he tenido una amistad, pero no es lo mismo mi caso que el de Marta. Lo de Regino fue un error penoso: un hombre impotente no debe engañar a una mujer hasta el último momento por mucho que la quiera. Y, lo otro, fue una decepción. Pero yo no soy una devoradora de hombres.

Los miraba con disimulo. ¡Qué buena pareja hacían! Y el color de sus cuerpos, dos bronces de tonalidad distinta. Nadando, me moría de envidia. Mientras nadaba, lloré otra vez. Después, sentí algo así como ganas de pelear.

Me presenté ante ellos chorreando, pero con mala suerte, porque fue en el momento en que Marta, que había mantenido puesto el gorro de bañarse, se lo quitó y dejó en libertad la mata de su cabello. Se discutía entre los hombres si el mayor atractivo de Marta era su cuerpo o aquella catarata de noche mate que le caía

ondulante hasta la mitad de la espalda y que hacía su cara más hermosa. Álvaro, que había contemplado mi llegada, volvió la cara bruscamente hacia ella, y sólo después, con calma, dejó que su mirada resbalase por los chopos de más allá de la piscina. Me senté, Álvaro quedó en el medio. Mi carne es morena, pero no está tostada por el sol: no puedo tomarlo como casi todas las mujeres, porque me salen quemaduras horribles. Juntos los tres, llevaba las de perder. Además, en aquella conversación tan científica, yo no podía meter baza.

—¡Mi pobre abuelo, con esta tardé tan solo! —me batí en retirada.

—Poca gente como tu abuelo puede estar siempre rodeado de lo que ama —dijo ella. Las palabras son fieles.

—Pero, a veces, le gusta que alguien le pregunte cómo está, o si le apetece un refresco. Voy a irme.

—Yo os llevo.

Marta se levantó. No me miró Álvaro con una de esas miradas que preguntaban el porqué de las cosas; se limitó a levantarse también.

—Bueno. Nos encontramos aquí. Yo no tengo más que ponerme el traje por encima del bañador.

Me creí, de pronto, la mujer más torpe del mundo, aunque inmediatamente haya rectificado en parte, pues quien es consciente de su propia torpeza es algo menos torpe. Pero no se me ocurriría ninguna solución para irme sola con Álvaro sin descubrir desvergonzadamente mis sentimientos, sin dejar en las manos de Marta mis celos como triunfo. Creo que salí del vestidor un poco más serena, o, al menos, resignada. Marta me sentó a su lado, y dejó a Álvaro detrás. No sabía mi dirección. Durante el largo camino, habló indistintamente conmigo o con él, de naderías. Al llegar a mi casa, me apresuré a apearme, y antes de dar las gracias a Marta, le dije a Álvaro:

—¿Me telefonearás mañana?

Era como decirle: «Te dejo en manos de ésa; allá tú.» Y como darle a entender a ella que me importaba poco lo que pudiera pasar.

Cuando dejé a mi abuelo contento, con sus palabras y un vaso de

té frío: cuando me encerré en mi cuarto, empecé a arrepentirme. Sentada y con los ojos cerrados, me puse a imaginar los trámites del engatusamiento de Álvaro por Marta; a lo mejor, sin trámites directamente: «Conozco un sitio en la carretera de Burgos donde podemos cenar…» Cada cosa que se me ocurría me causaba más dolor. Varias veces lloré. Cuando vino la chica a decirme que mi abuelo preguntaba por mí, tuve que disimular (segunda vez aquella tarde) lo efectos del llanto. Mi abuelo quería que cenásemos juntos en la terraza. Me preguntó qué tal nos había ido con Albareda. Contárselo por lo menudo me tranquilizó un poco. Al acostarme, me sentí dispuesta a perdonar a Álvaro, pasase lo que hubiera pasado, a condición de no enterarme y de que Marta desapareciese de nuestro horizonte. Sin embargo, dormí mal aquella noche y soñé con cuerpos de bronce.

5. Álvaro me telefoneó temprano, cuando me estaba arreglando para ir a clase: había recibido un telegrama de Ivonne, casi lo veía en su mano, de apurado que estaba, en que le anunciaba su llegada, aquella misma mañana, a Barajas. Me preguntó si podía acompañarle. En un principio, dudé, e incluso sentí cierta rabia de que aquella intrusa viniera a interponerse entre Álvaro y yo; pero, lo pensé mejor, rápidamente, y le respondí que sí, que le acompañaría en el caso de que mis horarios fuesen compatibles. No quedaba mucho tiempo, entre mi hora de salida y la llegada del avión, pero si él me aguardaba ya, a la puerta del colegio, probablemente llegaríamos con cierta holgura. Lo que sucedió fue que esta novedad me obligó a cambiar, por otra que me favoreciese más, la ropa que traía puesta, y a cuidar un poco mi cara. Procuré durante toda la mañana no irritarme con las chicas, no perder la compostura. Alguien advirtió el cambio, y lo dijo. Antes de bajar a encontrarme con Álvaro, me miré al espejo. Estaba, por lo menos presentable.

Me limité a preguntarle «¿Qué tal ayer?». Me respondió que bien, sin especial emoción. Ni del tono de su voz, ni de su expresión, pude conjeturar que algo especial hubiera sucedido, pero eso no quiere decir nada: un devaneo a fondo no tiene por qué dejar huellas visibles cuando se tiene la edad de Álvaro. Me costaba

trabajo, sin embargo, admitir que aquellas horas hubieran sido de inocente discusión científica, menos aún de que se hubiera ido cada uno por su lado; pero tampoco tenía razones para pensar que Álvaro fuese un hombre fácil de esos que se van con la primera que se deja querer. También se me ocurrió que Marta no tenía por qué gustarle: a pesar de su apariencia y de su sabiduría, en el fondo era una cursi que tenía la casa llena de pañitos de encaje y de crochet, distribuidos por las mesillas y por los respaldos y los brazos de los asientos, y búcaros aquí y allá con flores de plástico; eso, por mucho que lo disimule una desenvoltura deportiva y ese aire especial de las mujeres liberadas, siempre acaba por descubrirse. Por otra parte, me convenía mantener sobre lo sucedido la más deliberada ignorancia: podía imaginarlo tranquilizante cuando estaba tranquila, y preocupante cuando estaba preocupada.

Le pedí a Álvaro algunos informes más sobre Ivonne. Me habló de ella durante el viaje. Saqué la conclusión de que, por ese lado, no había peligro, pero, dadas las relaciones profesionales, no cabía duda de que, a partir de aquella mañana, seríamos tres, y que tendría escasas ocasiones para quedarme a solas con Álvaro. Bueno. A esto ya le buscaríamos arreglo. Ivonne me causó buena impresión. Es bonita a la francesa y se porta como una inglesa, de sencilla, tranquila y algo fría. Sin embargo, pareció entusiarmarse al saber que yo era la nieta del profesor Ansúrez. Una especie de estupefacción o de asombro, como si, de repente, alguien descubriese que la progenie de Júpiter es gente como cualquiera. Por lo que dijo —habló ella sola durante el regreso a Madrid— en los Departamentos de español de las Universidades extranjeras se alzaban altares secretos a la gloria de nuestros filósofos y de nuestros escritores. ¡Menos mal! Pensé que en los departamentos inmediatos, el de francés, el de alemán, nadie habría oído jamás el nombre de mi abuelo, pero, al menos, tanto Ivonne como Álvaro eran sus devotos. Se lo agradecí: eso siempre gusta. Aproveché aquel entusiasmo para incitar a Ivonne a vivir en mi casa mientras estuviera en Madrid: no lo hice desinteresadamente. Lo aceptó como una especie de honor inmerecido.

Su presencia me compensó de cuánto Marta me había hecho sufrir. Nada de su conducta revelaba que sus sentimientos hacía

Álvaro fuesen más allá de la amistad y de la camaradería profesional. Escogió la habitación: la mía era de dos camas y fue por la gemela por la que se decidió. Allí la dejé mientras se cambiaba. Apareció con un traje blanco, muy a la francesa, a la última moda, amplio y vaporoso, con buscadas y disimuladas transparencias. Estaba muy elegante, y sentí algo de pelusilla: yo no podía ponerme nada comparable. La verdad es que yo, a pesar del cambio de ropa matutino, parecía francamente lo que soy: una profesora de Historia en un colegio privado, con cierta tendencia aprendida al puritanismo en el vestir.

—Mira, abuelo, te traigo una admiradora preciosa.

Ignoro si mi abuelo se mantenía aún sensible a la belleza de las muchachas, pero lo era seguramente a la admiración. Ivonne parecía muy enamorada, cuando no era más que una entusiasta. Y mi abuelo quedó muy satisfecho al encontrarse con una profesora joven que conocía su obra tan al dedillo. Durante la comida, hablaron ellos dos. Álvaro y yos nos mirábamos de vez en cuando. Parecía como si nos hubieran desplazado de la realidad, pero sin que el desplazamiento nos emparejase. En fin: que todo fue así hasta que mi abuelo se retiró a echar una siesta, y nosotros nos refugiamos en la biblioteca, porque es un lugar fresco y porque es también el más cómodo de la casa. Ivonne mostró su sorpresa, una vez más; perdió unos minutos al ojear los plúteos. De vez en cuando, mostraba su satisfacción por el hallazgo de este libro o de este otro. Mientras tanto, Álvaro me advirtió de que Ivonne era sensible al licor, y le dije a la chica que trajera lo que hubiese. Ivonne prefirió el benedictine.

De repente, hubo una especie de hiato en la situación: algo que tenía que suceder pero que se había retrasado. Ivonne revolvió el azúcar del café, bebió un sorbo y dijo:

—*All right!* No creas, Álvaro, que he perdido el tiempo en Londres, o que me dediqué exclusivamente a mis asuntos particulares. Pues gasté varias horas en husmear el caso de María Elena.

—¿De María Elena? ¿En Londres?

—¿Olvidas que el avión derribado por los alemanes, donde iban Leslie Howard y ella, era un avión inglés? Por una casualidad, un

amigo me pudo procurar la lista de los pasajeros. Entre ellos no figura ninguna María Elena, ni ninguna mujer española.

—Jiménez Heredia —dijo, como un eco de Albareda, Álvaro—. María Elena Jiménez Heredia.

—Nada que se parezca a eso. Pero aún hay más. Tuve suerte con los amigos, y no es que me hayan permitido investigar en el Foreign Office, pero alguien consiguió averiguar que, no sólo no hay rastros de invitación a bailarinas españolas, sino que ni parece verosímil que lo hayan hecho.

Sorbió un poco de licor y nos miró. Me dijo:

—¿Tú sabes de qué se trata?

—Sí, claro. Estuve ayudando a Álvaro…

—Pues yo vengo convencida de que María Elena no existió jamás. Quizá no pase de una invención de Uxío Preto, una de tantas.

—Nosotros también tenemos algo que contarte.

Lo hizo Álvaro, minuciosamente, sin olvidar el tacatá de la voz de Albareda. Llegó a imitarla y no lo hacía mal. A veces se interrumpía, me miraba, o me preguntaba algún detalle. Ivonne le escuchó atenta y, también un poco asombrada. Cuando Álvaro concluyó el relato, ella dijo francamente:

—Pues no sé qué pensar.

Se echó a reír, con una risa alegre, yo diría que satisfecha: la risa de que se halla feliz ante las dificultades con las que no se cuenta.

—Una vez te dije, Álvaro, o no sé si se lo dije al *chairman*, que en este asunto había algo de policíaco. Pues, henos aquí con una confusión inesperada que tenemos que desentrañar. ¿Tú estás al cabo de la calle, Ana?

—Yo no he leído aún el «Capítulo Gamma».

—Vamos a poner a prueba nuestra capacidad de raciocinio.

—Yo más bien soy una intuitiva —le dije con cierto orgullo melancólico; porque, eso, ser una intuitiva, me lo habían reprochado mis profesores en la Universidad. «No, ese trabajo, no se lo encarguen a la señorita Ansúrez, que es una intuitiva.»

—Y, ¿qué te dice tu intuición?

—Que aquí hay dos mentirosos, no uno solo. El señor Albareda, por supuesto: un mentiroso tan grotesco como patético. Y ese Uxío

Preto también, aunque de distinta manera.

—¿A la manera de un poeta, quieres decir?

—Algo por ese estilo. Albareda nos mintió para que le creyéramos lo que no es, eso está claro; para que le creyéramos lo que le hubiera gustado ser y no pudo. Aunque no soy como vosotros, especialista en literatura, he leído bastantes novelas y he visto muchas comedias que me permiten reconocer al señor Albareda como individuo de cierto tipo o de cierta clase de fracasados. No es original, aunque sea doloroso; no hice más que escucharlo y observarlo, sentí en algún momento verdadera ternura hacia él. Se le veía mentir como se ve salir el agua de una fuente, pero también el deseo de ser creído. Desde el primer momento percibí algo extraño debajo de sus palabras. Llegué a pensar que era alguna clase de sentimiento. Ahora me doy cuenta de que se trataba del mero esfuerzo por hablar de una manera convincente.

—¿Como un actor?

—Acaso sí, aunque como actor de su propio drama.

Sobrevino una especie de interregno durante el que cada cual atendió a su café. Ivonne, con delectación visible, también al benedictine. Llegó el momento de los pitillos: el de Ivonne llenó la biblioteca de aroma inglés.

—Esto no podemos despreciarlo fácilmente. Es más complicado de lo que parece.

—Y lo parece bastante.

—Si no me descartáis del ajo —dije yo—, pediría una prórroga. Necesito unas horas para leer ese «Capítulo Gamma». De lo contrario, no podré pasar de espectadora.

—¿Qué quiere decir «descartarse del ajo»? —preguntó Ivonne.

Tampoco Álvaro lo había entendido. Lo expliqué, y quedamos después en que Ivonne se iría a descansar, y Álvaro a algunas diligencias de librerías, mientras yo leía aquellas páginas de Uxío Preto cuyo conocimiento me resultaba tan necesario.

Se fueron.

6. Le encomendé a la chica una buena merienda: podía fiarme de ella. Después me encerré en la biblioteca con el tomo de la «Autobiografía…» en la mano. Busqué el «Capítulo Gamma» y me

metí en su lectura. No me fue demasiado fácil. Por lo pronto, ese comienzo que tiene tardó en agarrarme, y las páginas siguientes no consiguieron que me apasionase. Confieso mi incapacidad para ciertas lecturas demasiado sutiles: soy una persona vulgar a la que gustan las novelas románticas, las intrigas, los laberintos policíacos. Si durante algunas horas me esforcé por leer, y lo hice hasta el final del capítulo, fue precisamente por eso, porque de aquella lectura se deducía una situación con un enigma, aunque no demasiado dramático, pues, al fin y al cabo, el supuesto señor Albareda no hubiese mentido, su único pecado habría sido el de apropiarse de la autoría de una novela que no conoce nadie y que por los datos que poseo a nadie puede interesar, salvo a los profesionales como Ivonne y Álvaro: suceda lo que suceda, el mundo va a seguir lo mismo, y nosotros no vamos a cambiar. Aguanté, pues, hasta el final, desganadamente, esforzándome por no dormirme, por mantener la mente lúcida como si fuese la de un policía que examina unos datos. Lo malo fue que no saqué ninguna conclusión nueva, sino sólo la de que la entrevista con el señor Albareda era insuficiente y que había que hablar también con la llamada Cynthia y la llamada Rula. Pero, entrevistadas éstas, ¿cuál podía ser la conclusión? ¿Que existía un señor llamado Uxío Preto, o que, llegado el caso al extremo contrario, no existía? ¿Y para averiguarlo les pagan a unos señores el viaje y la estancia en un país lejano? Tuve que razonar sobre mis propios sentimientos, sobre mi convicción súbita de que aquello era cosa del Destino, y concluir que no pasaba de casualidad: mi reencuentro con Álvaro, ni estaba escrito en un libro misterioso, ni había sido decretado por ningún dios. Cuando llegó Álvaro, cuando Ivonne despertó de su siesta y se incorporó a nosotros en la biblioteca, les expuse mis puntos de vista. Ni estuvieron de acuerdo ni dejaron de estarlo. Les pregunté si había algún modo de averiguar quiénes eran Cynthia y Rula y entonces me explicaron el secreto de las *sopas de letras* que siguen a tres de los capítulos de la «Autobiografía…». Lo encontré muy ingenioso, y lo que se me ocurrió fue decirles que estábamos obedeciendo las órdenes del tal Uxío Preto, en el caso de ser el autor del libro: primero ellos, averiguando unos nombres, y después yo con ellos, sumándome (por amor, bien lo sabe Dios en el caso de

que exista) a una investigación cuyo resultado final me importaba un bledo: en el caso, para mí dudoso, de que lleguemos a un resultado final. Lo que explicó Ivonne coincidió más o menos con lo que yo había pensado: «Averiguar si Uxío Preto existió, si es el autor de las tres, o bien si cada una de ellas es de su autor, sin descartar por eso la eventualidad entrevista o prevista por Mr. Sharp, el *chairman*, de que Uxío Preto fuese un nombre vacío, inventado por una especie de sociedad anónima a la que había que atribuir, aunque indeterminadamente, la autoría de las tres novelas, lo cual, comprobado, complicaría bastante las cosas.» Tengo la sensación a causa de la mirada compasiva que me dirigió Ivonne, que estuve bastante vulgar al exponer mis observaciones. Es muy probable que no estuviesen a la altura de lo que se esperaba de mí, pero yo las encontré razonables y no me arrepiento de ellas.

De los datos deducidos de la *sopa de letras* correspondientes al «Capítulo Gamma», cuatro apellidos se constituyen en nuestra única pista para levantar las dos supuestas liebres: Huerta, Hinojosa, Jiménez y Domínguez. «Son dieciséis combinaciones las que tenemos que investigar», dijo Álvaro muy serio, pero yo le atajé inmediatamente: «Déjalas en bastantes menos, porque Huerta Jiménez son los apellidos de un poeta muy conocido que puede ser el marido de Cynthia. Rula, por tanto, tiene que ser, o la señora Hinojosa Domínguez o la señora Domínguez Hinojosa. La solución está en la guía de teléfonos.» Había dos Domínguez Hinojosa y un Hinojosa Domínguez. De los primeros no sacamos nada en limpio, sino una disculpa y un exabrupto. La señora de Hinojosa Domínguez acudió al trapo, y yo le pregunté de repente: «¿Es usted Rula? ¿Podría hablar con usted?» Me respondió un silencio entrecortado, si se puede llamar así a la conciencia de que al otro lado del teléfono alguien acaba de asustarse y tiene dificultades para respirar. Añadí: «Mire, señora: soy una profesora, y estoy investigando acerca de un escritor, casi desconocido, llamado Néstor Pereira. Por ciertas razones pienso que usted podría aclararme algunos detalles relativos a la novela de una mujer y unos gatos. Me llamo Ana María Ansúrez, soy la nieta del profesor Ansúrez, de la Real Academia Española, y éste es mi teléfono… Si cree que tiene algo que decirme, y se decide a hacerlo, le ruego que

me telefonee. Si no estoy en casa, basta con que deje el recado de que telefoneó Rula. Yo volveré a llamar.» Entonces, la voz que antes sólo había dicho «¿Quién?», preguntó: «¿Quiere repetirme el teléfono?» Lo hice. Me dio las gracias y colgó.

—Ya veis, les dije a los otros.

Con la señora de Huerta Jiménez no hubo tanta suerte. Le encomendé la llamada a Ivonne, quien, por muy bien que hablase el español, conservaba algo de acento. Se puso Cynthia, en el caso de que éste fuese su nombre. Ivonne se identificó y mencionó a Uxío Preto. La señora de Huerta Jiménez se hizo de nuevas y se negó a ninguna clase de entrevista. Ivonne opinó que nos habíamos equivocado.

—Yo creo que no —les dije—. Lo más probable es que no quiera recordar nada de su pasado. Su marido es un hombre respetable, quizá demasiado. Tiene una posición que pudiéramos llamar burguesa, y ella, que la comparte, no desea alteraciones, menos aún emociones y conflictos. Tanto ella como nosotros pensamos que sus relaciones con Uxío Preto fueron un error, que ella se esfuerza en olvidar, que quizás haya olvidado y que ahora reaparece; interpreto su negativa como un tanto a favor de la existencia de Preto.

—Quizá tengas razón —me respondió Ivonne, aunque no demasiado convencida—. Que conste que yo nunca he dudado de que fue, acaso de que es, un hombre real, a quien me gustaría encontrar, aunque quizá no se llame así. Puede ser o haber sido uno de esos que andan por el mundo siendo, realmente, varios, o sin saber de verdad quiénes son.

—¿Vamos a tratar de la cuestión sin lo que nos pueda descubrir la señora de Hinojosa Domínguez, en el caso de que se decida?

—Las dos tenéis razón, aunque no por los mismos motivos, y quizá por motivos contradictorios. Estoy conforme con que alguna gente anda por el mundo siendo varios o sin saber quién es. No sé por qué, de repente, se me ocurre admirarlos. Lo malo somos nosotros, que sabemos a qué atenernos acerca de nosotros mismos, o que al menos lo creemos. ¿No seremos los equivocados?

¡Dios mío! Me eché a temblar. ¿Iba a ponerse la sesión metafísica? Había escuchado a Álvaro, una tarde, teorizar sobre el amor. ¿Iba a embalarse ahora en una teoría de la personalidad

múltiple, o de los problemas de la identidad? Creo estar conforme con la mía, y, fuera de mí misma y de mis propios límites, es un tema del que no me siento capaz de hablar, sobre el que ni siquiera soy capaz de pensar. Creí ver en los ojos de Ivonne una especie de animación, de disposición a perder el tiempo. Me decidí a estorbarlo.

—¿Y si también lo dejásemos para mañana? Podrías llevarnos a bailar, Álvaro, y a cenar por ahí. ¡Con la noche que hace…!

Yo no sé si la mirada que me dirigió Ivonne fue de resignación o de censura. ¡Me había mirado ya tantas veces, siempre de manera distinta! Pero el caso fue que estuvieron de acuerdo en que una noche como aquélla, una de ésas de Madrid en que, al despedirse la primavera, se anticipa el verano, no valía la pena dedicarla a cuestiones intelectuales, cuando se podía gozar de la brisa dulce y animarse con una cena con vino. Eché la cuenta mental del dinero del que disponía, sin necesidad de pedirle al abuelo, y calculé que bastaba para invitarlos. «Por lo pronto, la comida corre de mi cuenta. Lo del baile os lo dejo a vosotros.» ¡Qué diablo! Uno y otro traían dinero americano ganado fácilmente, y gastarlo en una noche divertida me pareció no sólo oportuno sino también necesario. Apenas hubo discusión. Le expliqué al abuelo que vendríamos tarde, y que no se preocupase. Después, los llevé a una tabernita de los alrededores de la glorieta de Iglesia, donde comimos bien sin gran dispendio. Lo del baile fue más complicado, porque hubo que escoger y yo carecía de experiencia, alejada como estoy de las discotecas; pero, después de varios intentos, acertamos con una al aire libre, no muy concurrida y de clientela discreta, no de esos mozalbetes a quienes la soledad no parece importarles, quizá porque el mayor de sus placeres sea la exhibición de sus caricias. Había una orquesta que alternaba lo moderno con lo tradicional. Convinimos en que Álvaro bailaría conmigo las piezas de baile agarrado, y con Ivonne las de baile suelto, que yo no he practicado nunca. La argucia sólo dio a medias resultado, pues si es cierto que Álvaro me abrazó, y que algunas de las veces yo me dejé llevar casi en éxtasis, lo es también que en ningún momento sus abrazos pasaron de lo más comedido, y que si en alguna ocasión el barullo le obligó a apretarse, me pidió en seguida perdón. El resultado final

fue que cada vez me sentí más triste, diríamos que fracasada, y que cuando, de regreso, entramos en el cuarto compartido con Ivonne, fui incapaz de dominarme y me dejé caer en la cama, llorando. Ivonne había ido al lavabo. Al regresar, se me quedó mirando; luego se sentó a mi lado y me acarició la cabeza, en silencio, hasta que yo descubrí la cara, ya sin hipar, y le di las gracias, por no tener otra cosa que decirle. Después me senté a su lado; pasó algún tiempo, y por fin le dije: «¿Tengo que darte explicaciones?» «Creo que no —me respondió ella—. Lo único que me sorprende es la rapidez de una pasión tan fuerte.» Le conté que no era cosa de ahora, sino un amor de niña renacido con furia, y que él parecía no darse cuenta. «Pues no tiene nada de tonto, Álvaro —me dijo Ivonne—, y debe de haber comprendido lo que yo descubrí nada más que veros juntos, en el aeropuerto. Lo que sucede es que tú eres nieta de quien eres, Álvaro adora a tu abuelo, y como es uno de esos raros tipos que conservan ideas caballerescas, no se atrevería ni a cogerte una mano.» «¡Pues bien podía ser un poco menos caballero!» Le pedí que me contase cosas de Álvaro, ella, que le conocía mejor que yo y que había vivido en su proximidad tanto tiempo; por qué estaba aún soltero y eso. Me explicó que las chicas americanas a quienes gustaba a rabiar, algunas de las cuales se habían acostado con él, estaba segura, eran incapaces de casarse con un chicano, por guapo y por inteligente que fuese. «Fíjate que siendo como es californiano, tuvo que venirse a una Universidad del Este, donde, al fin y al cabo, se tiene un mínimo de tolerancia. Gente conozco capaz de pedir para él todos los honores universitarios, pero incapaces de permitir su matrimonio con una de sus hijas.» «Pero yo no soy racista.» «Tu caso es muy distinto.» Encontré en Ivonne comprensión y simpatía. Necesitaba confiarme a alguien y lo hice. Nos acostamos. De lecho a lecho, hasta las tantas de la madrugada, le conté la historia de mi matrimonio frustrado y de mi segunda frustración amorosa. Y ni un solo momento le entró el sueño. Más aún, al concluir yo mi cuento, empezó ella el suyo, que era muy distinto, que no coincidía en nada con el mío, aunque en el fondo se tratara de lo mismo, de ese hombre que se busca y no se encuentra. Nuestra moral es distinta, nuestros prejuicios divergen. Ella cree en el matrimonio; yo, de momento, en la pareja; y no creo, espero. Comprendí que es una

buena persona.

No sé hasta qué hora hubiéramos dormido al día siguiente, si no viniera la chica a decirme que me telefoneaban. Pasaba de las once. Al otro lado del teléfono estaba la señora de Hinojosa Domínguez, para nosotros Rula. Con voz de dramatismo contenido por la buena educación me dio la dirección de una sala de té, una hora del mediodía y la descripción del traje con que iría vestida. Cuando se lo conté a Ivonne, se echó a reír y quedó muy contenta. La encargué de hablar con Álvaro y citarlo para el almuerzo.

7. Es bastante difícil, sólo raramente casual, que al mismo salón de té de los selectos concurran, a horas tan tempranas, dos señoras con traje color crema, muy escotados por la espalda, y una rosa artificial en la cintura. Las dos que vi, solitarias cada una al lado de una ventana, coincidían en el color y en el escote; pero me costó bastante esfuerzo y un poco de habilidad no cometer la indiscreción en mi búsqueda de la rosa, que al fin apareció en el talle de la señora de la izquierda. De haberme fijado más en su cara que en el traje, la habría sacado mucho antes, porque sólo ella podía ser Rula y sólo a Rula podía pertenecer aquella cara: no por extraña, menos aún por fea, que no lo era en absoluto, sino por la expresión dramática, enteramente superpuesta, que se había colocado, a lo mejor como careta o acaso como perifollo, mucho antes de mi llegada: se conoce que se estaba entrenando. Me detuve ante ella, señalé discretamente la rosa, me dijo: «Siéntese», no como una orden, sino como un ruego, sino como parte de un monólogo que venía de atrás, en el silencio, y que allí terminó. Le di las gracias. «¿Por qué me llamó usted Rula?» «Es el único nombre que conozco de los que usted pueda tener.» «Rula no figura para nada en la novela de los gatos.» «Existen otros escritos.» «¿Dan otro nombre de mí? ¿Dan el mío verdadero? ¿Cómo pudo usted saber que yo soy la señora de Hinojosa Domínguez?» Hacía las preguntas rápidamente, aunque no tanto que la comicidad de un atropello estropease la teatralidad de la situación. No. Todo muy medido, muy estudiado. Hubo un momento en que me dio la impresión de que todo lo que pudiera acontecer y decirse entre las dos estaba previsto y vivido de antemano, aunque acaso como ensayo general imaginario. Pues no

me sentí dispuesta a estropearlo.

Rula es una cincuentona bien conservada, sobre todo de figura. Tuvo que haber sido muy guapa, aunque no de belleza regular, sino más bien de las lindas, con una frente demasiado ancha y la nariz un poco respingona: un levísimo, delicadísimo respingo. Le hallé inmediatamente parecido con cierta *madonna* italiana que hubiera envejecido en su cuadro, una *madonna* muy conocida, que, no sé por qué (aunque fuera lógico) se me ocurrió que debía de tener colgado en su tocador, al lado del espejo, para mirarse alternativamente. Yo conozco muchas que se aferran a esa clase de parecidos y los cultivan. ¡Con qué tristeza comprobarán que poco a poco se les escapa del modelo! A Rula todavía le quedaba cerca, al menos para mi gusto: imaginé sin embargo la resignación melancólica cada vez que descubre en su rostro una arruguita que el pintor no pintó en el cuadro. Había, sin embargo, una diferencia: la cara de la *madonna* es alegre, y no como ésta, con su poquito de hastío.

Cuando dejó de interrogarme, le di una breve, aunque suficiente, explicación de los datos contenidos en el «Capítulo Gamma» (sin referirme, por supuesto, a la fallida seducción), al truco de la *sopa de letras* y al *puzzle* que habíamos tenido que resolver. «Fue un hombre discreto, mi querido, mi adorable Néstor», dijo con los ojos entornados. «No, señora. Néstor Pereyra, no. Un tal Uxío Preto es el autor del escrito, aunque en cierto modo, y según parece, Néstor y Uxío pueden ser una sola persona.» «A ver, explíquese.» Lo hice con cierto hermetismo, pero de modo al parecer eficaz, porque el comentario de Rula fue: «Ahora me explico…», y se echó a reír, aunque recobró inmediatamente la seriedad e inició el cuento de una larga peripecia de amor que en parte coincidía con lo contado por Preto y en parte lo excedía. Por supuesto, y según la versión de Rula, habían sido amantes, y no ocasionales, sino durante largo tiempo, todo el proceso de creación de la novela, en la que Rula había participado con tanta asiduidad y, sobre todo, de tal manera intensa, que más que compañera había que considerarla como colaboradora. Se la sabía casi de memoria. «Y aquí él quería escribir esto, pero yo le aconsejé esto otro; y pretendía usar estas palabras, pero yo le sugerí otras; quería terminar la novela de una manera

trágica, Aquilina devorada por los gatos; no sé cómo, se me ocurrió la idea del afilador…»

Ella leía los folios en voz alta, «en aquel inolvidable piso cerca de la plaza de Santa Ana»; Néstor, que tenía un oído excelente, la escuchaba, la interrumpía de pronto, «Eso no suena», le arrebataba el folio, tachaba, corregía, volvía a escuchar, «Esto ya está mejor». «Estábamos tan obsesionados, que alguna vez interrumpimos nuestros juegos de amor para introducir un párrafo o suprimir un trozo de lo escrito. Un verdadero frenesí creador durante el cual aquel hombre incomparable me llevaba consigo a las cimas más altas de la poesía y de la felicidad. ¡No puede usted imaginar hasta qué punto! Si yo pudiera escribir mis amores con Néstor, le aseguro, señorita, que pasaríamos a la historia como alguna de esas parejas ejemplares en las que la humanidad que ama se siente identificada. Pero vivo prisionera. Por la misma razón por la que tuve que romper aquel idilio, tengo ahora que callarme. ¡Y cómo le agradezco que me escuche! Son muchos años con tantos recuerdos aquí dentro (se llevó la mano al pecho, no a la cabeza), sin poder dejar en libertad el deseo de contarlos. Si ahora lo hice… Señorita, espero que usará discretamente de mis confidencias.» «Un uso exclusivamente científico, señora, se lo aseguro. No es en la biografía de Néstor Pereyra en lo que trabajo, sino en la posible multiplicidad personal de Uxío Preto, y perdóneme la pedantería de la expresión.» «Sin embargo…» (Entornó otra vez los ojos y dejó perderse aquella mirada: lo había hecho ya dos o tres veces.) «Todo trabajo admite un apéndice… Yo podría proporcionarle a usted unas cuartillas, no muchas, lo esencial de nuestra historia. Lo sé todo de Néstor, de su carácter, de su imaginación, de su pasado. ¿Conoce usted su pasado? Me lo contó en aquellas mañanas de nuestras primeras relaciones, cuando cada día nos encontrábamos en un lugar distinto. Era la historia de un hombre excepcional que busca un amor a su medida. ¡Y es tan difícil encontrarlo! Cuanto más sinceras fueran las mujeres halladas en su camino, más dolorosos, mayores, los fracasos…» «¿Por qué no me cuenta usted algo de ese pasado? No rechazo el ofrecimiento de las cuartillas, antes al contrario, le doy las gracias, pero me gustaría saber de esos años oscuros que oculta Néstor Pereyra. Ocultos para mí, quiero

decir. Salvo lo que usted sepa y quiera contarme, todo lo demás es historia secreta, quién sabe si misterio.» No lo hizo inmediatamente. Primero, fue el silencio del que intenta recordar: con la cabeza inclinada, como absorta, y quieta, por supuesto. Después un estallido súbito de melancolía. «Me preguntó usted si era Rula. ¡Tanto tiempo sin oír ese nombre, como no fuera de mis propios labios! ¡Rula quiere decir tanto!» Se interrumpió otra vez. Después la llamada a la camarera para que traiga otro café con poca leche… «¡Y es tan triste el recuerdo…! Tengo la conciencia oprimida por la seguridad de haber hecho desgraciado a Néstor después de tanta felicidad. Nuestra separación fue muy dramática. Se marchó a Nápoles y no volví a saber de él. Y lo que más me duele es imaginarlo por esas tierras de Dios, año tras año, todos los transcurridos ya, con la pena incurable en el alma, en busca a lo mejor, de otras mujeres, pero a mí en todas ellas. Inútilmente. Era muy atractivo…»

La descripción que me hizo de Néstor, tópicos y abstracciones, amable, inteligente, seductor, elegante, ¡oh, sobre todo elegante!, sustituyó a los acontecimientos que seguramente era incapaz de recordar, quien sabe si de inventar, salvo cuando, sin quererlo, o, ¡vaya usted a saber! queriéndolo de veras, se dejó resbalar hacia las confidencias eróticas, primero, con insinuaciones; luego, francamente, después de disculparse, porque las chicas de ahora saben más que las de antes… «¡Ay, Dios mío, qué tontas éramos!» Me describió las gracias, habilidades y experiencias de aquel amante que era una pura sorpresa, una delicia en palabra y carne, con quien iba una a la cama sin sospechar lo que podía suceder, pues Néstor «había sido un verdadero poeta del amor». ¡Caray con la pobre Rula! La imaginé cansada de un marido monótono y torpe, justamente lo opuesto a aquel magnífico Néstor capaz de transformar en felicidad el placer.

Claro que nada de esto se lo conté a Álvaro y a Ivonne. ¡Pasarlo mal por segunda vez, no! Además, me daba vergüenza, me limité a decirles que me había alzado el velo de su intimidad con Néstor, aunque más por conceptos que por imágenes y que mi impresión era la de que todo lo había imaginado, desde el principio hasta el fin. «Menos una cosa muy importante», me interrumpió Ivonne;

«Ahora tenemos la seguridad de que Uxío Preto, una vez en su vida, actuó como Néstor Pereyra. De todo cuanto llevamos averiguado, lo considero lo único positivo».

8. Curiosamente dejó de hablarse de Rula y de Uxío Preto, y el tema se nos escapó por caminos inesperados para todos, no deseados por mí, por las primeras palabras, largas y ya desde el principio enrevesadas, versaron sobre el amor, y no así, en abstracto, sino sobre el que Rula había sentido por Néstor, mezcla de añoranza y patraña. Pero pronto se olvidaron de Rula (yo escuchaba) y se habló del amor en general, aunque a veces de amores y amantes. Álvaro se sacó de la manga, una vez más, como quien pone un disco al gramófono, sus ideas místicas, a las que opuso Ivonne otras, a mi juicio más puestas en la realidad, aunque bastante conservadoras: una mezcla curiosa de precaución y audacia que me habría venido de perlas. Yo las llamaría, no obstante, juiciosas, y saqué de ellas la impresión de que Ivonne no se vería nunca metida en un lío sentimental semejante al mío. En cualquier caso, y a partir del momento en que la conversación dejó de referirse a Rula, aquello perdió toda relación con la realidad y más pareció discusión académica. ¡Pues buena estaba yo para razones místicas y contrarrazones prácticas! Pero dejó de serlo a partir de un momento en que Ivonne me sorprendió arrobada ante las palabras y el movimiento de manos de Álvaro, unas manos que yo deseaba, más que convincentes, acariciadoras, y, dándole un giro a la conversación, y un poco con calzador, empezó a defender la conducta de las mujeres que, ante un amado indiferente, hacen cualquier cosa para conquistarlo: llegó a decir ¡lo que sea! Y lo bueno del caso fue que Álvaro no le opuso el menor reparo, sino que lo encontró natural y moralmente bueno, como que llegó a citar a no sé qué moralistas católicos que lo justifican, aunque no sé si hasta la última decisión. Yo me acordé de las mujeres de mi casa. Tan intelectualmente adustas, con su miajita de desdén por los hombres que no fuesen distinguidos colaboradores de la ciencia, o al menos presuntos alevines de Premio Nobel. Lo que, en cambio, habían justificado, y no sé si practicado alguna de ellas, fue la declaración por parte de la mujer, aunque no formulada en un

vulgarísimo «Te amo», sino dicho con palabras tan apasionadas como éstas, tan despampanantes: «¿No le parece, profesor, que si juntáramos nuestras vidas, redundaría en la mayor perfección y comodidad de nuestros trabajos? Porque creo haber observado que mi presencia le perturba, y eso me causa cierta inquietud moral, cierto sentimiento de culpa que debemos resolver sencillamente.» Si yo le dijera a Álvaro, en un momento propicio, palabras de ese jaez, lo más probable es que me mandase a paseo, o, lo que es peor, que me respondiera que mi presencia no le perturbaba en absoluto, y que podía aquietar los alborotos de mi conciencia.

En fin, que la conversación terminó, y yo, que la había escuchado a ratos con desesperación y otras veces con arrobo, como ya dije, había tenido, entre esos ratos, unas ráfagas de lucidez que me permitieron inventar algo que me sacase del segundo término en que generalmente me hallaba, y no por mi deseo, y mostrar a aquellos dos, singularmente a él, que yo también era inteligente, aunque apenas metiese baza en las discusiones trascendentales. Y lo que se me ocurrió se lo propuse cuando la conversación comenzó a espaciarse y a intercalar silencios:

—El otro día habéis quedado en que todo cuanto estáis haciendo os viene ordenado, o quizá programado, por Uxío Preto, no sé si sólo desde la *sopa de letras* o, con más exactitud, desde la tumba. ¿Por qué no hacemos algo que a él no se le haya ocurrido?

—¿Como qué? —preguntó Ivonne.

—Algo que se me pasó por mientes, y os lo diré en cuanto sepa si es posible. —Me levanté y fui al estudio de mi abuelo. Lo encontré dormido, con una copa mediada de jerez encima de la mesa. Antes de despertarlo, le di un beso, y el roce de mis labios en su frente bastó para espabilarlo. Abrió los ojos, asustado, pero lo tranquilicé con otro beso, y le pregunté si encontraba oportuno que telefonease a don Armando Valcárcel para pedirle una entrevista. Me respondió que sí, que eran buenos amigos y que además don Armando me estimaba por alguna razón como la de que no había tenido hijos de su matrimonio y se enternecía especialmente con los descendientes de sus colegas, más afortunados que él a ese respecto, aunque quizá no tanto en otros.

A don Armando Valcárcel lo conocen como crítico, en los

Departamentos de español, casi tanto, o quizá más, que a mi abuelo como filósofo. Mentar su nombre y apabullarse Ivonne y Álvaro fue inmediato.

—Si os parece oportuno, le pido una entrevista y vamos a preguntarle por Uxío Preto. Seguramente sabrá algo.

Don Armando, no sólo accedió a recibirnos, sino que me respondió afirmativamente a la pregunta de si nos permitía llevar un magnetófono para registrar la conversación (o, a lo mejor, su monólogo). Cuando le mencioné a Uxío Preto quedó un momento en silencio, como quien recuerda y en seguida dijo que sí, que lo había conocido, y que, por supuesto, tenía todos sus libros leídos y podía darnos una información.

Nos citó para el mediodía, a tomar una copa, y allá fuimos, Ivonne especialmente guapa; pero fue a mí a quien besuqueó más, el viejo Valcárcel, con el conque de la amistad y la ternura: dos besos indecentes lo más cerca posible de la boca. Inmediatamente después dejó de hacerme caso, para informarse de las vidas y milagros de los otros dos. Lo que le dijo Ivonne le pareció bien y muy puesto en razón, pero, con Álvaro discutió un buen rato acerca de si la Historia de la Literatura era o no era una actividad anticuada: «Créame V., amigo mío: la crítica, tal y como yo la entiendo, la elimina.» Pero Álvaro le retrucó con bastante ingenio, y dejó serio al viejo Valcárcel, aunque sin llegar a enfurruñarlo.

Lo concerniente a Uxío Preto fue, como ya me temía, un monólogo. Podría resumirlo en estas palabras: lo había conocido en sus peores tiempos, y lo había protegido, hasta el punto de que aquel trabajo de escritor anónimo en la radio se lo proporcionara él. Uxío no carecía de talento, pero como ser humano, era un verdadero desastre, un anarquista sin remisión, uno de esos hombres que parecen gozar en destruirse con el pretexto de defender su independencia…: «Confío en que se haya suicidado después de ese disparate de la "Autobiografía".» Lo había perdido de vista después de la publicación de «Aquilina y la flauta de Pan», probablemente enojado por no haber recibido los elogios públicos que esperaba. Me la trajo a leer, en manuscrito, y yo le aconsejé bastantes modificaciones y una redacción. No me hizo caso. Pensé que la mejor mañera de no perjudicar era la de pasar en silencio la

novela, así que no figura en ninguna de mis columnas críticas ni en mis estudios. Cuando apareció «La ciudad de los viernes inciertos», me di cuenta de quién era el autor que se enmascaraba tras el nombre disparatado de Pedro Teotonio Viqueira. ¿Saben ustedes que imita el de un embajador de Portugal, notable por su excelente figura? A poca psicología que se sepa, se comprende que Uxío Preto eligió ese nombre para compensar con el recuerdo de una gran facha su miserable aspecto, entre bohemio y mendigo. Un carajo a la vela como él jamás podría llamarse Pedro Teotonio, pero sí un otro yo imaginario y estupendo. La novela me interesó más que la anterior, aunque no tanto que no me viese moralmente obligado, si hablaba de ella, a ponerle graves peros. Preferí, por segunda vez, dejarla pasar, aunque después haya pensado que, si yo no publicaba ninguna recensión, caería en el silencio, como cayó; pues en aquel tiempo sólo prestaban atención los críticos a los libros que yo seleccionaba entre aquella balumba de publicaciones fútiles. Debo de confesarles que su tercera novela me pasó inadvertida, a lo mejor no me la envió el editor, no sé… Me enteré de su existencia por al artículo de *Nuestra Tierra*, y fue entonces cuando la busqué y la leí: a destiempo pero con gusto. La considero la mejor de las tres, pero tengo serias dudas de que la haya escrito Uxío. El nombre de Froilán Fiz que la firma es lo único que pudiera ser de su invención, pero fíjense ustedes en que digo «pudiera». Y lo bueno del caso es que la lectura de «La historia que se busca en los reflejos» me hizo sospechar que «La ciudad de los viernes inciertos» no sea obra original de Uxío, por convincentes que sean sus apariencias, sino manipulación de un texto ajeno. Piénsenlo bien: en la «Autobiografía…» hay datos que refuerzan esa sospecha, como la misma insistencia de Uxío en aparecer como promotor exclusivo del *affaire*, delincuente sin cómplices. En estos últimos años me vino a veces el deseo de escribir, sobre la cuestión, un trabajo de conjunto pero, la verdad, me siento ya viejo y cansado, y no sé si, después de todo, valdrá la pena desbaratar la superchería de alguien que se sintió feliz con ella. Porque Uxío Preto no está vivo.

—¡Oh, ya lo creo que lo vale! —exclamó Ivonne, y habló durante un rato, con entusiasmo, aunque diciendo lo contrario, mientras don Armando sonreía y repetía: «¡Estos jóvenes, estos

jóvenes, con sus pasiones! Ya llegará un día, señorita, en que encuentre exageradas las palabras de ahora.» Y volvió al tema de «Aquilina y la flauta de Pan», que después de todo, no era una mala novela, y que habría sido mucho mejor si Uxío Preto hubiera hecho caso de los consejos e incluso de las sugerencias de don Armando. «Había pensado resolver la situación con un final trágico, Aquilina comida por los gatos. Lo del afilador y la flauta de Pan se lo sugerí yo.»

Nos había dado un buen jerez, don Armando Valcárcel; al menos, eso fue lo que dijo Álvaro. Ivonne, que se había percatado del lugar donde me había besado, a la llegada como a la despedida, le llamó viejo verde. Hubo un momento en que nos reímos los tres, y Álvaro me felicitó por la ocurrencia.

EL CAPÍTULO ZETA
(Carteo)

INTRODUCCIÓN DE UXÍO PRETO

Pedro Teotonio Viqueira entró en mi vida como quien lo hace de rondón en casa ajena, con la particularidad de que, durante nuestras relaciones, no me dio ocasión de echarle la vista encima, y aunque recibí de él bastantes fotografías, no puedo describir su figura, porque en cada una de ellas parece un hombre distinto: lo parece, no digo que lo sea. Conservo, al menos cuatro; correspondientes a otros tantos amoríos, y si a las cuatro mujeres las asemeja algo así como un aire de familia, altas, rubias y extranjeras, ninguno de los cuatro caballeros se daba un aire con los otros. Esto no obstante, nunca he llegado a pensar que Pedro Teotonio fuese un falsario o alguien que pretendiese tomarme el pelo, sino que esta variabilidad de su fisonomía formaba parte de su naturaleza, y acaso lo constituyese. En las imágenes de que dispongo existe, sin embargo, algo alado en común, dijérase no fácilmente perceptible, y es su manera de vestir, no extremadamente cuidadosa, como la de Néstor Pereyra, sino más bien desaliñada, aunque no al modo astroso, sino a eso que entendemos por bohemio: tampoco de los convencionales, por supuesto, sino a manera de relativo descuido del que está de vuelta: el de alguien que, habiéndose sometido durante años a las reglas de la moda, decide prescindir de ella en virtud de un proceso de superación, que, sin embargo, no contradice la elegancia. Ésta es, pienso yo, la interpretación más simple y aceptable, aunque yo esté

íntimamente persuadido de que sus cambios de figura sobrevenían o sucedían a los desengaños amorosos, y que consistían nada menos que en la destrucción de un aspecto relacionado con una determinada mujer y la creación de otro destinado a la inmediata: que viene, por tanto, condicionada por él. Dicho de otra manera, y que lo entienda quien pueda, si la figura de Néstor tuvo algo de rígida e invariable, la de Pedro Teotonio era más bien flexible y huidiza, con una miaja de dejadez desengañada y un poco de capricho, según el estilo de la pintura de moda, sin incurrir jamás en extravagancias. Las corbatas de las cuatro fotografías son diferentes, pero el modo de llevarlas es técnicamente el mismo, no hay más que examinar la forma de los nudos, y otro tanto se pudiera decir de las chaquetas o del peinado. Estas conclusiones, a las que llegué tras laboriosos análisis seguidos de enrevesadas deducciones, son las que me han permitido concluir la identidad esencial de cuatro figuras accidentalmente disímiles, aunque de la misma estatura. Que sea o no posible es algo que no me preocupó jamás, si se parte de la convicción inicial de que Pedro Teotonio Viqueira pertenece a la realidad por las vías inusuales de las concepciones imaginarias; cuya existencia, cuya biografía tienen que ser juzgadas de conformidad con una lógica algo apartada de eso que tenemos por normal; lo cual, por otra parte, jamás me causó grandes quebraderos de cabeza, dado que a la lógica al uso no suelo tenerla en cuenta, ni en mi conducta ni en mis imaginaciones: sencillamente no me sirve. De lo contrario, no sólo hubiera tenido que dudar de la realidad de Pedro Teotonio, sino de la mayor parte de las personas con las que me relacioné, con las que me sigo relacionando, y con las relaciones futuras. Durante el período de las nuestras, Pedro Teotonio se enamoró cuatro veces. Como en sus cartas sólo me hablaba de estos amores, encuentro justo que quisiera acompañar las palabras escritas de testimonios gráficos. Es verosímil que no dispusiera de ellos en la medida y calidad requeridas. Buscó en cada ocasión una fotografía idónea, y me la envió, convencido como estaba de que, por debajo de las apariencias, yo percibiría la fundamental identidad. Y así fue. Dispongo en este momento de cuatro figuras distintas y un solo hombre verdadero. Para mis necesidades me basta. Pero no deja de

ser curioso el que a un pintor, hombre imaginativo si los hay, leídas las cartas de Pedro Teotonio, se le ocurriera hacerle un retrato. Tuvimos algunas largas conversaciones previas: que si alto, que si atlético, que si escuchimizado. Le di mi venia para hacer lo que quisiera. Lo hizo: del cuadro saqué una fotografía y se la envié a Viqueira. Me respondió unas palabras escuetas (era muy raro en él): «Dale las gracias a tu amigo. Es mi vivo retrato.»

En cuanto a sus cartas, las pude dividir en cuatro series, cada una correspondiente a un enamoramiento: las que me hablan de Laura, las de Beatriz, las de María Magdalena y las de Claudina, escritas respectivamente desde Nueva York, desde Roma, desde Palma de Mallorca y desde París. Se asemejan en que comienzan con el entusiasmo y acaban en decepción, después de haber pasado por períodos de románticas exaltaciones y románticas caídas. Esta semejanza no las hace, sin embargo, monótonas, pues no sólo varían por su estilo, sino por las historias que relatan y los modos de amar que me describe. No deja de ser posible, sin embargo, que la diferencia principal obedezca a que fueron escritas en distintos períodos de la vida de Pedro Teotonio, los anteriores a la edad del desengaño, cuando aún hay sol en las bardas, y los inmediatamente posteriores: como quien dice, la subida a la cima y el comienzo del cataclismo. Son más líricas que narrativas, pero el lirismo no acompaña la curva del sentimiento, sino que, por el contrario, asciende y se incrementa hasta el final de las cartas del período parisiense, el último: no sé si a causa del clima, del ambiente o de alguna influencia literaria que no me he cuidado de averiguar, pero que no es indiscreto tener en cuenta, toda vez que Pedro Teotonio fue una de las personas más imbuidas de literatura con que me tropecé en mi vida: como que no he llegado a saber si él mismo fue algo más que eso. Como yo poco más soy que meras letras, como nadie es mucho más, y como ésa es una de las maneras más escogidas de andar por esta realidad que nos fue dada, jamás me entregué a ninguna investigación al respecto. Por el contrario, la presencia (no más que epistolar) y la seguridad de que Pedro Teotonio vivía en alguna parte, no sé si geográfica o mental, fue de mis mayores satisfacciones, pues su existencia y su comportamiento fueron para mí la prueba de que *se puede ser sin ser como los otros*:

criatura de lujo, eximida de ciertas necesidades, entregada a los modos más delicados e imaginarios de vivir. Que para eso se necesita de una base real, jamás lo he puesto en duda, y yo tengo la mía, que me lo recuerda constantemente; pero por el hecho de que Pedro Teotonio no se haya referido jamás, ni como mención ni como alusión, a sus medios de vida o a alguna suerte de profesión que les justificase moralmente, no supuse que careciera de ellos. Conjeturo por algunos barruntos que pertenecía a esa clase intolerable de hombres que, en virtud de las injusticias sociales, no tienen por qué preocuparse de la vida práctica. Hace más de medio siglo se les hubiera llamado paseantes en Corte, salvo esos años intermedios en que pudo haber sido un hijo de papá o un mero señorito, aceptado lo cual, no es indispensable eximirle de una etapa de señoritismo (aunque breve): fue la que gastó en estudiar griego. Si se hubiera dedicado a jugador de polo o al tiro de pichón, no habría incurrido en la ocurrencia de escribirme. Supongo que practicó con poco éxito alguna clase de arte y que, como muchos de esos fracasados, acabó recurriendo a la poesía, que da bastante de sí para el que quiere engañarse, más aún para el que busca consuelo. Ya en su primera carta me advierte de que es poeta, no sé si para propiciar mi respuesta, para que yo no me llamase a engaño, o para ambas cosas. No obstante, jamás me envió un poema, aunque ciertos fragmentos de prosa de sus últimas misivas desde París pudieran ordenarse como versos:

… lo que uno hace
no pasa de apagar el cigarrillo,
acercarse a la ventana,
apoyar en el vidrio la frente oscurecida,
ver a través de la lluvia los automóviles raudos,
hacia abajo,
hacia arriba,
y escuchar la caricia de la rama en los cristales,
rápida o lenta, según las ráfagas.
Cualquiera de esos que creen entenderlo todo,
siempre en el caso de ser, además, perspicaces,
concluiría con la más apabullante petulancia:

«He aquí un macho entristecido
porque la hembra acaba de fallarle.»
Y ya está.
No hay más que hablar.
Todos los movimientos
del ánimo y del cuerpo
quedan metidos en ese breve enunciado —con valor apodíctico—
sin que se excluya el teclear de los dedos en el vidrio verdoso.
De otras muchas maneras puedo ser considerado:
¿Quién sabe si no fui en aquel trance una metáfora?
Lo que sucede, sin embargo,
es que, por vez primera,
se me quiebran también las relaciones
entre la lluvia y la rama,
las que me habían llevado
a comprender al árbol,
a la lluvia y lo mismo a las estrellas
como voces calladas de ese todo
en cuyo centro dos nos habíamos amado
con amor rebosante, el que irradia a la estrella y a la rama
y también a la lluvia que persiste,
y al sol, si el tiempo es claro,
y hace del todo como versos de un poema,
como cadencias de una melodía.
Ella no viene. Algo se está rompiendo
—aunque no cese de romperse—,
una fractura larga e indecisa.
Y una luz súbita se me metió en el alma.
De pronto, lo comprendo: cada cosa
no sólo es cada cosa, sino que sólo puede
ser esa cosa en soledad.
Desde la estrella al árbol, la distancia
es infinita, como el abismo
que me separa de aquella que no viene
ni volverá jamás. Fue una quimera
lo de pensar que éramos el todo
y que ese todo estaba ya en nosotros.

Es muy curiosa, es realmente inexplicable,
y sin embargo, lógica,
esa clarividencia con que el amante abandonado
empieza a ver la realidad,
y esa sinceridad inferior
con que se lo confiesa…

No me atrevo a proponer esos versos como modelo de lírica desengañada, ni siquiera como meros versos, pero me siento en la obligación de tener por poeta a Pedro Teotonio sólo porque él me dijo que lo es, y no considero lícito meterme en opiniones ajenas, sobre todo cuando se trata de opiniones que alguien tiene sobre sí mismo. La intimidad de los demás es sacra, y lo que cada cual cree de sí constituye el meollo de su propia sustancia, por modesta que sea, y la de Pedro Teotonio más bien peca de excesiva. Por otra parte es un error muy extendido ése de creer que todos los versos deben medirse con el mismo misterio, y que la poesía es una y la misma cosa, idéntica a sí misma a través de los siglos. Yo tengo mis ideas sobre la poesía, pero Pedro Teotonio tuvo también las suyas, y, si las tomamos por baremo, estos versos transcritos, y otros como ellos, deben ser estimados como poesía, aunque mala. Pero aquí se plantea otra cuestión que la sobriedad me obliga a dar al traste: ¿es tan auténtica, tan verdadera, la poesía mala como la buena?

Después de lo de Claudina, Pedro Teotonio me escribió varias cartas desde París; las primeras, delirantes: me describía un París descalabrado y a Claudina como causa eficaz del descalabro. Llegó un momento en que todas las calles se le ponían de punta, en que los morros de todos los automóviles apuntaban contra él y en que la comida de todos los restaurantes estaba fría. Le aconsejé que se marchara. Me preguntó que adónde. «Lo que te conviene es un cambio de aires. En casos como el tuyo, los ingleses emigran al Mediterráneo, igual que algunas aves.» Tardó tiempo en responderme: lo hizo desde Nápoles, donde estaba de paso. «Me han hablado de un pueblo de la costa andaluza. Te escribiré desde allí.» Y volvió a pasar el tiempo, pero sólo transcurrieron unas semanas sin tener noticias suyas. Pensé, o temí, que le hubiera enredado alguna sirena y que se lo hubiera llevado a sus palacios de coral:

creo a Pedro Teotonio muy capaz de habitarlos, de modo que esperaba recibir cualquier día la fotografía de un marinero con una merluza en brazos. Me equivoqué. La carta que llegó venía sellada en Alcázar de la Ribera, pueblo del que jamás había oído hablar y que en vano busqué en los mapas. Esa carta es la primera que transcribo de las varias que nos escribimos durante aquel espacio que tengo por interregno. Las noticias que me comunica, los hechos que me describe, las personas de que me habla, constituyen los materiales de una novela publicada tiempo después con su nombre. Se titula «La ciudad de los viernes inciertos», y desde que me habló del título, lo consideré un poco exagerado por las razones que pueden deducirse de lo ya dicho. Pero, ¿quién llegará a evitar que un hombre desconocido que arriba a un pueblo serrano, se arme un barullo con el calendario? Y mucho más si la ciudad es en sí un barullo.

En cualquier caso, la carta, en sus últimos párrafos, dice así:

DE PEDRO TEOTONIO A UXÍO PRETO (fragmento)

… No deja de ser curioso, y aún extraño, otro aspecto de mi situación. Te lo describiré con toda la frialdad admisible: para que no sea escasa, hago un esfuerzo, aunque en estas cuestiones no se pueda evitar un adorno de subjetividad. Siento como si toda mi vida, y toda la realidad que me rodea, ésta de la que no me es dado librarme, estuviera reunida, y mantenida en su unión, por una clave, que bien pudiera ser clavo, o quizá sólo un quicio, pero renuncio a la metáfora: en cualquier caso, un algo sobre lo que se sostenía todo, mi persona, mi personalidad y el mundo entero. Era ella. Y, ahora, al no estar, al saber como sé que ya no la veré nunca, tengo la sensación de que ese todo, al faltarle un lugar en que apoyarse, o el con qué, comienza a vacilar, igual que los contornos de las cosas cuando se miran a través del humo. Tal vez lo anteriormente escrito sea la primera muestra de una desintegración que empieza, por lo menos la mía. Lo que me sucede ahora lo demuestra. ¿Será sencillamente que volvamos a ser uno, tú, Uxío, y yo, Pedro Teotonio? De repente, ha desaparecido el sentimiento (sé

que retornará) de hallarme solo, más bien abandonado, y su vacío se me está llenando de imágenes imprevisibles, y en realidad inexplicables, puesto que no son recuerdos, sino algo así como si, de repente, se me fuera a ocurrir una novela. ¿Qué otra cosa puede ser esto en que vivo, esto que veo, y la insistencia con que escucho estas palabras, «Aquí, los viernes son inciertos»? Como afirmación categórica la encuentro excesiva y algo alejada de lo mío. Pero, ¿no sería un título excelente para una narración que todavía ignoro? Es lo que escucho como un campaneo repetido, esos que a veces se oyen sin que las campanas suenen. Lo que tengo a mi alrededor, donde estoy, es una ciudad acostada en una colina parda, con manchas oscuras de árboles, pueden ser pinos, cuando se les ve oscuros, pero también olivos, cuando platean; una ciudad de sol, de cielo limpio donde jamás hay nubes, salvo esos días del equinoccio, y alguno del solsticio, en los que, allá en la cumbre, se acumulan masas negras que estallan en tormenta y en turbión: corre en seguida el torrente por el lecho arenoso del río, el que queda pasadas las murallas, que las rodea en cierto modo por determinada parte, y que escapa hacia abajo, hacia los médanos donde el turbión se sume, sin que sus aguas en tumulto lleguen a apaciguarse en la mar. La ciudad vive encerrada, recogida en sí misma. De momento, no veo en ella a nadie: su plaza, los cruces de las calles aparecen vacíos, acaso porque la contemple a la hora de la siesta, que hasta los perros duermen: en la cima, allá arriba, quedan enhiestas y mordidas las ruinas de un castillo, probablemente moro. Después, hacia abajo, un espacio ancho, tierra de nadie, con hierba rala y algunos árboles entecos. Más abajo, porque hay un más abajo, fuera aún de la ciudad y antes de ella, un bosque de cipreses oculta una quinta blanca, las puertas y las rejas verdes. Inmediatos, siempre hacia abajo, dos cubos de muralla y la Puerta del Norte, que está tapiada. Hay la historia de por qué se tapió, tiene que haberla, pero aún la ignoro. ¿Estará aquí el nudo de la cuestión? La antigua catedral (los altares desnudos, extinguidas las luces de las lámparas), arrima sus estribos a estos cubos, y levanta una torre pesadota de más poder que aire, blanca, eso sí, con el tejado verde que en otro tiempo ha relucido. Así, de pronto, no veo, pero adivino, las calles que separan la catedral del Concejo, ese casón de

un poco más abajo, cuya fachada abre a la plaza sus arquerías italianas, esbeltas y blanqueadas, con medallones: retratos ideales de los viejos corregidores, o quién sabe si también de los señores antiguos, por alguna razón recordados, porque turbantes o cascos morunos también los hay. Enfrente, al otro lado de la plaza, hacia el Sur, el sol no alumbra la cara del palacio de la Marquesa, parece un telón de fondo con luz detrás: también verdes las rejas y las maderas. De algún color envejecido, antiguo, pero no encalada, es la fachada fachendosa: muestra la piedra descubierta, de un ocre que en algunos lugares es como de oro, como de tierra en otros. Después, a la derecha y a la izquierda, hacia arriba y hacia abajo, casas, rejas, portalones, y las aberturas de dos calles, del Sol y de la Luna les llaman, así reza en las esquinas: unos mosaicos desconchados con las figuras de los astros epónimos, si no llegan a proclamarlo, al menos lo aseguran; al Sol le falta un cacho de nariz: el cuerno alto se le cayó a la Luna. ¿Y por qué ahora me quedo mirando a los mosaicos y por qué temo que el pueblo, de repente sea el inhabitable de un ensueño, sombras y luces transitorias y un inmenso vacío? ¿Se quedará mi visión ahí, interminada y misteriosa, como las viejas catedrales? Es curioso: ahora esto que veo lo encuentro duro, como cristalizado e inmóvil. Y me entra una especie de melancolía, jamás sentida: por un momento esperé que la ciudad y la plaza se me llenasen de vida, pero no se me ocurre nada. Todo lo más, descubro algún edificio no visto aún, el convento de las monjas detrás de la iglesia vacía, y otra casa con torre, aunque pequeña, mucho menos ostentosa que la de la Marquesa: como una de esas torres pequeñas que coronan muchos cármenes de Granada; más que torres, terrazas levantadas, casi aéreas, con ventanas abiertas que dejan transcurrir el aire y las canciones. Pero estos miradores tienen cerrado de cristales en los que el sol se mira durante toda su vuelta, desde el tenue resplandor que nace por encima del mar, hasta la luz rojiza que muere sobre las ondas del poniente. Uxío Preto, tú, que sabes algo de esto, ¿qué puedo hacer? ¿Por qué no me ayudas a descubrir los hombres y las mujeres de esta ciudad vacía, y, si de veras lo está, a inventarlos poco a poco?

DE UXÍO PRETO A PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA

No es verosímil ni deseable, ni de momento probablemente probable, que se pueda evitar el que, alguna vez en su vida, y a veces durante toda, la de cada sujeto de especie varonil se apoye en una mujer como en su quicio, y que el desquiciamiento que sigue al abandono carezca de remedio, a pesar de los muchos consejos que al respecto nos vienen dando los hombres defraudados. Las mujeres, a su vez, sufren de lo mismo que nosotros, y cuando alguna de ellas asienta su existencia y su felicidad en la presencia de un caballero, si éste la abandona, se encuentra más o menos solitaria y desquiciada, como tú, y hay también casos en que intentan remediarlo escribiendo una novela. ¡Admirable error, en el que no quiero insistir para no desanimarte! El hecho de que, súbitamente y a modo de mutación pasajera, se levante ante ti todo un mundo de imágenes inéditas en trance de crecimiento, y que se te ocurra ponerlo por escrito, no pasa de episodio, que puede llegar a ser especialmente interesante, o francamente aburrido. Todo depende de que el amante desengañado posea cualidades que nada tienen que ver con el amor ni con el desengaño. El interés de tu caso, según lo que me cuentas, reside en que no tratas de escribirlo, en parte al menos, para lo cual no conozco consejo, salvo el de que dejes de imaginar y no pienses en escribir; pero semejante invitación queda muy lejos de mi propósito. Antes bien, creo que no sólo no debes sustraerte a ese mundo de experiencias inesperadas, sino que te conviene aceptarlo, ensancharlo y explorarlo. Si no lo puedes solo, con mi ayuda. No espero que con esto olvides en seguida a esa mujer que huyo, ¡no es nada fácil el olvido!, pero confío en que, al final, acabes por preguntarte si era rubia o morena, puesto que, en tus recuerdos, la maraña de su pelo cambia sospechosamente de color: de cobre, de oro, vulgarmente castaño o extrañamente endrino. En resumen, Pedro Teotonio: no puedes quejarte de tu suerte. Vas a escribir una novela, o, por lo menos, vas a inventarla y planearla. Que la pases después a las cuartillas es lo de menos. Pero cuida, eso sí, de que, desquiciado tú, no se te desmorone ese mundo en que ahora vives. Es necesario algo seguro en que asentar el pie. Debe de ser muy difícil transitar por un

planeta desmantelado, y, a lo mejor, ni siquiera vale la pena hacerlo.

Pienso haber reproducido con precisión las imágenes que tu carta me sugiere. No lo atribuyas a excesiva perfección de tus palabras, menos aún a extraordinarias potencias que yo posea, sino al hecho indemostrable, pero cierto, de que cuanto te pasa en lo interior puedo reproducirlo perfectamente en el mío, incluidos tus sentimientos. Veo, pues, esa ciudad, y veo en ella algo que tú no has visto todavía, pero que percibirás en cuanto de nuevo la contemples, ya informado por mí. Por ejemplo, no se te ocurrió asomarte a la playa, más allá de esa masa de árboles y de esa lomita que quedan hacia abajo, por el monte, a poco de la muralla sur: pues verás que a Alcázar de la Ribera le ha salido una sucursal en la costa, otra ciudad alargada, de casas nuevas, mirando hacia la mar. Si la tuya está vacía, ésta la veo más que poblada, gente que va y que viene día y noche, las mujeres con la carne a la vista o a la sospecha, con albornoz o sin él, depende de que caliente el sol o no caliente. Hacia el final del Oeste, encima de una cala, puedes ver esa fábrica en la que se trabaja el esparto: escobas, cepillos, felpudos: es el esparto que crece por la ladera y por el monte todo, hasta perderse. Los hombres de la ciudad de arriba bajan a ganarse un jornal. Son los que regresan los viernes por la tarde. Su ascenso por la colina lo podrás contemplar si aciertas con el momento, pero no creo que te sea fácil. Todos, igual que tú, ignoran cuándo es viernes.

He aquí algunas cosas que te conviene averiguar: si hay en la ciudad algún cura; quién es y qué es lo que hace.

Cómo son, cómo viven, las monjas de ese convento.

¿Piensas que el palacio de la Marquesa se puede dejar así, con una sola y mera descripción? Tienes que penetrar en él, entérate… Si hace falta, inquirir, fisgar. En el palacio de una marquesa, aunque sea pontificia (y ésa no lo es por lo que veo), hay siempre historias.

Por alguna razón que no se nos alcanza, la torrecilla de estilo granadino tiene cristales. Algo se esconde detrás, por alguna razón. O por una sinrazón, pero siempre una causa. ¿Cómo, si no, se atrevería el dueño a cerrarle el paso al aire?

Una casa encalada, las rejas y las maderas verdes, oculta por un

bosque de cipreses, siempre encierra un misterio. ¡No puede ser otra cosa, fíjate bien, Pedro Teotonio! Considérate frustrado si únicamente descubres que una familia de Madrid, o de cualquiera otra parte, aunque sea de Estrasburgo, la usa como quinta de recreo, unos meses al año. Pon en marcha tu sensibilidad, ayuda a tu imaginación. Un ciprés en la esquina de la quinta puede anunciar al cielo que allí sólo vive un hombre: en el mejor de los casos, alguien que tiene una cuestión con Dios. Pero, ¡un bosque de cipreses…! Si no hay misterio ahora, tiene que haberlo habido. Sé de casas cerradas y ocultas en que se cometieron crímenes sórdidos o espléndidos, en que estallaron pasiones capaces de estremecer al mundo. En otras hay tesoros. En algunas, alguien consume su vida en el recuerdo de un amor defraudado, o de una gran ambición. ¿Y quién te dice que el misterio no es de otra naturaleza, y allí se reúnen en silenciosas orgías las brujas del contorno, éste entendido de una manera lata que puede extenderse hasta más allá de Edimburgo, o que una mujer de extraña anatomía sabe congregar en la alberca de su jardín a las sirenas voladoras del mar Mediterráneo? No se puede dejar una casa como ésa en una simple mención. Espíala. Atrévete incluso a allanarla, aunque profanes la intimidad de una doncella.

Finalmente, determinados detalles no pueden pasarte inadvertidos. La casa de los cipreses me la sitúas hacia arriba de la colina, fuera de las murallas. Tiene encaladas las paredes, y ningún signo exterior denuncia la condición del propietario (en caso de que sea un hombre), aunque sí su riqueza. Pero el palacio de la Marquesa queda hacia abajo, dentro de la ciudad y en el lugar más visible. No está encalado, y, aunque se te haya olvidado decírmelo, encima de su portal ostenta un complicado escudo nobiliario.

Entre estas dos mansiones debe existir alguna relación, de rivalidad tal vez, de odios ancestrales, aunque no excluya la cooperación, el amor, la complicidad. ¿No habrán cometido juntos ese crimen, los de arriba y los de abajo, los aristócratas y los simplemente ricos? Se dan casos. Si no fuera demasiado melodramático, te sugeriría que buscases algún pasadizo por debajo de la plaza que permita ir del palacio a la quinta, ocultándose a las miradas de la gente. Tendría que ser un túnel escalonado y pino,

una larga escalera fatigosa de subir, resbaladiza y húmeda. Se recomienda el uso de una linterna eléctrica a causa de las corrientes de aire, que a veces soplan con furia. Si alguna vez te alcanza, si te envuelve y te arrebata, no dejes de escucharle: el aire sabe todos los secretos.

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO

Cerré también los ojos, y recordé los consejos de tu carta. Mi ciudad imaginaria, y sin embargo vivida, Alcázar de la Ribera, ya real para los dos, se me presentó en una sola visión ancha, completa, como una fotografía ampliada. Presté atención al convento de las monjas. Es un edificio blanco, con celosías en las ventanas, un portón grande y, muy cerca, la entrada de la capilla. Tiene un patio con mirtos y flores y una fuente: de piedra, con un surtidor de cobre reluciente, como si cada día lo bruñesen. Y, ¿quién lo sabe? Hay conventos de estos en los que las monjas extreman la limpieza hasta pulir los grifos cada día: así tienen en qué entretenerse, y no les viaja la mente por donde no debe ir: ya se sabe que las mentes monjiles tienen límites estrechos y tienden a escaparse hacia lo alto. Puedo decirte que éstas guardan debajo del altar el cuerpo incorrupto de la Madre fundadora, sor Teofrasta del Niño Dios, que ya sería santa si tuvieran dinero sus hijas para los trámites: como sabes, son caros; pero Roma queda lejos, y la Santa, que lo es de hecho, no lo es de derecho todavía, ni las monjas esperan ya que llegue a serlo: pero le rezan según liturgia propia que ellas han inventado. Tienen también un obispo. Verás. Estas monjas viven de fabricar las yemas y los confites que llaman de la Santa de Alcázar, aunque ella no los haya inventado, si bien pudiera ser que esta denominación de origen nos remita a una santa anterior, desconocida. Decir que los confites los inventó una judía es casi tan blasfemo como asegurar (y no falta quien lo haga) que los inventó una mora. Ciertos latines incomprensibles, transmitidos por vía oral, y que se rezan sobre la masa al fermentar, atestiguan su indiscutible, aunque también indemostrable, eso es lo cierto, santidad. La mezcla, las proporciones, el tiempo de cocción, todo

viene estipulado de antiguo, como unos mandamientos que nadie osa investigar por miedo a tropezarse con el rostro de Jahvé. Las gallinas, escrupulosamente seleccionadas, se alimentan según una receta de siglos y quién sabe si anterior a los siglos mismos, de modo que las yemas de los huevos, a juzgar por cómo saben confitadas, tienen que estar compuestas de un modo químicamente singular. Pues bien: el último de los obispos que constan en el obispario de este pueblo se puso muy enfermo del disgusto que le dio saber que su diócesis quedaba suprimida, que la catedral se vaciaba de ritos, y que él se convertía en obispo cesante y jubilado, sin más derecho que a vivir el tiempo que Dios le diese. No tuvo, el pobre, quien lo cuidase, y se moría solo en el palacio incalculable, estancias y crujías para arañas y ratones: que ya no era episcopal, que ya no era más que caserón vacío, sin curas y sin curia. Hasta que las monjitas se enteraron y preguntaron que por qué no lo cuidaban, pues tenían una celda bastante independiente en donde Su Ilustrísima podría refugiarse con su melancolía. Hubo arreglos, llevaron al enfermo al convento, el obispo moría cada día un poco, y a una de las monjas se le ocurrió darle la misma comida que a las gallinas: aquella papilla misteriosa que sor Facunda preparaba en la cocina sin el menor respeto para el misterio del manjar, si no pasto. Fue muy gracioso, porque el obispo dejó de morir, aunque no mejoraba, sino que se quedó entre la vida y la muerte un poco ido de espíritu y memoria, eso sí: como que a veces decía que era papa, y, otras, monaguillo, según que le diese por la humildad o la soberbia. Así pasó mucho tiempo, dos o tres generaciones de monjas, quizá más. Las viejas enseñaban a la nuevas lo que había de hacer con aquel cuerpo tan grande y tan pesado, que canta constantemente canciones ininteligibles, una larga melodía de ritmo sosegado y probablemente feliz. Lo sientan en su carrito de ruedas y lo sacan al claustro, y allí, en un rincón caliente en el invierno y fresco en el verano, lo mantienen con su cantinela. Al obispo, cuando se calla, lo que le gusta es oír el rumor de la fuente, y, en verano, que le aparten las moscas y lo abaniquen. Hay quien afirma que su alma ya debería estar en el cielo, pero que el Señor, en su misericordia inescrutable, le permitió quedarse a mitad de camino.

El tiempo comienza a bifurcarse, de eso me di cuenta al advertir

un desfase, una falta de coincidencia, entre el movimiento de mi reloj y el de la realidad, no exactamente quieta, sino desperezándose lenta como una galaxia que evoluciona, diríase que desganada, hacia una estrella ignota todavía, tal vez inexistente. Y esta sensación, que fue en seguida convicción, me sacó del convento, y me zambulló de repente, sin darme tiempo a pensarlo, pero tampoco contra mi voluntad profunda, en la mitad de nuestro pueblo, que por alguna razón no averiguada aún, comienza a parecerme lo suficientemente real como para que yo piense en él, me agarré a él como a lo único evidente y táctil, pero, además, razonable, conforme con los datos de los sentidos y con las exigencias de la lógica; o como más cierto al menos que esta situación ilusoria en que me hallaba.

Me abandonaron, o algo me abandonó, repito, en este pueblo que ya es nuestro y que veo cada vez con precisión mayor, nítido y concreto; con esa precisión a que nosotros, los del Norte, no estamos habituados. No hay tinieblas ni orballo, pero, en compensación, las cuestiones del tiempo no aparecen muy claras. He recibido, súbita, la revelación (no me queda otro remedio que llamarle así) de que me va a resultar muy difícil averiguar cuándo es viernes. Como si la gente lo supiera, pero se lo callase como un secreto. Ahora mismo, una señora vieja atraviesa la plaza. Es como todas las demás, viste de luto, un pañuelo en la cabeza (justificado por el sol y la costumbre). Me acerco, le pregunto cuándo es viernes, y ella me responde: «¿Viernes? ¿Qué es eso de viernes? No sé, señor, por qué me lo pregunta.» Y yo le explico que el viernes es ese día en cuya tarde los hombres dejan de trabajar en la fábrica de cepillos y felpudos, allá abajo, en el pueblo nuevo, y vienen a pasar tres noches aquí arriba, en sus casas: esa larde en que las casadas y las ennoviadas, y las que esperan serlo o lo desean, acuden a ver si vienen el padre, o el hermano, o el marido, o el novio, o el chico ése, o si han quedado abajo, junto a la playa, robados por alguna de esas otras que andan medio desnudas por la calle y que hablan lenguas distintas.

Hay alguna razón por la que la viejecita me dice que no sabe cuándo es viernes. «¡Ah, viernes, viernes, quién lo supiera!» Pero lo chocante es que tampoco lo saben un hombre que acaba de pasar, y

un niño, y… ¡Ya he visto gente en el pueblo, Uxío! La he visto y hablado. Lo de menos es que no sepan cuándo es viernes.

En cambio ya sé lo que sucede en la casa blanca de la torrecilla. Muy divertido, pero algo dramático también. La casa es grande y respetable, ¡ay, con todas las señas externas de la respetabilidad y algunas interiores! Tienen un patio con naranjos y macetas de geranios, y un surtidor. Parece que en este pueblo hay muchos surtidores (también en la plaza, en medio de la fuente, han instalado uno: no me había fijado antes). Yo no sé si la casa es respetable a causa del patio, o si tiene el patio porque es respetable, pero no hay duda de que, entre la respetabilidad y el patio, existe una relación, por ahora desconocida, de causa a efecto; en todo caso una causa muy antigua, porque la casa lo es. En la fachada blanca se inserta el portal de piedra ocre, muy solemne, con sus columnas y su dintel. Y la puerta es recia y claveteada, siempre cerrada, menos el postigo entreabierto por el que se columbra el patio y se escucha, eso sí, la música del agua. Pudiera añadir muchas más cosas; de las rejas, de las ventanas, de la galería, de cómo está vestida y alhajada la casa, y de esos visillos tupidos que la señorita Marcela borda de sol a sol para estorbar miradas, no la luz. La señorita Marcela es rubia, de largas, de gruesas trenzas, y todo en ella parece pertenecer a otro tiempo, como si la suya fuese la realidad del recuerdo. Vengo a verla, la vi en su estrado antiguo, inmenso, con su diminuto bastidor: demasiado salón para una sola niña, para un solo visillo, aunque sea largo. No me atreví a preguntarle cuándo es viernes porque, tan encerrada como está, probablemente no la ha informado nadie de que algún día es viernes, y de que ese día las mujeres esperan a los hombres. Ella no espera a nadie. No sabe lo que es la esperanza, menos aún qué es el tiempo. Ella borda un visillo interminable para el sol que sale cada día.

Todas las noches, el Guardia Municipal se arrima a la pared, debajo justamente de la torre; se sienta en un poyete, y toca al acordeón arias de ópera. Entonces, en la torre, se abre una vidriera, y, allá arriba, canta la señorita Marcela: en italiano, como las divas. Canta, a oscuras, «La Traviata», «El Trovador», «Rigoleto»; cuando llega lo del *misserere*, el Guardia Municipal lleva el dúo, y el

acordeón el coro; la noche en que hay luna, con un poco de suerte se puede ver que se ha deshecho las trenzas, la señorita Marcela; que el cabello le cae por los hombros y se los cubre. Acaso estén desnudos, esto no le lo puedo asegurar. Y no le des suelta a la imaginación, Uxío Preto, que las cosas no van por ese lado. Por lo pronto, el Guardia Municipal es un hombre maduro, tirando a respetable por las canas de su bigote; un bigote simpático, ¡puedes creerme!, y la señorita Marcela acaba de cumplir los dieciocho años. Al escuchar el dúo, pensé lo mismo que tú, un amor descabellado, que engendra arpegios y no orgasmos: cuarenta y cinco años me separan de mi amada y todas las barreras de la injusticia social, yo no soy más que un guardia al servicio del municipio. Aunque debo decirte que él, como tal guardia, resulta muy aparente: lo más probable es que el alcalde se sienta realizado en su honor municipal al atribuir al único responsable del orden el derecho a un uniforme rutilante, como que brillan en la oscuridad de la noche la plata de los galones y de las charreteras, los níqueles del casco. Me acerqué a él en su descanso, y después de saludarle, le pregunté cuándo era viernes. Él me respondió: «Mañana, pero no se lo diga a nadie.» «¿Por qué? ¿Está prohibido saberlo?» «No, señor, aquí nada está prohibido y todo el mundo puede saber cuándo es viernes, pero hay cosas que se callan: por ejemplo, cuándo es viernes, o por qué vengo yo todas las noches, salvo las de los domingos, a tocar el acordeón al cobijo de esta torre.» «Pero debe de oírle todo el pueblo.» «Me oyen todos, sí, señor. Más aún, escuchan hasta que les llega la voz de mi acordeón, pero no dicen: "Abrid esas ventanas para oír a don Bernardo en su tocata", sino precisamente: "Abrid, que hace calor", y "cerrad ya, que ya hace frío". Las músicas de mi acordeón y la voz de mi hija las oye todo el mundo, se escuchan en toda la ciudad y más arriba, en las murallas del castillo, y más abajo, hasta el bosque. Hay demasiado silencio, y la música lo llena enteramente.» «¿Ha dicho usted su hija? ¿La señorita Marcela es su hija?» «Desventuradamente, señor. De legítimo matrimonio, sí, consumado hace veinte años con esa bruja de su madre.» «Caballero —le dije entonces—, perdóneme que no comparta, o por lo menos me abstenga de admitir durante un tiempo prudencial, el que tarde en comprender sus razones, esa singular realidad de tan escasa

decencia que acaba de atribuir a su señora, la cual, por el hecho de ser la madre de Marcela, esa preciosa muchacha de voz tan refinada, merece alguna parte de mis respetos.» «Se lo agradezco, caballero, en mi doble condición de padre y de marido, porque, ¿qué más quisiera yo que una madre normal para mi hija, una madre que no nos obligase a vivir separados por la sospecha del pecado de Júpiter? Porque, sépalo usted, señor, que, por lo que veo, no es ciudadano de nuestro municipio: según mi esposa, yo estoy enamorado de mi hija, y la única manera de evitar el peligro de un incesto es arrojarme a mí de la casa de mis mayores, ignominiosamente, como usted ve: arrojarme a un uniforme de Guardia Municipal, y mantener a Marcela prisionera, que ni a misa le permite salir. ¿Imagina, señor mío, mi tragedia, andar por el mundo con la carga de esa vergüenza y tener que acogerme a este oficio municipal para que la gente tenga un pretexto para no reconocerme y pueda dirigirme la palabra? La responsable de todo es mi mujer, sólo porque al comprobar la excelente voz de mi hija me empeñé en educársela, que es lo que vengo a hacer aquí todas las noches, ella en su torre, yo entre las sombras.» Le sacó unas escalas de acordeón y quedó debruzado sobre él. «Ya se acabó. Ésta es la señal de que, por hoy, se ha terminado. Y lo malo, caballero, es que no tengo esperanzas de salvación. Además de ser desgraciado en esta vida, voy a irme al infierno en la otra. Porque, de tanto decírmelo mi esposa, acabé convencido de que amo a mi hija, de que la amo pecaminosamente, de que jamás tendré perdón.» Así como estaba debruzado, escondió la cara entre las manos y comenzó a sollozar. «Bueno, hombre, bueno, no se ponga así, no será para tanto. Después de todo, usted ya no es un muchacho y a esa edad es más fácil vencer las tentaciones.» «Las de la carne, sí, señor: yo ya no las padezco. Mas, ¿y las del espíritu? ¿No ha oído usted hablar de pecar con el pensamiento? ¡Es la más grande de las estupideces humanas, quedarse con la culpa y no con el provecho! Yo imagino a mi hija desnuda y la persigo por las praderas, como un fauno.» «Pues no está bien, claro, en eso estoy de acuerdo. No hay nada tan pecaminoso como perseguir a una mujer imaginaria, aunque sea una ninfa.» Alzó hasta mí su rostro bigotudo, cansado, bañado en lágrimas «No me queda más consuelo que la música», y

como si yo me hubiera ido, inició una larga tocata, triste y sin vuelos para llegar al cielo, como es la obligación de toda música. ¡Qué digo al cielo! Ni siquiera a lo alto de la torre donde seguramente Marcela escucharía aún. Era una música apegada a la tierra, horizontal, pedestre.

Estoy cansado, Uxío, y algo triste. Las cuitas de don Bernardo me encogieron el corazón. Allí lo dejé tocando. Y no me vienen ahora ganas de relatarte nuevos descubrimientos. Mañana te escribiré otra vez. Procuraré, si me siento capaz, investigar lo que sucede en la Quinta de los Cipreses y en el palacio de la Marquesa.

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO (continuación)

He pasado una noche espiando la Quinta de los Cipreses. ¿Por qué de noche? Puede obedecer a cierta conciencia que tengo de que los misterios se manifiestan en ausencia del sol, y de que algún momento de la noche, ese instante anterior al cantar de los gallos, es el adecuado para descubrirlos: no te preocupe la brevedad del tiempo, porque hay instantes largos e instantes infinitos. Por lo pronto, y como dato complementario, puedo decirte que no llegué a escuchar el esperado kikirikí, lo cual puede obedecer, o a que no hay gallos en el entorno, o a que esa madrugada se quedaron absortos o estupefactos, inverosímil esta última hipótesis, dada la fidelidad de todos los animales a sus costumbres, y a la escasez casi absoluta de excepciones. Claro está que, en mi caso, una alteración de las leyes fundamentales del Universo no tendría nada de extraño: el canto de los gallos en una de ellas. Tuve, pues, que guiarme por el alba, pero el alba, en estas circunstancias, no instituye límite, hasta aquí y desde aquí, sino que indica sólo la muerte de la noche, en el sentido, no de que está agonizando, sino de que ha muerto, durante un período regularmente variable: cosas de la noche, que serían extrañas y aun cósmicamente sospechosas, si no se correspondiesen con otras cosas del día, equilibradamente distintas. Es así que los gallos cantan antes de la alborada; luego, en buena lógica, el momento de descubrir cualquier misterio había pasado ya, y las luces de aquel amanecer sólo sirvieron para guiarme en el

regreso, cuesta abajo por la ladera, por el borde de las murallas y a su cobijo. Por cierto que el espectáculo de la luz sobre la mar lejana no dejó de sorprenderme, pues vi por primera vez la mar de color rosa: un rosa tenue, con algo de escarlata.

Delante de la Quinta hay una terraza amplia, los mirtos y los cipreses fuera: con balaustrada en torno y un estanque en el medio, éste asimismo con surtidor. El lugar es agradable. La claridad del mármol contrasta con la pujanza oscura de los cipreses, y el silencio es tan grande que el leve canto del surtidor, casi un susurro de agua, lo rebasa, aunque sólo hasta el momento en que la voz del ruiseñor salta en las arboledas. Cabrían en este lugar de mi relato algunas consideraciones líricas resultantes de la luna, de los cantos, de las sombras insondables y del inmenso silencio en que se envuelve todo, pero no pude evitar, al encontrarme allí, que cierta intuición súbita apartase mi ánimo de las delicias líricas y lo encaminase a las ásperas, aunque esbeltas, metafísicas. En tanto el ruiseñor no había cantado, mi sensación, mi convicción, fue la de haber entrado en un ámbito de tiempo quieto, un remanso o un rincón, quién sabe si un olvido, o, si lo quieres más claro, apartado del fluir de la vida y de sus versatilidades: como entrar en el espacio de un paisaje pintado. El chorro del estanque era tan uniforme que más parecía participar en la quietud del ámbito que de la movilidad del agua, y su rumor, al brotar de un chorro inmóvil, lo parecía también, con esa sensación de eternidad que da el ruido uniforme e inalterado. Pero esta sensación se desvaneció al surgir en el bosque el canto del ruiseñor, como ya dije, que me restituyó al tiempo, inexorable al darme su medida. Dicho de otra manera y sin exagerar, sería como haber entrado en lo irreal y como si el pájaro me hubiera devuelto a la realidad. No deja de ser posible que haya salido perdiendo. Si mantenerse en la realidad tiene ciertas ventajas, escapar de ella no deja de ser atractivo como aventura, si bien teniendo en cuenta que cuando llamo «irreal» a lo «otro» me inclino por un modo vulgar, aunque claro, de expresarme, ya que, como bien sabes, para mí no existe lo irreal, sino otras caras de lo real para cuyas percepciones no nos sirven los sentidos. En cualquier caso, mi tránsito no fue completo, pues si la mitad de mi espíritu se deja llevar por aquella acumulación de arpegios

ascendentes hasta cimas insuperables o descendentes hasta gravedades difíciles, la otra permanecía fiel, y en éxtasis, a la quietud del chorro y de su música insistente, sin perder ni un solo instante la conciencia de que «esto», el chorro inmóvil, el inmóvil rumor, era más misterioso que «lo otro». En el canto de un pájaro no hay más que naturaleza; hermoso, por supuesto, pero no misterioso. Lo que pasa es que, por lo general, cuando se escucha al ruiseñor, se involucran en el instante todas las metáforas y todas las exageraciones que la literatura acumuló sobre ese canto. Me distrajo un ruido, regresé sin transición al tiempo y al espacio usuales. Se había abierto una puerta, se había añadido una más a las circundantes oscuridades. El sillón en que me hallaba sentado se acogía a una sombra, de modo que no me movió el miedo a que me descubrieran. Fui sólo un hombre atento entre tantas quietudes. Así esperé. Pasaron unos instantes: de las inciertas dimensiones del instante creo haberte dicho lo necesario y experimentar el tiempo como realidad infinita es salirse de él por la otra puerta. Cuando se espera, el tiempo se suspende. Yo esperé. ¿Poco, mucho? No sé. Lo que pasó cupo en aquella noche, pero no te podría decir si antes de la madrugada, aunque en aquélla bien pudiera repetirse la primera madrugada del mundo. En un momento indeterminado apareció una figura. Por algo que no puedo describir, un aire, un garbo, adiviné que era mujer y no fantasma, aunque por fantasma se pudiera haber tomado: alta, delgada, vestía ropas largas y se cubría de un velo. En su conjunto, una hermosa visión con algo de helénico y también de romántico. Descendió los escalones con calma. Adelantó los pasos, muy airosos, hasta la mitad de la terraza, quedó quieta, alzó a la luna los brazos. Era el ademán de Antígona cuando va a declamar su monólogo ante Creón, ante el cosmos entero, ante la Historia. De pronto empezó a hablar no con naturalidad, sino como si cantara. Sus primeras palabras no las pude escuchar a causa del ruiseñor, pero de pronto el avecilla acordó enmudecer, y llegaron a mí unos versos conocidos, caramba, Preto, no te caigas del susto:

> *… que ha perdido la risa, que ha perdido el color.*
> *La princesa está pálida en su silla de oro,*

está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidado, se desmaya una flor.

Querido Uxío, todo lo que hasta el momento te llevo descrito o insinuado puede explicarse racionalmente, incluidos los efectos del silencio de la noche, de la luna, y de los cantos contrapuestos del chorro y del ruiseñor. En un ambiente así, la aparición de una mujer velada no deja de ser lógica, e incluso necesaria. Y si al final de todo esto resultase ser la luna, Diana misma, pues, mira, no sería difícil hallar razones para explicarlo. Lo que no entiendo es por qué una mujer así de aparatosa, en un ambiente tan poético, sale de casa a deshora para recitar la «Sonatina» ante un auditorio de cipreses impávidos, y tal vez soñolientos. Confío en que hallarás motivos para que siga investigando en este lugar contradictorio. Los admito de antemano, porque estoy decidido a seguir adelante. No obstante, en la terraza ya no quedaba nada que hacer porque asomaba el alba, porque enmudeció definitivamente el ruiseñor; porque, de pronto, me atrajeron los rosas azulados que flotaban en el horizonte de la mar. Me fui.

La exploración del palacio de la Marquesa la llevé a la siguiente noche a término cabal. Encima de la entrada, no sé si te lo dije, tú lo has adivinado, campea un escudo descomunal, sostenido por dos figuras gigantes, que serían dos Hércules si Hércules hubiera tenido un gemelo: puede al menos representar a dos titanes. Son desproporcionados, musculosos y feos. Miran hacia abajo, y con cada mirada envían al que llega una amenaza de muerte, porque parece que tiemblan. Al empujar el postigo, me estremecí y dudé: entré sin tiempo de contemplar la puerta, y al cerrarla, tuve la sensación de que mi sombra quedaba fuera, aquella sombra inútil. Tampoco se me ocurrió preguntarme por qué estaba abierto el postigo, y por qué no había chirriado el abrirse. Me hallé en un zaguán oscuro. Más allá de otra puerta, se adivinaba un patio al que la luna alumbraba sesgada y débilmente. Me asomé. Pude ver unas hermosas arcadas construidas en óvalo, y un suelo de baldosas. ¡No había estanque, mira, ni surtidor! Sinó una alberca cuadrada con macetas de flores en los bordes. Me parecieron tamarindos, pero podían ser naranjos, los árboles en que concluyen dos veredas

cruzadas, naranjos despoblados de gorjeos. Nada me sirvió de referencia para limitar el silencio. Si lo había, se escapaba hacia arriba, hacia el cielo del patio, por las altas galerías, por los sospechados corredores.

Adiviné algunas puertas. Me aproximé a una de ellas. Arrancaba desde su umbral una escalera de piedra con pasamanos, por la que ascendí, más que osada, inconscientemente, aventurándome en lo oscuro y en lo desierto. No me sentía atraído, sino empujado. Me pregunté por quién, y la respuesta que surgió de las tinieblas fue: «¡Por tu sombra!» Absurdo, ¿verdad? Había quedado fuera. Lo comprendí en seguida, al tiempo que otra vez me sentía compelido al ascenso, no sé por qué manos de céfiro que mi razón (disparatando) había inventado para tranquilizarme el temor. La sombra se desvanece entre las sombras, pero *algo* me seguía. ¿Acaso me perseguía? ¿Y no sería que ese algo o alguien me vigilaba? No escuchaba mis pasos, ni el roer habitual de las polillas, ni una mera escapada de ratones, aunque sí las pisadas, un poco retrasadas de las mías, de mi perseguidor. Así empecé a recorrer pasillos y crujías, salones y sobrados, con la sensación cada vez más firme de haber entrado en lo confuso, en lo vacío y en lo circularmente interminable: dos vueltas, tres, quién sabe cuántas, y la convicción cada vez más segura de no estar solo. Por alguna rendija de ventana, por algún enrejado de maderas, entraban retazos de luna que sólo me servían para agrandar las sombras, para que se perdieran en la nada los límites de los espacios. Estaba en el palacio de la Marquesa como podía estar en un desierto imaginario, en la oquedad sombría de un recuerdo. Mi mano a veces creía rozar un mueble, un cortinaje, un quicio, pero al alargarse para tocarlos, los perdía o huían. ¿Puedes imaginar lo que se siente cuando vas a tocar una pared, y la pared escapa? Una multitud de soluciones innecesarias ocupaban, simultáneas, el lugar del espanto y lo ahuyentaban. Ante todo, la contraria de la impresión de mis sentidos, el que mis manos no tropezasen con nada, el que a mí mismo no se me hubiera interpuesto ningún obstáculo, no quería decir que en el palacio no los hubiese, sino sencillamente que, por su disposición, no interrumpían mi camino ni el del que me seguía, cada vez más cerca de mí, como que a veces temía recibir en mi

nuca su aliento. Pero asimismo la prolongación al infinito de mi sensación primera: nada tocaba, nada me entorpecía porque no había nada, y si mis pies no sentían la tierra que pisaban era porque no había tierra, porque iba caminando por un camino estelar, por el espacio tenebroso entre estrella y estrella apagadas. ¡Ay esos caminos vírgenes que se pretende hollar! (Como doncellas lejanas, inasequibles.) También se me ocurrió que, a un lado y otro, monstruos de inimaginables formas, fauces de innumerables dientes, garras de incalculada potencia desgarradora dormían a la vera de mis pasos, dormían con un sueño tan ligero que un solo roce leve los podía despertar. Pensé asimismo en cadáveres amojamados y descarnados: en montones informes o en nichos regulares, y en difuntos ilustres, toda una interminable prosapia: embalsamados y vestidos como había leído no sé cuándo en no sé dónde: muertos gloriosos y crueles, marquesas y marqueses antepasados, cada cual con su historia, no de todos sabida: se la habían llevado consigo al mundo de la muerte sin retorno, el mundo de los muertos olvidados. Sí. Por alguno de aquellos muros invisibles estaba emparedada, con un traje de novia, la señorita que no fue virgen al tálamo: su cuerpo, ya sin carne, conserva aún los ojos cristalizados en el horror. Pensé si sería esto, lo que yo imaginaba, lo que me habías aconsejado averiguar, pero, para saber si me movía entre solemnes maniquíes de mandoble o de estoque, necesitaba una luz, y la había olvidado. Lo bueno de todo esto fue que me hizo desplazar el miedo. No obstante, en una de aquellas caminatas, alrededor del patio y las galerías, descubrí un suave resplandor que llegaba del hueco de la escalera. Corrí hacia él, mi perseguidor tras mí, y, mientras descendíamos, me abandonó el terror, al tiempo que contra el luar creía ver un torso femenino nítido como el de una mujer desnuda. Quise seguirlo y huyó; me arrastró la visión consigo, me sacó del palacio, y no dejó de apretarme el corazón hasta que estuve en medio de la plaza, de rodillas sobre el borde del estanque, intentando coger agua del chorro y rociarme. Volví de súbito la vista atrás, y alcancé a comprender que alguien que me miraba se escondía: no por visto, sino por presentido.

De momento me pareció hallarme en el normal silencio de la

noche, pero, poco tiempo pasado, llegó hasta mí la música del acordeón que a aquella hora arrastraba el Guardia Municipal: ella sola, el rezongo fatigado del instrumento, aunque sin aria de ópera, sino la queja triste de un amor sin esperanza que, además, es pecado: las notas bajas del fuelle lo parecían repetir: «Me siento condenado a un infierno en que no creo y a un dolor que no merezco.» Descubrí, contra las paredes blancas, la sombra de don Bernardo. Me encaminé hacia él: me saludó tranquilo como si mi aparición, más que natural, fuese esperada. «Siéntese —me dijo—: Aquí a mi lado. En estas noches calientes, el frío del poyete no se nota: lo malo es cuando viene el cierzo.» Me senté, junto a él, aunque sin rozarlo, y no sé si en aquella mínima distancia se expresaba el recelo a los precitos. Le pregunté si en el palacio de la Marquesa había fantasmas. «No señor. Ni en el palacio de la Marquesa ni en ningún lugar del pueblo, como no sea, en todo caso, arriba, en el castillo: pero ésos serán fantasmas paganos, almas de moros muertos el día de la victoria. ¡Hasta en eso es injusta la muerte! Como son moros, nadie les hace caso, y allá ellos con sus orgías o con sus quejas. Lo que usted encontrará aquí si queda mucho tiempo entre nosotros, son sólo máscaras. En este pueblo nadie es lo que parece, y, de muchos, no se sabe qué son… Yo mismo, ya se lo dije otra vez, ando de Guardia Municipal para que nadie pueda ver a don Bernardo Alderete, el padre incestuoso. Sospecho con cierto fundamento que hay bastantes personas que esconden otros pecados, pero ya las irá conociendo.» «Eso —le dije — le pasa en todas partes a todo el mundo. Es el busilis de la condición humana. ¡Ah, la insalvable distancia entre el parecer y el ser! La vida no es otra cosa.» «Pues mire, como yo nunca salí de este pueblo, creía que era sólo cosa nuestra. Como que me deja desilusionado, al enterarme de que no somos distintos.» «Tanto como eso, no lo dije.»

Dejé que pasara un tiempo, que él llenó con su música, y, después le rogué que me hablase de la Marquesa, y de por qué su casa estaba abandonada, quizá vacía, o lo parecía al menos. «Tal vez lo esté, quizá no, eso no se sabrá nunca. Ni tampoco, a ciencia cierta, si hay una sola Marquesa, o si son dos, madre e hija, quizás hermanas gemelas. Hay quien dice que una de ellas vive en el

pueblo de abajo, ese que se llama igual porque nos tiene robado el nombre, y anda como todas las de allá, con las tetas al aire y el culo casi, con hombres por el día y por la noche, en tanto que la otra vive encerrada en el palacio y hace en silencio penitencia por los pecados ajenos; pero yo no lo tengo por verosímil. Para mí, las dos hermanas son iguales, desvergonzadas y feroces, y mientras una de ellas anda por el pueblo de abajo, y baila, y bebe, y fornica, la otra, o se encierra aquí a restaurar su cuerpo fatigado, o viaja, de modo que el palacio está vacío unas veces, y, otras, encierra a una marquesa duplicada. Nosotros no la vemos jamás, pero se sabe que se acuesta desnuda al lado de la alberca y toma el sol. Una vez, un muchacho se encaramó al tejado para verla. Al día siguiente su cuerpo apareció despedazado en la calle: se dijo que se había escurrido al bajar, pero hacia dentro, hacia el patio, en su avidez de contemplar de cerca el cuerpo maravilloso de la Marquesa, quién sabe si de tocarlo. Entonces, ella misma lo arrastró muerto, por encima de los guijarros, hasta el arroyo en que lo encontraron, de madrugada, y después lavó el rastro de sangre. Yo vi al muchacho muerto, espatarrado, pero no puedo decirle cómo ni dónde cayó.» «¿Y no se le ocurrió pensar a nadie, ni siquiera a usted, que pudiesen ser siete marquesas, en vez de dos?» «¿Y por qué siete?» «Una marquesa de personalidad dudosa no está jamás numéricamente limitada. Y, de ser múltiple, hay que pensar en un número mágico. Con todos mis respetos para el Tres, mi preferido es el Siete.» Don Bernardo se encogió de hombros.

Volvió al silencio, volvió al acordeón. Luego añadió: «Si una noche cualquiera alguien ve luz en el palacio, tenga la seguridad de que alguien escalará el tejado, con muchas precauciones, eso sí, y de que después contará a sus amigos cómo es el cuerpo de la Marquesa. O no lo podrá contar.» «Pero, ¿no dice usted que anda medio desnuda por las calles de la ciudad de abajo?» «Medio desnuda sí, señor; ante todo, puede no ser la misma, porque son iguales, aunque también puede ser una sola: así que conviene no olvidarlo. En cualquier caso, lo que ellos quieren es ver la mitad que se oculta, todas las reconditeces. Es natural, ¿no le parece? Yo, si fuera muchacho, y no estuviera enamorado de mi hija, también lo habría hecho, o lo haría cualquier noche. Mire, ya ve, yo, como

guardia municipal, puedo entrar en el palacio sin previo aviso, puedo verla desde el zaguán sin tiempo a que se esconda, o, al menos a taparse; pero lo considero un acto de allanamiento de intimidad que no podría perdonarme.» «¿Quién? ¿Su hija?» «No. Yo mismo. Yo soy mi peor juez. Como no creo en Dios, tengo que constituirme en mi propio Tribunal Supremo.»

DE UXÍO PRETO A PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA

De tu capacidad de investigación casi no me quedan dudas. De que sepas ordenar los resultados ya no estoy tan seguro. Y lo que me preocupa en medida difícilmente explicable es el peligro que corres en una ciudad tan sorprendente e insegura como esa que me describes. ¿Serás capaz de hacer frente con serenidad a sus riesgos? Porque lo importante de las Sirtes, querido Pedro Teotonio, no es que existan, sino que se crea en ellas. Tú verás cómo te gobiernas en medio de las novedades que con toda seguridad te esperan. Tenme al corriente, aunque con comedimiento en el detalle, pues te confieso que, de momento, empieza a interesarme todo lo que concierne a ese pueblo por el que no sé si anda tu cuerpo con el alma a cuestas: ese Alcázar de la Ribera que no logro encontrar en los mapas, tan insignificante debe ser. Hay momentos en que lo supongo situado en las estribaciones de la Sierra Nevada, hacia la parte de Almuñécar o por ahí; pero, otras veces, no me resulta difícil imaginarlo acostado en la pendiente de una ladera de ésas en las que el tiempo retuerce, contrae, desgarra los olivos milenarios; de esas que, al llegar a la mar, se rompen en las paredes de una cala.

Llevas ya bastantes páginas descriptivas y narrativas, pero todo lo que hasta ahora averiguaste fue que un padre no demasiado típico colabora de un modo tampoco típico en la educación musical de su hija; que una señora (o señorita) vestida de manera inconveniente, en vez de declamar a Sófocles, recita a Rubén Darío, y que en tu recorrido nocturno por un palacio, has imaginado lo que hay o lo que puede haber incluida la persecución insoportable de una sombra: siempre razonablemente lejos de lo acostumbrado,

que serían muebles viejos, carreras de ratones, y el rumor de una carcoma que interrumpe el silencio, como si se lo comiera. Todo lo encuentro interesante, a condición de que esos hechos aislados no se queden en tales, no sean únicamente la parte visible de unos icebergs que debajo del agua permanecen distantes. Tu obligación es relacionarlos, del mismo modo que tres hechos apartados le permiten al detective descubrir su conexión, o sea el crimen. Olvidaste la búsqueda del pasadizo que indudablemente comunica el palacio vacío de la marquesa desvergonzada con la quinta de la recitadora cursi. Y, sobre todo, te has desentendido, acaso por olvido, de que tu narración se titula «La ciudad de los viernes inciertos». Hablas, en cambio, de putas. Me cuesta considerar como tal a una dama que profiere versos ajenos, por muy nocturno y aparatoso que sea el espectáculo, pero me siento dispuesto a admitir que lo sea: las señoritas de pueblo suelen dar estas sorpresas, sobre todo si son ricas. Además, una mujer nunca estorba, y contribuye a limar esa patosidad de elefantes melancólicos que muestran los hombres solos, cuando son más de dos… Pero, ¿y los otros? Porque, para hablar en plural tienen que ser más que uno. ¿Eres tú, por ventura, uno de los que faltan? En ese caso, ¿cómo se llama el último? ¿Lo has descubierto ya? ¿Alguien que está a punto de llegar, alguien que ya ha llegado, alguien muy esperado que no llega? La espera de un poeta puede alcanzar la expectación y trasmudarse en esperanza. Sólo esperar a un profeta es superior, pero, si de poetas aún hay, de profetas ya no quedan. Debes de andar con pies de plomo, en esto de los poetas. Hubo un tiempo en que se distinguían a primera vista, por el andar, por el aura y por los trajes, pero, en estos tiempos que corremos, borradas las señales externas, no resulta muy fácil su identificación. Diríase que se esconden, o que se disimulan, que tienen miedo, y eso nos aconseja imaginarlos perseguidos por las innumerables hordas incompatibles. Se puede concebir la vida como una gigantesca cacería de poetas, como un deseo vehemente y unánime de echarlos de la tierra, siempre y cuando previamente se demuestre que ellos son los culpables. ¡Y es tan fácil demostrar cualquier cosa, sobre todo la verdad de una mentira! Hay importantes moralistas que consideran a los poetas como animales dañinos, y, aunque te parezca raro,

todavía se tienen en cuenta las opiniones de los moralistas, ante todo la de aquellos que, en el fondo, marchan de acuerdo con lo que quiere la gente, como es su oficio. Y lo que la gente quiere es la comodidad. ¿Habrá algo más incómodo que un poeta? ¡Siempre reclamando gloria! Ni entre ellos mismos se aguantan, a juzgar por lo que dicen unos de otros y por lo que algunas veces han dicho de sí mismos. Pues, ¿cómo van a soportarte a ti? Y, sobre todo, ¿cómo os vais a soportar, caso de no ser tú solo, si el azar os aproxima, os lleva al mismo pueblo, os hace convecinos, y mete a una mujer por medio? Si te decides a formar parte del grupo, en el caso hipotético de que llegue a constituirse, no lo hagas sin antes pensarlo bien.

Ese Guardia Municipal acongojado de deseos incestuosos, ese que acompaña el camino de la luna con la música de un acordeón, te dijo algo así como que en ese pueblo nadie es lo que parece. Si se trata de una condición indispensable para vivir ahí, entiendo que conviene aplicar la circunstancia a tu condición de poeta, aunque de momento no se me ocurra cuál de las dos soluciones posibles aconsejarte. Porque, una de dos, o no eres poeta y lo pareces, o lo eres y lo disimulas bajo una máscara convencional de, por ejemplo, *coureur de femmes*, lo que iría muy bien a tu condición de enamoradizo, pero que en un pueblo puede ser arriesgado: las mujeres lo cuentan todo. Puedes justificar tu llegada y tu estancia presentándote como vendedor de libros, lo cual nunca es comprometido, porque nadie los compra, pero es oficio que guarda una relación remota, a veces casi invisible de puro delicada, con la poesía. Que un vendedor de libros en el momento cumbre, diga «No vendo libros, los hago», queda muy verosímil y propicia la anagnórisis. Debería, pues, preguntarte si te consideras a ti mismo poeta, bien de los verdaderos, bien de los meros versificadores arrebatados. Personalmente, carezco de las pruebas mínimas tanto de lo uno como de lo otro, aunque no de barruntos, pero eso no debe extrañarte, porque sigues siendo un misterio para mí. Pongamos que eres poeta, o que versificas con la destreza indispensable para que se te considere como tal: entonces, enmascárate. Insisto en que ofrezcas libros a plazos. Te dará ocasión de entrar en todas las puertas y enterarte de todo, si bien el resultado de tus averiguaciones será tan abrumador que no sabrás

qué hacer con él. En la calle del Gato número quince, la Mariquilla tiene un orzuelo. Como la cara de la Mariquilla es graciosa, y sus ojos azules no dejan de ser extraños en tierra de ojos negros, su familia está consternada, y ella misma teme no curarse jamás, o, por lo menos, no curarse antes del viernes, fecha (incierta por supuesto) en que vendrá el Manolito a pasar el fin de semana. Todo el mundo le dice que eso no es nada, un orzuelo le viene a cualquiera, que sólo dura un día o dos, tres a lo sumo. Pero, ¿y si el viernes cae en uno de ellos? Ya ves lo que son las cosas, o cómo son: pues la Mariquilla no sabe cuándo cae el viernes, es una verdadera desventura que a nosotros apenas nos importa, porque en nuestro relato no cabe el orzuelo de la Mariquilla. Escapa a esas noticias.

Evidentemente no es cosa de que ese orzuelo nos preocupe, pero la incertidumbre de los viernes me ha hecho pensar demasiado, hasta el punto de perder el sueño. Me explico que a esa gente no le acongoje la incertidumbre de los domingos, puesto que, seguro el viernes, el domingo caerá por su propio peso, el peso grave y un poco sonoro de los domingos, y las mujeres de Alcázar de la Ribera se asomarán a las murallas a ver cómo se alejan los varones. Unas lloran; otras, han llorado ya; alguna espera llorar, pero, por el momento, se recrean en recuerdos agradables. Fíjate en que la Mariquilla lleva el ojo vendado, y saca las consecuencias, si es que, en un momento de tedio, te interesan las menudencias biográficas de esa muchacha. Aunque ellos no lo consideren así, para nosotros todo eso es una anécdota. A mí lo que me interesa, es el misterio de los viernes, si bien por razones personales: pienso que detrás de los viernes inciertos se enmascara también un misterio del tiempo. Como bien sabes, el tiempo no es igual en todas partes, y en algunos lugares en que existen particularidades dignas de atención, e incluso de apasionamiento, como simas insondables, el tiempo huye por ellas, se escapa aun antes de llegar. El por qué esto sucede, nadie lo sabe, ni probablemente se sabrá nunca, y hasta es posible que el tiempo se rija por leyes casuales, de duración limitada; leyes que se rectifican a sí mismas y cambian como los vientos; como extrínsecas a él, las mismas por las que el agua de Cuestarriba de Abajo es exquisita, y la de Cuestabajo de Arriba, que está al lado,

envenena a las vacas. Barrunto que el tiempo es de lo más cotidiano que existe, quién sabe si excesivamente cotidiano, un tiempo vulgar, incompatible con ciertas delicadezas y ciertas complejidades; algunos no pueden soportarlo y emigran al verdadero Alcázar, al de Arriba, donde sospecho que el tiempo es más aristocrático, aunque el vecindario no perciba de su singularidad sino lo incómodo de esos viernes inciertos. Porque éste es un dato del que no te has dado cuenta, pero que se demuestra por un par de hechos fácilmente comparables: en la plaza, en una esquina, existe una tienda encima de cuya puerta hay un rótulo, no sólo inesperado, sino chocante: BOUTIQUE. Y un poco más abajo, en un quicio de piedra trabajada, cuelga otro rótulo, aunque más pequeño, y no de los fijos, sino pendiente de un clavo: un cartón donde alguien anuncia que se dan clases de francés. Pasa con esto lo mismo que te decía antes de los icebergs, que puede tratarse de hechos aislados, o relacionados secretamente, y, en estos casos, quien dice hechos dice personas. Se me ocurren diez o doce hipótesis, pero no creo que necesites guiarte por ninguna de ellas para averiguar quién es la dama que regenta la «boutique», y si el que ofrece las clases de francés es señora o caballero; en cualquiera de los casos, saber si hay algo entre ellos, y de qué naturaleza. Ten siempre presente, en ésta como en otras investigaciones, la revelación del guardia: todo está enmascarado. ¿Qué se esconde detrás de la «boutique» y de las clases de francés? Si me cuentas que son los medios de vida de dos personas vulgares, me sentiré decepcionado, aunque no por eso te echaré la culpa. No olvides que te hablo de estos dos personajes todavía desconocidos con la convicción de que han emigrado de la playa en busca de «un tiempo distinto», metafísicamente, se entiende. En busca de los viernes inciertos.

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO

La dueña de la «boutique» se llama Ute, y sus ojos me miraron ya otras veces, vienen mirándome desde el fondo de los sueños, me conocen. Parece, a primera vista, una extraña combinación de estudiante, intelectual y golfa, pero, al fijarse bien, se ve que no es

ninguna de esas cosas, sino algo que las mezcla y las excluye. Sin embargo lo que yo me pregunté al tenerla delante, fue el por qué de que sus ojos me hubieran mirado tantas veces, si desde antes de nacer ella o antes de nacer yo. Y casi lo echo todo a perder cuando me dieron ganas de preguntarle: «Señorita, los ojos que usted tiene, ¿los ha heredado, los ha robado, no son los de una chica de París que se llama Claudine?» ¡Fíjate qué manera de entrar en una tienda un caballero que va a ofrecer libros a plazos! Me limité a saludarla según lo acostumbrado, pero con la diferencia de que, al decirle «¡Buenos días!», deseé vivamente que sus días fueran buenos; más aún, felices, y no sólo el de hoy, sino todos los que le quedan en la vida. Pero no te alarmes aún, Uxío Preto: no se me ocurrió pensar, al menos en el primer momento, que esa felicidad la compartiese conmigo, que yo fuera su causa, o que al menos surgiese, como una llama o un silencio, o la relación imprevisible que en aquel mismo momento comenzaba. Casi al mismo tiempo que me fue simpática, por algo que la rodeaba, o en que estaba metida, algo así como un aura, comprendí que no podía serme más que simpática. ¿No lo encuentras raro en un hombre como yo, siendo ella rubia, bonita, interesante?

Conviene sin embargo que sepas, para que tu imaginación no yerre, que todo lo que te vengo diciendo de la mirada y del saludo corresponde a una segunda etapa de mi visita, tan rápida como la primera. Ésta fue singular, y puedo relatarla diciendo que al entrar en la «boutique» tuve la sensación de meterme en el cubil de una hechicera. Esa impresión de cueva la da el modo de estar colgadas y amontonadas las ropas y los cachivaches, y, lo de bruja, viene del búho que preside en cierto modo el antro: lo digo por la preeminencia de su colocación, en un lugar central y visible. Pero no es un búho vivo, ni siquiera disecado, sino de porcelana, con unos grandes ojos brillantes de cristal, que también me miraban como si me hubieran visto siempre y lo supieran todo de mí. Pero, ya ves, no me causaron miedo, ni siquiera inquietud: le devolví la mirada al búho como si yo también lo supiera todo de él.

Es una moza de buen ver, alta, los ojos grises, que alcanzará la treintena, o por lo menos la ronda, y que no tiene nada de ingenua ni de inocente; pero esto tal vez lo hayas deducido de mi primera

impresión, esa que rectifiqué en seguida. Vestía como cualquier muchacha de las de ahora, no ropas escogidas, sino las mismas o parecidas a las que vende en su «boutique»: pantalones vaqueros, jerseys, chaquetones, bufandas largas, algún que otro pañuelo de colores. El que ella llevaba al cuello, me sorprendió por la calidad y el gusto: estoy seguro de que, de haberlo escudriñado, hallaría en una de sus puntas una firma importante de París. La calidad del pañuelo, y su elegancia, se corresponden a la delicadeza de sus manos, y a ese aire de princesa desterrada que me obligó a rectificar la primera impresión. Todo, sin embargo, explicable, menos los ojos. No, Uxío: nadie puede tener los ojos de otro, mirar como mira otro, saber de uno lo que los ojos del otro han averiguado. No me atreví a decirle, no fue posible: «Aquí estoy, señorita, a proponerle la compra a plazos de una nueva enciclopedia.» Se hubiera reído, aunque cortésmente; o me habría preguntado: «¿Por qué me miente? Usted no viene a venderme libros; usted viene únicamente a conocerme. Pero algo le ha sorprendido…» No dijo nada de eso, claro. Tampoco me deseó buenos días, como yo a ella: unos días largos y felices. Se limitó a responderme que me estaba esperando. «¿Es que alguien —balbucí torpemente— le anunció mi visita?» «No, no hubiera sido necesario. Hace tiempo que le espero, desde que usted llegó. En realidad es como si el que abrió esta tienda y me puso al frente lo hiciese sólo porque este día había de llegar usted.» Sonrió, y yo no supe si se burlaba. «Suceden de repente (continuó) algunas cosas sin sentido, y, sobre todo, sin relación, como las cuentas de unos collares distintos: y una se entrega a ellas como llevada por mano ajena, hasta que, también de pronto, también sin esperarlo, algo les da sentido, y una siente que le pertenecen, quizá que les pertenece, que sólo ellas tenían que suceder, que cualquier otro suceso me habría apartado de mí misma. Todo esto lo comprendí cuando usted vino, cuando le vi parado junto a la fuente, cuando supe quién y lo que hace. ¿Por qué ha tardado?»

«Me temo, señorita (le respondí), no ser yo el hilo de las cuentas de esos collares. Sin embargo, admito la posibilidad de estar equivocado, de que tenga usted razón. No podremos saberlo ahora mismo, puesto que todavía ignoramos qué será lo que acaba de

empezar. O, por lo menos, yo lo ignoro, y no se me ocurre…»

Me interrumpió. Lo hizo levantando la mano, la derecha, como para detener mis palabras.

«¿Sabe a qué ha venido al pueblo?»

«Sí, creo saberlo, aunque, si alguien me acorralase a preguntas, es probable que no pudiese responderlas todas. Pero hay algo que sé. O que vengo a saber, con más exactitud. Hemos descubierto este pueblo, mi amigo Uxío y yo, y él me envía para que averigüe…»

«¿Qué sucede y a quién? ¿Y el por qué, sobre todo por qué? ¿Y piensa que lo puede averiguar charlando por las noches con el Guardia Municipal, explorando el palacio vacío, escuchando a doña Lola recitar en su terraza poemas ajenos? ¿Es eso todo lo que sucede en el pueblo?»

¿Doña Lola? Hasta aquel mismo momento se me había ido formando en la mente algo así como un globo de cristal sutil, rica en irisaciones su curvatura, en el que iban cabiendo, y acomodándose, todas las imaginaciones y todas las experiencias hasta entonces habidas. El nombre de doña Lola no pertenecía a aquel mundo, venía de otro ajeno, fue como un martillo grosero que rozase la superficie del globo y lo hiciera pedazos, que, curiosamente, volaron. Se me quedó en las manos una nada como el hueco que dejan los recuerdos al marcharse.

—¿Doña Lola?

—¡Sí, la dueña de la Quinta, esa que recita poemas en las noches de luna!

—¿Quién es?

—Se lo puedo decir en cierto modo, en cierto modo no. Es la dueña de todo, de la fábrica de cepillos, de las casas del pueblo, de esta tienda; pero quién es de verdad nadie lo sabe. O, mejor dicho, quizás alguien lo sepa. El Director de la Banda Municipal lo sabe, de eso estoy segura. Es su agente, su confidente quizá, le ha visto la cara. Quizá se la hayan visto también los hombres que se casaron estos últimos años, pero de todo esto no hay constancia. Si usted alcanza a escuchar la intimidad de las mujeres, le dirán que, cuando van a casarse, los novios reciben el aviso de que la noche anterior suban a la Quinta de los Cipreses. Se dice, pero no se sabe, ellos lo niegan. Muchas mujeres les obligan a permanecer a su lado durante

toda esa noche, pero algunos de los hombres la han pasado ya triste, y no por no haber acudido a la cita, sino porque ya lo habían hecho antes. Ellos lo niegan, pero nadie los cree.

—Tenía que llamarse de otra manera.

—Sí, pero la verdad es que nadie sabe su verdadero nombre, ni acierta ponerle el que merece. Doña Lola es como la llama todo el mundo. Yo misma la llamo doña Lola. Pero, ¿quién sabe?

—¿Y usted le ha visto la cara?

—No.

—Se la tapa con un velo.

—Ya lo sé.

—Tendríamos que llamarle con alguna palabra siniestra. Eso de doña Lola es como un solecismo en un poema de amor.

—¿Se le ocurre alguno?

—No. Para nombrar una cosa hay que saber algo de ella, y lo que sé de esa dama no me basta.

—Y, de la marquesa, ¿qué sabe?

—Tampoco nada.

—Pues yo sospecho que doña Lola y la marquesa son la misma mujer. Alguien me dio a entender que un túnel antiguo une el palacio con la Quinta, túnel que pasa por debajo del pueblo y que viene del tiempo de los moros.

Al decir esta palabra, se escuchó el sonido de una trompeta, fuera, en la plaza: un tararí cuya última nota, la i, se prolongó largamente:

—… iiiiiiiiiiiiiií.

Entonces, ella me miró y me dijo:

—Lo que va a suceder ahora le importa más que lo que yo pueda decirle. Asómese a la plaza. Después continuaremos.

Me señaló la puerta. No sé si su dedo indicaba u ordenaba. Salí. De todas las calles adyacentes venía gente apresurada, algunos despavoridos. Mujeres sobre todo, bastantes niños, pocos ancianos. En el medio de la plaza se había instalado, sobre una alfombra raída, una cuadrilla de saltimbanquis: tres hombres y una mujer, casi una niña, escasa de carnes. Mientras el hombre gordo seguía convocando al pueblo con la trompeta, ella se subió a un balón de gran tamaño, un balón rojo un poco envejecido, y empezó a bailar

encima un baile de equilibrio con su cuerpo delgado. Hacía girar la esfera con un pie y, con el otro, detenía el movimiento, los brazos al aire, descubierto el pecho liso. El hombre gordo hinchaba los carrillos con su tararí, que se alternaba con una especie de tararó, aunque de vez en cuando intercalase un tarará. La gente no llegaba a muchedumbre, pero no dejaba de ser posible que se hubieran congregado ya todos los habitantes del pueblo, en medio de los cuales el Guardia Municipal ponía orden:

—No se amontonen, hay sitio para todos. Los niños delante. No se amontonen. A ver si uno cae al estanque.

Movía el casco niquelado, resplandeciente de sol, con gravedad, y hacía bajar de las piedras salientes del estanque a los niños que se habían encaramado.

La niña titiritera saltaba ahora sobre la bola hinchada, saltaba con cada vez mayores ímpetus y su cuerpecito oscuro, el terciopelo deslucido de su malla, sobresalía por encima de las cabezas a un ritmo obediente a la trompeta, que ya no tocaba el tararí, ni siquiera el tarará, sino tatá, tatá, tatá, ordenando al cuerpo de la niña que saltase, salvo si era al revés, si el que ordenaba era el cuerpo de la niña, y la trompeta lo seguía en sus brincos y los subrayaba con música. El titiritero flaco, con gesto desganado, se inclinó, recogió del suelo el bombo, se sumó al ritmo de los saltos, y a la tercera vez que el mazo golpeó el parche, el titiritero bajo y envejecido levantó por encima de su cabeza unos platillos de metal oxidado y acompañó al bombo. De modo que eran al mismo tiempo el salto, el tatá, el pompón y el chinchín. Para quien tuviera buen oído, se unía a aquel estrépito el golpe sordo de los pies de la muchacha al rebotar contra la esfera de goma. Fuera del anillo compacto de los espectadores, unos cuantos niños sobrantes saltaban sobre el empedrado al compás de aquel barullo. El chorro del estanque ascendía más alto que la cabeza de la niña, y el sol le sacaba luces deslumbradoras y efímeras, un sol abandonado a sí mismo en el cielo desnudo.

Aún no sabía que la dueña de la «boutique» se llama Ute, y que es princesa en algún lugar de esa Europa donde todavía quedan estirpes gloriosas y melodramáticas, con historias de adulterios, de venganzas, alguna que otra muerte nunca dilucidada, y hermosas

heroicidades. Pensaba en ella evocando su figura o el sonido de su voz. Fue ésta la que se oyó detrás de mí, en tono bajo y natural, como una advertencia o una información. Me volví para mirarla: lo que encontré de raro en aquel momento, lo comprendí más tarde: había perdido el aura y no la recobró hasta que, pasados la música y el tiempo, y un montón de palabras, regresamos a la «boutique». Pero en la plaza me dijo:

—Esto no es más que el principio. No se canse. Pronto escuchará otra música.

Inmediatamente, se oyó, pisándole las palabras, ruidosa y lejana. Los saltimbanquis callaron, el anillo de espectadores se deshizo, y poco a poco se fueron acercando los compases de un pasacalle. La gente se abrió y dejó un espacio ancho allí donde había bailado sobre la bola del mundo la niña escuchimizada, la niña del terciopelo morado y los pies menudos. Formaron un amplio abanico, y los niños corrían hacia una bocacalle, por donde entró la banda municipal, un hombre gordito y más bien bajo a su frente, todos uniformados de caqui con gorras de plato. El director, o sea, el hombre gordito, giró noventa grados como si fuera a dar vuelta a la plaza con toda la orquesta; debía de ser así lo acostumbrado, porque los niños que precedían a los músicos habían también girado sin mirar al director, como si éste los siguiese. A mí me llamó la atención, en un principio, su movilidad, y, al pasar a mi lado y mirarme, la inteligencia de su mirada: me pareció como si hubiese leído, de un solo vistazo, todo mi pasado, y como si hallarme sin futuro, sin un solo proyecto que valiese la pena, le disgustase, o defraudase acaso. Se lo expliqué así a la princesa rubia, que seguía respirando a mis espaldas, aunque sin ansiedad.

—Es natural —dijo ella—. Todo el mundo quiere saber qué piensa hacer aquí, pero usted no lo sabrá hasta que yo se lo diga. Sin embargo, puedo hacerlo ahora, aunque acaso, si hay suerte, volveremos a la tienda cuando la banda se haya marchado. De lo que estoy segura es de que pronto sabremos cuándo es el próximo viernes. Nos lo dirá él.

—¿El director?

—Sí, está aquí para eso.

Pues no lo parecía, porque, en aquel momento, con la música

callada y los niños en torno, el director se había entregado a una serie de cabriolas, empezando precisamente por las más complicadas, como el salto mortal y el pino. Los niños, que lo veían así cada vez que se anunciaba la proximidad de un viernes, no por eso dejaban de abrir la boca, y, alguno, de imitarlo. Se oían sus delgadas voces.

—¡Déjeme a mí, señor director! ¡Ya verá cómo también lo hago!

Lo hacían: saltos como delfines, bosques inestables de pinos. Las madres reían y jaleaban. Una de ellas salió corriendo del corro a recoger el crío, que se había caído y que sangraba por las narices. Se lo llevó apurada. Otras gritaron a los suyos, recomendaron prudencia. El director se puso la chaqueta, se encasquetó la gorra, levantó la batuta. La banda había formado un semicírculo. Un golpe de bombo dio la señal. Tocaron, muy bien tocado, «En un mercado persa». Al final, todo el mundo aplaudió. Como el director me mirase, aplaudí también. Me dio las gracias llevándose la batuta a la visera. Tocaron un par de piezas más, del mismo estilo. Cuando se preparaban para la cuarta la gente empezó a agitarse y a reclamar en voz alta: «¡El periódico, el periódico!» Cesaron los músicos en sus preparativos. El director se subió a una silla que no sé de dónde había salido, y la gente lo rodeó, en cierto modo anhelante.

—¡Atención! (Y una trompeta reforzó sus palabras.) ¡Éstas son las últimas noticias que nos llegan del mundo! ¡Su Santidad el Papa sigue sitiado en Roma por las tropas de Garibaldi, quien parece que se dispone a concentrar sus ataques contra la Puerta Pía! ¡Los soldados alemanes han retrocedido por tercera vez ante Tobruck, pero se están atrincherando, y parece que han detenido el avance de los ingleses! ¡En la Indochina acaba de nacer un niño con dos cabezas, y, en el Beluchistán, una niña sin cabeza! ¡Como el Beluchistán y la Indochina están bastante cerca, y son todos budistas, los bonzos hacen gestiones para que la cabeza que le sobra al niño le sea transferida a la niña, aunque con garantía de que no le saldrá barba! ¡Después del último cohete tripulado que los americanos enviaron al cielo, se dice que los rusos preparan nada menos que un tren aéreo, que esperan colocar en su órbita cargado de turistas, para que el mundo vea en ese viaje un mensaje de paz! Según informes de buena tinta, los soldados del Papa empiezan a

flojear en su resistencia, de modo que, por esa parte, es muy probable que nos hallemos próximos al catorce de marzo; pero los mismos informes aseguran que los alemanes han recibido tropas de refresco de modo que si Rommel resiste a Montgomery, el catorce de marzo se aleja. De acuerdo con algunos cálculos fidedignos, nos hallamos en un diecisiete de abril, miércoles. Pasado mañana será viernes.

—¡Pasado mañana es viernes, pasado mañana es viernes! —empezaron a gritar las mujeres, con entusiasmo, con vehemencia, los ojos encendidos como locas, y aunque el director de la orquesta parecía disponerse para una nueva tocata, la gente se dispersó gritando de alegría y esperanza, hablando a voces. «¿Tú crees que vendrá el tuyo? ¿Y el mío, tú crees que vendrá?» El director me miró, hizo con los brazos un movimiento que quería decir claramente: «¡Váyales a estas gentes con obras de arte!», y, después de formar sus huestes, salió de la plaza con la misma marchosidad con que había entrado, silbando el pasodoble que los músicos tocaban.

Ute tiraba ya de la manga de mi chaqueta, tiraba hacia la «boutique». La operación de recobrar el aura no requirió de ritos ni ceremonias. Entró delante de mí, pasó al otro lado del mostrador, y, al volverse, ya el aura la envolvía: no como las coronas de los santos, sino como una mandorla, una especie de emanación de su cuerpo, imperceptible a los sentidos, sólo accesible al espíritu, aunque quizás a través de algo que sospechaba la vista. No quiero decir con esto que el aura fuese visible, sino que, al cerrar los ojos, dejaba de percibirse. Bueno. Me estoy metiendo en un lío al intentar explicarte lo inexplicable, o describirte lo indescriptible. Créeme bajo palabra: Ute, instalada en su tienda como una bruja en su cueva, emite una especie de efluvio que he denominado aura y mandorla, no porque lo sean, sino porque son las únicas realidades a las que puedo referirme, aunque, como sabes, ni el aura de los santos ni las mandorlas son tampoco perceptibles en tanto realidades, sino figuras convencionales en que se simboliza una realidad sospechada.

Fue entonces cuando me dijo que se llamaba Ute, y que era princesa en alguno de esos lugares donde todavía quedan príncipes,

aunque con la particularidad de que, por razones que entonces no venían a cuento, en su tierra de príncipes no hubiera un lugar para ella. Esas razones de explicación aplazada la obligaron a trasladarse sucesivamente a varios lugares donde el estatuto de las princesas fugitivas es algo más tolerable, aunque siempre corra el riesgo de que sea también cruel. La singularidad del destino de Ute consistió en que, en el lenguaje del tarot, no figuraban las referencias, menos aún los símbolos, de la fotografía como fatalidad, a causa probablemente de que había sido inventado algunos siglos antes. Y la fotografía tuvo bastante que ver con la vida de Ute. Por lo pronto, y para empezar, influyó en su noviazgo y proyectado matrimonio con Giulio, un joven representante de la nobleza vaticana cuya familia, aparte su lealtad a los pontífices, mantenía tradicionales relaciones con las formas más peligrosas de la economía sumergida. La familia de Giulio había aspirado desde muy antiguo a que una pareja al menos de reyes, aunque fueran exiliados, concurrieran como invitados de honor a una boda de alguien de aquella sangre, señorita o caballero, daba igual, pero Europa fue quedándose sin reyes. Cuando Ute apareció, cargada de prosapia y desventuras, las damas más experimentadas del clan convinieron en que, a su boda, no se atreverían a faltar, en el lugar de los reyes que ya no quedaban, la docena y media de nietas de emperadores desperdigados por Europa, feas y solteras todas, algunas además protestantes, pero poseedoras de viejos trajes de corte, de gargantillas heredadas y de unos moños completamente imperiales que colocarse encima del peinado: todas juntas valían por una pareja real, y, en una fotografía, ocupaban más espacio. La familia de Giulio se puso a soñar con la boda, en que las viejas sangres imperiales se mezclarían con los advenedizos de la nobleza negra; total, sólo tres siglos de nobleza, reconciliación definitiva, y algo tardía, de güelfos y gibelinos. Imaginaron a la fotografía dando la vuelta al mundo, quiero decir, apareciendo en las primeras páginas de centenares de revistas especializadas en matrimonios y otros acontecimientos similares. Y la fotografía, efectivamente, se hubiera publicado, si no interviniese, en cierto modo impertinente, el padre Mattei. El padre Mattei representaba, en el seno de la familia de Giulio, los intereses de la curia, pero, acerca de los demás

aspectos de una vida familiar, como los sentimentales, tenía sus puntos de vista, escasamente respetuosos con el amor, en el caso aún no dilucidado de que Giulio amase a Ute y de que Ute le correspondiese. Aun en el supuesto de que la pasión los enlazase más allá de cualquier conveniencia, el padre Mattei no tuvo escrúpulos, careció de piedad, al tomar a Ute por su cuenta y exigirle que se desprendiese del tarot y de su uso; más aún, de que antes de su matrimonio con alguien tan irreprochablemente ortodoxo como Giulio, se sometiese a cierta clase de exorcismos, aunque secretos, que la limpiasen de su evidente contaminación diabólica. No valió de nada que Ute le pronosticase su inmediato nombramiento de obispo, entre otras razones porque el padre Mattei lo había sabido mucho antes que el tarot. Ute llegó a vacilar, pero seguramente algunos de los demonios que la rondaban la convenció, en la soledad de sus cavilaciones, de que ella, sin el tarot, no era ella, y que a cualquier cosa podía renunciar, menos a sus cartomancias. Rechazó las propuestas del jesuíta, y éste anunció a la familia de Giulio que la Iglesia no podía bendecir el matrimonio. Un acto de rebeldía por parte de los novios quedaba excluido por razones obvias, pues no se trataba de realizar un amor, sino una fotografía. Se rompieron los tratos. Giulio, que intentaba portarse como un caballero, le rogó a Ute que se quedase con los regalos, y llegó a la oferta de una cantidad por daños y perjuicios que Ute rechazó. Su fotografía apareció en las revistas con un pie en que se expresaba la sorpresa de todo el mundo por la ruptura de la proyectada, de la esperada unión entre tan bella princesa y un famoso y asimismo bello noble romano. A partir de entonces, la fotografía de Ute apareció con frecuencia en esa clase de revistas: como tripulante de un yate, como jugadora de golf, como figura distinguida en determinadas fiestas, siempre en compañía de alguien, nunca en la misma compañía. Y así durante unos cuantos años. Lo curioso fue que, habiendo comenzado por fotografías a todo color en la primera plana, había acabado por aparecer en grupos, su nombre entre otros muchos, figura decorativa en fiestas de *rastacueros*. Hasta que, últimamente, había recuperado la policromía gracias a las relaciones de su piel con cierta crema deshidratante. La contemplación atenta y sucesiva de la serie

completa de las efigies de Ute, incluida la del anuncio, muestra el proceso de cómo se llega, desde la ingenuidad ilustrada, a la experiencia amarga.

—Y, usted, ¿por qué huyó de su casa?

—Por causa del tarot. Me correspondía por legítima herencia, pero mi tía Elisenda me lo disputaba, y la familia se puso de su parte. Decían todos que yo era demasiado joven para tener en mis manos un instrumento tan terrible, pero la verdad es que, desde mucho antes, sabía leer en las cartas los destinos de la gente, me lo había enseñado mi tía abuela Sofía, que me dejó el tarot al morir casi centenaria. «Es tuyo y no te lo dejes quitar.» Y ya ve usted: cuando las mismas cartas se repiten en diferentes ocasiones, y dicen lo mismo, hay que acabar creyéndolas. Mis cartas, además tienen una historia que las hace incomparables: predijeron el triunfo del Emperador en Mülberg, la muerte de María Antonieta, los amores de Napoleón con mi tía tatarabuela la condesa Valeska, la coronación de Guillermo I en Versalles y la deportación de Guillermo II. Y muchos más acontecimientos importantes… Mi tía abuela, la princesa Sofía, le escribió una carta el Papa anunciándole la victoria de Garibaldi y la instauración de la monarquía de los Saboya. Y, a mí, desde niña, me pronostican un final gris. Ya debo estar en él.

—Sólo aparentemente, pienso yo. En efecto, regentar una «boutique» en un pueblo no es una situación excepcionalmente brillante, pero, el que sabe mirar, descubre en seguida que esta tienda es más de lo que aparenta. Es…

—¿Es que?

—Iba a decir es, pero más exacto será decir parece. En efecto, a primera vista, parece el escondite de una hechicera.

—¿La cueva o el antro?

—¿Y por qué no el estudio? También pudiera ser la oficina.

Por primera vez, Ute sonrió. Tenía una sonrisa grata, de buena persona que tiende a disimularlo.

Se volvió, fue hacia el fondo de la tienda, hurgó en alguna parte, y regresó con un estuche en la mano.

—¿Quiere cerrar la puerta? Con el cerrojo, y corra la cortina.

Lo hice mientras ella echaba los visillos. La tienda perdió un

poco de luz, sin llegar a la penumbra. El lugar del mostrador donde dejó el estuche recibía, sin embargo, la claridad, algo sesgada, de la puerta cristalera.

Me rogó que me sentara. Y me señaló el sitio donde debía colocar la silla.

—Aquí —con el dedo extendido, no como orden.

El estuche venía forrado de terciopelo cárdeno, muy usado. Lo abrió y lo empujó un poco hacia mí. Vi las cartas del tarot, unas láminas grandes de marfil, gastadas por los bordes.

—Tienen más de quinientos años —dijo ella—, y fueron pintadas en un taller de Florencia. Es la única colección completa que existe en manos de una persona privada. Hay otras por los museos, fragmentarias. Si algún día renuncio a mí misma y las vendo, seré rica.

Se sentó: de alguna parte que no vi sacó un tapetillo color oro viejo, también gastado, y lo extendió sobre el mostrador. Puso encima el tarot, en un montón.

—¿Se ha fijado en que, aquí al lado, vive alguien que enseña francés?

—Sí. Vi el anuncio de la puerta.

—Es un pretexto o una justificación. Esa persona es el agente de un museo americano que quiere comprarme el tarot. Tienen miedo a que alguien me lo robe. Ese hombre lo vigila, lo protege, comprueba que aún existe, una vez a la semana, y una vez cada mes me reitera el ofrecimiento del museo, discretamente aumentado. Acabaré vendiéndoselo.

Con un movimiento rápido su mano lo extendió en abanico.

—Saque una carta.

Salió el caballo de oros.

—Éste es usted.

Recogió el naipe, lo barajó, me lo ofreció.

—Corte.

Lo hice con un temblor repentino, como un remoto temor.

Antes de sacar las cartas, Ute se debruzó sobre el mostrador.

—Está usted saliendo desde el día anterior a su llegada, y el tarot lo anuncia como portador de una misión. ¿Sabe cuál es?

—No.

—El tarot no lo dice, así, en concreto. Viene usted a liberar al pueblo del dragón asesino, o cosa semejante. Dice que trae usted una misión. Verá cómo su carta sale a este lado, y el as de oros por aquí (señaló lugares de un cuadro imaginario). No recuerdo ningún indicio que nos haga pensar que se trata de una misión de amor. ¿Le entristece?

—Todavía no.

Empezó a manejar diestramente las cartas: daba gusto, casi vértigo, ver cómo pasaban rápidas por sus manos, cómo las ordenaba, las levantaba y recogía, cómo volvía a barajarlas, yo a cortar, ella a repartirlas de nuevo: en un cuadrado, en un círculo, en montones de a dos, en montones de a tres, con la faz escondida, con la faz al descubierto. A la vista del «ahorcado» fruncía el ceño. El caballo de oros salía con insistencia en determinados lugares, vecino de ciertas cartas significativas, o junto a ellas. El as de oros siempre le andaba cerca. También intervenían en mi destino inmediato el tres de espadas y la dama de bastos. No era misión de amor, repitió Ute varias veces, en voz baja, como hablando para sí: pero la dama de bastos andaba mezclada a la situación, también se repetía. Una vez me miró Ute fijamente y me preguntó si había una mujer que fuese a tener conmigo alguna relación como un negocio o una conspiración… ¿Por qué una conspiración? Ciertas cartas revueltas orientaban hacia ese viento. Descubrió algunas cosas de mi pasado inmediato, el abandono de Claudine, mi decepción y las locuras que hice después. «Venir aquí no lo fue. Sin saberlo, le esperábamos. Ya le dije que le descubrí en las cartas el día anterior a su llegada. Al repetirse la figura, al verle a usted perdido por la plaza, comprendí que era usted. Pero, ¿por qué se le esperaba? ¿Qué es lo que tiene que hacer aquí?» Recogió las cartas, las restituyó al estuche, cruzó los brazos y me miró. «Las cartas no hablan con palabras precisas, hay que interpretarlas. Lo de la misión está claro, pero no imagino lo que haya que hacer aquí que se pueda tomar por misión, por algo que resuelva el destino de alguien…» Calló, se quedó pensativa. «A no ser que… Pero, no, no. ¿Vendrá usted a poner los relojes en hora?»

La frase parecía tan absurda que ella misma se echó a reír. Dejó de hacerlo como quien corta la risa. «Así no se entiende, lo

comprendo. Pero se puede decir de otra manera. ¿No vendrá a poner los viernes en su sitio?»

—¿Los viernes? ¿Por qué yo? ¿Y por qué en su sitio?

—Usted ya está enterado de que, en esta ciudad, nunca sabemos cuándo es viernes hasta que el director de la banda musical nos lo declara.

—Sí. Ya me he dado cuenta, y comprendo que es extraño, pero no tuve tiempo de pensarlo. Usted me trajo en seguida aquí, y me embarulló con las cartas.

—¿Y no será mejor que no lo piense, que no intente entenderlo? Por otra parte, yo puedo evitarle que se rompa la cabeza. Yo poseo la información completa, lo que sabe todo el mundo: el tiempo, en este pueblo, no marcha hacia delante, por su orden natural de lunes, martes y miércoles, unos días más de prisa que otros, eso, sí, como en todas partes, cada día en su sitio, con la seguridad inexorable de que el viernes viene después del jueves. Pero aquí es de otra manera. Aquí el tiempo va lo mismo para adelante que para atrás. A veces, da saltos, y, otros rodeos. Fuera de aquí, el tiempo no se sabe adónde nos lleva, como no sea a sí mismo; aquí sí lo sabemos: nos lleva a un catorce de marzo, al catorce de marzo de mil novecientos diez. Desde que estoy aquí hemos andado lejos, hemos andado cerca, lo hemos casi tocado, pero mientras las tropas de Garibaldi no entren por la Puerta Pía y mientras no caiga Tobruck, no llegaremos al catorce de marzo. Ese día, lo sabe todo el mundo, habrá fiestas, y la noche del catorce al quince será feliz, de música y fuegos artificiales…

Se interrumpió, me miró.

—A lo mejor, es usted el encargado de arreglar este barullo. Es la mejor manera que se me ocurre de interpretar lo que dicen las cartas, pero el cómo no lo sé. Tampoco sé lo que quiere decir ese catorce de marzo, si es una fecha referida al destino del pueblo o sólo al de alguna persona… No sé nada, y las cartas, pasado cierto límite, no sirven. Las cartas son de instrumento mágico que descubre la realidad, pero no opera sobre otras situaciones mágicas, y sospecho que ésta lo es. Tampoco pueden decirnos si un muerto se ha salvado o no: existen esas fronteras y hay algunas realidades que están como metidas en una esfera que las protege, una esfera no sé

de qué materia, pero por cuya superficie resbalan los poderes del tarot. Es todo cuanto puedo decirle.

Retiró de mi vista el estuche de terciopelo desvaído.

—El año diez fue el año del cometa —dije, agarrando un recuerdo fugaz al que nunca había concedido atención. Fue un año de muertes importantes, Tolstoi y Mark Twain.

—Tolstoi y Mark Twain, sí. No creo que tengan nada que ver. Quedan muy lejos. Además, a quien recita doña Lola es a Rubén Darío.

—Rubén Darío murió algún tiempo después. —Me interrumpí y la miré—. ¿Por qué ha mencionado a doña Lola?

—Fue una ocurrencia.

—Si es la dueña de todo, tendrá que Ver con todo.

—Es posible, aunque no se me ocurre cómo. —Quedamos ambos en silencio, un silencio de escasa duración, porqué yo lo rompí en seguida:

—Si yo tuviera que escribir la historia de este pueblo, haría de usted la protagonista, pero sería un error, porque usted está aquí por voluntad ajena; usted, por importante que sea para mí, es, en el pueblo, un personaje secundario, ni más ni menos que los demás, excepto doña Lola. Si es la dueña absoluta, su voluntad será también la única. No quiero decir con esto que yo haya venido obediente a su voluntad, al menos de una manera consciente. No, se lo aseguro, salvo si posee poderes capaces de atraer a su reino a las personas deseadas. ¿Lo cree usted posible?

—No, pero creo en el Destino, que nos envuelve a todos y que juega con nosotros. Estoy persuadida de que usted trae una misión, pero también pudiera suceder que no sea usted el hombre adecuado para llevarla a buen término. La realidad no es como las novelas de caballerías, y, a veces, falla el caballero.

—Dejando aparte eso…, ¿no cree que todo lo relativo al tiempo y a la incertidumbre de los viernes hay que relacionarlo con doña Lola? ¿Y se da usted cuenta, una vez más, de lo inadecuado de ese nombre para este embrollo? ¡Doña Lola es la responsable de los viernes inciertos! ¿No lo encuentra absurdo? Insisto en lo que dije antes: tendría que llamarse de otra manera; tendríamos, por lo menos, que encontrar un nombre adecuado con que, en nuestro

secreto, pudiéramos nombrarla.

—Invéntelo.

—Ya se lo dije antes: no me siento capaz. Pero cada vez me resulta más extraño que una mujer que recita a Rubén Darío disfrazada de Antígona, se llame doña Lola. Doña Lola es el resumen de la vida corriente, y esto en que estamos metidos no lo es.

—Siempre me aconsejaron aceptar la realidad como viene, porque es muy difícil cambiarla.

—Yo soy un artista…

Sonrió.

—Lo había sospechado. ¿Poeta?

—No es fácil que le diga lo que soy. Artista, sí, aunque de manera vaga, sin una especialización. Generalmente, dedicarse a un arte supone la renuncia a los demás. Exige también cierta preparación de la que yo carezco. Soy artista en tanto sueño las obras de arte, cualquiera que sea su naturaleza, un poema, una sinfonía, pero no me preocupo de realizarlas. Perdería mucho tiempo, ¿comprende? En el que se tarda en componer una sinfonía, pienso yo en toda una serie, la siento, la escucho. Esta «boutique» de usted me sugiere un cuadro. Lo llevo estudiando desde que estoy aquí, sin darme cuenta, sin quererlo. Una pequeña parte de mi espíritu permanece al margen de nuestra conversación y de nuestra preocupación. Esa parte observa y piensa: lo pintaría así y así. El cuadro ya está visto: es de escasas dimensiones, cincuenta por cuarenta; un cuadro muy detallado, con un estudio especial de la luz. Desde que usted me mandó cerrar la puerta, y usted misma cerró los visillos, tres franjas de claridad, o mejor dicho tres claridades diferentes, confluyen en este interior. Al mismo tiempo, el color es muy rico, y no le falta al conjunto un punto de misterio. Me gustaría pintarlo, pero no sé.

Ute suspiró.

—A mí me gustaría tenerlo. Me refiero a ese cuadro que usted no pintará jamás. —Alguien llamó entonces suavemente a la puerta. Miramos. Había sido la batuta del Director de orquesta, golpeada contra los vidrios.

—Ábrale.

El Director entró sonriendo, la gorra en la mano izquierda. Se dirigió a ella.

—Le pido permiso, señorita, para cambiar unas palabras con este caballero.

Me venía a decir, sencillamente, que quería hablar conmigo, y que, si no me parecía mal, me esperaba al día siguiente, en los bajos del Ayuntamiento, donde se junta la banda para ensayar.

—Si es usted puntual, a las doce, no habrá nadie más que yo, y podremos charlar largamente.

—¿Largamente? ¿Cree que habrá materia para tanto?

—¡Oh, sí, ya lo creo, señor Viqueira! Ya lo verá. Y no creo que salga usted defraudado.

Miró a Ute como si compartieran un secreto el que yo sería no sé bien si víctima o tan sólo sujeto, pero Ute no pestañeó, no dio muestras de repartir con el director de la banda ni siquiera el aire que respirábamos. Todo esto sucedió al mediodía. Es el atardecer cuando termino de escribirte. No me respondas a esta carta hasta recibir la siguiente: confío en que mi entrevista con el director valga la pena de contarse. Hasta mañana.

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO (continuación)

Los bajos de la casa del Concejo son grandes salas abovedadas, con columnas en el centro. Las puertas y las ventanas, pintadas de verde, y, el suelo, de antiguas baldosas de mármol, con efigies gastadas de dioses y emperadores. Los instrumentos de los músicos, arrimados a la pared, forman friso rutilante y mudo. La mesa del director está en un rincón, al lado de una ventana. Delante, el podio. Encima de la mesa hay papeles, de música y manuscritos. El Director se levantó, id verme, y salió a recibirme, efusivo. «¡Señor Viqueira, señor Viqueira, cuánto gusto!» Tiene unas manos grandes y gordas, coloradas: la mía, que le tendí, se perdió entre ellas. Buscó una silla que ofrecerme, no sé de dónde la sacó, porque, a la vista, no había más que la suya, un sillón de baqueta muy usado. «¿Y qué le parece a usted nuestra banda? Pocas hay en pueblos como éste tan afinadas y que hayan alcanzado un nivel de interpretación de

tan elevada calidad. Me gustaría que escuchase nuestro *Tanhausen*, según mi adaptación. Y la marcha de *Aida*. ¡Ah, la marcha de *Aida*…! ¡Ya verá usted qué sensibilidad! Claro que si conociera usted bien nuestro pueblo no le extrañaría. ¡Nos falta, eso sí, un templete en la plaza, sobre todo a causa del sol, que nos abruma! El Ayuntamiento nos lo tiene prometido pero anda escaso de dinero. Todo lo que ingresan las arcas municipales se lo llevan las necesidades del pueblo ése de abajo, antro de vicio y de incultura, con el que nuestras relaciones son meramente burocráticas… créame usted, señor Viqueira, las dos mitades del Alcázar de la Ribera están separadas por su propia naturaleza. Es lamentable que nuestros hombres se vean en la necesidad de trabajar allá, tan cerca de Babilonia. No pueden evitar el espectáculo de la desvergüenza y de la vulgaridad, a veces se contaminan. Yo intento recuperarlos por la música. Ya verá usted el domingo al mediodía… Un concierto de dos horas, con intermedio. Vienen todos los obreros con sus mujeres, oyen y ven algo distinto… Por ahí tengo el programa… La primera parte, música nacional; en la segunda, europea. Yo tengo adaptadas a las posibilidades de una banda muchas obras famosas, ya verá usted, ya verá cómo suena Vivaldi con el metal en lugar de la cuerda. Maravillosamente, podrá comprobarlo. Claro que esas trompas, tocadas por quienes las tocan y dirigidas por mí, no lo tome a vanidad, suenan como los violoncelos. ¡Qué delicadeza de timbre, señor Viqueira! Espero verle entre el público.»

No sólo movía las manos, sino la mirada, que iba de mi rostro al fondo de la estancia, alternando; y la frente, ora fruncida, ora estirada. Yo creo que hasta se le movían las orejas. «¿Es usted poeta, señor Viqueira?» Súbito como un escopetazo, quieto y con los ojos clavados en los míos. «¿Poeta? Sí, aunque en cierto modo, sólo en cierto modo. No tanto que llegue a famoso, ni tan poco que la musa me haya excluido de su amistad.» «Lo suficiente, entonces», dijo el Director, como hablando para sí. «Por supuesto, no he publicado ningún libro. Soy poeta en mi intimidad, verdadero modo de serlo. Lo otro es mera exhibición.» «¡Ah, señor Viqueira!», exclamó entonces, dejando que la mirada le resbalase por el mundo; «estoy completamente de acuerdo con usted. Ser poeta, como ser músico, es cosa de naturaleza, no de publicidad. Me parece que

vamos a entendernos.» «¿Hay alguna cuestión especial en la que tengamos que entendernos, señor Director?» «Llámeme, si quiere, Estanislao, con el don, por supuesto, ya que mi cargo lo pide; ése es mi nombre. De pequeño me llamaban Tanis. Bueno, la verdad es que fui Tanis durante mucho tiempo, pero ahora lo encuentro demasiado breve. Además, no cuadra con el don. En cambio, el nombre entero, don Estanislao, va bien a lo de Director de una excelente banda, a un músico que, además, es periodista, como usted pudo observar ayer. Un periodista un poco al margen de lo que se usa en la profesión, pero, a mi modo, lo soy también, más o menos como usted es poeta.» «No lo dudo, puesto que pude advertirlo y escucharle. Por cierto que tiene usted muy buena voz, una voz que bien pudiéramos llamar radiofónica.» Fue como si le hubiese picado una tarántula. Alzó las manos, con las palmas contra mi, como si fuera a parar un golpe. «¡No mencione esa palabra, se lo ruego! ¡Está maldita en Alcázar, además de prohibida! ¿No sabe que tenemos vetado lo radiofónico?» «Y, ¿por qué? Suele entretener mucho a la gente.» «Sí, pero también la embarulla. Sobre todo, en esa cuestión del tiempo. Ya se habrá dado cuenta de que el tiempo, aquí, es distinto.» «Sí, me di cuenta al escucharle a usted.» «Un solo aparato de radio en el pueblo bastaría para desordenar lo que tanto trabajo costó poner en orden.» «¿Usted cree que se trata precisamente de un orden?» «¡Ya lo creo, señor: del único posible! Lo que pudiéramos llamar el orden circular. Imagino que, ayer, la chica ésa de la “boutique” le habrá puesto en antecedentes de que, en este pueblo, todo da vuelta alrededor de una fecha, que ya pasó y volvió; que pasará y volverá indefinidamente.» «¿Está usted seguro?» «Por supuesto que lo estoy. Hace ahora veintidós años, se repitió el catorce de marzo de mil novecientos diez, y según todos los barruntos, está a punto de caer una vez más, quién sabe si un día de éstos. Cosa curiosa, el que se repita pronto depende en buena parte de que usted sea poeta.» «Yo creí que, ele lo que depende realmente, es de que Garibaldi encierre al Papa en el Vaticano.» «Ésa es una circunstancia marginal, una especie de seña que sirve de orientación a la gente. Pero las condiciones reales, que son al mismo tiempo secretas, dependen de otra suerte de coincidencias.» «Lo que me choca es que yo tenga algo que ver con esto. No olvide

que estoy en Alcázar por casualidad. Lo mismo podía haber ido a Almuñécar o a Marbella.» Me miró gravemente. «Eso que usted llama casualidad, es una clara ley, señor Viqueira; en estas tierras paganas, le llamamos Destino. Fue el Destino el que lo trajo, de eso no le quepa duda. Le trajo oportunamente, en el momento justo. La nueva repetición del catorce de marzo no podía retrasarse mucho tiempo.» «Me gustaría hacerle una pregunta… bueno, en realidad son más de una, pero, para empezar, ésta, a la que espero que me responda: ¿El Destino consiste en que yo haya venido porque se acerca el catorce de marzo, o se acerca el catorce de marzo por haber venido yo?» Quedó pensativo unos instantes, con ese aire de imbécil que se suele poner cuando a quien no está debidamente informado se le propone un problema matemático. «Mire, la verdad, eso no lo he pensado. Tendrá que darme unas horas…» «Se las concedo. La segunda pregunta es ésta: ¿por qué el catorce de marzo, y no el diecisiete de febrero?» Se echó a reír, una risa ancha y breve, como frenada nada más que iniciarse. Se puso intensamente serio. Casi palideció. Se levantó de la silla con cierta solemnidad. La voz le tremolaba un poco, tremolaba más bien en el fondo, como en secreto. «Ése es el meollo de la cuestión, señor Viqueira, ése es el quid.» «¿Qué sucedió el catorce de marzo? Al de mil novecientos diez, me refiero.» «Pues, mire: si se lo digo, participará usted de tal manera en el secreto que nos oprime, y al mismo tiempo nos justifica, que difícilmente podrá usted abandonar ya el pueblo. Ahora bien: lo cierto es que, cuando ayer le invité a venir a verme, era con la intención de revelárselo, por estar persuadido de que tiene necesidad de saberlo. Es decir, en el caso que esté usted dispuesto a llevar hasta el fin…» Le interrumpí. «¿Una misión? ¿Puede decirme cuál? No puedo comprometerme sin saber antes lo que se espera de mí.» «Sin embargo, la naturaleza del secreto es tal, que no puedo revelárselo sin que usted, de antemano, acepte las consecuencias.» «¿Y si no las acepto?» Pareció entristecerse. «Entonces, señor Viqueira, lo más probable es que continuemos dando vueltas alrededor del catorce de marzo sin llegar a él, al menos en tanto no aparezca otro poeta por el pueblo. Y, eso, ¿quién sabe cuándo será? ¡Hay tan pocos poetas…! La gente, sin embargo, podrá esperar, porque vive lo mismo en un tiempo circular que en

un tiempo lineal, y, si en algún momento manifiesta inquietud, todo consiste en aproximar un poco más los viernes. Pero hay alguien que no es la gente, el verdadero protagonista del drama.» «¿Quién?» «Ella.» «¿Ella? ¿Se refiere usted a Ute?» Me miró con una especie de sorpresa. Yo continué: «Ayer tuve con ella una larga conversación. No me pareció advertir que su situación fuese tan dramática como usted dice.» «A veces pienso que no, pero otras me entra la sospecha vehemente de que las tres son una sola y la misma: la de la Quinta, la marquesa y Ute. Bueno, más que una sospecha, es en realidad una fantasía, algo que debiera ser y que no es. Sin embargo, en alguna parte puede haber tres mujeres.» Reí discretamente. «El pensamiento, señor, en su imprevisible desarrollo, no sigue siempre un camino lógico, o, más exactamente, recorre caminos regidos por lógicas distintas. Una de éstas es la que le conduce a realizar imaginativamente todas las combinaciones posibles de unos datos concretos. Sin duda, una de ellas, y de las más atractivas, es la que usted acaba de proponer. ¡Tres mujeres en una y quién sabe si Una en Tres! Pero tampoco lo creo real.» «¿Por qué?» «No lo sé, mera intuición.» «Yo, en cambio, combato esa idea con un razonamiento riguroso. Una mujer que tiene treinta años, no puede al mismo tiempo tener veinte, y ésa es la edad que calculo a la otra, a la que vive en la Quinta, en el caso de que en la Quinta haya una sola, que tampoco lo creo. Tarde o temprano sabrá usted que soy uno de los pocos recibidos allí; no siempre: una vez por semana, ¿sabe? Recibo instrucciones, a veces órdenes. Y hablo siempre con la misma mujer, una mujer envelada. Tiene que ser madura, por la voz…» Le interrumpí: «La que yo escuché una noche, tenía la voz grave.» «Pero hay otra, tiene que haber otra, mucho más joven. Nació nueve meses después del último catorce de marzo.» «¿Fue engendrada ese día?» «Con toda seguridad.» «¿Cómo lo sabe?» «Porque yo soy su padre.» Sobrevino un silencio compacto, uno de esos silencios, además voluminosos, durante el cual nos sostuvimos las miradas. Duró lo indispensable para que en mi mente se hiciera súbita la luz. «Señor Director de la banda, señor don Estanilao, lo que se espera de mí, ¿es que el inminente, aunque huidizo catorce de marzo, engendre un hijo en determinada persona?» «No un hijo, sino precisamente una hija. La encargada de continuar la tradición.»

«Y, esa tradición, ¿en qué consiste?» «En recitar a Rubén Darío, en recordarlo varias veces al día, en ser una especie de sacerdotista de una especie de culto.» «Empiezo a sentir deseos de comprometerme, no porque lo tenga de engendrar una hija, que siempre fui reacio a la paternidad, sino por la curiosidad, o las ganas, de llegar al fondo de la cuestión.» «No necesita firmarme ningún papel: me basta con su palabra.» Abandonó el lugar que ocupaba, tan de director de un cotarro; rodeó la mesa y me cogió de un brazo. «Venga.» Me dejé llevar hasta un lugar alejado, casi un rincón, de aquella sala inmensa, poblada acaso de mudas, de invisibles semifusas. Nos detuvimos ante una de aquellas losas en cuya superficie se podía adivinar el perfil de un arco y ciertos restos de relieve que podían haber pertenecido a una figura humana. «Unos arqueólogos alemanes que estuvieron aquí, aseguraron que esta figura representaba a la Pytia. ¿Recuerda usted quién fue?» «Tengo una idea, aunque no demasiado detallada.» «¿Y no se le ocurrió nunca preguntarse por qué la Pytia duró tantos siglos? Cierto que la misma pregunta podía hacerse a la Sibila de Cumas.» «Le aseguro que jamás se me ocurrió plantearme cuestiones de tan angustioso trámite. Usted, ¿sí?» «Sí, porque me sirven de parangón de un misterio que, de otro modo, no lograré entender. La incalculable duración de la Pytia, sólo comparable a la de la Sibila se explica imaginando que el cargo se transmitió de madres a hijas, todo lo más a nietas, con los correspondientes informes sobre los ardides del oficio. Y, para que existiesen esas hijas o esas nietas, primero tenían que concebirlas. ¿Obras de dioses o de hombres? No se sabrá, pero sólo así podían sustituirse en el secreto de sus cuevas y parecer siempre la misma. Tampoco nadie se les acercaba tanto como para verles la cara. Éstas de aquí se las velan.» «¿Supone usted, pues, que esa señora que recita a Rubén Darío engendra una hija cada veinte años para sustituirla?» «No precisamente "esa señora", sino cada una de ellas. Porque, según mis cálculos, vamos ya por la cuarta. Saque la cuenta, si no: la engendrada el catorce de marzo de mil novecientos diez por Rubén Darío, en una noche irrepetible de amor y poesía, quedó a su vez preñada hacia mil novecientos treinta: fue la niña nacida alrededor de esa fecha la que yo padreé en mil novecientos cincuenta. A mi hija es a la que le ha

llegado el turno; yo, con mi autoridad de padre, se la ofrezco.» El Director de la Banda Municipal, llamado generalmente don Estanislao, aunque en sus buenos tiempos le hubieran llamado Tanis, hablaba rápidamente, sin cambiar de ritmo ni de tono, y sus palabras eran tan momentáneamente imperiosas que resultaba difícil recordar con precisión lo que acababa de decir: quedaban, eso sí, ideas relativamente vagas. Sin embargo, algo de lo hasta entonces escuchado me sorprendió fugazmente como si no viniera a cuento, como un error que se desliza en el discurso y destaca. Tenía que haberlo olvidado, igual que lo demás; tenía que haberlo reducido a impreciso recuerdo; pero fue el caso, quizás inexplicable, que por su contenido lo aisló mi mente de la corriente de las palabras, lo retuvo, y, en cuanto me fue posible, interrumpí a don Estanislao. «Le ruego que me permita una pregunta, señor, acaso impertinente.» El Director de la banda de música se pasó la mano por la frente y pareció mirarme con un punto de compunción. «Pregúntemelo, sí, y hasta no hace falta que me lo pregunte, pues yo sé de qué se trata. A veces, uno no gobierna las palabras, y dice lo que desea no decir, dice fuera de tiempo lo que piensa decir en el momento conveniente, como eso que no se escapó a su perspicacia. Sí. Lo que usted, en algún momento, llamó el quid de la cuestión, no consiste más que en eso: la dama llamada doña Lola, a una altura de su edad en que se le llamaba simplemente Lola, después de haber sido durante pocos años Lolita, conoció en mil novecientos diez a Rubén Darío, se enamoró de él y quedó embarazada después de una, o de varias, noches de amor, como le dije antes: líricas y ardorosas. Hay que decir, en su disculpa, que ella también hacía versos o al menos lo creía, y que probablemente, carecía además de informes suficientes acerca del nacimiento de una criatura como resultado de una o varias noches de amor, de esos actos carnales a los que también se entregan apasionadamente los poetas por muy espirituales que sean. La primera de las cuatro Lolas, según mis cálculos, no sólo se dedicó después al culto de sus recuerdos personales, sino que transmitió sus devociones a su hija, con el justificante pretexto de que debía admirar a su padre, y que la mejor manera de hacerlo era repetir durante toda su vida lo que ella venía haciendo. Ignoro el momento en que una de las dos, o

ambas mancomunadamente, decidieron que el culto al vate no tenía por qué interrumpirlo la vejez, los achaques o la muerte. Lo único necesario para su continuación era hallar nueva sacerdotisa, y eso, ¿quién mejor podía hacerlo que la más joven de ellas? Esta decisión, que sitúo en el tiempo hacia mil novecientos treinta, como le dije, originó la primera colaboración de un caballero ajeno, cuya personalidad ignoro pero seguramente artista, o tenido por tal, más o menos como yo veinte años más tarde: alguien capaz de envolver en entusiasmo y misterio el acto de la generación, cosa de que no es capaz cualquiera, de que fui capaz yo, y que se espera de usted con todos los requisitos. La diferencia está en que, a ese primer colaborador, seguramente fueron a buscarlo fuera de aquí la madre y la hija, en tanto que a mí me encontraron en esta plaza por razones de larga explicación… ¡Toda una vida de artista desgraciado, imagínese! Entonces, todavía el tiempo fluía hacia delante, a no ser que se entienda por tiempo lo que va quedando atrás, pero da igual, pues si lo que queda atrás ya no existe, lo que queda por delante no existe todavía, recuerdos y esperanzas son igualmente ensueños.» «¿Lo dice por experiencia?» «Lo digo por convicción.» «Podría ponerse en verso.» «Hágalo usted y yo le pongo la música.»

Todavía charlamos un buen rato en aquella sala blanca, sembrada de dioses borrosos, hasta que a don Estanislao se le ocurrió invitarme a tomar una copa en la taberna de la plaza. Allá nos fuimos. Él, aquella mañana, vestía de paisano, con traje azul y corbata, y un sombrero de paja que llevaba en la mano. Se planteó la cuestión de si había alguna diferencia sustancial entre una noche de amor a cargo de un músico o a cargo de un poeta. El director de la banda sostenía que daba igual, pues siendo cosa de ritmo, el ritmo es materia propia de los poetas y de músicos, y, casi sin darnos cuenta, él acabó imaginando la sonata en que se expresarían los recuerdos de tal noche, y el poema. Volvió a proponerme colaboración, ésta de gran envergadura, nada menos que toda una coral con mis palabras y sus notas. Le dije que un trabajo así requería mucho tiempo, y que yo no contaba con permanecer en la ciudad indefinidamente. «Por lo pronto, querido amigo, tendrá usted que esperar a que nazca la criatura, después de haber

esperado la certeza del embarazo. Y, si sale niño, repetición de las operaciones. No lo pasará mal, se lo aseguro. A mí me tuvieron un año viviendo a cuerpo de rey, allá arriba, en la Quinta, y cuando quedé libre del compromiso, me dieron este cargo de director de la banda y de vocero de las noticias y del tiempo, que no me pagan mal y que me permite ir tirando. Ignoro cuáles serán sus aspiraciones en la vida, y nadie le obliga a quedarse aquí después de zanjado el compromiso. Pero, ya ve, usted escribiendo versos y yo músicas, sería una bonita manera de esperar la muerte.» «Sin duda, señor. Sobre todo muy descansada.» Ya nos separábamos, cuando me llamó. «¡Eh, señor Viqueira, señor Viqueira!» Volví sobre mis pasos: casi había llegado a la mitad de la plaza y él permanecía bajo los soportales. Nos encontramos a medio camino. Me habló en voz baja. «Olvidé decirle que, durante todo el tiempo que dure la espera, no le faltará compañía en el lecho, señor Viqueira. Es un detalle interesante, ¿verdad?» «Sí.»

DE UXÍO PRETO A PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA

No se te puede dejar solo, querido Pedro Teotonio: eres como una criatura atolondrada, o como uno de esos hombres que tropieza varias veces con la misma piedra y piensa que son piedras distintas. Me he tomado el trabajo de cotejar estas tus últimas cartas con algunas de las escritas en ocasiones semejantes, nueva mujer a la vista, y por la coincidencia de los síntomas, veo que, nada más hablarle durante un par de horas, te estás enamorando de esa princesa a la que llamas hechicera, y que acaso lo sea, pero que no te conviene en absoluto. Cierto es que tampoco te convino ninguna de las anteriores, puesto que sucesivamente te fueron abandonando, lo que se dice al margen, pero sobre esta princesa huida de su castillo como quien huye de su contexto, y, quién sabe si también de sus casillas, tengo que aconsejarte toda clase de cautelas. Las princesas fugitivas nunca son de fiar: menos una como ésa, cuya fotografía apareció regularmente en las revistas de gran tirada, y no por especiales talentos que tenga, a ése de leer en el tarot no lo mencionan en las revistas, sino por ocupar un sitio en el espacio

social o en las noticias gráficas, que es lo mismo que ocuparla en un abismo de arena. Tú mismo me cuentas cómo su efigie fue descendiendo desde primeras planas a todo color hasta fotografías menudas en blanco y negro. ¿No te basta esta degeneración tan visible? ¿O acaso te enternece? Conviene además tener en cuenta, los caracteres específicos, esos que concurren (seguramente) en Ute por ser princesa y fugitiva. Vayamos primero con lo del título. Hay lugares donde ser príncipe es ser algo como cabeza de jerarquía o cosa semejante y otros donde el príncipe no pasa de medianía nobiliaria. La vieja Rusia, por ejemplo. Claro que ahora ya no los hay, pero cuando los hubo, abundaban, y cuando abandonaron sus estepas, todo perdido menos las ínfulas y el nombre, merodearon por todas partes, sobre todo en los sindicatos de taxistas y camareros, pues lo único que sabían hacer, fuera de las ceremonias cortesanas, era conducir sus coches y practicar la etiqueta de la mesa, aunque no niego que alguno fuera además un buen jinete. De lo que me has contado deduzco que Ute no es una de ésos, sino de los de más alcurnia, de Rusia para acá, donde el ser príncipe suena a más rutilante. ¿De Prusia, de Silesia, del cuadrilátero de Bohemia? ¿O acaso de los Balkanes? Esa relación indiscutible de Ute con la brujería, así como su belleza, me hacen pensar que proceda de algunos de esos banatos que tanto dieron que hacer a las Cancillerías durante la *Belle Époque*. Las brujas balkánicas suelen ser bellas y princesas, o, si quieres que te lo diga de otro modo, las princesas balkánicas suelen ser bellas y un poco brujas. Todas nacieron en un castillo siniestro y todas están emparentadas con el conde Drácula, que aunque no haya sido lo que dice la leyenda, por alguna razón verdadera la leyenda dice algo. Atribúyele a Ute una infancia en un castillo tan eminente como inmenso, tan poco racional en su trazado como cargado de leyendas y de historias espantosas. Esos castillos balkánicos me han dado siempre miedo; no son aéreos y frágiles, sino macizos y sólidos, incluso un poco pesados. Por sus corredores inacabables vuelan aves oscuras, y en sus ojos llevan escritos los gatos los asombros de muertes verdaderas, o, lo que es mucho más grave, de insólitas metamorfosis, monstruos variables que hasta a los gatos espeluznan. Por otra parte, todas las princesas de esos castillos vuelan, y se sabe

de caballeros inocentes que, habiéndose casado con alguna de ellas, prefirieron arrojarse a los abismos antes que permanecer una noche más en el lecho conyugal. Una niña criada en ese lugar y en ese ambiente guarda sin duda recuerdos peligrosos. Y hasta es posible que los recuerdos lo sean menos, puesto que los puede refrenar en su virulencia la moral y la razón. Pero, ¿y los olvidos? ¡Ah, Pedro Teotonio! Lo verdaderamente temible de cualquier persona, y más de una mujer a la que se ama, son sus olvidos. Imagina los de Ute: todos los de la familia principesca, probablemente milenaria, que habrá escuchado relatar a cualquiera de sus tías, señoras del tarot y sus secretos, o a cualquiera de esas criadas viejas y sabelotodo que no faltan en esas familias, o al menos en la literatura que las pintan. No se sabe de ninguna princesa que haya sido educada cuidadosamente por su madre en los sanos principios de la convivencia burguesa, sino precisamente por una de esas criadas fascinantes, tan siniestras como los castillos en los que viven y a los que parecen adscritas como el capitel a la columna, si no pertenecen a ellos como sus propias piedras. Cumplen con las tareas de un viejo oficio, depositarías como son de las memorias ancestrales, del recuerdo monótono; son las cantoras de las sagas de la sangre, las que convencen a las niñas de que no tienen seis años, sino mil seis: de que no son Ute, sino parte de un todo interminable (al menos hacia atrás) donde hubo muchas Utes, cada cual con su historia de amores, de odios, de venganzas o de espantosos sacrificios, de infidelidades y hasta de crímenes. Hay una enorme diferencia, querido Pedro Teotonio, entre amar a una burguesita de París, Claudine de nombre, ni más ni menos atractiva que Ute, salvo que la memoria de su sangre no va más allá de la guerra del catorce, y a una princesa que trae consigo mil años de reata, o más. Las estirpes balkánicas superan el milenio, pues más o menos todas tienen antecedentes en la lista de los emperadores bizantinos. ¿Y qué se experimenta, sino terror, querido Pedro Teotonio, al estrechar entre los brazos a la emperatriz Teodora? Bueno, te pongo este ejemplo por rutina, pues, según cuenta Procopio, a Teodora fueron muchos los que la tuvieron en sus brazos sin haberse aterrado, aunque quizá sí después. No quiero insinuar que esto mismo le haya sucedido a Ute, pero sí que, yo al menos, me

estremecería de pavor al abrazar al conjunto de la historia europea en su versión oriental. No me negarás que es un poco inquietante. Mi imaginación no llega a tanto, Pedro Teotonio, ni falta que hace. Con Claudine me entendería mejor. Detrás de Claudine, todo lo más que encuentras, si te remontas mucho, son unos cuantos burgueses que defendieron las barricadas de París. Con Ute, inevitablemente, tropiezas con los murciélagos, animal escasamente atractivo. Cuando yo era niño, y cazábamos uno (volátil indeterminado, vuela sin ser ave, mamífero sin andar a patas), lo clavábamos a una tabla, le echábamos tabaco en la boca en espera de que dijese «¡carajo!», pero no lo decía. Ya ves.

Además, las princesas suelen ser quisquillosas e intransigentes. Jamás olvidan su jerarquía, y aunque en alguna ocasión reciban en sus brazos a un *petit burgeois* como tú, no suelen encontrarse a gusto más que con sus congéneres. Por eso sufren tanto, desplazadas de sus castillos, lejos de los petimetres de opereta vienesa con los que les gusta coquetear. Lo malo es que caballeros de ésos ya no quedan, y los pocos que lograron escapar de la quema, acabaron casándose con actrices de Hollywood. Pero el corazón de toda princesa desterrada mantiene la esperanza de encontrar aún a alguno de ellos, aunque esté ya divorciado.

¿Imaginas, finalmente, cuál sería tu papel si consideras que Ute es una mujer directamente relacionada con el misterio? Querido Pedro Teotonio, quizás hayas visto esa película de René Clair, «Me casé con una bruja». Pues lo que allí se cuenta no es nada en comparación con lo que te espera. El tarot tiene la virtud de ofrecer a quien lo juega una versión más profunda de la realidad que la de que a todos los mortales nos es dada: algo que está más cerca de la verdad. Y, todo amor, como sabes, como no debes olvidar, consiste en un entramado de quisicosas generalmente falsas, palabras vanas, ficciones inventadas para aderezar el trámite. Pues esa mujer del tarot, al día siguiente, despliega el naipe y descubre lo que hay por debajo del susurro y la caricia: el inmenso, el irremediable hastío. Querido Pedro Teotonio, así no se puede vivir. Las relaciones interpersonales, aun las más íntimas, las sustentan la hipocresía y el fingimiento. Los hombres hemos descubierto lo inútil de la verdad, sobre todo por su insuficiencia. Hasta al amor verdadero hay que

añadirle algo, hay que adornarlo. ¡Qué amplio, en cambio, el campo de la mentira! Pero las mujeres acostumbran a desear cruelmente que sea verdadero todo cuanto les dices, cuando debía bastarles que les fuese bien dicho; y menos mal cuando lo creen. Pero una que puede llevar al día la cuenta de las mentirijillas que se le cuentan al oído durante esa ceremonia de la voz entrecortada resulta intolerable. Si la pruebas, lo verás… Una mujer amante de la verdad jamás merece ser amada. Esto, si quieres, es algo de lo que puedo decirte acerca de Ute. Queda luego lo de los viernes inciertos. Querido Pedro Teotonio, la primera vez que escribiste esa frase no esperé que, detrás de ella, se ocultase una realidad tan atractiva como la que me describes. Nada menos que salirse del tiempo lineal para entrar en el vertiginoso, el tiempo en espiral, la hélice del tiempo. Ante todo, por ser lo más posible, tu contemporaneidad simultánea con Pío IX y con el Mariscal Rommel: si bien estas paradojas pueda vivirlas cualquiera con un poco de imaginación. Yo me acuerdo de cuando conversaba al mismo tiempo con Atahualpa Yupanqui y con el cardenal Cambacéres una conversación que influyó mucho en el cambio de mis ideas políticas. Nada te impide inventar una comedia en la que Napoleón enseñe a Julio César a jugar al ajedrez: sería el suyo un tiempo lineal, salvo si la terminas con la misma partida, y las mismas palabras, dando a entender que todo lo que acaba de suceder volverá como repetición inacabable; será entonces un tiempo circular o cíclico, en el que algunos creen, aunque tan distanciados unos ciclos de otros que en vez de círculos los tiempos nos parecerán líneas rectas. Pero lo tuyo es distinto, es un tiempo de visible e imprevisible vaivén. Si lo cortamos por un plano secante la figura que resulte será una espiral, no sé aún si de secciones circulares o elípticas, pero, de momento, da lo mismo. La espiral es la representación más exacta de la vorágine, en espiral se mueven los ciclones, y tiene la ventaja de que, si la sitúas en un plano inclinado (Alcázar de Ribera lo es) puedes deslizarte por ella como por un tobogán para caer directamente en los brazos de esa doncella que te espera un catorce de marzo incierto. Imaginemos en un principio una curva amplia, de enorme radio, nada menos que un viernes cada año. A la curva siguiente le corresponde un viernes

cada mes, y, a la otra, una cada semana. Conforme el radio mengua, los viernes se van aproximando, y, reducidos a tiempo, se amontonan unos encima de otros, hasta el momento inefable en que todos los días son viernes, en que se vive un viernes interminable y veloz, como un caballo embridado que corriera sin moverse. A esta paradoja de dinamismo y quietud podríamos llamar Paraíso, y puede ser su símbolo de susodicha doncella, aunque no sé por qué. Lo tuyo es esto, pero con modificaciones. Si el inventor del sistema fue ese hombrecillo de la batuta, debes felicitarlo de mi parte: lo tengo por un verdadero demiurgo. Se trata nada menos que de la introducción de un interminable compás de espera mediante la inserción de puntos de referencia ajenos al sistema mismo. Garibaldi forcejea, Rommel retrocede o avanza, la ley matemática de la espiral se interrumpe, vacila, retrocede, planea, recobra su camino, se fatiga, descansa. Y todo por carecer de un poeta a mano, de un poeta probado en su virilidad que engendre, en una futura recitadora de programas modernistas, otra que la repita al infinito, si bien mediante intervenciones sucesivas de poetas homogéneos y de recitadoras equiparables. Genial. El sistema es tan cautivador que si alguna esperanza me queda de que te libres de Ute es porque la espiral, o la vorágine de los viernes, acabará por engullirte, por absorberte en su mäelstrom de tiempo y verso. ¡Lástima que en el vórtice te aguarde un lecho semejante al conyugal por su escaso peligro, en que una doncella de faz inédita espera con anhelo el cumplimiento de una operación de resultado incierto! Todos los reyes que ofrecieron a príncipes errantes la mano de sus princesas, lo hacían para tener descendencia; mas las princesas, al margen de la política del suegro, prometían, o, al menos ofrecían, felicidad. Según tu relato, el saltarín de la batuta no pronunció esa palabra. ¿Cuál diablos va a ser entonces el premio de tu hazaña? ¿Saber que una hija clandestina, cuando llegue a la mayoría de edad, va a recitar a Rubén Darío en las noches de luna? ¿O quizás una gratificación en metálico? Esto es lo que menos me gusta de tu situación, me gusta menos aún que lo de Ute. Estuve equivocado al señalarte el camino hacia la «boutique», porque lo que ahora deploro son las consecuencias. Teníamos que habernos atenido al eje vertical, con los límites, al norte, del convento; por el sur, los

del palacio de la marquesa. ¿Estás a tiempo todavía de rectificar?

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO

No te lo dije nunca, aunque no me hayan faltado ganas; no te lo dije nunca por esperar que una señal de enmienda o que alguna experiencia honda, de ésas de las que tú te escurres, te obligase a rectificar. Pero es mi esperanza vana. Lo que yo pueda tener de atolondrado lo tienes tú de frívolo. ¡Dios mío, qué cabeza, cuántos pájaros en ella! No eres más que una caña pensante, sin más cuerpo ni historia, sin la enseñanza indispensable de yerros y de fracasos. Te mueves entre tus pensamientos, saltas a tus imaginaciones, recurres al recuerdo de tus lecturas, y crees que eso, lo que produce después tu mente, es la realidad, cuando no pasa de mera fantasmagoría gaseosa. No tienes ni pizca de corazón, no lo has tenido nunca. ¡Y, a la postre, qué tonterías dices! Excogitas, eso es lo que haces, sin el menor fundamento. Cuanto me escribes acerca de Ute es erróneo. No es una princesa balkánica, no se crió en un castillo siniestro, no es la depositaría de tradiciones terribles, de esas que le harían desear a uno ser hijo de padres desconocidos. Ute se llama Skandemberg, y desciende del frustrado libertador de Albania. El castillo de su familia, más *chateau* que castillo, está en Renania, y no es parienta, ni remota ni próxima, del conde Drácula. Fue a un colegio de monjas católicas, y dos de sus hermanos son militares. De familia normal, ella también lo es, aunque se haya escapado de casa y apartado de los suyos, porque es asimismo normal que en las grandes familias salga una oveja negra. Desde el día en que fui a verla a su *boutique*, hasta éste en que te escribo, nuestro mutuo conocimiento se ha acrecentado, y también la estimación recíproca, esto sin mediación del tarot, el cual, sin embargo, me lleva esclarecidas muchas de mis intimidades más oscuras. ¡Y qué fascinación la de ver cómo cambia de significación la carta del Ahorcado, según esté colocada! Por lo pronto, una tarde me dijo: «¿Por qué no cenamos juntos? Ahí mismo, en la plaza, hay una tabernita donde se come bien a precios razonables. Es un lugar en el que, con un poco de suerte, se puede estar tranquilo. Los

habitantes del pueblo no suelen ser tabernarios: van a su vino, y se marchan. Además, los jóvenes sólo beben y hablan de viernes a domingo, y sólo el Señor sabe cuándo caerá el viernes nuestro.» Desde entonces almorzamos y cenamos juntos, y alternamos en el pago. Hay un patio recogido con rincones de penumbra y parra. El tabernero, que se llama Patricio y es anarquista, tiene la particularidad de ser la única persona de la villa que se rige por el calendario corriente y sabe en qué día viven los del resto del mundo. «A mí no me la dan con queso con lo de que los viernes van y vienen. Si la gente se deja que la vuelvan tarumba, allá ella. Yo apunto en un cuaderno el día, y a otra cosa. El que quiera saberlo, que me lo pregunte. Ustedes dirán lo que van a tomar.» Ute es frugal comiendo: tiende un poco a engordar, y se lo recuerda con cierto horror el volumen que llegó a alcanzar su tía Brígida. A mí, sin embargo, me parece que un par de kilos más le vendrían de perlas.

El rincón en que solemos sentarnos propicia las confidencias. Surgieron espontáneas, al segundo o tercer almuerzo, o quizás haya sido una cena, después de haber bromeado a costa de mi Destino. Bueno, será mejor que empiece por contarte lo que dijo y lo que hizo Ute cuando me decidí a confiarle mi situación. Primero, se echó a reír. Después, se quedó seria y algo como asustada, pero se recobró en seguida. «¿Y para eso es para lo que se conjuraron las estrellas del cielo? ¡Válgame Dios! Llegué a esperar que las cartas le anunciaran un Destino más digno, no ése de semental que se descubre ahora.» Y volvió a reír, pero no ya como antes, sino con una de esas risas cargadas de intención oculta, de las que no basta oírlas, sino que es conveniente interpretarlas. A mí me sonó a reproche. «Tenga usted en cuenta, le dije, que a mi llegada a este pueblo, ignoraba lo mismo esa conjuración de los astros a que acaba de referirse, que la esperanza popular en el catorce de marzo. Más aún, fue usted quien me habló de una misión, sin que yo consiguiera imaginarla. Me declaro inocente.» «Pero, ¿acepta o no acepta la propuesta que le han hecho? No importa que yo se lo haya anunciado: no fui más que instrumento.» Le respondí: «Me pregunto si se puede hacer algo contra lo que está escrito. Carezco de experiencias, y jamás pensé seriamente en el Destino. Creía en los

azares, y usted misma fue para mí un azar.» Se quedó pensando un rato. «Habrá que preguntárselo al tarot, la voluntad personal influye en las determinaciones. A lo mejor usted puede oponerse.» Y, de repente: «¿Se ha dado cuenta de que lo vienen vigilando desde hace días? Deben de tener miedo a que se les escape.» «¡No!» «Más de cuatro personas. Se turnan. No les importa lo que habla, porque siempre permanecen distantes, pero sí lo que hace, y adónde va. Ahora mismo, una de ellas espera nuestra salida arrimada a la piedra de la puerta, o por ahí. No se moverá cuando pasemos, si vamos a mi tienda, pero si usted se despide de mí y se marcha solo, ella se moverá. Y usted no lo advertirá jamás. Son hábiles y escurridizos.» «No veo la razón de por qué me persiguen.» «Yo sí lo entiendo. En cierto modo, es usted un prisionero del Destino, o llámele si quiere azar, y el azar, o el Destino, son ellos. Pero ellos no lo ven así, sino como conspiración o maniobra, y quieren asegurarse. Ignoran que usted es dudosamente libre, eso ya nos lo dirá el tarot. Si intentase marcharse, se lo impedirían.» Me dejó un poco preocupado. «Entonces, si no puedo marchar, ¿cómo voy a oponerme a mi destino, a ese que usted misma me anunció?» Repitió que eso es lo que había que consultar al naipe. «Tiene en el tarot una fe infinita.» «No. Usan fe limitada. Sé hasta dónde pueden llegar sus profecías.» Cuando salimos de la taberna, atardecía. Había gente en la plaza, mujeres y niños, y algún anciano, pero tuve la sensación, repetida hasta el cansancio en los días siguientes, todos los días, de que en un lugar de una columna había sido ocupado por alguien que se hurtaba ahora a mis miradas, que interponía la piedra, que se ocultaba en una esquina, y me miraba desde lejos. No sé hasta qué punto puede ser verdad lo que ya me obsesiona, pero siento sobre mí el peso de unos ojos que no veo. Le pregunté a Ute, no sé qué día de éstos, si estaría empezando a volverme loco. «No. Le vigilan cada vez más de cerca, y esto quiere decir que el día se aproxima. ¡Y el tarot sigue indeciso!» A pesar de lo cual hubo momentos en que temí por mí mismo, pero Ute me ayuda a recobrar la cordura. ¡No puedes imaginar con qué delicadeza! Tu experiencia de las mujeres, Uxío Preto, es limitada y diríamos que especializada en lo más elemental. Ninguna de las que se tropezaron contigo pasó de vulgar, y ese vacío de tu experiencia

lo rellenas de literatura, pero no es lo mismo lo leído que lo vivido. ¿Supiste alguna vez, Uxío Preto, a lo que huele el sobaco de una mujer limpia? ¿Has mirado en los ojos de alguna la alegría, la pena, el dolor de vivir, la esperanza en el amor? Has sido conquistador de mujeres conquistables, de esas a las que el hombre al que se entregan les da igual. Ninguna de ellas le amó, y si de algunas cuentas que lo hizo, o te engañas o mientes. Pero tampoco llegaron contigo a ese grado de confianza que les permite abrir su alma como quien abre la puerta de su casa y ofrece a la mirada el panorama entero de su intimidad. Ute me lleva contado lo más sustancial de su vida, que no es vulgar, aunque en algunos aspectos sea triste. Recuerdo que el Guardia Municipal me dijo una vez que, en este pueblo, lodo el mundo se enmascara. No sé qué quiso decirme con eso, pero, en lo que a Ute respecta, hay una diferencia entre la mujer que me pareció ser el otro día, cuando por primera vez me recibió en su tienda y me leyó el tarot, y esta que voy descubriendo ahora. Sería inexacto decir que se quitó la máscara, o que se la quita poco a poco. En el rincón de la taberna no se me ocurre verla como una hechicera en su antro de ropas colgadas. No incurriré en la vulgaridad de decir (menos aún de pensar) que es otra mujer. No. Es la misma, y su mirada no cambia, como no cambia su rostro; lo que pasa es que el rostro y la mirada expresan otros sentimientos. Por qué me cuenta sus cosas puede obedecer a la misma razón por la que yo le cuento las mías. Estoy impresionado por su última confidencia. Se enamoró de un hombre hermoso, creyó enamorarse del cuerpo hermoso de un hombre, un atleta olímpico en cuya compañía la muestran algunas fotografías de pie intencionado, «La pareja de príncipes», por ejemplo. Lo amó hasta la ceguera con un amor que ella creía material: él se dejaba querer, con esa vanidad petulante de los *parvenus* a la fama, y a veces jugaba con ella cruelmente, la alejaba de sí con el pretexto de la «forma» y de los entrenamientos, o la abandonaba temporalmente por una aventura pasajera; pero, un día, enfermó aquel cuerpo perfecto, con una de esas enfermedades que nacen con uno, que esperan solapadas y que surgen cuando no tienen remedio. Comenzó por destruir al atleta y acabó por destruir al hombre. Él se aterró. Convirtió o intentó convertir su enfermedad en una

catástrofe universal, el mundo iba a cambiar porque él ya no podía acudir a las competiciones. Y esto lo proclamaba a voces, como acusación a Ute. Llegó a hacerla responsable de su recuperación imposible, y Ute le cuidó, se sacrificó por él, cada vez más convencida de que no la amaba, de que la usaba para el miedo y la venganza. Fue una temporada penosa, la que él tardó en morirse. Pero a Ute le sirvió para descubrir que no había amado a un cuerpo hermoso, sino al hombre que lo soportaba, el mismo que ahora le reprochaba el haberle causado la enfermedad, el haberle arruinado y el no sacrificarle suficientemente su vida. Aquel hombre hubiera deseado la muerte de Ute unos instantes antes que la suya para morir, al menos, complacido. Hecho un guiñapo físico y moral, Ute le amaba más que cuando era el atleta que deseaban las mujeres. Le amó hasta la vergüenza de sí misma, hasta la humillación íntima. Fue entonces cuando anunció cosméticos en la televisión y publicó en una revista internacional unas memorias falsas.

«No deseo, me dijo, que pases por la experiencia de que se te muera en el regazo la persona querida. Se pueden describir el sentimiento de soledad, el dolor, ese vacío que aparece a tu lado, pero nada de lo que puede contarse constituye el fondo de esa realidad de la muerte, que esperas sin saber lo que es, y que después continúas ignorando, por muy hondo que lo sientas. Lo que sucede permanece ajeno a ti, por muy cerca que te toque. Llegas a sentir que el amor aún perdura, pero ya sin objeto: un amor que empieza por apoyarse en los recuerdos para no morir, pero que acaba muriendo también, mientras los recuerdos quedan fríos, hasta llegar a parecer ajenos. Y, cuando dejas de amar, es cuando descubres lo horrible de la experiencia, cuando te juzgas con dureza y se te ocurren las palabras más terribles; cuando te das cuenta con espanto de que, en lugar del amor ido, y lo mismo que él sin objeto, puede venir el odio, un odio también en el vacío, odio hacia los mismos recuerdos que has amado. Nunca sufrí como durante aquellos años y el tiempo que les siguió. Entonces de verdad empecé a ser una mujer, cuando me hallé madura, y también cuando descubrí, al mirarme, las primeras arrugas. Lo más importante de todo es que tuve que perdonarme para seguir viviendo.» No creas esto de las arrugas. En el fondo, se trata de una

coquetería. Ute está todavía segura de su belleza. Si lo quiere, y, como creo haberte dicho ya, puede permitirse el lujo de engordar un par de kilos.

No sé si te conté que la figura del Director de orquesta, cuando viste de paisano, se parece un poco a la de Charles Chaplin. Bueno, no del todo, sino en parte, quizá sólo en los pantalones, que los lleva algo abombados y como si, por debajo de la chaqueta, los hubiera prendido a la camisa por un imperdible enorme. Hasta es posible que exagere, que el parecido haya sido transitorio, y que se trate únicamente de un recuerdo fugaz superpuesto a la estampa del director, que no es delgado, como Chaplin, sino más bien gordito. Creo habértelo descrito así, pero debes saber que, a veces, los recuerdos se corrigen solos, se modifican, y cuando veo venir hacia mí al personaje, me pregunto: «Pero, ¿este hombre no se parecía a Charlot?» Luego resulta que no, que ni siquiera usa bigote, ahora mismo ya no recuerdo a quién se parece, probablemente a mucha gente, porque el número de señores gorditos y de faz muy alegre abunda en todas partes, aunque esta mañana no trajera el rostro lo que se dice resplandeciente, sino compungido y dando explicaciones antes de que se las pidiera. «Usted se preguntará, señor Viqueira, por qué Giuseppe Garibaldi se detiene tanto tiempo ante la Puerta Pía, y por qué el mariscal Montgomery tarda en derrotar a Rommel. Las cosas son como son, señor Viqueira, no vale la pena darles vueltas y escudriñarlas, y el caso es que una gripe impertinente, con la que nadie podía contar, retiene, en el lecho febril, a mi bella hija, la tercera o cuarta de las Lolas, nunca se sabrá bien, y mientras esté en el lecho, todo nuestro plan queda como quien dice en suspenso, a la espera de que ella se ponga buena y hasta que se reponga. Nosotros comprendemos que no conviene en absoluto que sea fecundada si no es en perfecto estado de salud. Lo contrario sería como forzarla. ¡Toda la culpa la tuvo la tempestad del otro día! La cogió en el jardín, desprevenida; la lluvia la empapó, comenzó a estornudar… y lo que pasa. Tiene usted que comprenderlo, señor Viqueira, y refrenar su impaciencia. Nosotros también comprendemos que, en el ínterin, se entretenga con la rubia ésa de la tienda. Un hombre siempre es un hombre, y los compromisos le obligan hasta cierto punto. A mí, cuando estaba en esa casa, se me

concedieron también algunos privilegios. Pero tardará poco, señor Viqueira. No creo que llegue a un par de semanas. La chica es de muy buena pasta y no tardará en estar como nueva. Se lo digo yo, que soy su padre.» Había, efectivamente, caído una tormenta. De las acostumbradas, según me dijo Ute, pero yo aún no las conocía. Apareció un puntito negro encima del castillo. Tardó muy poco tiempo en ser nubarrón. El sol se oscureció, y el pueblo pareció entristecido, grises sus rutilantes paredes blancas, los brillos apagados de sus techos de tejas vidradas. El primer trueno nos sacudió sin sorpresa. Uxío, tú sabes el miedo que les tengo a las tormentas. Estaba con Ute, en su tienda, y tuve que disimular, porque a ella las tronadas no le sacan de quicio: su castillo, en su niñez, era muy visitado por los relámpagos e incluso por los rayos: no digamos por las lluvias violentas. ¿Qué quieres que te diga? Me pasa como con los ratones, que, tan pequeños como son, me causan una mezcla de miedo y repugnancia que me obligan a subirme a una mesa si los veo. Pues el primer estallido nos sacudió, siguieron otros, y, de repente, empezó a caer pedrisco, a resonar las piedras en el empedrado, y eso fue lo que debió de coger a la futura recitadora de Rubén en descampado, que así la empapó y le regaló una gripe. Cuando se lo conté a Ute, pareció satisfecha. Respiró profundo. «¡Nos queda un tiempo más, quién sabe si dos semanas! Hay gripes muy pertinaces.» Sacó el tarot de su escondrijo, lo extendió sobre el tapetillo verde, le dio mil vueltas, hizo mil combinaciones. «Por ahora no hay novedad en las estrellas», dijo desesperada. «A no ser que…» Se hundió otra vez en el estudio del naipe. «No, no. No parece haber esperanza», dijo después de un gran silencio. Y me miró con angustia. «Todo depende de la versatilidad de un par de naipes, que parecen escapar a las leyes del Destino, o que acaso obedezcan a desconocidas leyes.» Debo decirte que, cuando sucedió esto, ya Ute me había pedido una noche que me quedara con ella. A eso se refería el director de orquesta al decir lo de mi entretenimiento. En estos pueblos no hay secretos.

Yo no sé si lo que me va sucediendo constituye la única historia posible, lo que servirá de base a la novela que pretendes que escriba. Lo que puedo asegurarte es que eso que tú me propones, lo que llamaríamos adecuadamente la preferencia por el eje norte-sur,

carece de viabilidad. Las cosas acontecidas en esa dirección no parecen atañerme, y tú mismo las repudiarías por inservibles. Al convento de las monjas llegó estos días una novicia. Entre lo que le enseñaron, está el cuidado del obispo. Cuando vio que otras hermanas lo lavaban, exclamó: «Mi hermanito pequeño tiene esas mismas cosas en el mismo lugar, y sirven para lo mismo»; de donde dedujeron las monjas de modo unánime y apasionado, que el hermanito de la novicia estaba preconizado obispo, acaso el sucesor del que ellas tienen, y lo hicieron traer, y parece que intentan someterlo desde mamoncillo a una dieta especial, la que consideran adecuada. Pero la noticia cundió en el pueblo, y todas las madres de varones lactantes hacen cola a la puerta del convento para que vean las monjas que también sus hijitos muestran (si se los miran) los atributos episcopales, y que las monjas se encarguen de su alimentación. A causa de esto arman grandes barullos, sobre todo matinales, en la parte alta del pueblo. Lo corriente es que una mujer le diga a otra referente a su vástago: «El mío es más obispo que el tuyo.»

El último de los días que aquí pasó por domingo, vaya usted a saber qué día del año fue, estaban los muchachos en la plaza, despidiendo al descanso, ya que ese día por la tarde es cuando regresan a la fábrica a las ocho, como clavos. Había tocado unas piezas la charanga municipal, con lucimiento del Director, gran alarde de saxofón barítono, y los titiriteros hacían de las suyas en la mitad de un corro, cuando llegó un mozo despavorido, los ojos desorbitados, viniendo del sur, del palacio. «¡Está ahí!», gritó; «¡Desnuda al lado de la alberca, tomando el sol! ¡Yo mismo acabo de verla!» ¡Al diablo la música y los titiriteros! Ni siquiera las mujeres solteras y casadas, que andaban por allí, fueron capaces de detener a aquellos de repente enfebrecidos. Corrieron, y, al llegar ante el palacio, sin que nadie lo ordenase, se detuvieron, como indecisos o cobardes. Alguien preguntó: «¿Quién va a ser el primero?» «¡Lo echaremos a suertes!», respondió una voz. Sacaron pajas. Se acordó que, mientras los tres primeros se acercaban a mirar, los demás seguirían sorteando. El postigo estaba entreabierto, y se veía un pedazo de alberca, alumbrado por el sol. Pero no había nadie. «¡Ahí estaba, ahí estaba, junto a esas

albahacas! ¡Cuando la vi, ahí estaba!» Abrieron un poco más, se adelantaron por el zaguán hasta abarcar el patio. «¡Se habrá escondido en la sombra!» Eran ya un tropel, y el tropel entero entró, pero no había nadie en el patio, ni a la luz del sol ni escondido en la penumbra, a aquella hora fresca y perfumada. Los demás se les fueron sumando. La veían en todas partes y no la hallaban en ninguna, a la Marquesa. Primero, buscaron en los bajos del palacio. Después, se arriesgaron a subir, y recorrieron las estancias que yo había recorrido, aunque de noche, amplias estancias vacías, lechos sin ropas, salones. Abrieron las ventanas. Las mujeres se habían agolpado fuera y aguardaban mudas. Yo creo que no quedó un rincón que aquellos hombres, encandilados, no escudriñasen. «¡Pues yo la vi, la vi, os juro que yo la vi!» Fueron saliendo, derrotados en sus ansias. Los que tenían mujer, se marcharon con ella. Los solteros, poco a poco, fueron quedando en la mitad de la plaza, silenciosos. De nada valió que los titiriteros tocasen su trompeta y su bombo, y que empezasen la serie de las cabriolas difíciles. Parecía como si los hubiesen vencido en batalla campal los del pueblo de al lado. Ute había asistido, conmigo, al acontecimiento, desde una ventana. Me dijo: «Estoy segura de que la marquesa estaba ahí, y de que el mozo la vio. Pero le dieron tiempo a escapar. Tiene que haber en el palacio algún pasadizo por el que es fácil huir, o un agujero en que esconderse. Habría que descubrirlos.» «¿Para qué?» «¿Quién sabe si algún día te serán necesarios?»

Finalmente, Uxío, debo decirte que, cualquiera que sea la forma que adopte el tiempo en este pueblo, en espiral, vertiginoso, enredado, para los que estamos dentro es un tiempo como otro tiempo cualquiera, parte el que va quedando atrás, parte lo que se espera, y este presente que es como la marquesa, que en cuanto quieres agarrarlo, o prolongarlo, se te escapó de las manos; y, sin embargo, es la única realidad. Lo malo es que ni podemos retroceder en él ni saltar adelante: tampoco dar la vuelta alrededor del instante. Reconozco que tus ideas, como literatura, son verdaderamente válidas, y quién sabe si, llegado el caso, no echaré mano de ellas. Pero aquí, lo que vemos es cómo un día viene detrás de otro, cada cual con su noche. Lo que nos aproximamos o nos alejamos del catorce de marzo; lo de que Garibaldi no llegue y

Montgomery se pase, lo silbemos porque nos lo dicen. La incertidumbre, dentro de este sistema, es la misma que en el otro. Para enterarme de que las cosas son de manera distinta, tengo que leerte a ti, escuchar al director de la orquesta y pensarlo. Lo que siento es lo de siempre: más de prisa o más despacio, según la naturaleza de la espera. La única verdad indiscutible es que el tiempo lo miden nuestros corazones: yo creo que emana de ellos, y que la mezcla de esperanzas, de deseos, de temores, son los que le dan forma. Pero yo he venido aquí para, después, escribir una novela. ¿Qué pasará si esos espías invisibles no me permiten salir; si poco a poco, aunque inexorablemente, me conducen a la Quinta de los Cipreses? Mi única esperanza, querido Uxío Preto, está en el tarot de Ute.

DE UXÍO PRETO A PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA

Nunca tuve en gran estima tus cualidades intelectuales, aunque acerca de las poéticas no me quedan grandes dudas. ¿Será esto lo que nos separa, o precisamente lo que nos une? No lo voy a discutir ahora, no es mi propósito aclararlo, pero sí necesito decirte unas cuantas verdades con el fin de que todo quede en su sitio entre nosotros. Veo que perteneces a esa clase de personas para las cuales sólo es humano lo que procede de las vísceras, sin querer darte cuenta de que la inteligencia es tan humana como la función hepática. De que el corazón sea propenso a llorar, o, al menos, a emocionarse, y el cerebro no, tuvo la culpa la Naturaleza, que así lo hizo, o la costumbre humana, que la ha perfeccionado. Si me niegas corazón, yo te niego caletre, y no ya para especulaciones de altura media, sino que ni siquiera para guía de tu conducta. Te portas como un perfecto adolescente, ya te lo dije en la carta anterior, y debo añadirte que no me importa demasiado, condición de que, como resultado de toda esta aventura, saques una novela digna: que no lo será si te limitas a relatar tus amores con esa princesa rubia del tarot, o, por lo menos, si la incluyes como personaje en términos parecidos a como me la describes y lo que me cuentas de ella. Claro que un manojo de epístolas no se le puede pedir la precisión de un

relato serio, de modo que, en el peor de los casos, recibo tus indicaciones como meros apuntes, posteriormente elaborables. Lo que sí quiero decirte es que lo que se deduce de tus cartas no es la figura de Ute, que, pese a ellas, no sé en realidad cómo es, sino tu visión de ella o tu versión. Por mucha que sea mi suspicacia ante su persona, la imagino más rica, más coherente, más completa, y esto es lo que debes tener en cuenta. Sospecho que no te lijas en lo que debes fijarte, y que dejas pasar, en cambio detalles de mayor interés, al menos literario. Los almuerzos en el rincón del restaurante (o tabernita) merecen más atención: siempre revela mejor el carácter de una mujer (o de cualquiera) lo que dice mientras come, que lo que gime en la cama, donde, querido Pedro Teotonio, todos somos iguales y decimos las mismas tonterías, que no se distinguen unas de otras sino por la cantidad de pasión que se ponga en las palabras, ¡gracias a Dios! Porque, ¿qué sería del mundo si cada cual se viese en la necesidad de inventar cada noche un repertorio distinto? Ni don Juan llegó jamás a semejante riqueza de mentiras, y eso que a don Juan le caracteriza, sobre todo, la labia. Por alguna razón que ahora mismo no me siento con fuerzas de averiguar, alrededor de la mesa se dicen menos estupideces, y llego en mi amplitud de espíritu a admitir que es ahí, en el rincón del restaurante (o de la tabernita) donde pueden y deben proferirse las genialidades que todo el mundo lleva dentro, y que me llenarían de alegría si me las refirieras: junto, por supuesto, con las de Ute, de quien espero, sin embargo, que la conversación sea más interesante que la tuya. ¿Verdad que la historia ésa del atleta te la contó en la cama? Tiene toda la fisonomía de una confidencia inter coitos, en ese momento de debilidad mental al que no se hurtan ni las mujeres, a pesar de su vigor. Para mi gusto es una historia penosa, aunque lo más probable sea que su falta de interés se deba a las palabras con que me la contaste; al modo y no al cuento mismo. Estabas demasiado emocionado, demasiado dispuesto a justificar a Ute, y la historia entera tiene todo el aire de un arma arrojadiza, capaz de destruir mi malsana frialdad. Pues no lo creas. Le hago a Ute el honor de imaginarla más interesante de lo que tus palabras muestran, y espero, por el bien de ella, que en el cuento ése del enamoramiento de un cuerpo que acaba en el enamoramiento de un

alma, existan otros matices que lo salven: justo los que a ti se te escaparon.

Admito, sin embargo, el riesgo que se corre al relatar una historia de amor (sobre todo si es feliz), y te lo voy a probar refiriéndote una, precisamente la mía. Ten, sin embargo, en cuenta que es tan antigua que su recuerdo no me emociona, y aunque sé que me pertenece, puedo contarla como si fuera ajena. Aconteció durante mi adolescencia, allá por aquel tiempo en que yo me ensayaba en la prosa periodística escribiendo gratis, para el diario de mi pueblo, noticias breves y crónicas sentimentales acerca del crepúsculo. Considera, sin embargo, que al comienzo de la historia mi corazón no estaba todavía preparado para el amar, lo ignoraba todo del amor. Pasó por mi pueblo una compañía de teatro, no de las buenas, aunque tampoco mala, digamos modesta. Mi condición de alevín de periodista me autorizaba a husmear por los camerinos, en busca de una persona lo bastante ingenua o vanidosa como para someterse de grado a la tortura de una entrevista en la que mis pocos años garantizaban que no le iba a preguntar más que trivialidades. Representaban una comedia titulada «La perla de Rafael», o cosa así, en cuyo primer acto el escenario reproducía, en papel, una sala del Museo del Prado. No puedo recordar en qué momento ni por qué causa, una actriz jovencísima resbaló y se cayó en escena, literalmente espatarrada y con las bragas al aire. Quizás hayas oído contar que las bragas, entonces, no eran tan sucintas como las que ahora se usan, sino de tela algo menos sutil, y ornamentadas de encajes y hasta de cintas de colores. Pero no voy a decirte que así fueran las de aquella muchacha de la caída, porque también las olvidé. El público, que en estos casos suele portarse con bastante benevolencia, la aplaudió mientras se levantaba y componía las ropas, y los aplausos ahogaron algunas risas crueles; ¡como si no fuera de agradecer la visión de unos muslos de catorce años! Pensé que aquella chica estaba destinada a víctima de mis impertinencias profesionales, y con el pretexto de preguntar si se había lastimado me colé en el camerino y le propuse desvergonzadamente hacerle unas cuantas preguntas, a lo cual accedió, porque hasta entonces, ningún periodista se había fijado en ella. ¡Como que no era más que una meritoria!, y su presencia en el

teatro se explicaba por su madre, actriz característica, y a ella le encomendaba lo que las gentes del oficio llaman «un papelito». Mira tú por dónde aquél, insignificante de «La perla de Rafael» la puso en el trance de responder a las curiosidades tímidas de un mozuelo tan inexperto como ella, y que en vez de escucharlas parecía naufragar en sus grandes, en sus enormes ojos. Se llamaba, o la llamaban, Alma, tenía que ser su nombre de teatro, y su cuerpo delgado se hallaba en los comienzos del trance entre la mera lisura y el limoneo. Y como nuestra conversación hubiera comenzado por la broma, yo le llamaba Cuarto Kilo de Mujer, y a ella le divertía y acaso le asegurase sobre la pureza de mis intenciones. Yo publiqué una entrevista con «La muchacha que se cayó en escena», y la madre de Alma, que se llamaba Eloísa, me autorizó a tomar café con ellos, mesa aparte con Alma, antes de la primera función y después de la última. Los cafés los pagaba la madre. No me atrevo a decir que haya sido mi primer juego erótico, aunque sí mi primer enredo sentimental, y sólo eso, puro sentimiento nada más, que a veces nos enmudecía, a Alma y a mí, y nos dejaba mirándonos en silencio, hasta que uno de los dos rompía a reír. No puedo recordar si, durante alguno de estos éxtasis, nuestras manos se buscaron por debajo de la mesa, aunque sea lo más seguro. Pero, ahora, ¿qué más da? Mis manos ya no recuerdan si las de Alma temblaban. Nos separó, lógicamente, la vida, representada, en nuestro caso, por su profesión trashumante. Y nos volvió a juntar por la misma razón. En los entretantos, nos escribíamos cartas de amor latente, pues ninguno de los dos se atrevió nunca a incluir un «Te quiero», ni aún como despedida. Te dije (creo habértelo dicho) que Alma era alta, magra, toda ojos. Cierta vez, con su carta, me envió un retrato. No nos veíamos hacía ya tiempo, y en la fotografía la encontré transformada, hecha ya una mujer, mientras yo era todavía un muchacho. Aquello cambió las cosas, y algo interior me decía que había sido traicionado, aunque no supiera bien por quién. Mi sentimiento inmediato fue de distancia insalvable. Ya no podíamos jugar al juego antiguo, y el ya posible nos estaba vedando. Nos encontramos, una vez más, en Madrid. Siendo mayor que ella, me sentía inferior, y me daba vergüenza de mí mismo acompañarla en público. Su madre lo advirtió. Hablamos alguna vez, aquella vieja

cargada de experiencia y yo. Se refirió al porvenir de su hija. Deseaba encontrar para ella un hombre, y los trámites legales no le preocupaban. Me sentí enfurecido en mi impotencia y acabé por desaparecer, lleno de odio y de palabras gruesas contra aquella madre que no entendía mi amor. ¡Pues, mira tú! Hoy le doy la razón. ¿Qué habríamos podido hacer, Alma y yo, después del vuelo nupcial, probablemente efímero y con cierta seguridad amargo? Lo que sí puedo decirte es que esta historia me dejó vacunado, que es un modo de nombrar mi incapacidad para el amor, o quién sabe si mi inmunidad.

Te hago gracia, por lo tanto, del análisis que mereces de tu situación. Es cosa tuya, pero confío en que, al menos, te sirva para librarte de acabar prisionero de los cipreses, del surtidor de la fuente, de la dinastía de las Lolas. Si caes en ese pozo, no emergerás jamás. Ute me merece más confianza, ya ves. He cambiado de opinión. En cuanto a los posibles narrativos de tu situación, estoy de acuerdo en que eje norte-sur no puede ya dar de sí. Tenías que haber insistido en tus expediciones al palacio de la Marquesa, no sólo nocturnas, sino también diurnas. Estoy convencido de que existe y de que la hubieras encontrado. Aunque su categoría nobiliaria sea inferior a la de Ute, el hecho de tostarse al sol junto a las albahacas me la hace atractiva. Probablemente es una mujer interesante. ¿Y si son dos, como alguna vez me sugeriste? ¡Ah, Pedro Teotonio, qué novela se te está yendo de las manos[2]!

DE PEDRO TEOTONIO VIQUEIRA A UXÍO PRETO

Se me estremece la pluma, Uxío Preto, al pensar, al temer que ésta sea mi última carta. No por inminencia de mi muerte, ¡oh, eso no sería tan grave!, sino porque la situación está a punto de resolverse, y no a nuestro gusto, aunque esto no se sepa todavía. Dejar esta carta en el correo forma parte de una trama de salvación; no será ya el paseo inocente de otras ocasiones. El Director de la Banda Municipal se me acercó hace unos días y me dijo: «Esto va bien, querido amigo; esto marcha viento en popa. La niña ya no tose, se va recuperando de carnes, y su madre ha comenzado la

última etapa de su preparación, porque, como usted comprenderá, un acto de semejante transcendencia no puede confiarse al albur de la ignorancia.» «¿Se refiere a una especie de preparación prematrimonial?» «¡Esto también, por supuesto, pero no es lo más importante! El destino de mi hija no es el de una vulgar casada, ni siquiera el de casada (de eso no hemos hablado, como usted recordará). En la Quinta de los Cipreses se vive al margen de cualquier ley que no sea la propia. Hágase a la idea, querido señor, de que va usted a celebrar la ceremonia de un culto, y a comprender eso es a lo que se encaminan las enseñanzas de la madre a la hija. Un culto, el de Rubén; una verdadera religión, la de la Poesía. Por eso lo llevaremos a cabo con una liturgia adecuada. Yo he pensado que la noche del catorce de marzo, que está al caer, le conduzcan a la Quinta muchachos y muchachas vestidos de túnicas blancas, coronados de flores, con antorchas, y que cuando se cierre la puerta tras de usted, alguien le eche al cuello una guirnalda de rosas. Después, las más lindas doncellas le llevarán al baño, y algunas de ellas, ya se verá cuáles, le perfumarán, le ungirán como si fuese a comenzar las nupcias con una diosa: que en cierto modo eso es lo que sucederá, aunque yo no me tenga por Júpiter, si bien haya otras maneras de llegar a lo divino. Después se le dejará ante la habitación de mi hija, y lo que venga luego es ya cosa de ustedes, aunque si existiera la justicia transcendente, lo que haya de pasar repercutiría en el Cosmos. Durante toda esa noche, habrá música y baile en la plaza, fuegos artificiales, y vino y golosinas gratis. ¡Tenemos a las monjitas fabricando de sus yemas a todo tren! Verdaderas montañas de yemas, para que todo el mundo quede ahíto. Y crearemos zonas de sombra absoluta en rincones adecuados por si alguna de las parejas siente urgencias. ¡Que todo el mundo sea feliz, que todos se diviertan y pierdan la cabeza! No olvide que la parte más trabajosa será la mía, pues no dejaré de tocar hasta que raye el alba.» «¿Y cuándo será ese día?» «Pronto. Mañana o todo lo más, pasado, lo anunciaré: el viernes glorioso en que Garibaldi traspasa la Porta Pía y Montgomery derrota a Rommel. Le advierto, para su gobierno, que ése será el primero de los días fértiles del ciclo de mi hija: el embarazo parece así asegurado. Precisamente es ese día el que rige nuestras

combinaciones. La abuela aconseja esperar un poco más, para mayor seguridad, pero es lo que yo le digo: ¿Qué más da unas horas antes o después?» En este momento, me echó la mano al hombro, afectuosamente. «Le prometo que esa noche mi saxofón tocará con la ternura penetrante de un violoncelo. Si tiene ocasión de escuchar, escuche.» Y añadió, sonriendo con una sonrisa como una rúbrica leve; una sonrisa, además, de estar en el ajo: «Le conviene dejar de visitar a la tendera. Usted no es ya un hombre de treinta años.»

Me dejó aniquilado, sin voluntad, creo que también quieto, en medio de la plaza, y se fue tan campante, contoneándose, con la cabeza erguida, triunfador. O, al menos, eso me pareció. Si algún día tengo ocasión de describir mi estado de ánimo en aquel momento interminable será la mejor de mis páginas. Ahora, sólo puedo definirlo como anonadamiento. Un día de estos pasados, como quien ensaya las posibilidades de fuga, salí de la ciudad por la Puerta de las Viñas, e inmediatamente dos hombres oscuros surgieron de no sé dónde, y se interpusieron en mi camino. Tuve la prudencia de echar cuesta arriba, hacia la Quinta de los Cipreses, y desaparecieron; pero estoy seguro de que si hubiera caminado hacia abajo, hacia los médanos, me lo hubieran impedido. Esta conciencia de estar en una prisión se une a la de lo irremediable. Cuando, después de haber hablado con el Director de la banda, conseguí caminar (quizás haya sido la misma fuerza del sol la que me empujó hacia la sombra de los soportales), entré en la tienda de Ute. Había una clienta: esperé a que se fuera. Y le dije a Ute, como un sobresalto: «¡El tarot! ¡A ver qué dice!» Debió de verme asustado, porque, sin pedirme explicaciones, cogió las cartas, las desplegó, las leyó. Me miró consternada. «¡No aparece esperanza!», me dijo. Y yo entonces le referí la conversación con el Director de la banda. «¡Tenemos que prescindir de cualquier profecía y obrar por nuestra cuenta!» «¡No veo escapatoria posible!», dije, desalentado. «¡Tiene que haber una salida!», respondió ella. Y se quedó un rato silenciosa. «La salida, está, sin duda, en el palacio de la Marquesa. Esta noche no vengas. Que te vean encerrarte, y simula alegría, como si obedecieras órdenes gozosas. Yo exploraré el palacio.» «¿No tienes miedo?» «No se me había ocurrido. Y, ahora que lo mencionas, tampoco. Iré con una linterna. Tiene que haber un

sitio…» Volvió a quedarse muda. «Además, el profesor de francés puede ayudarnos, no sé todavía cómo, pero puedo contar con él. Puedo contar con él mientras no le diga que no le venderé nunca el tarot.» Otro silencio: Ute habla siempre así, intercalando silencios. «Aunque, ¿quién sabe? ¡Si tenemos que huir…!»

Ahora, Uxío, prepárate a la sorpresa. Lo natural hubiera sido que, al llegar a mi casa, al tumbarme en la cama, me hallase abrumado por la inminencia del desenlace, esas nupcias inverosímiles con una mujer que he dado en imaginar como un monstruo, aunque acaso sea propiamente una beldad. No lo sé. Pues subiendo las escaleras, entrando en mi habitación, me sentí otro. ¿Te das cuenta de la oportunidad del fenómeno? Es un bonito juego, ése de sentirse otro, para intelectuales ociosos o para gente de personalidad inestable. Yo no estoy en esas condiciones, no son las mías esas circunstancias. Yo soy un hombre acongojado por un destino absurdo, del que intento escapar. Pues, subiendo las escaleras, me dije: «Esos pies con que subo no son los míos.» Y, unos instantes después: «Tampoco lo son esas rodillas que se doblan al subir.» Cuando entré en mi habitación, antes mismo de tumbarme, exclamé en voz alta: «Soy Froilán Fiz.» Y mientras me dejaba caer encima de la cama, añadí: «Estoy en Venecia. Leticia va a llegar de un momento a otro.» Y, al mirar alrededor, vi las cosas de Leticia, y, a través de mi ventana, en un lugar del cielo azul, una pared rojiza, un poco desconchada. Pude escuchar también, y lo hice, el rumor del agua de un canal. Por supuesto había comenzado a respirar un aire salobre y húmedo. De un salto me acerqué a la ventana: Sí, era un canal estrecho, el agua se movía mansamente, y una góndola cargada de hortalizas pasaba por debajo. Entonces recordé difícilmente (quiero decir a pedazos) una canción que la madre de Froilán cantaba cuando Froilán era niño. La canción de una zarzuela olvidada, en que se habla de que:

Pensando en el que la quiere
suspira la veneciana,
y el sol de la tarde muere
bajo el alféizar de su ventana.
De su ventana llena de flores…

Oyendo esa canción, me fui durmiendo, y entre sueños sentí cómo llegaba Leticia, cómo se acercaba a mí y me daba un beso. Al despertar, era otra vez Pedro Teotonio. Y ahora me gustaría que me dijeras, que averiguases con tu ciencia, si todo fue un sueño, o si de verdad mi ser se vio invadido por el de otro. Pero, ¿cómo vas a decírmelo, si mi futuro está en el aire? Te estoy escribiendo en la tarde del catorce de marzo. Unos hombres vestidos de monos azules llevan dos días instalando en la plaza una red de farolillos. Forman un círculo enorme, inscrito en la plaza cuadrada. Quedarán, cuando se enciendan las miles de bombillas, las esquinas en sombra, como prometió el Director de la banda, que debe ser el artífice de este jolgorio. ¡No sabe él que mi esperanza está en esas zonas oscuras!

La gente lleva días alucinada. No entienden lo que pasa: menos que nada el que, a partir de hoy mismo, los viernes aparezcan con regularidad semanal y la ausencia de los maridos y de los novios se puede calcular con precisión. Se alegran, no se preguntan el por qué, pero algo en el fondo de cada uno muestra la incomprensión. Las explicaciones que dio el Director de la banda hace unas pocas horas fue más que eficaz: consumió el tiempo en descripciones bélicas, Roma y el Norte de África, pero de tal manera embarulladas que, al final, pareció una única contienda, donde si Garibaldi peleaba contra Rommel, Montgomery lo hacía contra Garibaldi. Fue una descripción con ilustraciones musicales, porque, cada vez que mencionaba el cañoneo, la percusión de la banda y el bombo de los titiriteros golpeaban a todo meter, bum, bum, bum, de modo que al espectáculo sólo le faltaban los soldados, porque indudablemente el Director se sentía alternativamente cada uno de los generales, y hubo un momento en que se sintió el mismo Papa, y perdonó al enemigo. Como a toda esta historia siguieron exhibiciones de los saltimbanquis, la niña del corpiño por el aire, y números de la banda, a la gente no se le dio tiempo a meditar: lo único que sabían a ciencia cierta, y les ilusionaba, era que los hombres subirían de la fábrica al cabo de menos tiempo. Como así empezó a ser. Hoy han llegado. Están todos en la plaza, y algunos colaboran gratis en la faena de iluminarla a la veneciana. Pero ya entre la gente circulan como alocados chicos y chicas vestidos de blanco con antorchas apagadas en las manos. Pronto las encenderán.

Con todo este barullo, la gente se mueve con bastante libertad, y Ute me envió recado de que comeríamos juntos, en la tabernita, no muy amorosamente, por precaución. Me contó sus exploraciones nocturnas por el palacio de la Marquesa. No había encontrado a nadie, aunque sí una terracita trasera que cae encima de las murallas, y en ella, bien escondido, el arranque de una escalera de caracol que conduce al campo libre, disimulada la salida detrás de unos arbustos, y que es por donde la marquesa va y viene cuando se le apetece, siempre sin que la ven. «Ya presentía yo la existencia de algo parecido, aunque, la verdad, siempre esperé que fuese un túnel. No sé por qué propendo a imaginar túneles por debajo de todas partes: será, seguramente, porque en el castillo de mi infancia los había. Como los exploré libremente, me desenvuelvo bastante bien en cualquier túnel.» De lo que se trataba ahora era de que yo pudiera alcanzar el zaguán del palacio sin ser visto y seguido. Y aquí fue donde entró como colaborador el profesor de francés. «Tenéis más o menos la misma estatura y el mismo peso. Si alguna vez lo has visto (yo no lo había visto nunca), sabrás que su característica es un sombrero de paja, de esos que llaman "panamas". Le tengo ya hablado. Se presta al juego, pero el juego hay que planearlo con todo cuidado. Si un detalle nos lleva al fracaso, nadie podrá librarte de tu destino. Yo espero que estas noches de jolgorio sólo vigilen las puertas.»

Un suceso imprevisible, aunque lógico, vino a poner en peligro el plan: el Director de la banda se presentó en la tienda de Ute, de parte de «La señora», con el recado de que cerraría la tienda y marcharía del pueblo; con agradecimiento por los servicios prestados y una indemnización razonable. Aquella misma tarde. Quedaba poco tiempo para ponerse de acuerdo. Ute, anochecido ya, regresaría a pie, monte arriba, y me esperaría en la terraza del palacio. Me dibujó una especie de plano para que yo no me perdiera en las sombras del patio, no fuera a dar en la alberca con mi cuerpo disfrazado. El profesor de francés dejaría en mi casa su sombrero y su traje, y yo, así vestido, en cuanto se hiciera de noche, procuraría atravesar el espacio sombrío. Todo esto lo convinimos en el que podía ser el último de nuestros almuerzos. La esperaba una galera donde cargaron su equipaje y donde marchó: la contemplé desde mi

ventana. La plaza estaba llena de gente atareada, y los que no trabajaban hacía corro alrededor de los titiriteros, el gordo, el flaco y la niña volante, que aquellos días, desde la recuperación del calendario, actuaban constantemente. Vi alejarse al carricoche con cierta emoción. Y sigo emocionado. Pasé la tarde escribiendo esta carta. Después de terminarla, me vestiré con las ropas del profesor de francés. Me miré al espejo, con el panama puesto, y te aseguro que me da un aspecto raro muy distinto del suyo, supongo. Lo grave, precisamente, fue el ensayo del sombrero: un detalle que no se nos ocurrió, el de que yo se lo viera puesto a su propietario. Me lo encasqueté de todas las maneras posibles, y no puedo adivinar cuál será la apropiada. ¿Te das cuenta, Uxío, de mi situación? ¿Quién diría que mi destino pueda depender del modo como me pongo un sombrero?

Tengo que salir de casa a dejar esta carta en el buzón. Si llego hasta él sin dificultades, seguiré por el borde de la sombra hasta el palacio. Si nadie se me interpone estaré salvado. Si no… La hora convenida es el toque de las campanas de las monjas. ¿Y si el jaleo de la gente no me permite oírlas?

Uxío Preto, querido amigo, deséame suerte.

SEGUNDO RELATO DE IVONNE

NUEVO RELATO DE IVONNE

La Marquesa Úrsula von… X me escribió aceptando mi ruego de visitarla en Fuengirola, el Chicano y yo, para hablar de Uxío Preto y de Pedro Teotonio Viqueira. En mi carta le explicaba la razón de nuestras pretensiones; en la suya respondió que ya sabía a qué atenerse, pues la «Autobiografía póstuma» había llegado a sus manos, y se sentía por lo menos aludida en la persona de Ute, y el porqué nos lo diría personalmente. Organizamos un viaje. Fuimos a Barajas a tomar el avión para Málaga, y Ana María Magdalena nos acompañó hasta el aeropuerto, con tantas ganas de hacer el viaje con nosotros que se le saltaban las lágrimas al despedirse. Durante el rato largo de la espera, hallé momento y ocasión de reprocharle al Chicano el no haberla invitado. Se quedó algo perplejo y me preguntó el porqué. «Porque esa chica te quiere, y si no te has dado cuenta habrá que suponer que eres un poco tonto, al menos en determinadas materias.» De momento, no supo qué responderme, y lo hizo con uno de esos silencios que pueden durar toda la vida, que pueden querer decir «No vuelvas a mencionar el caso», y así lo hice. Permaneció callado, y al parecer indiferente, hasta que estuvimos acomodados en el avión. Yo empezaba a dormitar cuando me sorprendió con estas palabras: «Escúchame. Yo también estoy enamorado de ella.» «Pues te portas con la mayor torpeza posible.» «Hay razones.» Me las explicó: no pasaban, en resumen, del respeto al viejo Ansúrez, un respeto ya anticuado, y del temor de que Ana María no quisiese dejarlo solo. «¿Nada más que eso? ¿No andará

por el medio tu timidez?» «Es posible que un poco.» «Pues deberías pensar que la felicidad de la gente, y más si en ella va implicada la tuya propia, merece un sacrificio o un esfuerzo.» «Lo pensé, pero temí una negativa. No estoy tan seguro como tú del amor de Ana María.» «Lo que a ti te sucede, Álvaro, es que estás acostumbrado a que la iniciativa parta de ellas, y le dan miedo los trámites en el caso contrario.» «No creo que el de Ana María sea como el de otras.» «En eso no te equivocas. Se trata de algo más serio. Pero yo me pregunto si estás preparado para un amor de verdad, no para esos escarceos eróticos con tus alumnas a que estas acostumbrado. Evidentemente, Ana María es de otra madera.» «Sí, eso ya lo sé.» «¿Entonces?» «He aquí lo que no puedo responderte, porque no lo sé.» «Por lo que tengo entendido, es más difícil olvidar a una persona con la que no se tuvieron relaciones, que a una amante o a una esposa. Te vas a pasar la vida deplorando tu timidez.» Calló un momento, el Chicano. Quiso resolver lo del silencio ofreciéndome un cigarrillo, que le acepté sin ganas, sólo para darle facilidades. «En eso tienes también razón», dijo después; «en realidad hace diez años que estoy enamorado de ella. De un modo vago quizá, sin esperanzas. Ella era una niña y yo ya un hombre. Entonces no fue por timidez, sino por respeto. Cuando supe que se había casado, lo di por cosa muerta; pero el viejo nunca me dijo en sus cartas que el matrimonio hubiera fracasado. Me llevé un montón de sorpresas, al encontrarla otra vez. ¿Sabes que se me echó a los brazos y me besó? Yo lo tomé por otra clase de afecto». «¡Qué poco sabes de mujeres!» Sonrió y volvimos a quedar callados. Durante el corto viaje me ofreció más pitillos, que rechacé, pero él fumó continuamente, como si quisiera llenar con humo el silencio. Cuando llegamos a Málaga, mientras esperábamos las maletas, le dije: «Ahora habrá que buscar un automóvil que nos lleve a Fuengirola.» Tardó en responderme: «Yo no voy. Regresaré a Madrid en el primer avión, en este mismo que nos trajo, si es posible.» Le cogí un brazo, le apreté fuerte. «Bueno. Para hablar con la marquesa, con uno de nosotros basta.» «Las mujeres os entendéis mejor sin un hombre delante. Además, de lo de Uxío Preto, sigues estando más enterada que yo.» Le dejé con la maleta en la mano. Convinimos en encontrarnos en Madrid, aunque, cuando nos habíamos apartado, lo

llamé y le dije: «¿No te parece que podías encargarte tú de la visita a Leticia? Un viaje a Compostela siempre está justificado»; y sonreí. Creo que me agradeció la invitación, y me dio otra vez la mano, aunque con más fuerza.

Me habían reservado habitación en un hostal de Fuengirola: un caserón antiguo, con patio y flores. La encargada parecía amable, a juzgar por el esfuerzo que puso en pronunciar el castellano de modo que la entendiese. Empezaba a caer la tarde. Yo no estaba cansada, y se podía tolerar el calor. Me eché a la calle. Me había informado antes de la dirección de la marquesa Úrsula, pero tuve que dar unas vueltas, y perderme una vez, antes de dar con su casa. Me sorprendió que fuera una «boutique», aunque no que estuviera a punto de cerrar. Me llevé la sorpresa de que su interior coincidiera con la descripción que Pedro Teotonio había hecho de la tiendecita de Ute, algo que bien podía ser una cueva, por la disposición de las ropas colgadas, que daba al ámbito algo de interior cavernosa. Detrás del mostrador, una mujer me miraba con curiosidad, quizá también un poco divertida de mi estupor. «¿Le sorprende?», me preguntó en inglés. «Tengo la sensación de que este lugar no me es desconocido, aunque estoy segura de no haberlo visto nunca.» «¿Y cree también que mis ojos la han mirado otras veces?» «No, eso, no.» Se echó a reír. «Llámeme Úrsula», dijo tendiéndome la mano. «Y espere mientras cierro. Justamente no tengo prisa. Mi marido se ha ido a Málaga y no habrá llegado aún.» Se detuvo. «Pero usted me había anunciado su visita acompañada del profesor… ¿Mendoza?» «Sí, Mendoza, don Álvaro Mendoza. Regresó a Madrid desde Málaga en el mismo avión que nos trajo. *Raisons du coeur*.» «Siempre más razonable que las otras, ¿no cree?» «Por supuesto.» «Vivo en ese país porque me gusta la gente apasionada, disparatada. Yo misma lo soy un poco, y me encuentro bien aquí.» «A mí me falta experiencia, pero quizá la comprenda.»

Se había apartado, había cerrado la cancela y una puerta recia. La penumbra se hizo mayor. «Si lo prefiere, enciendo una lámpara.» «No. Me siento bien así.» Acercó una silla y la dejó a mi lado. «Puedo ofrecerle cerveza fresca.» «La acepto. ¡Oh, ya lo creo! ¡Cerveza fresca!» La bebí con avidez, mientras ella lo hacía con parsimonia, como todo: a pequeños sorbos. Desde una anaquel (me

fijé al empinar el vaso) situado en el centro de la pared frontera, medio oculto por un lío de prendas, me miraban los ojos dorados de un búho de porcelana. Lo señalé. «¡No falta más que el tarot!» Dejó el vaso en una mesilla. «¿Tiene curiosidad por verlo?» «Luego, ¿es usted Ute?» «De eso hablaremos después.» Se levantó: se movía calmosa, armoniosa, aunque fuese un poco demasiado alta. Abrió un cajón, revolvió en él, sacó una caja forrada de terciopelo, en la que sus manos hurgaron. Me mostró el mazo de cartas, de un marfil envejecido, gastado. Sin decir palabra, las desplegó sobre el mostrador.

—¿Quiere saber su suerte?

—No, o, al menos, todavía no.

—¿Tiene miedo?

Preferí no responderle. Ella extendió, en abanico, la totalidad de las cartas: me parecieron bellas y extrañas, me hicieron estremecer: tenían encima siglos y de repente pensé que quizá fuesen siglos de adivinar fortunas y adversidades. Como yo permaneciese callada, ella las recogió y las guardó: todo con la misma calma, con manos diestras. Pero Teotonio no había hablado de aquellas manos que parecían vivas, independientes de la voluntad, y del cuerpo. No podían pasar inadvertidas.

—No, no soy Ute, aunque se lo parezca. Son muchas coincidencias, ¿verdad?

Apuré mi cerveza.

—Tengo cierta idea de cómo trabajan los escritores, de cómo inventan sus personajes: un poco de aquí, otro poco de allá, y el resto de imaginación. —Se me ocurrió preguntarle de súbito—: ¿Cómo era Pedro Teotonio Viqueira?

—No conocí a nadie de ese nombre. Ni tampoco a nadie que se llamara Uxío Preto o que pudiera serlo. ¿Y usted?

—Yo no soy más que una profesora de Literatura metida en un buen lío. Sin embargo, él tuvo que conocerla.

—Las circunstancias más externas de Ute coinciden con las mías: las está usted viendo, y le sorprenden. También coinciden otras menos superficiales, algo de mi historia personal… Pero de la «Autobiografía» de Uxío Preto se desprende que Pedro Teotonio fue un ser imaginario, como los otros. Quien estuvo aquí alguna vez,

como tantas personas más (quizá me haya visto y después se informó de mí), tuvo que ser Uxío. A esa conclusión hemos llegado mi marido y yo…

—¿Cómo cayó en sus manos la «Autobiografía…»?

—Por correo. Con una nota anónima indicándome que leyera ciertas páginas. Todo muy melodramático o, al menos, muy policíaco. El paquete traía matasellos de Madrid. Lo he recibido hace apenas un año, poco después de publicado el libro. Comencé leyendo la parte que me indicaban; después, lo leí entero, y mi marido también. Lo hemos discutido mucho.

—¿Sabe usted que Rula es un personaje real, y que afirma haber sido amante de Néstor Pereyra? ¡Ah, ese amor es su tesoro de recuerdos…! Si no miente.

—Yo no lo fui de Pedro Teotonio, se lo aseguro. E insisto en tenerlo por un ser imaginario.

—Sí. El personaje real es el otro. Es de Uxío Preto de quien fue amante Rula. Pero Rula no manifestó conocer la «Autobiografía…», aunque sí la novela firmada con el nombre de Néstor.

—Yo tampoco conozco la novela de Pedro Teotonio…, si es que está escrita y publicada.

Su mirada esperaba respuesta.

—Sí lo está. Se titula «La ciudad de los viernes inciertos», y usted no aparece en ella.

No pareció disgustada, la marquesa Úrsula, sino más bien interesada.

—¿No? ¿Quién es la protagonista?

—La marquesa. Quiero decir la otra, la que tomaba el sol en la alberca, no usted.

—Yo ya no soy marquesa. He dejado de serlo al casarme. Usted, ¿ha leído esa novela?

—Más bien la he estudiado. No es un modo aconsejable de leer. En cualquier caso, puedo contársela, en la escasa medida en que se diferencia su argumento de lo que usted ya conoce por el «Capítulo Zeta». Pero cuenta en trescientas páginas lo que allí se despachó en sesenta, más o menos, y lo cuenta de otra manera, más organizada, sin vacilaciones. El «Capítulo Zeta» es en realidad un esbozo titubeante. Lo mismo hubiera podido resultar de él la novela del

Guardia Municipal y su incesto, que la de la marquesa misteriosa o la de las monjas que cuidan al obispo. Y también, por supuesto, una historia de amor con Ute. Todo esto lo deja a un lado. Su tema, en realidad, es el tiempo, ese tiempo de figura incierta de los viernes en vaivén; pero también la historia de las Lolas, que él llama Estefanías. La historia de las Lolas subsiste apenas sin modificación, aunque desarrollada y, sobre todo, convertida en eje del interés, en motivo de acción universal. Son el centro de todo lo que gira y circula, el tiempo, los personajes, las mismas palabras, el verdadero centro de un maremágnum. Hay algunas novedades. El túnel entre el palacio de la Marquesa y la Quinta de los Cipreses juega cierto papel. No es recto, sino sinuoso. Atraviesa mundos petrificados, cementerios, arqueologías… Les permite, a Pedro Teotonio y a la marquesa, averiguar que la moza que se destina a madre de la nueva sacerdotisa, la hija del Director de la banda, es idiota: una gorda gritona que pide constantemente dulces.

—¿Y él Director de la Banda?

—Ése es una especie de demonio, o cosa aproximada. Él interpreta las fuerzas y las pone en marcha. Si el pueblo es un reloj, él es el que rige el volante, y, al mismo tiempo el que da cuerda, mueve las manecillas. El sistema lo abarca todo, hasta la alucinación. La marquesa y Pedro Teotonio intentan escaparse, huir…

—¿Lo consiguen?

—El final de la novela es incierto. Parece como si el autor se hubiera olvidado de él.

—¿Es al menos, una buena novela?

—Es una novela extraña. Llena de gente, como la plaza de un pueblo, pero con pocos personajes. En vez de la villa casi desierta del «Capítulo Zeta», nos la describe pululante, colmada, pero de seres fragmentarios: caras, torsos, piernas, brazos, un abdomen abultado o un pecho escueto. Algo así como si se hubieran reunido en un montón animado todos los pedazos de estatuas recogidos en los museos. Lo mismo sucede con las conversaciones: nada hay hilado, coherente; todo parece roto y sin relación, algo que se oye en un extremo del pueblo, algo que se escucha en el otro; o un rostro que dice una frase, y otro rostro distante que dice otra. Los

personajes propiamente dichos tampoco están pintados de la misma manera: la marquesa es como un fantasma de marquesa; el Director de la banda aparece cargado de colorines, como un muñeco de guiñol. Hay un tercer personaje, sin nombre, sin figura, pero fácilmente identificable: es un correveidile mentiroso, armadanzas, que todo lo sabe, que todo lo confunde; se le reconoce en seguida por sus palabras, aunque al contrario que del Director de la banda, no se nos diga cómo es, ni qué cara tiene, ni qué voz. Unas manos se mueven solas, unas manos sin cuerpo, pero muy visibles. —Repentinamente se me ocurrió preguntar a Úrsula—: Uxío Preto, ¿habrá visto sus manos?

—¿Por qué me lo pregunta?

—No las describe, no se refiere a ellas, no las alude, en el «Capítulo Zeta»; pero algunas de las manos de la novela podrían ser las suyas.

Úrsula las escondió en la espalda.

—No creo que me las haya visto nunca. Mi marido tiene una teoría. Después podrá usted escucharlo. (Miró el reloj.) ¿Después? Quizá ya. Tendría mucho gusto en que viniera usted a mi casa y cenase con nosotros.

Supongo que me bastó una sonrisa, a la que respondió con otra, complacida. Dio los últimos toques a la tienda, salimos, recorrimos una calle empinada y pintoresca, de tenduchos y colmados: gente asomada a las puertas, o sentada delante. El aire estaba dulce. Le pregunté qué había sido del profesor de francés que perseguía el tarot. «No ha existido nunca. Es una invención de Uxío Preto.» «¿Y no teme que se lo roben? Debe de valer mucho dinero.» «Nunca se me ocurrió pensarlo.»

Vivía en una casita en la parte alta del pueblo: de paredes encaladas y decoración sencilla: no sé por qué me recordó la casa de María Elena como la describe Uxío en el «Capítulo Gamma»; se debió seguramente a unas ánforas de cerámica popular colocadas en algunas esquinas. Traspasada la puerta del zaguán, el ambiente cambiaba: no ya popular, sino que ni siquiera español; más bien un conjunto internacional y confortable, muy bien distribuidos los muebles, con retratos de familia, antiguos, en las paredes, y cachivaches de calidad, no muchos, de esos que se heredan. Había

un hombre con una pipa, en un sillón. Se levantó.

—Karol, mi marido —dijo Úrsula.

—Bienvenido, Ivonne.

De pie, alto y fuerte, el cabello de un rubio casi blanco, me recordó no sé por qué al protagonista de «La ciudad de los viernes inciertos», ese personaje que puede ser Pedro Teotonio, pero que también puede no serlo y que probablemente no lo es.

Úrsula anunció que iba a preparar la cena, y nos dejó solos. Karol podría tener cincuenta años, o quizá más, aunque bien conservado. En sus movimientos parecía quedar el lejano recuerdo de una disciplina militar. No me había saludado con un taconazo, por supuesto, pero no me hubiera sorprendido. Tampoco, de haber llevado monóculo, o de saber que la estrechez de sus caderas se debía a un corsé. La cabeza, en cambio, la tenía de intelectual cansado, y detrás de su mirada bailaba algo de ironía y de escepticismo. Lo que se dice un hombre muy baqueteado, aunque atractivo, pero incluso esta atracción conviene matizarla, porque, reconocida, la respuesta instintiva era la de mantenerse a distancia, como la que el instinto nos aconseja guardar ante todo lo superior.

—Supongo que, después de lo que usted haya hablado con Úrsula, queda algo que debo contarle yo.

Cuando le respondí, más o menos vagamente, «Eso me dijo ella», tuve la sensación de haberlo hecho en voz demasiado baja, tímida.

—No espere usted escuchar una historia larga, menos aún novelesca, sino el mero relato de cómo, hace ya algunos años, un hombre cuya facha no recuerdo, probablemente porque en ella no había nada de particular, entró en la tienda de Úrsula a comprar un pañuelo para el cuello. Yo hablaba apenas el español. Le respondí chapurreando, y él me invitó a entendernos en francés o en alemán. Úrsula había salido. Le ofrecí un montón de mercancía para que escogiese; revolvió, eligió uno, el mejor, el más caro, lo pagó y se fue. Horas después, solía esperar a Úrsula en un bar de la playa. Me senté en una mesa, indiferente a mi vecindad, pero recuerdo que, al hacerlo, no una persona, sino un objeto conocido, me quedó en la conciencia, destacado entre lo visto, lo que acababa de ver. Era el pañuelo que aquella mañana me había comprado un desconocido. Quedaba tan cerca de mí, que inevitablemente nuestras miradas

tenían que cruzarse. Me sonrió. No sé si aquella tarde necesitaba yo hablar con alguien en mi lengua. Le invité a mi mesa, aceptó. Hablaba bastante bien el alemán, no el de la calle, sino un alemán culto, de intelectual, que llevó la conversación por caminos singulares. No sé cómo, recayó en el tema de la guerra. Conocía bastante bien su desarrollo, hizo referencia a personas, a lugares, a acontecimientos que no me eran desconocidos, incluso que no me eran ajenos. Lo que me atraía de él no era tanto lo que sabía, sino cómo lo decía. Me pareció muy pronto una de esas personas en las que se puede confiar, y, en cierto momento, sin habérmelo propuesto, me encontré confiándome a él, relatándole sucesos que no había contado a casi nadie. Cosas de mi historia personal.

Le interrumpí lo más cortésmente que pude:

—¿Por ejemplo, que en un momento dado, especialmente dramático, encontró usted a una mujer en situación semejante, y que se salvaron el uno al otro?

—Sí. —Le conté cómo encontré a Úrsula. Y después de un segundo silencio—: ¿Cómo lo sabe?

—El protagonista de «La ciudad de los viernes inciertos» llega al pueblo en situación dramática, la de un hombre que cometió en su juventud un acto deshonroso, y que huye de sí mismo; la marquesa tampoco tenía la conciencia tranquila. El proceso sentimental de la novela no es más que el descubrimiento, por cada uno de ellos, de que necesita del otro para seguir viviendo.

Se le había apagado la pipa, a Karol. La encendió con calma, dio unas chupadas.

—¿Sabe usted, Ivonne, que también es de esas personas a las que uno puede confiarse?

—Gracias.

—Voy a contarle en qué consistió cierto acto de cuyo recuerdo, de cuyas consecuencias huí durante mucho tiempo; probablemente lo haré con las mismas o parecidas palabras con que se lo conté aquella tarde, en el bar de la playa, a quien tengo por Uxío Preto. Yo era teniente de aviación cuando empezó la guerra. Tenía diecinueve años y tripulaba un *stuka*. No estaba muy convencido de servir de verdad a Alemania, y en mi corazón era enemigo de Hitler; pero, a pesar de eso, todas las noches volaba en escuadrilla a

bombardear Inglaterra. En una de estas ocasiones cometí un error, y, como respuesta, el Führer me envió una pistola. Algo se rebeló dentro de mí ante la idea de suicidarme sin sentirme responsable; pero, si no lo hacía, tendría que pasar ante un consejo de guerra que me condenaría a muerte. Imagine usted qué angustia, una duda que sólo dispone de pocas horas para resolverse. Alguien que tampoco estaba muy seguro de sus convicciones, un jefe al que Hitler fusiló meses más tarde, me ayudó a escapar en mi *stuka*. Aterricé en Suecia. El acto cometido es de los que no perdonan los militares de ningún país del mundo. Viví la aventura, primero, durante la guerra, retenido en un país neutral; después, en la paz, a la buena de Dios, de un lugar en otro; ayudado, primero, de mi título de conde; vendiéndome después. No podía volver a mi casa porque soy prusiano y en Prusia estaban los rusos. Rodé por ese mundo por el que puede moverse un hombre en mis circunstancias, aunque ya sea un hombre sin honor. Y no me fue bien, no. Quizá no fuese lo suficientemente cínico como para sacar partido de mis escasos triunfos. Así llegué a un momento ya sin esperanza. Una noche, aquí, en Fuengirola, encontré a Úrsula. También ella tenía un pasado del que necesitaba huir, también pensaba en suicidarse. Descubrí en su tarot que, juntos, nos quedaba una salida. Así nos salvamos el uno al otro. Pudimos poner la tienda. Vivimos de ella. Yo, además, doy clases de golf y escribo una historia de Alemania.

—En la novela de Pedro Teotonio, la pareja protagonista llega a un momento, el único de la novela verdaderamente moral, en que se confiesa el uno al otro que necesitan ser perdonados y acaban perdonándose.

—Es una cortesía de Uxío Preto que le agradezco, pero nosotros nunca hemos sentido esa necesidad, porque aquello contra lo que pudimos haber pecado ya no existe. Entiéndalo: tanto Úrsula como yo pertenecemos a una casta; la casta, la familia, es la última referencia de nuestros actos; ellos, los de la casta, serían nuestros jueces, pero ese mundo de las castas desapareció, perdió su sentido en el mundo. Nosotros somos supervivientes y nos sentimos solos, sin vínculos con el pasado ni siquiera con la sangre. Somos jueces de nosotros mismos, y hubiera sido ridículo constituir a cada uno en juez del otro, porque haríamos de él símbolo de algo que ya no

creemos. Ninguno de los dos tiene derecho a juzgar a nadie, más que a sí mismo, pero carecemos ya de ley en qué fundarnos. Nosotros nos hemos solidarizado cada uno con los pecados del otro, nos hemos hecho fuertes en nuestro pasado. No carecemos de moral, tenemos una moral propia, una moral hecha a nuestra medida. Lo bueno y lo malo lo son para los dos, y en esto estamos de acuerdo. Es, en parte, una moral de defensa. No sólo somos supervivientes de un mundo muerto, sino restos de nuestro propio naufragio. Vivimos en una sociedad que ni siquiera nos rechaza: no se toma esa molestia porque se entra y se sale de ella por el peso del Destino, sin que nadie nos acepte o nos rechace. Si flotamos, enhorabuena; si nos hundimos, con nosotros se va nuestro recuerdo, nadie aquí es mejor que nadie, sino más o menos afortunado. No nos interesa ya volver a ese mundo del que procedemos, pero tampoco ponernos al margen. Úrsula vende sus pañuelos, y yo escribo mis historias y me río de los esnobs que quieren aprender el golf para mejorar de clase. El habernos recobrado sin ayuda nos permite ser independientes, y eso es lo que defendemos, una independencia que es al mismo tiempo soledad. Esta casa y la tienda…

—Pero aquí veo recuerdos, retratos. Hay un pasado al que no renuncian.

—Sólo en apariencia. Ésos que ve, retratados, no son nuestros parientes; esos objetos por ahí desparramados no nos pertenecen como recuerdos, unos y otros los hemos comprado quizá porque nos recordaban algo, pero sobre todo, porque nos permitían inventar algo. Yo podía decir que esa dama de la peluca blanca es mi tatarabuela Metchilda, porque tuve una tatarabuela Metchilda que llevó una peluca así y que estaba retratada en el salón de mi casa. Pero no lo digo. Poca gente nos visita, pero, si alguien viene y nos pregunta quiénes son, nuestra respuesta es siempre vaga. Gente de otro mundo, de otro tiempo, sí. Con sus nombres, con sus biografías, pero sin relación con nosotros. Son piezas de las fantasías que yo escribo. Todo este escenario está destinado a nosotros, a nuestra intimidad, no a los demás, y nuestra intimidad la poblamos de fantasmas. Sobre este mundo real, estos muebles, estos cachivaches, hemos montado otro imaginario para nosotros

mismos, un mundo que no nos engaña, pero que nos divierte y en el fondo nos satisface: La Alemania como debió ser, un país y una sociedad en la que tendríamos cabida. Quizá vaya en ello un poco de nostalgia de lo que se perdió para siempre. Nada de esto aparecerá en la novela de Pedro Teotonio, ¿verdad? No tuve ocasión de contárselo a aquel sujeto que estoy convencido de que era Uxío Preto, como le dije.

—En todo caso, le hubiera permitido escribir una segunda parte de la novela. A los lectores les gusta siempre conocer el destino de sus personajes, les gusta que se los dejen en un camino conocido, que el lector pueda imaginar en todo su recorrido. En la novela de Pedro Teotonio, no sabemos qué a sido de los personajes, pero nos hubiera gustado que terminase creando un mundo así… un mundo fantástico.

—¡No sabe usted lo útil que nos es el tarot de Úrsula! Escogemos unos personajes y el tarot nos ayuda a inventarles una biografía distinta de la real. ¡Cómo le divertiría a usted conocer la de Federico II de Prusia, un Federico, además de músico, perezoso y mujeriego! En mi historia de Alemania no hay guerras… ¡Si usted supiera…! Llevamos reinventada la de las dos familias, y le aseguro que es más interesante que la verdadera; o, al menos, solemne. ¡Largas noches de invención! Casi hemos reconstruido la nobleza alemana entera y el resultado es una especie de vodevil. Una historia tan distinta que, al final, no hubiera habido necesidad de Hitler…

Sin darnos cuenta, había aparecido Úrsula, y nos escuchaba arrimada a la puerta.

—Podemos cenar cuando queráis.

EL CAPÍTULO SIGMA
(Inquisición)

EL BREVE CAPÍTULO SIGMA

Ámbito global de luz difusa embutido en un círculo de sombras: lugar sin existencia física, no por eso menos real. La luz de que se llena es tan viva como oscuras las sombras, pero no se sabe bien de dónde viene, ni si en realidad es luz de alguna parte, o sólo luz por sí misma, milagro. Tampoco se les puede atribuir un origen a las sombras: están ahí y son así, quietas, impenetrables. En el medio del ámbito de luz hay una mujer sentada, inclinada, con la cara cubierta por las manos. En las sombras no se sabe lo que hay: puede que nada, puede también que el universo entero, con sus agentes, sus ciudades y sus mares; con sus soles, sus estrellas y sus lunas. Alguna vez, un instante, una grieta fugaz, como si las sombras se estremecieran y se resquebrajaran, deja ver un resplandor efímero, un rayo escueto en una noche oscura, mera luz de mera grieta, luz plateada, quién sabe si ilusoria, capricho de la mente que imagina. El silencio es tan total que no es posible describirlo, y la mujer sentada podría ser una muerta por lo inmóvil. De cerca, sin embargo, se advierte que respira, pero su cuerpo no es consistente: puede ser el de alguien que se sueñe a sí mismo.

El tiempo que transcurre tampoco es mensurable. Puede ser todo y ninguno. La respiración de la mujer sólo lo mide para ella, el único ser vivo en una ausencia de ser. Sin embargo, y de repente, algo se mueve en las sombras, sombra también, que camina, y al caminar y moverse crea un espacio y un tiempo. Puede pensarse ya

que hay un suelo que soporta lo que anda, y así mismo la silla en que se sienta la mujer: porque todo puede ser pensado, sin que exista. Los pasos que, más que oírlos, se imaginan, nos libran de la angustia de aceptar que esa mujer se encuentre así, arrojada al espacio indefinido, sostenida en el vacío por una ausencia de fuerzas. No hay, sin embargo, que alarmarse. Lo más probable es que se trate de meras imágenes creadas por las palabras, no de otro mundo sometido a indescifrables leyes, a leyes aún desconocidas. Es la única razón por la que, de las sombras, puede salir todo lo imaginable. Y lo que sale, sin hacerlo del todo, sino quedándose a media luz y a media sombra, es la figura alargada de Uxío Preto, vagamente vestido de inquisidor, con ropas amplias y oscuras, que, al removerse, van creando remolinos y rápidos tumultos, o caen en pliegues regulares cuando está quieto, y se confunden con la sombra cuando no salen de ella. Uxío Prieto se cubre la cabeza con un capirote fláccido, cuyo ángulo estrecho le llega hasta la cintura: un capirote que le enmarca la cara, un poco caballuna. Su aspecto es, en todo caso, exagerado: no es necesario semejante melodrama para meter miedo a una pobre mujer.

UXÍO. (*Desde las sombras con voz suave*) Leticia.
LA MUJER. (*Sin moverse*) Sí.
UXÍO. Descúbrete la cara. La luz no te hará daño.

Leticia deja caer las manos. Queda al descubierto su rostro, bello aunque inexpresivo. Un rostro quieto, como de hipnotizada.

UXÍO. ¿Estás dispuesta?
LETICIA. ¿A qué?
UXÍO. A ser interrogada.
LETICIA. Bueno.
UXÍO. Te voy a preguntar cosas de Froilán Fiz.

Al oír este nombre, el cuerpo de Leticia se sacude. Parece incluso que se va a levantar, pero acaba sosegándose.

LETICIA. Froilán Fiz. Sí. (*Repentinamente.*) ¿Dónde está?
UXÍO. ¿No lo sabes?

LETICIA. No. No lo sé, hace algún tiempo que no lo sé.

UXÍO. ¿Por qué lo has olvidado?

LETICIA. Tampoco lo sé. Es como si una nube de olvido nos envolviera a los dos. Hace un momento, cuando tú me llamaste, no sabía quién soy.

UXÍO. ¿Ahora sí?

LETICIA. Soy Leticia. Y él fue Froilán Fiz.

UXÍO. Lo demás, ¿lo recuerdas?

LETICIA. ¿Lo demás?

UXÍO. Aquella escapatoria juntos a Venecia, el maestro y la alumna improvisados de amantes, con el pretexto de que iba a enseñarte un modo nuevo de completar la belleza. Tú lo has creído. ¿No te acuerdas? Eras una muchacha que estudiaba, una buena estudiante. Pero él te dijo: «Ven conmigo y te revelaré el secreto de la contemplación. Hay. que amarse, y sólo a través del amor se descubre la belleza.» Lo seguiste. Creías que lo amabas. También te preguntaré por lo de Melitón Losada. Todo lo de Melitón Losada.

LETICIA. Quería matarlo, Melitón, a Froilán Fiz. Y quería que yo le ayudase, y que muriese también. Los tres juntos, en una misma hecatombe.

UXÍO. Pocos tres para tanta palabra. ¿Matarlo exactamente? ¿Eso te dijo?

LETICIA. No. Lo que decía Froilán era que Melitón quería suicidarse.

UXÍO. Que no es lo mismo, ¿verdad? Melitón quería suicidarse. A lo mejor lo hizo, y tú lo ignoras.

LETICIA. (*Repentinamente inquieta.*) ¡No! No pudo suicidarse. Si lo hizo, Froilán también ha muerto.

UXÍO. Habrá que dar muchas vueltas para entender lo que dices. Hablas con cierta incoherencia.

LETICIA. Yo no lo entendí jamás, ¿cómo quieres que hable claro?; pero era cierto. Melitón quería suicidarse para matar a Froilán. Le odiaba.

UXÍO. ¿Quién te lo dijo? ¿Froilán? ¿Fue él sólo tu amante? ¿O lo fue también Melitón?

LETICIA. ¡No, no eso no! Fui la amante de Froilán, sólo de él, una amante feliz; le escuchaba arrobada, le admiraba. La palabra de

Froilán era profunda y seductora, envolvía como una caricia; pero el otro me hablaba mal de mi amante con la voz de mi amante. No la misma, algunas diferencias. Melitón tenía menos acento gallego.

UXÍO. Eso es confuso como todo.

LETICIA. Yo también lo estoy.

UXÍO. Puedo ayudarte.

LETICIA. ¿A qué? ¿A encontrar a Froilán? ¿A resucitarlo acaso?

Uxío emerge casi entero de la sombra. Se mueve de aquí para allá con pasos casi de danza: sus pies se apoyan en la trampa, prolongada al infinito, de los meridianos y de los paralelos: debajo se mueven lentamente las estrellas. En este momento, parece que en su conjunto, la cara, las manos, el capuchón, hay algo de diabólico y de inconmensurable, pero en zig zag. Como si lo supiera y no quisiera asustar a Leticia, deja en reposo las mangas y las haldas y se le trasfigura el rostro en apacible y benévolo. Entonces, con los pliegues caídos, inmóviles, parece tranquilizador. Leticia lo contempla antes de que él regrese a lo que puede ser la nada.

UXÍO. A que veas claro. A que recuerdes sin vacilaciones. Tú eras una muchacha inteligente, y esta historia te trastornó. ¿Cuándo supiste que existía Melitón? ¿Tardó mucho Froilán en revelártelo?

LETICIA. No me lo reveló, sino que apareció súbitamente. Bueno. La cosa fue de esta manera…

Se rasgan las sobras, surge un atardecer veneciano. Canales y góndolas. En una, juntos, pasean Leticia y Froilán Fiz. El gondolero, indiferente, rema y canta, por lo bajo, una canción sin palabras.

EL GONDOLERO. Tra la la, tra la lá.

FROILÁN. Aunque lo hagan todos los amantes que vienen a Venecia, siempre es hermoso pasear a esta hora del crepúsculo. Pero hay que hacerlo con cuidado, sin dejarse arrebatar. Los amantes ven sin mirar toda esta inmensa belleza. Marchar atentos a su mero interior, a lo que les canta dentro. Yo quiero enseñarte a que veas las luces del crepúsculo, a que sientas lo que ves, pero sin

olvidarte de lo que estás viendo conmigo.
LETICIA. (*En la góndola.*) Sí.

La góndola se desliza sin prisa, hacia el crepúsculo. Flamea el oro en las cúpulas, un oro rojo, un rojo tierno. El gondolero no canta.

LETICIA. (*En la silla. Apunta con el dedo a la góndola.*) Fíjate ahora. Se le transforma la cara a Froilán. Mira de otra manera, y por primera vez me habla con la otra voz.
FROILÁN. (*En la góndola.*) También es fácil morir, yendo en una barca tan frágil. Un movimiento basta. Quedamos atrapados, no hallamos salida. Además, las aguas del canal están contaminadas.
LETICIA. (*Asustada.*) ¿Por qué? Nunca me has hablado de morir.
FROILÁN. (*Que ha recuperado su voz y su semblante inquieto.*) ¿Por qué me dices eso?
LETICIA. Hablabas cosas terribles, y no lo hiciste con tu voz.
FROILÁN. ¡Ah! (*Hace una pausa. Señala vagamente a cualquier lugar remoto.*) Fíjate en el color del aire, en esos púrpuras verdaderamente suntuosos. Un color digno del manto de un Dux soberbio; pero los duces lo llevaban de otro color, también hermoso, con armiños. (*De repente.*) ¿Es la primera vez que se me cambia el rostro y que te hablo de la muerte?
LETICIA. (*Algo sorprendida.*) Sí.
FROILÁN. Te lo tengo que explicar, pero no ahora. Más tarde, sí, o mañana. Ahora tienes que empaparte del color, fíjate bien. Mira esa ráfaga de niebla que se acerca, que va a envolvernos.

Enlaza a Leticia por la cintura. Leticia reclina en su hombro la cabeza. Un jirón de niebla traga la góndola. Quedan fuera, por encima, el torso, la cabeza del gondolero, y su canción renace, más bien un tarareo. Y la sombra se cierra sobre la visión.

LETICIA. (*En la silla.*) Froilán fue siempre cariñoso, pero, aquella noche lo fue más que nunca. Estuvimos hablando hasta muy tarde. Durante aquel día había inventado muchas cosas, y me las contó. Sus invenciones eran prodigiosas, y peregrino el modo de

inventarlas. Se quedaba absorto, acodado a un pretil, o a la mitad de un puente, y del parpadeo de las aguas veía salir las imágenes. A veces, en tumulto. Otras, ordenadas como una historia.

Se ve en medio de las tinieblas, la habitación de Leticia y Froilán en un hotel de Venecia. Es una habitación pequeña, clara, con puerta a una galería. Leticia está acostada, tiene los brazos fuera del embozo. Froilán, sentado en un sillón, cuenta. Hay una lámpara de luz suave, al lado de un montón de papeles escritos.

FROILÁN. No pude averiguar todavía a qué familia pertenece aquella dama. Acaso a los Cornaro, a cualquiera de las infinitas ramas de esa casa. La escena la contemplé en la calle Córner Zaguri, desde el puente. Fue una visión suficientemente duradera, de modo que recuerdo los detalles. Era de noche, ya bien entrada, y se oía alguna música. Por debajo del puente pasó una góndola lujosa, con hermosas cortinas, llevada de un gondolero joven, lo que se dice un guapo mozo. Crucé con él la mirada, yo desde el puente, él desde la góndola, pero él no me podía ver, porque, *entonces*, no estaba yo. Se detuvo delante de una puerta de esas que abren sobre el canal, secundarias. La abrió una mujer, saltó ágilmente a la góndola, se escondió tras las cortinas. El gondolero remó sin prisas, volvió a mirarme sin verme. Seguí la barca en su camino; bueno, quiero decir que seguí su imagen. Navegaron un poco, tres o cuatro canales, hasta llegar a uno regularmente ancho. Allí, alguien apartó las cortinas y arrojó un cuerpo al agua. La góndola dio la vuelta, desanduvo lo andado, volvió a detenerse delante de la misma puerta. La mujer desembarcó, el gondolero amarró y siguió a la mujer. Cerraron suavemente, un cierre clandestino. Pasó un tiempo, no sé cuánto. Desde una ventana, arrojaron al canal un cuerpo. El agua lo recibió como lo recibe todo, cerrándose encima. Después volvió a abrirse la puerta, una mujer asomó, desamarró la góndola, y la empujó con el pie: se la llevó la mínima corriente, poco a poco, de un lado a otro, hasta quedar quieta en una confluencia de canales, como si algo la impidiera continuar. Esto

fue todo.

LETICIA. (*Desde la cama.*) ¿Piensas que esa mujer mató a dos hombres?

FROILÁN. Es lo que se me ocurre. Primero, a un amante; después, al gondolero…

LETICIA. ¿Y en qué época fue? ¿Ahora, estos días?

FROILÁN. No. Tiene que haber pasado hace mucho tiempo. Las ropas que vestía la mujer eran antiguas. Además, estuve a ver el escenario. Hay algunas diferencias. Por lo menos, una casa de época reciente. Y otras cosas han cambiado. Sobre este lugar cayeron bombas cuando los ataques alemanes durante la guerra del catorce. El palacio mismo ha sufrido: No existe ya la puertecilla: la han tapiado, sólo queda su forma, en una pared rojiza, desconchada.

LETICIA. Parece la historia de alguien que se deshace de un hombre con la complicidad de otro, y que se libra también del cómplice.

FROILÁN. Esta mañana, en los archivos, encontré unas noticias que pueden guardar relación con esas imágenes, con la historia que ocultan o que revelan, no lo sé bien todavía. La aparición del cadáver de un marino llamado Beppo, y, pocas horas después, el de un caballero ilustre, de nombre Fabrizzio. El cronista las narra como independientes, en una lista de crónica negra, tantos ahogados, tantos asesinados. Se les da por muertos casuales, pero hoy podemos pensar que, cuando fueron arrojados al canal, estaban acaso envenenados. Los jueces del siglo XVI no disponían más que de sospechas, no de autopsias, y, en ese caso, el cronista las ignora. Hay que imaginar, se puede imaginar una escena de amor en la que se bebe vino. ¿Antes o después? O, dicho de otra manera: ¿Se había entregado la mujer a Beppo y a Fabrizzio antes de envenenarlos? Eso ni siquiera puede conjeturarse. No sabremos jamás si el marinero Beppo cobró su deuda. Hay, además, otra noticia que se me antoja complementaria. Un mes después, la señorita Julieta Cornaro se casa con un caballero Contarini. Es una boda muy sonada. La fiesta dura tres días y en parte se celebra en los salones del palacio del puente Córner Zaguri. Esta Julieta, ¿es la que dio muerte a su amante y a su cómplice?

LETICIA. En todo caso, es verosímil. Son unos cabos que invitan a ser atados.

FROILÁN. Otras imágenes que me llegaron, ¿pertenecen o no a esta historia? ¿Son parte de ella, son acontecimientos afluentes o secundarios? Creo haberte hablado ya de la de un fraile predicando contra el Papa en una plaza abarrotada de gente. Hay otra, insignificante, pero insistente: la del anillo de oro en que se simboliza el matrimonio con Jesucristo. Se cuenta la leyenda de un patricio que tenía amores con una monja, y que la abandonó al explicarle ella el simbolismo del anillo. Pero esto sucedió mucho antes, es una leyenda de la Edad Media.

Sobreviene un silencio en la alcoba. Froilán deja que su mirada se pierda por las paredes: acaso busque en ellas el recuerdo de sucesos perdidos. Leticia le mira con insistencia. Pasan unos minutos.

LETICIA. Froilán.

FROILÁN. (*Distraído*.) Dime.

LETICIA. Me has prometido explicarme lo de esta tarde, en la góndola.

FROILÁN. ¿Qué de esta tarde?

LETICIA. Cuando me hablaste de la muerte con voz que no era la tuya.

FROILÁN. (*Como queriendo evitar la respuesta*.) Eso no tuvo importancia. A veces, uno habla distraídamente: ocurrencias inesperadas.

LETICIA. No. No es eso. El que me hablaba no eras tú.

FROILÁN. ¿Cómo no iba a ser yo, si sólo yo iba contigo?

LETICIA. Por eso no lo entiendo, y me da miedo.

FROILÁN. Olvídalo. Carece de importancia.

Otra pausa. Froilán, ahora, parece abstraído.

LETICIA. Algo me ocultas. No sé qué puede ser, no es cosa de otra mujer, ni nada de eso. Ni tampoco de dinero, ni de lo que andas averiguando. Nada de cada día, sino algo nuevo…

FROILÁN. No. Nuevo, no. Es tan viejo como yo mismo.

Alcanza la mano para que Leticia no siga hablando. Ella permanece en silencio. Se cierra la visión.

UXÍO. ¿No te lo contó esa noche?

LETICIA. Ni tampoco en ninguna de las siguientes, ni todo de una vez, como si temiera que, recibido de un golpe, no fuera a creerlo o me riera. Un día, sin que viniera a cuento, me dijo: «¿Tú sabes que soy un "géminis"? Nací un primero de junio.» «¿Y eso qué importa?», le pregunté yo; «Da lo mismo nacer un día que otro. En todo caso, siempre está mejor hacerlo en primavera o en verano, por lo del frío. Los niños nacidos en tiempo de calor se crían sin catarros». «No es por eso… y estás equivocada. La fecha en que se nace es capital en el Destino de los hombres. Los astros mandan. Se sabe desde antiguo que su posición en el cielo influye en nuestras vidas, influyen mientras la vida dura. Nuestra dependencia de los astros nunca cesa. Es una de esas verdades que dan miedo, y la gente prefiere, o ignorarla, o tenerla como mera superstición desdeñable. Los "géminis" nacemos con una doble personalidad.» Y no dijo más ese día. Pero, en otra ocasión… Estábamos en el café Florián. A Froilán le gustaba mucho ese café, y siempre me citaba allí al mediodía, cuando salía de los archivos. Nos habíamos hecho ya amigos de los camareros y, si uno iba a tardar, o se había marchado, podía dejar recado. Yo llegaba siempre antes que él, sacaba mis papeles y arreglaba los apuntes tomados aquella mañana, o terminaba de memoria los dibujos esbozados. Froilán jamás me decía: «Tienes que ver eso o esto otro», o «Tienes que verlo por ese orden». Me aconsejó dejarlo todo al azar, según se me ocurriese cada mañana tomar un rumbo u otro, a pie o en barca, aunque dijera también que no hay azares, que son en realidad una apariencia, que todo es Destino. Y que no fuese provista de erudición, sino de ojos y oídos, de los cinco sentidos alerta. Que tomase apuntes… Jamás me preguntaba datos, sino por mis sensaciones. «Precisa eso o lo otro. Eso es prolijo, está incompleto, no está suficientemente claro.» Aquella mañana había ido a ver La Salute, pero quedando a la mitad del camino, para poderla contemplar ni de muy lejos ni desde demasiado

cerca. Había dibujado un perfil y estaba muy contenta. Deseaba que llegase Froilán para mostrarle el dibujo. Se retrasó un poco, solía hacerlo. Y, al llegar, sin más, comenzó a explicarme que, en vez de hurgar en los archivos, se había entretenido en trazar las líneas de un relato, el de Julieta Cornaro. «Estoy empapado en aquel ambiente, conozco nombres y otras historias, me siento capaz de escribir ya una novela perfecta, con la personalidad de Julieta en el centro, una personalidad terrible. Julieta, de ser un hombre, hubiera sido un genio de la política de su tiempo: imaginativa, astuta, maquiavélica… Lo fue en la vida privada. Imagino más muertes, más intrigas…» De repente, pareció entristecerse. «Me pondría a escribirla ahora mismo, pero alguien me lo impide.» Me aterré, de súbito. «¿Yo? ¿Soy acaso yo?» Me cogió la mano y me la apretó. «No. No eres tú. Tú, por el contrario, me favoreces. Es Melitón». «¿Melitón?» Nunca había pronunciado aquel nombre, ni se había referido jamás a nadie que lo llevase. «¿Quién es Melitón? ¿Lo conozco? ¿Por qué te impide trabajar?» No me había soltado la mano, pero no me miraba. Seguía entristecido. «No hablemos ahora de eso. Te ruego que no me preguntes más. Un día te lo explicaré, pero aún no llegó el momento.» Lo dijo con tal acento de súplica que no insistí, pero, a partir de entonces, mi cabeza anduvo embarullada. La falta absoluta de indicios me impedía imaginar o suponer, y no se me ocurrió relacionar a Melitón con aquella tarde bellísima en que Froilán me había hablado de la muerte con voz que no era suya. Se me ocurrían explicaciones vulgares, como la de que Melitón fuese alguien hallado casualmente, un viejo conocido, quizás, o alguien que intentase extorsionarlo, o simplemente andarle encima, un pesado. ¿Qué otra cosa podía ser?

UXÍO. (*Con voz insinuante*.) ¿Nunca pensaste que Froilán te estuviera mintiendo?

LETICIA. ¿Por qué?

UXÍO. Por el solo gusto de hacerlo. Como quien dice, presentarse ante ti como personaje de un drama.

LETICIA. Froilán no era de ésos.

UXÍO. ¿Por qué lo sabes?

LETICIA. No me había mentido nunca. No era un farsante.
UXÍO. Eso no puede decirse de nadie, ni siquiera tú de ti misma.
LETICIA. En nuestras relaciones, jamás hubo engaños. No tenía por qué, éramos libres, nos habíamos unido libremente.
UXÍO. ¿Y si todo fue, precisamente, engaño? Desde el primer momento…
LETICIA. ¡No, no, no! Él era tan verdadero y tan sincero como yo.
UXÍO. La cuestión te la he planteado antes de tiempo. No has terminado el cuento.
LETICIA. Otra mañana, allí mismo, en el café Florián, me habló de nuevo de Julieta Cornaro, tal vez y como él la iba imaginando. Fue la segunda vez que me habló de una doble personalidad, pero referida a Julieta.

De la oscuridad emerge ahora el café de Florián, el salón de la izquierda, conforme se entra. En una mesa del fondo hay una pareja de americanos vestidos de tal manera que su presencia se asemeja a la de un Picasso violento en una iglesia barroca. Beben cerveza, de vez en cuando uno dice algo y el otro responde «Yes». Leticia está sentada junto a otra mesa, al lado de la ventana. Tiene delante una taza vacía de café y trabaja en sus apuntes. Llega Froilán Fiz, con una cartera. Se acerca a Leticia, le da un beso, se sienta junto a ella.

FROILÁN. Vengo cansado, pero contento. La historia va perfilándose cada vez más, y mejor. ¿Sabes que Julieta tiene una hermana gemela, Betina? Las dos son igualmente hermosas, pero muy diferentes. Y ambas tienen doble personalidad. ¿Te das cuenta, qué problema para resolver un novelista? Cuatro personas en dos. Julieta es caritativa, intrigante y capaz de asesinar. No existe conflicto alguno entre su parte buena y su parte mala; sus personalidades se complementan, se llevan bien, o quizá se ignoren. Betina también es dúplice: casta y lasciva, religiosa e impía. Julieta se casa, como sabemos. Betina se mete en un convento, y su vida es la lucha contra sí misma y contra las tentaciones que le llegan de fuera. Hay muchos enamorados que no se resignan a perderla, y el Dux se ve obligado a montar una guardia alrededor del convento donde Betina se encierra, porque

cada noche alguien intenta raptarla. Uno de estos enamorados, sobrino del Patriarca, consigue que el Papa anule los votos de Betina, pero ella se niega a salir de su encierro, donde, sin embargo, recibe visitas y está al tanto de la vida veneciana. Tiene, como si dijéramos, su clientela, y su hermana la suya.

LETICIA. ¿Y qué es lo que sucede?

FROILÁN. Eso es lo que ando buscando ahora, lo que sucede. Descubro ráfagas inconexas, fragmentos de acción. Se me ocurre que, aun amándose mucho, ambas hermanas son enemigas. Por ejemplo, Julieta protege al fraile que predica contra el Papa, mientras Betina es ortodoxa militante y activa, aunque a veces se sienta atea, en su intimidad, una santa atormentada por la duda. Pero, de esto, nada se trasluce: transcurre en la intimidad de su conciencia, en los diálogos con su doble. Cada una de las hermanas actúa como centro de medio mundo, enemigo del otro medio.

LETICIA. ¿Los buenos y los malos?

FROILÁN. Los unos y los otros nada más. No me preocupan las calificaciones morales, que serían impertinentes, porque todos se portan de manera parecida. La narración no investiga el bien y sus relaciones con el mal. El bien y el mal son nociones ajenas al relato. Cuando asistimos a una representación de «Macbeth», la cuestión del mal queda fuera de nuestro interés, nos atrae el desarrollo de la personalidad de lady Macbeth. Es la persona la que nos fascina, no su bondad o su maldad. Lo que yo intento es describir el desenvolvimiento de dos mujeres, ambas dotadas de doble personalidad, al mismo tiempo que gemelas. Dos tipos diferentes de relaciones interiores. La vida íntima de Betina es una contienda; Julieta pelea con los demás, con su hermana ante todo, aunque la ame.

LETICIA. Lo de Betina lo veo claro. Mucha gente lucha contra sí misma. En realidad, todos sentimos en nosotros tendencias con las que no estamos conformes, contra las que luchamos. Eso, a lo que se me alcanza, no es una doble personalidad. La verdad es que no entiendo muy bien lo que quieres decir cuando usas esa frase.

FROILÁN. El que podamos llegar a ser dobles es algo que sucede a

todo el mundo, pero que no se realiza en la mayor parte de los casos. Alguna vez te hablé de la influencia de las estrellas. Esas tendencias opuestas a nuestro sentimiento, o a nuestras convicciones, son restos de personalidades que pudieron y no llegaron a ser. La verdadera doble personalidad se caracteriza porque el otro tiene un nombre y una figura, una verdadera independencia. En ningún momento puedo sentirlo como parte de mí, sino distinto a mí. Como si alguien se te hubiera instalado dentro. Las dobles de Julieta y de Betina también tienen sus nombres, aunque todavía yo no se los haya inventado. Tengo que pensarlo, qué clase de personalidades, que hagan juego entre las cuatro, complementos, contrastes… Pero eso es lo de menos. Serán un otro, o una otra, con los que se habla y se lucha y que se presentan, no sólo como una voz, sino como un cuerpo sin materia. Por ejemplo, Melitón.

LETICIA. (*Asustada. Recuerda de repente*.) ¿Ése que te estorba cuando quieres trabajar?

FROILÁN. (*Con cierta tristeza.*) Y cuando quiero amarte también. Está presente y se ríe de mí. Lo que escribo no le gusta. Quiere que lo destruya. En realidad a él le gustaría destruirlo todo, a ti y a mí y al mundo entero.

LETICIA. (*Con cierto terror en la mirada*.) ¿Está aquí, entre nosotros?

FROILÁN. No. Ahora no. Hace unos días que no lo veo ni lo oigo. Si estuviera, no podríamos hablar de él. (*Froilán calla unos instantes, como escuchando. Entorna los párpados*.)

LETICIA. ¿Lo ves?

FROILÁN. Sí. Cierro los ojos y lo veo, pero ahora no pasa de recuerdo. No está.

LETICIA. (*Con firmeza, pero con miedo*.) Ahora, entonces, háblame de él.

FROILÁN. Puede surgir y entrometerse. Es súbito, inesperado.

LETICIA. Mientras no llegue.

FROILÁN. (*Con un esfuerzo visible*.) Nació conmigo, y lo recuerdo siempre dentro de mí, como a mi lado. Todavía no tenía nombre y ya me llevaba la contraria. Si yo lloraba, él se empeñaba en las risas y en las cucamonas. Creí que todo el mundo era lo mismo que yo, cada cual con su Melitón, que así me dijo una vez que se

llamaba; unos, peleando con él; otros, de acuerdo. Interpretaba a la gente en función de esa experiencia mía: de los risueños, de los satisfechos, de los benévolos, pensaba: éste se lleva bien con su Melitón. En esa creencia viví hasta los quince años, más o menos. Una vez, al confesarme, le hablé al cura de Melitón. Él me fue sacando el relato con todos sus detalles, el relato entero. Fue un interrogatorio largo, y acabó por decirme: «Eso que llevas dentro no es Melitón, es el demonio.» Habló de exorcizarme, lo hizo, pero Melitón siguió dentro. De modo que, durante unos años más, creí que Melitón era un demonio, y yo un endemoniado. Me pasaba la vida disimulando la lucha que mantenía con él, que no se trasluciese su existencia. Hasta que dejé de creer en el demonio, pero Melitón seguía allí, y se reía de mí. «No soy el demonio, soy tú mismo, y me tendrás siempre contigo hasta que mueras. Sólo muriendo te librarás de mí. ¿Por qué no te suicidas?» Estuve a punto de hacerlo, más de una vez. Estaba en la Universidad cuando una amiga me habló de las personalidades múltiples. No sé si era cierto o no lo que decía, pero lo acepté como explicación suficiente. A Melitón no le gustaba eso. «No hagas caso de lo que te dicen; yo soy inexplicable.» Se irritaba conmigo y se marchaba. Sin él yo me sentía igual a los demás.

La visión de Froilán se desvanece, sustituida por la de un canal por el que navega una góndola, con un fondo dorado de cúpulas y torres. Después, otra vez la oscuridad. Uxío Preto saca de la sombra el perfil sonriente.

UXÍO. Froilán Fiz siempre fue muy imaginativo, lo cual no quiere decir que fuese muy original. La invención de un problema de esa clase para sorprender a una muchacha cuya atención hay que mantener en vilo, a la que hay que fascinar cada día, porque el amor desemboca en el tedio, es oportuna, pero no revela demasiado talento. Inventarse la presencia de un doble está al alcance de cualquiera con medianas dotes histriónicas, y con algunas lecturas. Supongo que, a partir de aquella confesión, le habrá tenido miedo.

LETICIA. (*Sentada.*) No. Miedo, no: compasión. Le vigilaba, le escrutaba la cara, me mantenía al acecho, como si mi atención evitase la presencia del otro.

UXÍO. (*Tajante.*) Pero Melitón aparecía.

LETICIA. Sí, muchas veces. La primera me dijo: «Ya no tengo que esconderme, porque ya sabes quién soy.»

UXÍO. ¿Qué te decía?

LETICIA. Me hablaba mal de Froilán, me aconsejaba que lo abandonase. «Él piensa que te quiere, pero, en realidad, no eres para él más que su espectadora. Un día lo descubrirás por ti misma.» Decía que lo único que le importaba a Froilán era él, Melitón; y que no podía vivir sin él y que sin embargo, le escapaba. «Toda esa historia que quiere escribir no es más que un subterfugio para librarse de mí. Le influyen ciertas lecturas. Piensa que describiendo la doble personalidad de Betina y de Julieta puede aniquilar la suya. La verdad es que no hubiera sido capaz de inventarlas si no me llevase dentro. Julieta y Betina son su doble autorretrato, el ideal y el real.»

UXÍO. ¿Y eso te lo decía Froilán con otra cara y otra voz?

LETICIA. Sí. Con cara de malo y voz despectiva.

UXÍO. Con cara inteligente y voz superior. Os daba buenos consejos.

LETICIA. Nos hacía sufrir, se metía en lo nuestro para desbaratarlo. Aparecía en los momentos mejores del amor y se burlaba. Y siempre hablaba de la muerte. «¿Queréis morir ahora?», nos decía. O bien: «Si quieres deshacerte de mí, no tendrás más remedio que suicidarte, que es lo que yo deseo, para librarme también de ti.»

UXÍO. Es una historia bien urdida para justificar su desaparición. Un día no comparece en el café Florián, ni en la tabernita donde coméis ni, finalmente, en el hotel del campo de Santo Stefano donde tenéis vuestro nido. Ni al día siguiente tampoco. Fue cuando tú, enloquecida, preguntaste por los muertos sin identificar, ahogados, asesinados o suicidas, aquel día terrible.

LETICIA. (*Acongojada.*) Sí.

UXÍO. Se lo llevó Melitón. ¿Adónde se lo llevó Melitón? Porque Froilán Fiz no se ahogó, ni se suicidó, ni fue asesinado. Desapareció, que es un modo piadoso de decir que te abandonó.

Pero después publicó la historia de Julieta y de Betina, lo cual quiere decir que no había muerto. Una historia que no ha leído nadie, un puro melodrama.

LETICIA. Yo fui testigo de su invención. Yo contemplaba a Froilán mientras escribía en aquella habitación del campo de Santo Stefano. Le contemplaba horas seguidas, veía cómo le iban surgiendo las imágenes y las ideas. Alguna vez se interrumpía, me miraba con la cara de Melitón y me decía: «Esto está mal. Acabaré rompiéndolo.» Y yo: «¡No, no lo rompas! ¡Es una historia hermosa!» En alguna ocasión me atreví a decirle: «Esa historia nos pertenece a los dos.» Froilán lo creía también así, pero Melitón lo negaba. «Después de todo, ésa no es vuestra, sino mía. Todo lo que ahí cuentas es de mi pura invención. Te lo dicto desde las sombras donde me escondo cuando no me oyes ni me ves. Te lo dicto con la voz del silencio, con la que oye el alma.»

UXÍO. Será mejor que no insistas. Melitón es un sueño, si no es un pretexto.

LETICIA. ¡Si lo sabré yo! Estás completamente equivocado. Froilán no se suicidó, de acuerdo, pero tampoco me abandonó. Froilán me fue robado por Melitón y por Nicole.

UXÍO. ¿Nicole? ¿Un nuevo personaje? No has hablado de él hasta ahora.

LETICIA. Nicole Martin, una escritora. La encontramos en Venecia, mejor, la encontré yo, o me encontró ella a mí.

UXÍO. La historia ya estaba completa y habíamos llegado al final, y más allá, porque esto es más allá del final. La historia de Froilán, Melitón y tú, que terminó en abandono por culpa de Melitón. Esto es todo y no hace falta más. Ahora te sacas a Nicole de la manga como un escritor malo a quien se le agota la materia y recurre a otra y la añade como un remiendo. No habías hablado de ella, no la habías siquiera aludido.

LETICIA. Tú no me habías preguntado.

UXÍO. Lo hago ahora. ¿Qué tiene que ver Nicole?

LETICIA. Se me acercó un día, en el café Florián. Yo estaba sola.

Nuevamente, en las sombras, aparece el café. Leticia está en su

asiento junto a la ventana. Encima de la mesilla, los restos de una capuchina. Absorta en sus papeles, no advierte la llegada de Nicole, una mujer de edad indefinida, de grandes ojos hermosos y malignos. Viste un traje sastre gris y lleva un bolso en bandolera. Es delgada y tetirrasa. El cabello, muy corto. Un cigarrillo a medio fumar en la mano izquierda.

NICOLE. ¿Señorita?

Leticia, sorprendida levanta la mirada y queda un poco embarazada.

NICOLE. Perdóneme. ¿Habla usted italiano?
LETICIA. Mal. ¿Por qué?
NICOLE. ¿Y el francés?
LETICIA. Un poco mejor.
NICOLE. Nos entenderemos en francés. Me llamo Nicole. ¿Me permite que me siente con usted? Me gustaría hablarle.

Lo hace en francés. Leticia recoge sus papeles, los guarda.

LETICIA. Bueno. Diga.
NICOLE. Soy escritora, bastante conocida. Nicole Martin. Escribo en francés, ¿sabe?, pero no soy francesa. La vengo observando hace días: me interesa usted.
LETICIA. ¿Por qué?
NICOLE. ¡Oh, no se asuste! Me interesa de una manera desinteresada, o, si esto no lo encuentra muy claro, de una manera profesional.
LETICIA. Se lo creo porque usted lo dice, pero no lo entiendo. Yo no puedo interesar a nadie. Soy una modesta profesora española que hace estudios aquí, en Venecia. Estudios sin importancia.
NICOLE. Lo había adivinado. Fue lo que yo me dije: «Esta muchacha tiene que ser profesora.» De Historia del Arte, ¿verdad? La he visto sacar dibujos de aquí y de allá, croquis o esquemas seguramente. Y los lleva ahí, en ese cartapacio. ¿Por qué no me los muestra?
LETICIA. ¿Para qué? ¿Para decirme si son buenos o malos? A mí no me importa. No tiene más valor que el personal. Los dibujos que

saco son de fragmentos o de aspectos que no recoge la fotografía, pero son torpes, elementales; no obras de arte, sino meras notas.

NICOLE. ¿Es tan tímida que le da vergüenza enseñármelos?

LETICIA. Sí. Soy muy tímida, pero ahora ya no importa.

Le entrega el cartapacio. Nicole se cala unas gafas de oro y empieza a hojear los apuntes de Leticia. En silencio. Los examina todos. A veces vuelve atrás y repite la contemplación de alguno de ellos. Luego, le devuelve a Leticia el cartapacio.

NICOLE. No son perfectos, evidentemente, pero muestran una gran sensibilidad. Usted sabe ver el arte, y eso me importa mucho. Revela una personalidad distinguida. Yo estoy en Venecia para escribir unos artículos… Llevo ya algunos publicados. Creo coincidir bastante con usted. A mí tampoco me interesan la arqueología ni la historia, sino los grandes conjuntos y los detalles. ¿No sabe que algunas veces la he seguido, en esas caminatas sin rumbo que usted hace por las mañanas? Sí, la he seguido, y me he fijado en lo mismo en que usted se fija. Sobre lo mismo que usted ha hecho apuntes, yo escribo.

Espera una respuesta, pero Leticia no sabe qué decir. Está un poco asustada y un poco asombrada, y, conforme Nicole habla, más se mete en sí misma.

NICOLE. ¿No cree que es una curiosa coincidencia?

LETICIA. Sí. Lo es. Pero yo nunca me di cuenta de que me siguiese nadie.

NICOLE. No se trata de seguirla en el sentido estricto de la palabra. Digamos que muchas de estas mañanas fueron comunes el punto de partida, el de llegada y las estaciones del camino. Además, yo también vengo al Florián. Suelo sentarme allí, en aquella esquina. Algunas veces la he visto con su marido, y no digo que la haya escuchado porque no entiendo en qué lengua hablan. ¿Español? ¿Portugués? Una lengua que suena bien, al menos hablada por ustedes.

LETICIA. No es mi marido.

NICOLE. Perdón. No quisiera…
LETICIA. En realidad, él es mi maestro. Lo que estudio, él lo dirige.
NICOLE. ¿Es por eso por lo que le admira?
LETICIA. ¿A quién? ¿A él?
NICOLE. Sí. Se nota que le admira. Quizá demasiado.
LETICIA. Es un hombre extraordinario, no sabe usted hasta qué punto.
NICOLE. ¿Sería capaz de admirar a una mujer del mismo modo?
LETICIA. No lo he pensado nunca.
NICOLE. ¿Nunca ha pensado en la posibilidad de admirar a una mujer? ¿Cree que sólo son admirables los hombres?
LETICIA. Me hace usted unas preguntas muy extrañas.
NICOLE. Estudio las relaciones entre hombres y mujeres, su naturaleza, sus consecuencias. Me gustaría que leyese usted una novela mía, para que se diese cuenta de por dónde van los tiros. Un día de éstos le traeré un ejemplar.

Desaparece primero el rostro de Nicole. Después, el de Leticia, y, finalmente, el café.

LETICIA. (*En la silla.*) Otra mañana la encontré en no sé qué puente o en no sé qué plaza. Parecía casualidad, pero yo creo que me estaba esperando. Se me acercó muy sonriente, al parecer muy alegre. «Pensaba ir a verla al café, le traje la novela.» La llevaba en el bolso, una novela en francés. Sacó la estilográfica. «¿Me permite que se la dedique? Tengo que saber su nombre. Le *prénom*.» Se lo dije. «¡Qué bonito, Leticia! “A Leticia, de Nicole.” Así de sencillo, ¿verdad? Todo lo demás sobra.» Se despidió de mí y se marchó. Yo guardé el libro, pero aquella mañana no me fue posible hacer nada. Me refugié en el café, muy temprano. No había nadie. No pude resistir la tentación de empezar la novela. Me fascinó desde un principio. Estaba muy bien escrita, y me absorbió hasta no darme cuenta de que Froilán había llegado y me contemplaba divertido. «¿Qué lees tan absorta?» Se lo expliqué. «¿Cómo no me has contado antes lo de esa mujer?» «No le había dado importancia.» Hojeó el libro y me lo devolvió. No volvimos a hablar del tema, pero, en todos los momentos en

que me dejaba sola, cogía la novela. Su asunto me atraía y al mismo tiempo me desgarraba. Yo creí desde un principio que era su estilo perfecto lo que sujetaba mi atención, lo que me fascinaba, pero quizá también fuese el hecho de que las ideas y la conducta de los personajes eran lodo lo contrario de lo que yo hubiera pensado o hubiera deseado. Una mujer seducía a un hombre, quedaba voluntariamente embarazada de él y luego, también voluntariamente, abortaba, y decía hacerlo como suprema afirmación de su libertad. Me hallaba tan confusa, después de haberla leído, que le rogué a Froilán que la leyera, para poder hablar. Él la empezó y en seguida la abandonó. «En esta novela hay un no sé qué, que me repugna íntimamente. Tiene algo de diabólico.» En eso estábamos conformes.

UXÍO. Y, Melitón, ¿no comparecía?

Habla con guasa y con cierta malignidad. Sonríe en el borde de las sombras y contempla a Leticia, que ha dejado caer los brazos y parece cansada.

LETICIA. No. Estuvo ausente días y días. Le creíamos vencido, quizá ya muerto, si es que la gente como él tiene una forma de morir que no sea el olvido. Cuanto más describía Froilán la lucha de Betina contra su doble, incrédulo y lascivo, más alejado iba quedando Melitón de nosotros, como si le conjurasen las palabras. Nos sentíamos libres y felices. Yo creo que, de no existir Nicole, no hubiera vuelto. Froilán creía haberlo transfundido a la novela, que estaba allí, prisionero en el doble de Betina. En realidad, era su propia lucha la que describía en aquellas páginas. Y no sólo el doble de Betina, sino también Julieta, la perversa. Tú que has leído la novela, te puedes dar cuenta.

UXÍO. (*Irónico.*) Sí. Es la pelea heroica contra un ser imaginario.

Hay una pausa. Uxío se retira a las sombras, reaparece.

UXÍO. ¿Qué tuvo que ver Nicole en el regreso de Melitón?

LETICIA. Nicole también estuvo ausente. Poco tiempo, el que calculó que tardaría yo en leer su novela. Eso, al menos, es lo que me

parece. Después, una mañana, estaba ya en el café, cuando llegué como de costumbre, a esperar a Froilán. Yo había logrado trabajar aquella mañana. Creía verme libre de la fascinación maligna de la novela y empezaba a olvidar a su autora. Al ver a Nicole me dieron ganas de huir, pero ella me había visto también y me sonreía. Se había sentado en la mesa que yo solía ocupar. Me estaba esperando.

Reaparece en los sombras el interior del café Florián, el saloncito de la izquierda, conforme se entra. La mañana está gris, oscura. Nicole lleva una gabardina ligera sobre unos pantalones y un suéter. Cuando ve a Leticia, se levanta, le sonríe, mientras se quita la gabardina: queda más patente que nunca la lisura de sus pechos. Leticia, en cambio, al quitarse el abrigo, muestra señales evidentes de la perfección de los suyos. Permanecen un momento quietas, mirándose. Un instante de lucha. Nicole tiene unos ojos inteligentes, profundos; los de Leticia son candorosos y tímidos. Es la primera en parpadear.

NICOLE. ¡Tantos días sin vernos!
LETICIA. (*Confusa, vencida.*) ¿Cómo está?
NICOLE. No muy bien. Esta niebla, estas humedades, me tienen llena de dolores. En las rodillas, en las piernas, en la espalda. Yo debería vivir en un país seco, pero Venecia me tiene atrapada para siempre. ¿Se ha dado cuenta de lo difícil que es marchar de Venecia cuando se ha vivido en ella cierto tiempo? No demasiado: basta un mes o dos. Tiene muchos inconvenientes, ¡oh, ya lo creo!, pero su encanto nos compensa de todo. Y es una ciudad donde se puede pensar libremente. Me explico que, en el Renacimiento, los librepensadores se refugiasen aquí. El mismo aire incita a la libertad.
LETICIA. Pero también fue una ciudad de tiranos.
NICOLE. Pero con una manga muy ancha para las costumbres. En cualquier caso, Venecia nunca fue puritana.
LETICIA. No.
NICOLE. Usted, ¿siente alguna simpatía por el puritanismo? ¿Tiene usted una moral?

Se han sentado, la una frente a la otra. Se acerca el camarero. Piden dos capuchinos. El camarero sale después de mirar a Leticia de una manera compasiva.

LETICIA. No lo he pensado nunca, pero supongo que sí, que tengo ideas morales, como todo el mundo.

NICOLE. ¿Las de todo el mundo?

LETICIA. Tampoco lo sé. Tendría que pensarlo.

NICOLE. ¿Ha leído la novela? ¿Qué piensa de su protagonista?

LETICIA. Me desazona. ¡Se comporta de una manera tan distinta de lo normal!

NICOLE. (*Con voz segura.*) Sí. No es normal que una mujer defienda su libertad hasta tales extremos. Es más bien excepcional.

LETICIA. Me explico que quiera tener voluntariamente un niño. Eso le pasa a cualquier mujer. ¡Pero que se deshaga de él de esa manera…! Es inhumano.

NICOLE. Las ideas sobre lo que es humano y sobre lo que deja de serlo son variables. Cada tiempo tiene las suyas. Comprendo que mi protagonista se anticipa a lo que un día será corriente, pero hay ya muchas mujeres que piensan lo mismo. Son las pioneras de un mundo que no existe aún, heroínas solitarias de la libertad femenina. ¡Liberarse de todo, hasta de la biología! Ya pueden ser madres sin coito; llegaremos a serlo sin parto.

LETICIA. ¿Ha conocido usted a su heroína?

NICOLE. (*Con voz firme.*) Yo soy mi heroína.

LETICIA. (*Confusa.*) ¡Ah!

NICOLE. Llevo a la práctica mis convicciones, que están de acuerdo con mis sentimientos. Lo que pienso no es más que la expresión de lo que siento.

LETICIA. No lo entiendo muy bien. Yo siento de otra manera. Probablemente soy una mujer vulgar.

NICOLE. ¿No desea ser libre?

LETICIA. Creo serlo.

NICOLE. ¿Cree serlo porque vive con un hombre sin estar casada con él?

LETICIA. Entre otras cosas.

NICOLE. Hay muchas mujeres que piensan que la libertad consiste en

rechazar el matrimonio, pero no la unión estable, sin darse cuenta de que, en el fondo, es lo mismo. Una convención más.

LETICIA. En todo caso, le aseguro que nunca me he propuesto esas cuestiones. Creo haber obrado siguiendo los impulsos de mi corazón más que los consejos de mi cabeza. Ya sé que está mal, que es peligroso. Pero le aseguro que no me repugnaría casarme. Carezco de prejuicios contra el matrimonio.

NICOLE. ¿Cree usted en el amor?

LETICIA. Lo siento, y estoy muy contenta. Soy bastante feliz.

NICOLE. ¡Bastante feliz! ¿No piensa que hay que sacrificar la felicidad al deber?

LETICIA. ¿A qué deber?

NICOLE. Al de la libertad. Mi protagonista pudiera haber sido feliz de esa manera. ¡Un hombre y un hijo! Lo que apetecen casi todas las mujeres. Pero ella es distinta. Ella cree y ama su propia libertad, y la ejerce hasta el final.

LETICIA. Yo no lo necesito. Estoy muy contenta así.

NICOLE. ¿Sometida a un hombre?

LETICIA. No me siento sometida en absoluto.

NICOLE. Pero usted ama, y amar es someterse.

LETICIA. No lo he pensado nunca, pero, en todo caso, es una sumisión recíproca.

NICOLE. Ése es el subterfugio con que se justifican los que creen amarse. Pero sólo vale mientras sienten que el amor existe. Un día, comprenden…, el amor se desvanece. Queda la vergüenza de la sumisión.

LETICIA. No he pasado aún por ese trance.

NICOLE. ¡Y aunque no pasara usted nunca! Hay quien vive engañado la vida entera, pero eso no quita que el amor sea un engaño. El enamorado cree que recibe del amado lo que no podría recibir de otro, pero en esto radica el error. Cualquier otro hombre puede dar a una mujer lo que le da su amante, y viceversa. Es una prueba a la que sólo se someten algunas mujeres excepcionales, capaces de afrontar el desencanto, por muy desolador que parezca. Yo, cuando era joven, me enamoré e hice la prueba. Se me cayó la venda de los ojos. Lo que recibí del segundo hombre no estaba en ninguno de ellos, sino dentro de

mí. La felicidad la llevamos en nuestro cuerpo, y el hombre, cualquier hombre, no es más que un instrumento.

LETICIA. Soy muy distinta, se lo aseguro. Por nada del mundo, cambiaría a Froilán por otro hombre, ni aun el más hermoso. La fidelidad me hace feliz.

NICOLE. (*Se ríe.*) ¡La fidelidad! Otro mito.

A la imagen del café de Florián se superpone la de la mar, junto al muelle: surcada de góndolas y vapores, y una lejanía de islas azules. Leticia pasea sola, se detiene, contempla las aguas plateadas.

LETICIA. (*En la silla.*) No olvidaré nunca aquella mañana. Froilán me había enseñado a comprender la belleza de la mar y el cielo grises, de las nieblas ligeras. Me decía que, si fuera acuarelista, pintaría aquellos paisajes así, porque el arte de la acuarela es el más adecuado por la levedad de sus tintas. Pero el recuerdo de Nicole se interponía, me estorbaba. No sabía por qué estaba medrosa, como a quien amenazan con robarle su tesoro, o, lo que es peor, con destruirlo.

UXÍO. Aquella Nicole debía de ser poco más que una mujer de ideas, una propagandista. Lo mismo que te dije a ti se lo hubiera dicho a cualquier otra muchacha, en cualquier situación sentimental. Son gentes que hablan como gramófonos, o como libros abiertos.

LETICIA. No. Había algo personal…, apasionado. Lo sentía. Algo así como un odio, y un placer en la destrucción.

UXÍO. Lo crees porque lo imaginas, y porque es lo que entonces temías.

LETICIA. No, Nicole miraba especialmente mis pechos, los miraba con envidia. Ella no los tenía. Su pecho parecía el de un muchacho.

UXÍO. Eso no pasa de vanidad. ¡Hay muchas mujeres con pechos como los tuyos!

LETICIA. Sí, y más hermosos también, pero ése no era el caso de Nicole. Me tenía envidia por mis pechos y también porque yo era feliz. Y quería que no lo fuese. Aquella mañana me dejó atemorizada. Cuando nos encontramos Froilán y yo, me eché a sus brazos, creo que llorando, y le pedí que me quisiese siempre.

Le tuve que contar lo que había sucedido. Él me dijo: «No debes volverla a ver. Dejaremos de ir al Florián, ya buscaremos un lugar donde encontrarnos, aunque no sea tan hermoso.» Y me hizo una pregunta extraña: «¿Estás segura de que Nicole existe? ¿No será como Melitón, algo que te viene de dentro y que tú crees de fuera?» Y, después de pensarlo tristemente, añadió: «Eso sería terrible.» Le tranquilicé asegurándole que Nicole no era ni un fantasma ni una fantasía. Se quedó más tranquilo, pero repitió que no volviera a verla, que no volviese a hablar con ella.

UXÍO. Con lo cual le dabais la razón a Nicole. Tú obedecías a Froilán, estabas sometida a él.

LETICIA. ¡Lo hacía para conservar lo que era nuestro! ¿No comprendes que, si yo siguiese escuchando a Nicole, acabaría por escaparme?

UXÍO. En todo lo que dices hay algo de verdad, pero exageras.

LETICIA. Eso no es más que tu punto de vista. Las cosas son como las siente el que las sufre. El que las ve desde fuera no puede conocer la realidad de su verdad.

UXÍO. Como frase, no está mal. «La realidad de su verdad», ¡casi nada! ¿Quién sabe lo que es real y lo que es verdadero? Todo ese lío de Melitón probablemente es verdadero, pero no real. Espero que me entiendas.

LETICIA. No.

UXÍO. Quizá sea mejor así, porque, si me entendieras, me vería obligado a entenderme a mí mismo, y eso no me lo he propuesto todavía. No hay nada tan entretenido como saber que se es misterio, que el misterio está aquí, y que un día cualquiera se puede entrar en él, explorarlo. Un día cualquiera. A lo mejor, nunca.

Leticia le contempla, contempla el esquema de Uxío Preto, que aparece sobre las sombras. No responde. Hay un momento de silencio. Un momento en que todo puede acabar, hasta el mundo.

UXÍO. ¿Os librasteis por fin de Nicole?

LETICIA. Durante algún tiempo, un mes, quizás, un mes hermoso. Dejamos de ir al Florián. Froilán había hallado un café

pequeñito en una plaza recoleta, un café al que iban parejas modestas y sencillas. Allí pasábamos muchas horas: él me leía lo que iba escribiendo de la novela y, a veces, discutíamos un pasaje, o un acontecimiento. Lo más importante fue que Julieta murió asesinada y que inmediatamente desapareció el doble de Betina. Esto no lo había planeado Froilán, sino que se le ocurrió súbitamente, en el momento mismo en que el puñal entraba en el corazón de Julieta.

UXÍO. Es uno de los mejores momentos de la novela. ¡Ya lo creo! El sicario, un arlequín cualquiera, se acerca a Julieta disfrazada, la invita a bailar. Al enlazarla, le hunde el puñal y se escurre. Julieta cae muerta, se arma el alboroto, que el asesino aprovecha para huir. Lo de siempre en Carnaval.

LETICIA. Y Froilán dijo, de pronto: «¡Con Julieta se muere el doble de Betina!»

UXÍO. Sí. Es un acierto y, sobre todo, una comodidad. ¡Froilán ya no sabía qué hacer con él! Las relaciones entre los hermanos gemelos son siempre difícilmente comprensibles, y mucho más difícilmente explicables, sobre todo en este caso de palabras cruzadas.

LETICIA. La verdad es que Julieta Cornaro murió asesinada en un baile. Lo halló Froilán en los archivos, en esas crónicas secretas que se guardan en los archivos. Lo que él inventó fue la trama que conduce al asesinato.

UXÍO. Una trama de verdadero folletín, pero esto creo haberlo dicho ya. Sí, lo dije, aunque quizá de otra manera.

LETICIA. En realidad existieron muchas historias folletinescas. Froilán había descubierto tres o cuatro más en los archivos. Amores, muertes, traiciones. Froilán decía que la realidad es independiente del gusto literario, que es inverosímil y truculenta.

UXÍO. (*Irónico.*) Sobre todo en Venecia. (*Pausa.*) De todos modos, mucho hace falta en Venecia para que la realidad sea estéticamente tolerable. (*Unos instantes de silencio.*) Supongo que, al quedarse la historia sin dobles, al quedar sola Betina, libre de tentaciones en su convento, Melitón habrá desaparecido para siempre.

LETICIA. (*Con un suspiro.*) Eso creíamos. Estábamos muy contentos, con la novela terminada y sin las intromisiones de Melitón. Nos sentíamos felices. Hicimos algunos viajes por los alrededores de Venecia. Fue una ocurrencia repentina. «¿Por qué no vamos a tal sitio y a tal otro?» Froilán quería ver el sepulcro de don Carlos, el pretendiente, que está enterrado en Trieste, en una iglesita en la cima de un monte. Sus antepasados habían sido carlistas.

UXÍO. Uno jamás es responsable de lo que fueron los antepasados, y no hay por qué ser leales a sus ideas. Espero que Froilán haya visitado el sepulcro de don Carlos por mera curiosidad.

LETICIA. Habíamos subido por la mañana, paseando, unas cuestas terribles. Hacía calor. Al hallarnos de vuelta en la ciudad, yo quise tomar un helado. Fue una ocurrencia impensada y maldita. Apareció Nicole.

UXÍO. ¿Nicole? Casi la había olvidado.

LETICIA. Se nos acercó sonriente, me saludó muy cariñosa. «¡Pues qué casualidad tan grata! ¿Me presenta usted a su amigo? Ya sé que es escritor como yo.» Le tendí la mano antes de que Froilán se hubiera levantado. Cuando lo hizo, cuando saludó a Nicole, observé con terror que le habían cambiado la cara y la voz.

Lo que ahora se perfila en las sombras, y se aclara por momentos, es el interior de una heladería en Trieste. En realidad, lo que se ve claramente es la mesilla a la que está sentada Leticia, a la que Nicole se ha acercado, de la que se levanta Froilán. Se dan la mano.

NICOLE. Tenía verdadero interés en conocerle y en hablar con usted. Supongo que Leticia le habrá contado quién soy. Es una muchacha encantadora.

FROILÁN. (*Sombrío.*) Sí. Yo también deseaba conocerla. Me alegro mucho de que haya aparecido.

Leticia le mira estupefacta y advierte el cambio de la fisonomía y de la voz.

LETICIA. (*Con miedo reprimido.*) ¡Froilán!

FROILÁN. Melitón, en realidad Melitón. Me llamo Melitón, señora,

Melitón Losada. Y tengo el mayor interés en escuchar lo que piensa de la liberación de las mujeres. Porque yo, pensando exactamente igual, espero que la liberación que se alcance sea doble. También la de los hombres.

NICOLE. Los hombres ya son libres.

MELITÓN. En apariencia. No es más que una apariencia. El engaño del amor nos afecta a los dos sexos. Es un fenómeno compartido, del que tardaremos en librarnos años, quizá decenios. Yo no llegaré a alcanzarlo, probablemente, aunque, como individuo, no lo parezca. Yo soy ya libre.

LETICIA. (*Puesta en pie.*) ¡Froilán!

Leticia se levanta y sale despavorida de la tienda donde se venden y consumen los helados. Nicole la contempla sin demasiada sorpresa: en el fondo se explica la huida. Melitón sonríe.

La visión triestina desaparece.

LETICIA. (*En la silla.*) Me refugié en el hotel, allí escondí mi llanto. Me daba perfecta cuenta de lo que había pasado. Froilán regresó también, algún tiempo después. No era Melitón, sino él. Venía compungido y confuso. Tuve que explicarle lo que había sucedido. Me dijo que debíamos huir, y aquella misma noche tomamos un tren para Venecia. Nuestro temor eran los tratos que Melitón hubiera hecho con Nicole: Melitón se había apoderado de tal manera de la personalidad de Froilán que éste no recordaba nada de lo hablado. De pronto dijo: «¡Vámonos a Roma!» No supo explicarme por qué se le había ocurrido, tan de repente, aquel viaje. «¿Y por qué no a España? A España es seguro que no nos seguirá ella.» «Tampoco a Roma. Vámonos ahora mismo.» Improvisamos el viaje, dejamos tirados todos nuestros proyectos venecianos. Y en Roma nos escondimos en un hotelito de la calle *dei Greci*, del que no salíamos más que para comer en algún restaurante o taberna de los alrededores, siempre juntos, como si el ir cogidos del brazo, apoyando en el del otro el miedo de cada uno, nos protegiera. Y así estuvimos, no sé, una semana o diez días. Lo que hacíamos era repasar la novela desde el principio, introducir pequeñas correcciones,

pequeñas reformas. Una vez me dijo: «Siento como si me fuera invadiendo todo lo que de mí mismo puse en estas páginas.» No entendí lo que quería decir…

UXÍO. En todo esto hay mucha literatura. La transfusión de la personalidad a una obra de arte es una ocurrencia vieja; una invención por lo tanto, poco original.

LETICIA. ¿Qué más da? En este caso era cierta. Conforme repasaba la novela le iba cambiándole el talante, se iba poniendo triste, como el que tiene encima remordimiento.

UXÍO. La novela, en realidad, es una caricatura de los temas de personalidad múltiple. Una parodia, no un drama, quizá también una pesadilla. Todo es imaginativo e irónico, y ése es su mérito, precisamente.

LETICIA. Pero el hecho es que Froilán cambiaba conforme la leía, como si de verdad algo de la novela volviese a él. Incluso alguna vez perdió los modales, ¡él, siempre tan cariñoso! Una mañana, inesperadamente, me dijo que tenía que ir a la Embajada, él solo. Me disgustó, intenté disuadirlo, pero acabó imponiéndose casi a la fuerza, con palabras y gestos desconocidos. «Tengo que ir. No puedo explicarte a qué.» Le contemplé desde la ventana; por algo de su modo de andar, temí que Melitón hubiera regresado, que le hablase otra vez desde el interior. Pasé una mañana angustiada, temerosa. Volvió al hotel, y no tarde, pero más entristecido aún. Me confesó que no había ido a la Embajada, que se había metido en un café, llevado por sus pensamientos. «Me doy cuenta de que a la novela le falta algo, algo que está en Venecia y no hallo en Roma. Aquí no veo más que la realidad. Me falta el parpadeo de las aguas. Tendremos que volver.» Pretendí discutirle la decisión, llegué a proponerle de nuevo que regresásemos a España, pero él estaba ya determinado, como que había sacado los pasajes del avión para el día siguiente. Telefoneó a Venecia, al hotel del campo de Santo Stefano. Nuestra habitación la habían alquilado. Hubo que seguir telefoneando hasta encontrar otra en un hotel desconocido. Aquélla fue una noche triste. Al día siguiente, cuando íbamos en el avión, silenciosos, me dijo, de repente: «No hemos vuelto a ser felices desde aquella mañana en Trieste»;

pero no se le ocurrió reconocer que regresábamos a la causa de la infelicidad.

UXÍO. ¿Quieres dar a entender que Melitón había quedado en Venecia?

LETICIA. No. Quien estaba en Venecia, a quien temía, era a Nicole.

UXÍO. ¿Pensabas que era ella la que atraía a Froilán?

LETICIA. No. Froilán no era atraído, sino que, por el contrario, parecía gobernado por algo que le viniera de dentro, una orden a la que no se podía sustraer, como un hipnotizado.

UXÍO. ¿No te confesó que Melitón estuviera otra vez presente?

LETICIA. Evité hablarle de él, y él no lo mencionó, ni siquiera en Venecia. El hotel donde nos instalamos no estaba mal, era un poco más caro que el otro y estaba en un buen lugar, una placita frente a un cruce de canales; pero la habitación carecía, claro, de recuerdos. Era una habitación cualquiera en cualquier hotel. Él no pareció descontento, dijo que era un buen lugar para trabajar y que lo que se veía desde la ventana era todo lo veneciano que necesitaba para tener en lodo momento conciencia de la ciudad: agua, canales, muros rojizos. Sin embargo, poco escribió allí. Le faltaban unos datos, empezó a ir al archivo, y yo otra vez a esperarle en el café de Florián. En pocos días parecimos volver a nuestra vida anterior. De Nicole nada sabíamos, yo al menos. Hasta que llegó el día aquel en que no vino al café, sin avisarme. Le esperé largo tiempo, otra vez angustiada. Conforme pasaban las horas me crecía el temor. Pasé la tarde y la noche sola, en el hotel; fue esa noche inolvidable que tú no ignoras. Y, a la mañana siguiente, la búsqueda desesperada de su cuerpo. No estaba entre los muertos, pero alguien me dijo, para consolarme: «No desespere. Si se ha ahogado, tardará días.» Pasé aquel día esperándole sin esperanzas, otra noche espantosa. A la mañana siguiente, no sé por qué, fui al café, con mis papeles. Intenté trabajar. No fui capaz. Cuando regresé al hotel, me dijeron que había estado, que se había llevado sus cosas y que había pagado la cuenta. ¡Tuvo esa delicadeza, la última burla de Melitón!

UXÍO. ¿Por qué de Melitón?

LETICIA. Sólo él es responsable. Froilán no era cruel.

UXÍO. De todo lo que acabas de contarme, deduzco que Nicole no

influyó para nada en el desenlace de la historia. Es un personaje inútil.

LETICIA. No. Estoy segura de que Froilán la encontró, o de que ella le buscó; que rescató a Melitón, como un monstruo al que un conjuro saca del fondo del mar, que se apoderaron de Froilán, y se fueron juntos. No tengo pruebas, pero algo dentro de mí dice que es cierto.

UXÍO. ¿Tenías dinero?

LETICIA. Sí. Tenía el de mi beca, Pude regresar a España sin problemas. Poco a poco me fui recobrando, pero me queda un dolor. (*Levanta la cabeza, busca a Uxío en las sombras, pero de Uxío apenas se percibe el bulto y cierta claridad a la altura del rostro*.) ¿Estás ahí?

UXÍO. Sí.

LETICIA. Le amo aún. Si volviera, le perdonaría. El bien que me hizo puede más, en mi corazón, que el daño. En realidad, soy como una obra de él. Cuando me admitió a su lado, yo era una muchacha informe, sin conciencia de mí misma, sin saber lo que quería. Él me moldeó, y no a su gusto, sino como creía que yo debía ser.

UXÍO. Como se hace un personaje literario.

LETICIA. Es posible. Era su oficio. Pero me dejaba en libertad, ya te lo dije antes. Siempre me habló de ser libre, de ser yo. Por eso me dio tanto miedo el personaje de Nicole. Temí que el afán de ser libre me condujese a aquellos extremos que no deseaba.

UXÍO. ¿Te das cuenta de que el personaje de Nicole es también literatura?

LETICIA. Sí. ¿Por qué?

UXÍO. ¿No te da miedo de serlo tú también, de no ser más que eso? Reflexiona un momento. ¿Dónde estás? ¿Por qué estás aquí? ¿Y quién soy yo? ¿Por qué respondes a mis preguntas? Nada de lo que te rodea es real, y es probable que yo tampoco lo sea. ¿Eres tú, por ventura, lo único real del mundo?

LETICIA. No he dicho eso. Pero soy real, tengo conciencia de serlo, aunque es posible que esto no sea más que un sueño, y que tú andes por él… Sí, tiene que ser un sueño. Pero todo lo que te dije es cierto.

Uxío se ha quitado el capuchón y sale de las sombras.

UXÍO. Sí. Un sueño. Probablemente un sueño que necesitabas soñar.
LETICIA. (*Se le ha quedado mirando*.) Y tú te pareces a Froilán Fiz. Podrías serlo.
UXÍO. Son cosas de los sueños.

Se desvanece Uxío lentamente. Se desvanece también Leticia, las sombras y la luz se acercan, se entremezclan, hasta ser todo la misma nada. Queda un vacío con los ecos de las palabras, unos ecos que se pierden en la distancia incalculable.

LAS NOTICIAS DEL CHICANO MENDOZA

LA NOTICIA, A MODO DE INFORME O CARTA, QUE EL CHICANO MENDOZA ENVIÓ A IVONNE SOBRE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

Verás. Lo inmediato fue que, así, de súbito, Ana María Magdalena pareció otra, hasta el punto de hacerme sospechar que podía ocultar una mujer distinta, o que me hubiera reservado una sorpresa, acerca de su personalidad, pero me equivoqué. No es que fuera otra, sino que lo que me sorprendió formaba parte de su manera de ser, sin manifestarse hasta entonces por falta de ocasión. Todo se debe al cambio de ciudad: no olvides mi insensibilidad ante las bellezas urbanas, tan deplorada como tan real. ¡Me da lo mismo París que Cincinati! Y bien lo siento, pero a veces pienso que todos deben portarse como yo. Llegamos en un avión nocturno. Había niebla. Desde la ventana del hotel no se veía la pared de enfrente, si la había, sino un oscuro que podía ser infinito. Salimos a cenar, nos perdimos por las callejas, dimos con un restaurante. Andaba desasosegada, Ana María, como incompatible con la niebla, o como si la niebla fuese a traerle una revelación. «Si te parece, nos perdemos otra vez, a ver cómo resulta esto.» Acepté, se colgó de mi brazo. Durante unos minutos fuimos hablando. Después, enmudeció, pero no me dijo: «Regresemos», sino que se dejó llevar: con los ojos muy abiertos, metiendo la mirada en todos los recovecos, que eran muchos, hacia dentro y hacia fuera, una ciudad de recovecos velados, inseguros, donde las mismas sombras sorprendían por lo inciertas, íbamos como quien camina por un

mundo de fantasmas, piedra o niebla, sin distinguir una cosa de la otra, sin poder comprobar si en realidad eran distintas: tan pronto la estrechez de una calleja, tan pronto la vastedad de una plaza cuyos límites no se presienten; tan pronto nada. El espacio cubierto de unos soportales, el espacio incalculable en que se alzan dos gigantes oscuros cuyos remates no se alcanzan a ver. Pórticos, columnas, esquinas, grandes escalinatas. La niebla impedía abarcar los conjuntos, pero sabíamos que más allá que lo que nuestra vista limitaba, continuaba la piedra, sin poder siquiera sospechar su forma. Lo único que dijo Ana María, durante todo el trayecto, fue «Esto parece otro mundo». Al final se había excitado, respiraba fuerte, y lo mismo se soltaba de mí que se agarraba. Dijo: «No puedo más, regresemos», pero la vuelta al hotel fue otra aventura. Pudimos, por fin, llegar, después de haber preguntado. Ana María pidió beber algo y fumar un cigarrillo. Intenté averiguar, de manera indirecta, lo que le sucedía. Me respondió claramente que se hallaba impresionada, y que le apetecía ver a la luz del sol, o, por lo menos, a la claridad del día, aquel mundo de piedra. Lo hicimos a la mañana siguiente, sin niebla ya, pero con cielo gris. Ana María permanecía callada, toda ojos. Sólo de vez en cuando decía: «Mira», y señalaba una altura o un rincón. Caminamos hasta fatigarnos. Quiso entrar en la catedral. Lo hicimos. Se sentó y permaneció en silencio, mientras yo me aburría, porque tampoco soy sensible al interior de los templos. Una vez dijo: «Nunca pude imaginar que esto fuera así.» Parecía cogida, dominada, por una fuerza que yo no percibía. Le pregunté si le gustaba. «No se trata de gusto. Es otra clase de emoción.» ¡Qué lástima no poder participar! Cuando después de una mañana agotadora, nos metimos en un bar, se limitó a decirme que una parte de ella misma, cuya existencia únicamente sospechaba, se le había despertado, y que se sentía enriquecida. Eso fue todo. Tras el almuerzo, tan vulgar como sabroso, fue regresando poco a poco a lo de siempre, pero con algo nuevo en la mirada. Todavía recorrimos la ciudad, una vez más, a la caída de la tarde, con otra luz y otras sombras. Ana María se mostró más locuaz y explicativa. Durante la cena le pude recordar que estábamos allí para buscar a una mujer que se llama Virucha Portabales, probablemente profesora, pero esto no pasaba de conjetura. Me

permití jugar con las palabras, Virucha, Viracocha. «¿Quién fue Viracocha?» Se lo expliqué, y entonces jugó ella con la posibilidad de que Virucha fuese una especie de diosa, o al menos alguien deificado por Froilán Fiz, porque ya para nosotros Virucha Portabales era Leticia, la acosada a preguntas, la abandonada. El camarero que nos servía daba vueltas, sonriente, demasiado sonriente, alrededor de la mesa, sin necesidad, sin pretexto. Era evidente que escuchaba nuestra plática, algo en voz alta proferida, o al menos, sin especiales precauciones. En una de aquellas sonrisas se nos acercó y nos dijo: «Si los señores buscan a la señorita Virucha, pronto la van a encontrar. Esto es pequeño y nos conocemos todos.» «¿Usted sabe quién es, por lo que veo?» «¡Ay, sí, señor, la señorita Virucha, pues no faltaba más! A pesar de que es verano, la podrá encontrar en su despacho por las mañanas. Esta vez no salió de viaje.» Y añadió después de una pausa: «Todavía estuvo aquí este mediodía y se tomó unas nécoras.» «Es profesora, ¿verdad?» «¡Ay, sí señor, claro, y de las buenas! Todo el mundo la quiere. Muy campechana y amiga de la gente.» Sonrió más aún, toda su cara coloradota fue una sonrisa. «Ahora no hay estudiantes. Si no, podrían los señores preguntarles… Pero ya les tengo dicho que en su despacho, por las mañanas…» «¿En su despacho de dónde?» «De la Universidad, claro. Enseña en la Universidad. ¡Ay, ya lo creo! Es muy buena profesora.» Yo no sé si se metió en la conversación por oficiosidad o en busca de una propina. Ana María opinó que a partes iguales.

Ninguno de nosotros había llegado a imaginar que la Leticia del «Capítulo Sigma» pudiera ser una mujer campechana y amiga de todo el mundo, sino más bien huidiza, melancólica, mujer de pocas palabras, de las que viven hacia dentro, de las que pasan absortas por el mundo. No habíamos considerado la posibilidad de que, así como Ute no era la Marquesa, Virucha no fuese Leticia. En el hotel se nos ocurrió que, así como Ute no era la Marquesa, Virucha no fuese Leticia. En el hotel se nos ocurrió que, si Virucha era tan conocida, alguien quizá de los de allí, de recepción o del servicio, pudiera ampliar los informes del camarero. La idea fue de Ana María Magdalena, redimida de los efectos de una ciudad excepcional por la trivialidad de una habitación de hotel. Pedimos

hablar con la gobernanta. Vino a nuestra habitación: cuarentona, de buena facha, un poco desconfiada, en espera de una queja o protesta por alguna deficiencia. Hizo preguntas acerca de si las sábanas, de si las almohadas… Se sorprendió cuando le expusimos nuestra curiosidad. «¿La señorita Virucha? ¡Ay, señor, claro que sí! Es una mujer muy guapa y muy simpática, pero no le sé dónde tiene su despacho. ¡Como la Universidad es tan grande! Pero si van a tal sitio, allí les podrán decir…» Algo en su actitud, sobre todo en su sonrisa, descubría el deseo de hablar más, de contar cuanto sabía, pero a condición de que se lo preguntásemos. En esto, Ana María fue más lista que yo. Comenzó por mandarla sentar, y ella lo hizo después de algunos remilgos, y de «¿Cómo voy a sentarme delante de los señores?». Resultó, además, que fumaba, pero que se lo tenían prohibido delante de la servidumbre, porque hay que dar ejemplo, sobre todo a los jóvenes, propensos a propasarse; de modo que se veía en la necesidad de esconderse, cuando la apuraban las ganas, y echar el cigarrillo. ¡Con qué extremos agradeció el ofrecido por Ana María! Salió un momento de la habitación, a averiguar si sucedía algo, y regresó en seguida. Ya se sentó sin que se le dijera nada, fumó con naturalidad y se reveló como cotilla consumada. Antes de referirse a Virucha, habló de otras profesoras, mujeres metidas en conflictos conyugales de los que no lograban salir; separadas ya o mal casadas, guapas aún, con las señales de la infelicidad en el rostro. «¡Lo que se nota cuando lloran!» La gobernanta se llama Ester (sin hache intercalada) y había nacido como quien dice en el hotel, hija de la anterior gobernanta, la de siempre, todo un carácter, que le había dejado el puesto al llegar a mayor y sentirse cansada. «Pero todavía se mete en lo que pasa, y me dice lo que tengo que hacer.» De pronto, sin transición, mientras encendía el segundo cigarrillo («¡Ay, cómo va a quedar esto de humo!»), saltó al tema de Virucha. «Pues la señorita Portabales es muy llana con la gente, hay que ver, otras con menos méritos van por la calle con ínfulas de reinas.» Y no se había casado, nadie sabía por qué, ya que una mujer así, con ese cuerpo y esa cara, puede hacerlo con quien quiera y cuando quiera, y más teniendo un buen sueldo como ella tiene, y ciertos bienes. Pero nadie podía sospechar por qué permanecía soltera la señorita Virucha. «Y no es por hablar

mal de ella. ¡Dios me libre de semejante agravio!, pero una mujer que ya tendrá sus treinta y cinco, no es cosa de que esté sin hombre. Todo el mundo piensa que lo tiene, pero nadie lo conoce ni puede decir lo más mínimo de ella. ¡Ay, la señorita Virucha, ella sabrá, cuando hace esos viajes al extranjero! ¡Una mujer de esas carnes y ese empuje es una tentación hasta para sí misma! Un cuerpo como el que ella tiene es como la tierra fértil, que aprovecha la lluvia y sin ella se reseca. Y hay otros modos que no son el casamiento. Ahora no es como antes, y una mujer de la que se habla sin fundamento, no encuentra las dificultades de otros tiempos. Yo misma, sin ir más lejos…» Ester, la gobernanta, durante el tercer pitillo, habló de su pasado y de por qué, en vez de estar en el hotel a cargo de las sábanas y la limpieza, no estaba en su casa hecha una reina, con su marido y sus hijos… Había habido un viajante de comercio, «¡y cómo pasa el tiempo, Virgen Santísima, y cómo se envejece!», con el que se hubiera casado, pero él lo estaba ya, y en aquellos tiempos lo que ahora hacen todas no estaba nada bien visto. Volvió al tema de Virucha como de un salto, brevemente, y recayó en la frustrada coyunda con el viajante… Llegó a decir: «¡Lo que importa es el padre de unos hijos!» Aún fumó un cuarto cigarrillo («¡Después habrá que ventilar esto!»), y cuando ya estaba levantada para marcharse, dijo: «Esperen un momento, que a lo mejor les puedo hacer un servicio.» Salió, tardó un cuarto de hora, llamó con los nudillos. «Miren. Les conseguí los teléfonos de la señorita Virucha. Éste es el de su casa, pueden llamarla alrededor de las diez, pero no mucho antes. Y éste es el de su despacho. La llaman pasadas las diez y media, más bien hacia las once menos cuarto, porque desayuna fuera de casa y se demora…» Ester nos deseó muy buenas noches, sin reticencia.

De las llamadas, a la mañana siguiente, se encargó Ana María Magdalena. Confié, como siempre, en su eficacia, y tenía razones. Dio con Virucha en el despacho, la saludó, le explicó brevemente quiénes éramos y qué pretendíamos. Lo que me llegaba de la voz de Virucha manifestó sorpresa y después una cierta alegre conformidad. De la media conversación que pude oír, colegí que nos proponía almorzar juntos, y que nos daba a escoger entre un restaurante popular y otro de campanillas, de nombre medieval,

«Don Reinaldos» o «Don Gaiferos». Ana María Magdalena se decidió por este último. ¿A causa de sus connotaciones? La cita quedó estipulada para las dos y media.

Nos sobraban unas horas vacantes. Ana María Magdalena me propuso consumirlas en un nuevo paseo por la ciudad, en el que efectivamente, gastamos parte del mediodía. Aquella mañana la luz había cambiado: detrás de la neblina se adivinaba el sol, y era extraña la claridad, difícil de definir: todo esto según ella; a mí me parecía lo mismo. Nos hubiéramos enredado, seguramente, en una palabrería interminable, a propósito del cambio de color de tanta piedra, si no fuera porque el nombre de una calle, al azar leído, me trajo el recuerdo de que la «Autobiografía de Uxío Preto» había sido impresa en una oficina situada por aquellos andurriales. «Imprenta de Hijos de Alejandro Sardina», calle de Santa Remilda la Antigua, 27 moderno. «Un nombre así de calle tiene que corresponder a la ciudad vieja.» Preguntamos, pero no nos dieron razón. Un viejo añadió al «No lo sé»: «Llevo sesenta años viviendo aquí y nunca oí ese nombre.» Tampoco fueron fáciles las averiguaciones preguntando por la imprenta: en una librería nos dijeron que no existía ni había existido. ¿Si me habría engañado la memoria? Afortunadamente, el librero trajo de unos plúteos remotos, donde guardaba los libros invendibles, un ejemplar polvoriento de la “Autobiografía”. El colofón no daba lugar a dudas: yo no me había equivocado, de modo que nos hallamos ante una mentira más. Quedó el librero perplejo, pero Ana María no mostró la menor sorpresa. «Lo encuentro incluso lógico. Descubrir al impresor nos daría esa pista segura que Uxío Preto nos escatimó hasta el final.» «Empiezo a pensar», lo dije con cierta melancolía, quizá con un principio de irritación, «que éste no es un asunto serio». «Sí. Más bien se parece a una burla. Pero, ¿por qué? Lo que siento es haber perdido el tiempo que podíamos haber aprovechado recorriendo otra vez las calles. Esta mañana están bellísimas, con esta luz…» Se agarró de mi brazo y me devolvió a la ciudad vieja, que habíamos abandonado cuando buscamos al librero: volvimos a lugares ya conocidos, para comprobar cómo había cambiado el color, para gozarlo ella, que se le notaba. Confieso una vez más que nunca sentí demasiado interés por la arquitectura, y que de todas las artes, la

música y la poesía me atraen exclusivamente. ¡Qué extraño me sentía ante las exclamaciones, ante los entusiasmos de Ana María! Me acometía el temor de que se diese cuenta de mi insensibilidad y se sintiese, de repente, alejada.

La señorita Portabales, quizá mejor la profesora, nos esperaba ya, y no hubo dificultad en el reconocimiento: nos adivinó a contraluz, cuando entrábamos; se acercó a nosotros, me saludó, besuqueó a Ana María. Es más alta que ella, más corpulenta, todo lo contrario de como hemos imaginado a Leticia. Ester, la gobernanta del hotel, la había descrito bien con sus palabras, creo recordar que jaracandosa o cosa así. Me dio desde un principio la impresión de mujer franca, aunque no sencilla. Advirtió, nada más instalarnos, que invitaba ella, nos aconsejó en la elección de platos, ella misma sugirió la clase de los vinos, y antes de entrar en materia quiso saber, y lo preguntó discretamente, más sobre nosotros mismos, y lo que hacíamos, aunque nada sobre nuestras relaciones, cuya naturaleza, por otra pare, Ana María no se cuidaba de disimular. Sus preguntas sobre las universidades americanas, inevitables, fueron atinadas, y aclaró que «había recibido alguna invitación para dar allí un curso sobre el barroco español, y que aunque la había declinado no descartaba que en cualquier ocasión nueva se le ocurriese dar el salto». Yo no pude informarle gran cosa acerca de la enseñanza de la Historia del Arte, en nuestros departamentos especializados, y sospecho que esta ignorancia le hizo crecerse un poco: por fortuna, Ana María empezó a hablar de la ciudad y de la impresión que le había causado, y Virucha la escuchó con interés. En un momento la interrumpió: «Podía usted haber sido alumna de Froilán Fiz, incluso alumna favorita. Sí. Froilán Fiz le hubiera propuesto llevársela a Venecia, como a mí, a perfeccionar su sensibilidad estética. Así, como usted, se situaba él ante la obra de arte, con los meros sentidos.» Y ya quedó establecido el tema. Íbamos por el segundo plato. La sobremesa se demoró casi dos horas. «Se habrán ustedes dado cuenta de que yo no soy Leticia.» «Sí, efectivamente; pero en la “Autobiografía” de Uxío Preto se le cita a usted por su nombre y apellido. No por el nombre, exactamente, me corrijo, sino por ése, familiar, con que la conoce todo el mundo, Virucha, Virucha Portabales.» «Mi verdadero

nombre es Elvira, pero no recuerdo que aparezca, con éste o con el otro, en el libro de Preto. Lo tengo bien leído.» «Y esas acumulaciones de letras sin sentido que figuran después de tres capítulos, ¿no le han llamado la atención?» «Siempre las tuve por un disparate más de un libro disparatado.» «Nosotros le llamamos Sopa de Letras; las hemos estudiado, y en ellas están las claves de los personajes… El nombre de usted corresponde a la protagonista del "Capítulo Sigma", a Leticia.» «Sí. Siempre lo sospeché… Pero yo no tengo nada que ver con ella. Yo no fui a Venecia con Froilán.» «Pero, ¿usted le conoció?» «¡Claro, aquí mismo!», respondió casi orgullosamente; «Le conocí, le escuché y casi le amé. Fíjense bien lo que digo "casi". Hace ya varios años. Yo apenas salía de la adolescencia, y tenía la cabeza llena de pájaros, pero no por completo. Gracias a que me quedaba un poco de sentido común, no fui la Leticia del cuento, como él quería.»

Durante un rato habló sola. De vez en cuando sorbía un poquito de vino. Después, un café tras otro, y un aguardiente demasiado fuerte que ella llamó «de orujo». (Recuerda que no soporto el tequila.) Narró con buen sentido de lo indispensable y de lo necesario la historia de una seducción frustrada, acaso de una bella y lamentable historia de amor. Se habían encontrado, ella y Froilán Fiz, ante cierta fachada que los turistas fotografían y de la que hablan largamente los historiadores: ella, Virucha, intentaba reproducirla en un apunte. No se dio cuenta de que un hombre le examinaba el dibujo por encima del hombro; no se dio cuenta hasta que él le dijo: «No, señorita; eso no. Hasta ahora, el dibujo iba bien, era un apunte irreprochable, pero ese detalle que intenta añadirle lo desvirtúa. Fíjese.» Tenía el que le hablaba una voz grave de varón, muy hermosa, con un puntito de ironía. Virucha se volvió para mirarle y, aquella cara tan cercana a la suya, no le desagradó. Pero el hombre no parecía tener en cuenta el movimiento de Virucha, menos aún la respuesta satisfecha a la visión rápida de un perfil. Sin atenderle a ella, sino al panel del dibujo, continuó: «Todo lo que ha trazado ahí resulta de una visión, es decir, de algo en que sólo interviene la sensibilidad; pero ese añadido que le acaba de hacer responde a una interpretación intelectual que no viene a cuento. Implica un cambio de actitud del que usted no se da cuenta, un

cambio destructor.» Virucha comprendió que lo que le decía aquel intruso no era ningún disparate. Pasó la goma e hizo desaparecer el detalle superfluo. Pudo haber continuado, desentenderse del consejero, pero una ocurrencia súbita, que ella juzgó coquetería incontrolada, le hizo volverse a él y preguntarle: «¿Lo encuentra bien así?», con una sonrisa que invitaba a la respuesta. Ésta, y las preguntas y respuestas que siguieron, acabaron inevitablemente en una invitación a comer juntos. El arte fue aquel primer día el tema de conversación. Froilán Fiz la acompañó hasta su casa y se despidió respetuosamente. Al hacerlo, preguntó: «¿Hasta mañana?» Y ella le respondió sencillamente: «¡Bueno…!» Fueron varios días de recorrer la ciudad y de hablar sobre la calle, o la piedra o la torre que tenían delante, y, ante todo, sobre el modo de mirarlo y de sentirlo. Froilán Fiz le proponía que insistiese en la manera elemental de dibujar, traducir al papel la mera sensación, y ella intentaba realizarlo. Me llegó a fascinar, con aquella voz tan agradable y aquellas palabras tan profundas, que dejaba caer sencillamente, como las campanadas del reloj, inesperadas y necesarias. Al cuarto o quinto día me preguntó sobre mí, escuchó las vaguedades que se me ocurrieron, y al siguiente me habló de sí mismo, no como un hombre corriente, sino como un artista, alguien que llevaba dentro un libro que pensaba escribir. Me dejó deslumbrada, completamente turulata. Hablaba de algo tan real como el arte como si fuera cosa fantástica, y ya le imaginaba en el centro de un mundo maravilloso del que era algo así como el señor omnipotente. ¡Qué lejos de mis viejos profesores, aun de aquellos que me habían enseñado lo mejor de cuanto sé! Me hablaba en otra lengua, que poco a poco yo empezaba a comprender, pero como lengua suya y de su mundo. De vez en cuando mencionaba a Venecia. «A una persona como usted, dijo una vez, la experiencia veneciana le serviría para perfeccionar el modo de contemplar la belleza, de abandonarse a ella.» En cuanto a él, necesitaba ir allá a reencontrarse con ciertas imágenes, que parecían llamarle, parte de la novela que quería escribir. Se acodaba a un puente, decía, o se paraba en una esquina al atardecer, y, entonces, del cabrilleo de las aguas, de su parpadeo, salían figuras de hombres y de mujeres cuyas historias se insinuaban en un fragmento de acción, en unas

palabras recogidas o adivinadas, o sólo en unos movimientos. Tenía que salir al paso de aquella historia, insistía, para reconstruirla después, y pensaba marcharse pronto. Uno de aquellos días, inesperadamente, me preguntó: «¿Quiere usted venir conmigo?» Le respondí: «¿En calidad de qué?» «Digamos que de musa. Usted me inspira; a cambio, yo acabaré de enseñarle a comprender el arte.» Fue un momento difícil. No sabía qué responderle. Salí del paso con un «Lo pensaré» que no me comprometía, pero que dejaba la puerta abierta al sí lo mismo que al no. Aquella noche no fui capaz de dormir. Reconocí que me sentía atraída por Froilán como no lo había estado nunca por ningún hombre; admití que jamás había tratado con nadie tan inteligente, tan sensible y seductor. Antes les dije que me quedaba un poco de buen sentido; trivial, si quieren, vulgar: fue la comprensión súbita de que lo que podía aprender de él no me servía en absoluto para mis oposiciones lo que me decidió. Yo quería ser profesora, quería ser lo que soy, no la protagonista de una aventura de amor, sin embargo tentadora. Aceptando aquella invitación, cortés, pero asimismo transparente, renunciaba a lo que hasta entonces había deseado: enseñar Historia del Arte aquí, en la misma Universidad en que me había formado. Tenía que salir triunfante de unas pruebas en las que la sensibilidad no contaba, sino la información, los dates. Y pensé también, con el temor legítimo de una provinciana razonable, que al implicar el viaje una relación sentimental inevitable, pero sin una propuesta sólida, como la del que dice: «¿Quiere usted casarse conmigo?», se me invitaba, además, a renunciar a mí misma, a mi modo de ver la vida. La fascinación experimentada no era tan fuerte que me sintiera capaz de renunciar a mis prejuicios por una incertidumbre. Cuando al día siguiente me insinuó que estaba a punto de marcharse, y que si había decidido algo, le respondí con toda seriedad y con cierta firmeza: «No, no voy con usted.» No me preguntó las razones: se limitó a preguntarme: «Luego, ¿todo termina sin haber empezado?» Pero había empezado ¡ya lo creo! El mismo día de su marcha me sentí terriblemente sola, me arrepentí de mi decisión, me confesé desgraciada. Pero no duró eternamente. Mi buen sentido se impuso, y renuncié a lo que ya no podía suceder como el que renuncia a algo con lo que no ha contado y sin lo que puede vivir. Sin

embargo, aquellos días tan extraños, paseos y conversaciones con un hombre desconocido y admirable, no sólo me dejaron un recuerdo, sino una huella. Mi vida sentimental quedó perjudicada: para siempre. Hasta ahora encontré en mi camino muchos hombres atractivos, incluso seductores, pero ninguno igualó la impresión de superioridad que me dejó Froilán. No estoy arrepentida de mi decisión, sobre todo desde que un día me llegó por correo un ejemplar de la «Autografía de Uxío Preto» y me di cuenta de que me hubiera correspondido en ella el papel de Leticia. Amor, sí, pero también sufrimiento y abandono. ¡Y ese disparatado Melitón! Después de haberla leído muchas veces, pensé si Froilán no será un loco».

«¿Froilán Fiz o Uxío Preto? ¿Qué piensa usted de ese lío?» Virucha había quedado pensativa: diría que un poco triste. «No sé. Parece deducirse del libro que Preto es la misma persona que Pereyra, que Viqueira, que Froilán, algo difícilmente comprensible. Pero, ¿quién sabe? ¿Ustedes conocen a Uxío Preto? ¿Lo andan buscando?» «Si la biografía es póstuma, quiere decir que ha muerto.» «No es difícil dar por muerto a quien no existió jamás. ¿Es la "Autografía" algo más que una novela?» Y quedó expectante. «Usted conoció a Froilán Fiz. Hay una mujer que trató a Néstor Pereyra, que dice incluso haber sido su amante, y dos hombres al menos recuerdan a Uxío Preto. Sólo queda en el aire, sin nadie que lo garantice, Pedro Teotonio.» Virucha dijo con voz sorda: «Sí; alguien que dijo llamarse Froilán Fiz se acercó a mí, me habló, me enamoró, me propuso seguirlo. ¿Era de verdad Froilán o alguien que hubiese tomado ese nombre? Una persona es algo más que una presencia, que una voz, que unas ideas, que una invitación al amor; todos tenemos una situación en el mundo, una historia personal, gente que nos conoce, una familia, y, por supuesto, defectos. Froilán se portó como si nada de eso existiera. Y el que aparece en el "Capítulo Sigma" no es mucho más concreto, a pesar de ese postizo de Melitón. ¡Cosa de risa, hasta el nombre! Uxío Preto le dice a Leticia que todo fue una farsa.» «Pero, una farsa, ¿con qué objeto?» «¡Qué sé yo! No el de deshacerse de ella: hay otras maneras más sencillas y más fáciles de prescindir de una mujer; decirle "Ya no te quiero". Pero ese tejemaneje de Melitón Losada lo encuentro,

¿cómo les diría?, superfluo. Contradice el estilo de Froilán Fiz.» «Luego, tenía un estilo.» A esto último, Virucha no respondió.

Nos encontrábamos bien, creo yo, en aquel restaurante y con aquella mujer, que tomaba café tras café, que se bebió un par de copas de aguardiente de orujo, que no titubeaba al contar, ni siquiera cuando se refería a su situación sentimental. Ana María Magdalena me enviaba, de vez en cuando, miradas que interpreté como animándome a continuar. Pensaba, como pensaba yo (después lo comprobé), que con Virucha Portabales podíamos mantener una conversación interminable, quién sabe si definitiva (caso de ser posible), sobre el tema de Uxío Preto. Era, además, la última de las personas que figuraban en nuestro programa de entrevistas y de interrogatorios. La intervención inmediata, aunque inesperada, de Ana María Magdalena, obedeció sin duda al hecho de haber recordado unas palabras suyas, ya lejanas, una idea acertada: Aprovechó su silencio. «¿Se le ha ocurrido pensar, señorita Portabales, que tanto usted como nosotros estamos obedeciendo las órdenes que Uxío Preto nos envía desde más allá de la muerte? O acaso desde la nada de un montón de palabras. No es la primera vez que me ocurre en estos últimos días, no es la primera vez que lo digo, y los demás están conformes.» Virucha se la quedó mirando a través del humo. «¿Quiénes son las demás?» «El profesor Mendoza el primero. Luego, la señorita Clark, que es también profesora y que tiene en este asunto un interés directo, aunque meramente profesional. Yo me cuento también entre los interesados. Uxío Preto organizó las cosas para que alguien, nosotros u otros cualesquiera, llevasen a buen término, o, por lo menos, a término, aunque no sea bueno, las pesquisas que nos han traído aquí, junto a usted; a escucharla, como hemos estado antes con otros y los hemos escuchado.» «¿Y han llegado a alguna conclusión?» «No, y eso es lo malo», dije yo; «Y peor aún es que no sabemos muy claramente tras qué conclusión andamos. ¿La personalidad de Uxío? Pero, ¿existió acaso? Usted lo pone en duda; nosotros, a veces, también. Esto es lo primero que nos convendría saber, si lo que perseguimos es el nombre de una ficción, poco más que un fantasma o quizá poco menos.» «Yo sólo puedo hablar de Froilán Fiz, que no era ni fantasma ni ficticio. Puedo decirle incluso la marca de tabaco que

fumaba.» «En otra situación, sería una pista», suspiré; «pero, en ésta, no creo que nos sirva de mucho.» «Del nombre de Uxío Preto sólo tuve conocimiento cuando leí la “Autobiografía”, y, la verdad, no me preocupó mucho lo que era o dejaba de ser. En un principio, repito. Ahora ya es distinto. Ahora quiere decir desde que estamos hablando.» «Y la novela de Froilán Fiz, ¿no la leyó?» «¿La novela? ¿Es que hay otra?» Nos echamos a reír, Ana María y yo. «Hay tres. La que pudiera relacionarse con usted es la tercera, la historia veneciana. ¿No la ha recibido también misteriosamente?» «No. No tengo idea.» «Es curioso; todo parece previsto y ordenado», dije yo; «Rula, el personaje del “Capítulo Gamma”, conoce la novela, no la “Autobiografía”. Su caso, sin embargo, se parece en algo al de usted. Ella recuerda a Néstor Pereyra, pero desconoce a Uxío Preto.» Fue inesperado que, a esta altura de la conversación, se le ocurriese a Ana María pedir otro café. Nos habíamos quedado solos en el restaurante y es seguro que un par de camareros estuviese deseando que nos dejásemos de charlas y nos marchásemos. Probablemente Virucha pensó lo mismo, porque mientras le traían el café á Ana María dijo: «Esta conversación tiene todo el aire de alargarse. ¿Les parece que la continuemos en mi casa? No está muy lejos, es cómoda y no pasaremos calor.» Ésta fue la razón por la que, a aquellas horas de la primera tarde, recorrimos tres o cuatro calles de la ciudad vieja y entramos en la nueva. Ana María fue muy sensible al tránsito. «¿Cómo es posible que al lado de tanta belleza, exista semejante fealdad?» Las casas de estas calles son aparatosas, si no ostentosas y vulgares, de una vulgaridad perceptible incluso por alguien como yo. Virucha tenía un piso en una de aquellas casas; moderno, confortable, agradable, redimido de la moda común por algunos detalles personales. El salón era a la vez biblioteca y cuarto de trabajo, o quizá sea mejor decir que el cuarto de trabajo le servía de biblioteca y de salón. Colgaban cuadros bien colocados; entre ellos, unos cuantos grabados de Venecia. Ana María los examinó antes de sentarse. «¿Ha ido usted allá?» «Mi profesión me sirvió de pretexto, pero en realidad obedecía a una tentación antigua, olvidada, no muerta. Incluso a las chicas juiciosas nos queda cierto poso romántico.» Hizo una pausa, pero no suspiró. «Realmente creo que vale la pena hacer el viaje con el

hombre que se ama, pero yo lo hice sola, y me dolió la soledad. Venecia es una ciudad para vivirla en compañía. Bueno. Creo que todo lo hermoso debe ser compartido. Más aún. Uno solo no le llega al meollo.» Lo dijo sin aparente melancolía, como mera información objetiva. «¿Y no se sintió en ningún momento identificada con Leticia? ¿No lamentó no haber sido ella?» «Antes dije que yo no soy Leticia. Ahora añado que entre nosotros no hay nada de común.» Involuntariamente se me fue la mirada hacia sus pechos, tan perceptibles y tan firmes. Ella lo percibió y los cubrió con las manos. «Bueno. Eso, sí (dijo quizás enrojeciendo), pero no es gran cosa. Cualquiera puede tener unos pechos bonitos.» Fue el momento en que Ana María me miró, y creí descubrir en su mirada una pizca de ironía, que pudiera sin embargo traducirse como un reproche por no haber dado a los suyos la debida importancia. Se dejó caer, entonces en un sofá grande, tapizado de negro con flores rojas, flores imaginarias de anchos y complicados pétalos. Le pidió a Virucha un cigarrillo y lo encendió. «¿Usted es lectora de novelas policíacas?» «No. ¿Por qué?» «Lo que nos ha traído aquí tiene algo de detectivesco, de esas historias que, por lo general, terminan en una reunión de personajes entre los que figuran el sospechoso. Se suele hacer un resumen de la situación antes de descubrir al culpable, pero aquí no creo que lo haya.» «¿Soy sospechosa yo?», preguntó, con cierta sorna, Virucha. «No. Carecemos por esta vez de ese papel en el reparto, pero usted tiene asiento en el cotarro por derecho propio, con voz y voto, además. Me atrevería a decir que es usted la voz cantante, aunque pienso que antes le gustará conocer en su conjunto el lío en que la hemos metido; un lío, no se alarme, sin otras consecuencias que unas cuantas palabras; como que el lío en sí no es más que eso. O al menos es lo que voy empezando a creer.» «Yo, lo único que sé es que, hace algunos años, cuando era más ingenua, un hombre guapo, algo maduro, que me dijo llamarse Froilán Fiz, y que pudiera a primera vista tomarse por un entrometido, me hizo la corte de una manera no muy corriente, aunque sí eficaz, y me propuso que me fuera con él. Tiempo después recibí un extraño libro en cierto modo relacionado conmigo, pero sólo en cierto modo muy lejano, porque yo no soy Leticia, como ya dije; pero pensar que pudiera haberlo sido halagó

mi vanidad. Hasta ahí pensé que llegaba la cosa, pero ahora resulta que lo mío sólo es una parte de lo que yo, quizá profesionalmente deformada, me atrevo a llamar un conjunto artístico, que desconozco en lo que no me atañe.» «¿Por qué no le haces ya una síntesis?», me pidió Ana María Magdalena, con una sonrisa encima de la petición; «Así sabrá a qué atenerse. Y, a lo mejor, yo también. Veo claros los detalles, no el conjunto». «La claridad de los detalles, pensé en voz alta, es lo que confunde la historia, lo que la ofusca. Temo que puedan organizarse de distintas maneras o, al menos, interpretarlos de diversos modos, y dar lugar a tres o cuatro historias. Todo depende de hallar una respuesta razonable a la pregunta que nos hagamos, pero las preguntas son naturalmente muchas. La mía, en este momento, es ésta: ¿Qué se propuso el inventor del enredo, sea Uxío Preto, sea otro? Pues no le hallo respuesta.» Me atajó Ana María: «¿Y quién fue Uxío Preto? ¿No crees que a esto también conviene responder?» «Pienso también que es un personaje más, modificado a lo largo del proceso de invención, aunque quizá no. Aparece confesándose autor de tres novelas, pero más adelante se describe a sí mismo como un sujeto dotado de varias personalidades. Es una fase del proceso menos fácil de interpretar, que, sin embargo, pudiera estar implícita en la primera. ¿Se multiplica para así conservar, aunque sea de manera indirecta y por meras imágenes, las figuras y los nombres de que acaba de apoderarse, o lo único que se propone es describir sucintamente las circunstancias en que se inventó o redactó cada novela? Cuando escribe y publica la carta en *Nuestra Tierra*, puede admitirse que se trata de una persona real, y, de hecho, muchos lo creyeron así. Nuestra amiga Ivonne, por ejemplo. En la segunda etapa, la inaugurada por la "Autobiografía", adquiere todo el aspecto de una ficción. La "Autobiografía" se asemeja tanto a una novela que admito que de verdad lo sea, y en eso estoy de acuerdo con Virucha, al menos en principio. Quiero decir que lo admito como una de las soluciones.» «No olvides que dos testigos al menos afirman haberlo conocido», me interrumpió Ana María. «Tres, porque hay que contar también con el profesor Valcárcel, pero los tres nos mintieron. El primero, don Bernardino, de una manera flagrante, aunque patética; el segundo, Karol, no está seguro, y, en

otros aspectos también fantasea. Pero don Armando Valcárcel mintió: innecesariamente, por pura vanidad.» Virucha adelantó una mano, dijo que empezaba a no entendernos, probablemente por falta de datos («¿Quiénes son esos señores? ¿Quién es el profesor Valcárcel?»), lo que me obligó a interrumpir mi razonamiento y contarle nuestras pesquisas con bastante detalle y de modo ordenado, empezando por el principio: como me había aconsejado Ana María. No olvidé citar al *chairman* Clark y su teoría de que no era uno, sino varios, ¡toda una sociedad anónima!, el responsable de la invención y del barullo: como si un grupo de escritores más o menos guasones se hubieran entretenido (o quizá divertido) en la invención de un colega a la postre discutible. Esto podría explicar las diferencias de estilo de las tres novelas, el único problema real para míster Clark. En el transcurso del relato, una vez una, otra vez otra, ambas me interrumpieron pidiendo precisiones. Al final sabían tanto como yo. «Ahora comprendo —dijo Virucha—, que usted se pregunte qué se proponía el que organizó el embrollo. ¿No es cosa de locos?» «Es una de las soluciones, pero, en todo caso, de un loco de mente fría, racional y caprichosa. Pero no creo que sea un loco el que está detrás de todo esto. Puede ser, aunque no necesariamente, un juguetón insaciable, alguien que inventa para divertirse un problema sin solución aparente, pero que induce a cierta gente a que lo busque: alguien que, durante años, realiza una operación bastante minuciosa destinada casi en exclusiva a los profesores de Literatura.» «Sin embargo, esa respuesta no lo resuelve todo. ¿Quién era Froilán Fiz? Ahora recuerdo que, al final del “Capítulo Sigma”, Leticia le dice a Uxío Preto que se parece a Froilán. Lo encuentro lógico. Si se puede sacar algo en limpio de la “Autobiografía”, es que Uxío Preto actuó en la vida real como Néstor Pereyra y como Froilán, al menos. En ambos casos existe el testimonio de ciertas personas vivas.» «El de Rula, bastante adulterado. Me inclino a creer que la verdad de las relaciones entre ella y Néstor se halla en el “Capítulo Gamma”.» «Pero yo no adulteré la verdad. Y aquel hombre era real, no fantástico.» «No lo dudo. Pero podía no llamarse Froilán Fiz.» «¿Uxío Preto, entonces?» «Quizá ni siquiera eso…»

Le pedí en aquel momento, a Virucha, que me diese algo de

beber, algo fresco: necesitaba unos minutos de silencio. Lo comprendió, seguramente, Ana María, porque permaneció callada mientras Virucha ajetreaba en la cocina. Cuando reapareció traía un whisky bien cargado de hielo. Bebí un sorbo, excepcional, ávidamente, mientras Virucha se sentaba ante mí en actitud expectante y Ana María encendía un cigarrillo más. La miré sucesivamente, miré después al techo. Hay o hubo un hombre que nos trazó un camino hasta los umbrales mismos de su secreto, pero no más allá. El resto lo confundió a nuestras conjeturas, sabiendo que no sacaríamos gran cosa en limpio, sino dar y dar vueltas, equivocarnos, rectificar… Es, o fue, un imaginativo, le hervía el caletre de personajes y de acciones: ¿Drama o burla? Si burlón, no quiso limitarse a lo que se suele hacer: escribir unas cuantas novelas, por muy disparatadas que fuesen. No descarto la posibilidad de que tres al menos de esos personajes imaginarios se le impusieran con más fuerza que los otros y que le exigieran realizarse de una manera distinta que la palabra narrativa, aunque tampoco convenga dejar de lado la hipótesis dramática de que haya sido (o sea) una de esas personas que necesitan urgentemente ser otras, que sólo siendo otras pueden subsistir. Entonces, este hombre sin nombre hizo lo mismo que Alonso Quijano: vivir los personajes, intentar serlos. Se le encuentra como Uxío Preto, como Néstor Pereyra, como Froilán Fiz, bien entendido que estos últimos son ya invenciones de segundo grado, multiplicaciones del primero. O sea que: Equis inventa a Uxío, y, éste, a los demás. Y lo hace no sabemos si en serio o en broma. Yo interpreto la existencia de Melitón Losada, no como la de un pegote, o al menos de un exceso, sino como advertencia de que el desdoblamiento pudiera continuar hasta el infinito, pero también como de que cada personalidad inventada puede mantener cualquier clase de relación con aquella de quien procede, de que se pueden engendrar unos a otros en series teóricamente interminables y siempre mal avenidas. Fijaros en que, según la «Autobiografía», estas relaciones nunca son enteramente cordiales. Ignoramos las de Froilán Fiz con Uxío Preto, pero, en su lugar, tenemos a Melitón como enemigo. Las de Uxío con Pedro Teotonio son de franca ironía; las que relata con Néstor Pereyra, de disputa constante. Esta falta de cordialidad, esta

enemistad, ¿quieren decir algo especial? No lo sé, y me confieso incapaz de averiguarlo, pero me inclino a creer que son variaciones sin significado especial, que son juegos literarios. Lo cierto es que el autor del barullo pudo atribuirles otra clase de relaciones, y no lo hizo. Por ejemplo, de amistad, de colaboración. Uxío Preto *pudo* explicar, exaltar, elogiar, las novelas de sus tres hipótesis. Hubiera sido lógico, aunque no novelesco.»

Me interrumpió Virucha: «Entonces, ¿usted cree que más allá de Uxío Preto hay otra persona?» «Sí. El Equis a quien antes cité. Una incógnita de existencia necesaria, como esas estrellas desconocidas de las que se habla por su influencia en las estrellas visibles.» «¿Quién fue, pues, Froilán Fiz, un hombre real que a poco me sacó de quicio?» «Equis, sin duda. El mismo que, como Néstor Pereyra, enamoró a Rula.» «¿Y Cynthia? ¿Por qué no hablamos de Cynthia?», preguntó Ana María; «Cuando le telefoneé, no quiso saber nada, pero eso es, pienso yo, un reconocimiento de que algo de lo que cuenta Uxío fue real, y de que otra historia de amor lleva ese nombre». «Si insistimos en aclarar lo que conviene a los personajes ficticios, y Uxío seguramente lo es, dejaremos en la oscuridad lo relativo a equis, cuyo secreto no está dilucidado, ni mucho menos. Pero ese Equis existe. En cualquier momento del razonamiento, pesa en nosotros; nos influye y desorienta la idea de que pudo ser un burlón, un esquizofrénico, un mero poeta…» «¿Creen que se podrá aclarar?» «No del todo, sino del modo que él mismo nos señaló, acumulando conjeturas. Acabo de exponer una de ellas. Hay más, y la que se me ocurre ahora es más complicada. Equis pudo tener imaginación, mas no personalidad, pudo haber sido un hombre vacío de sí mismo, que inventó unas figuras para llenarse de ellas, para ser lo que ellas son. Si admitimos que un drama subyace a todo esto, que lo justifica y lo explica, sería el del hombre que se siente nadie y busca el modo de ser alguien.» «¿Un loco, que es lo que dije antes?» «No necesariamente. Lo dejaría en extraño, en caso raro. Para hacer algo, escribir novelas o conquistar mujeres, necesita sentirse alguien. Lo necesita incluso para dejar constancia de lo que hizo. La invención de Uxío Preto no es la simple adopción de una personalidad meramente instrumental, sino la del personaje que es lo que Equis quisiera ser y hace aquello de que Equis no es

capaz. Por ejemplo, multiplicarse. Nosotros hemos conocido a Uxío Preto después de publicadas las novelas de sus tres hipóstasis, pero eso nos obliga a aceptar necesariamente que sea posterior en la aparición, que no estuviera previsto desde un principio, como se puede deducir de la "Autobiografía", aunque también pueda deducirse lo contrario. Uxío Preto es el primer recurso de que se vale Equis, la primera personalidad de que se apodera para poder ser y obrar. El contenido del "Capítulo Gamma" debe de ser en cierto modo histórico.» Ana María Magdalena rió visiblemente. «¿Y María Elena? ¿No habíamos quedado en que fue también una invención?» «Sí, en los términos en que aparece en ese "Capítulo"; pero nada impide que haya existido de otra manera, lo que se dice un personaje real llevado a la novela, y modificado en su destino poético. ¡Nunca el propuesto por don Bernardino, Dios me libre de pensarlo! Si despojamos esa historia de lo imaginario y de lo falso, queda una aventura que puede haber sido cierta. ¡El hambre que pasaron juntos! Que Uxío admiraba por alguna razón a María Elena es indudable; por eso la magnificó.» «¿No será que la haya amado?» «Puede ser, pero no pasa de conjetura, como todo lo demás.»

Me hallaba cansado y bebí del whisky traído por Virucha. Ana María suspiró. «Lo siento por Ivonne. Nada de lo que sabemos sirve para su trabajo.» «Nada en absoluto, si ha de ser un trabajo científico.» «Pero, ¿no podrá al menos escribir un artículo en que cuente esta historia? Algo que la justifique.» «¿Quién lo duda? Y también una novela.» «Sí. Una novela que, como la de Uxío Preto, sólo leerán los profesores.»

En este momento, Ana María Magdalena vino a sentarse a mi lado, me puso en la boca un cigarrillo y lo encendió. Cerré los ojos, y me hubiera traspuesto, quizá; pero me lo impidió Virucha.

«Hay una solución que no hemos tenido en cuenta, siendo, como pienso ahora, y por eso lo digo, la más sencilla. Tres hombres desconocidos, con los nombres reales o supuestos de Néstor Pereyra, Pedro Teotonio Viqueira y Froilán Fiz, escribieron tres novelas sin relación entre sí, y un tal Uxío Preto, nombre asimismo real o supuesto, intentó apoderarse de ellas proclamándose su autor. ¿Por qué pudo hacerlo impunemente? No lo sé. Desconociendo las personas, ignoramos las circunstancias; pero encuentro gratuito

preguntarse cómo fue posible algo que realmente sucedió, que está ahí y basta. De todos modos, hay dos razones que sostienen esta opinión: dos personas, al menos, conocieron a Uxío Preto, o dicen haberlo conocido. Una garantiza la existencia de Néstor; otra, que soy yo y no miento, ha conocido a Froilán Fiz, un hombre evidentemente de carne y hueso. ¿Para qué preguntarse más? A ustedes podrá no parecerles una salida aceptable; pero si sabemos que hasta lo evidente es controvertible, ¿por qué no admitir como válido algo que lo es en la misma medida que todo lo demás? No llegaremos a saber nunca si Uxío Preto fue o no Froilán Fiz, porque quien lo afirma es Uxío Preto, y Uxío Preto miente; pero Froilán Fiz figura entre mis recuerdos más seguros, en un momento decisivo de mi vida. Aunque haya renunciado a él, si lo hubiera conocido sería otra mujer. No encuentro razón para reducir algo tan importante a un puñado de deudas y de conjeturas. Mi cabeza puede darle al tema las vueltas que se quiera, pero cierta experiencia ya lejana quedará incólume en mi corazón, mientras no la destruya el olvido.»

Querida Ivonne: esto es, más o menos, lo que puedo contarte de nuestras últimas pesquisas. Tú verás si te sirven de algo, aunque me tema que no de gran cosa. Estamos donde estábamos al empezar, y no se vislumbra un más allá. Espero que nos veamos antes de tu regreso a América: todo depende de que Ana María Magdalena acabe de convencerme de que un viaje junios a Venecia es más que necesario para mi educación sentimental.

Buena suerte.

ÁLVARO

Salamanca, La Ramallosa, 1985-1986

Notas

[1] Cuando da lo mismo; pero la reputación de la verdad, esa incógnita incurable, es tan acrisolada, que todas las mentiras aspiran a ser verdades. < <

[2] En la novela titulada *La ciudad de los viernes inciertos*, la Marquesa tiene un papel muy lucido. <<